ALYSON
RICHMAN
AUTORA DE LOS AMANTES DE PRAGA
LA
MELODÍA DE LA
MEMORIA
EL VERDADERO AMOR TRASCIENDE LA BRUTALIDAD DEL PODER
Planeta

ALYSON RICHMAN

LA MELODÍA DE LA MEMORIA

Planeta Internacional

CONTENIDO

Prólogo

PARTE I

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

PARTE II

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

PARTE III

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

PARTE IV

Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

PRÓLOGO

Santiago, Chile
Febrero de 1974

Despertó con el canto de los pájaros; la bruma matinal se elevaba sobre las hierbas altas donde ella yacía. Su rostro llevaba las marcas de las margaritas aplastadas, las pequeñas flores se arrugaban debajo de su piel frágil.

Una hormiguita corrió a toda prisa por su brazo. Una mariposa aterrizó sobre la mata apelmazada de sus rizos negros, para después revolotear hasta un arbusto de azaleas. Y debajo de ella, la tierra; inhaló su aroma intenso y embriagador.

Pasaron varios segundos antes de que Salomé de Ribeiro se diera cuenta de que no había muerto y llegado al paraíso. No soñaba, no alucinaba. Ahora era libre. La cárcel estaba a kilómetros de distancia de donde ella se encontraba.

La liberaron en un parque. Era una sombra amoratada, con los ojos vendados, que salió a trompicones de una camioneta. Cayó al suelo con un leve sonido sordo; pesaba tan poco que apenas era capaz de provocar algún ruido: cientos de huesos diminutos encapsulados en una piel morada y delicada. La tierra la había acogido, el suelo húmedo se hundía ligeramente bajo su silueta. Durante varias horas osciló entre la

conciencia y la inconsciencia, antes de despertar al amanecer. Y ahora escuchaba los primeros sonidos de la vida a su alrededor: el tañer de la campana de la catedral, el sonido de los coches que se apresuraban en las calles abajo. Santiago despertaba, igual que ella, y saboreó la acústica y los aromas de la vida.

Se había acostumbrado tanto a la oscuridad que le llevó varios minutos darse cuenta de que, si bien sus sentidos estaban vivos, aún veía negro.

Buscó a tientas para quitarse la venda firmemente atada alrededor de su cabeza. El sol de la mañana estaba saliendo y Salomé entrecerró los ojos hacia el valle donde las luces de la ciudad aún parpadeaban entre la neblina.

Sus dedos cayeron sobre la tierra. Sus rodillas, temblorosas y muy raspadas, se arrastraron debajo de su cuerpo cansado. Intentó recuperarse, ignorar los moretones y los huesos rotos para caminar en las primeras horas del alba y encontrar su camino de vuelta a casa, de regreso a su marido y a sus hijos, quienes estaban acostados en su cama a casi 16 kilómetros de ahí.

Cruzó la reja de hierro; lo poco que le quedaba de fuerza casi se había agotado. Cuando su mano iba a girar el picaporte de la puerta principal, su cuerpo se desplomó como una canasta debilitada por la lluvia, el murmullo de un eco que caía al piso.

Octavio se apresuró a averiguar qué era ese alboroto en el porche de la entrada, cauteloso en caso de que alguien quisiera hacerle daño a él o a sus hijos. Cuando abrió la puerta y encontró a su esposa tendida frente a él, cayó de rodillas.

La sujetó contra su pecho y pudo sentir sus omóplatos afilados, la estrechez de su caja torácica. Era tan frágil que dudó en moverla, por miedo a que pudiera quebrarse. Así permaneció en sus brazos como lavanda

marchita, un delfinio agonizante, deshidratado y roto.

Octavio no tuvo tiempo de lavar y atender a su esposa antes de que sus hijos llegaran a la entrada y la vieran. Apenas reconocieron a su madre; tenía el cabello enredado y apelmazado bajo los hombros, su vestido estaba desgarrado y mostraba parcialmente su seno izquierdo a través de una larga rotura en el centro del escote.

Su complexión era una fracción de lo que había sido antes de que se la llevaran. Nunca fue una mujer grande; era pequeña y curvilínea. Ahora parecía casi una niña, una huérfana harapienta cuya tez estaba arruinada por manchas de lodo y moretones ensangrentados.

Octavio llevó a su esposa hasta la cocina y la ayudó a sentarse en una de las sillas del comedor. Ella podía ver a sus hijos enfrente. Era incapaz de pronunciar el menor sonido. Quería decirles cuánto los había extrañado, que había soñado con ellos cada noche desde que se había ido, pero su voz flaqueó. No podía hablar. Sencillamente permaneció en la silla; sus dedos temblaban sobre su regazo y sus ojos, muy abiertos, estaban fijos.

Salomé no quería que sus hijos tuvieran miedo de ella. Imaginaba bien qué aspecto tenía para ellos. No podía recordar la última vez que se había bañado, la última vez que un peine había pasado por su cabello. Todo lo que quería hacer era dormir y besar esos tres pequeños rostros que tanto había extrañado.

Sin embargo, fue su hijo mayor quien tuvo el valor de besarla como ella anhelaba con tanta urgencia. Rafael no dudó. Se acercó a su madre y la abrazó.

No hizo una mueca cuando su primogénito la apretó, aunque sintiera que su abrazo era tan fuerte que, al interior, lanzó un grito. Echó el cabello de su madre hacia atrás, ignorando los piojos y las marañas, y la besó en la mejilla.

—Bienvenida a casa, mamá —murmuró. Luego giró para asegurarse de que sus hermanas menores no tuvieran miedo y también le dieran la bienvenida.

Primero se acercó la de en medio, después la más pequeña. Cada una de ellas hizo un gran esfuerzo por ignorar su olor y sonreír.

Salomé empezó a llorar. No por el dolor físico, puesto que ya se había acostumbrado a eso. Lloró porque Octavio, sus hijos y su casa le parecían iguales que cuando se había ido. Pero ella había regresado muy diferente.

Era una impresión falsa, puesto que sí cambiaron en los últimos dos meses. E incluso antes. Desde el momento en que inició el golpe de Estado, el mundo idílico de la familia Ribeiro Herrera dejó de existir; sus secuelas y las consecuencias de las acciones de Octavio seguían desplegándose ante ellos.

Mientras Salomé se esforzaba por abrazar a sus hijos, su propia madre llegó. Doña Olivia entró a la cocina cargando dos hogazas. Octavio no le había pedido que hiciera ese mandado, pero ella se había levantado temprano, como hacía a menudo. Se había acostumbrado a su incapacidad de dormir y trataba de, al menos, ser útil en sus horas de vigilia. Pero no había anticipado ver a su hija al volver. Estaba sentada en un banco, con un Octavio penitente de rodillas a su lado.

Doña Olivia dejó caer las hogazas y se apresuró a abrazar a su hija. Tomó el lugar de Octavio y presionó las palmas de las manos de su hija contra sus propias mejillas, llorando al tocarle el rostro, maldiciendo a los monstruos responsables de tan tremendo crimen.

Durante la semana siguiente, su madre cuidó y atendió a Salomé como si fuera un bebé que acabara de nacer. Doña Olivia le cepillaba el cabello cada mañana y

volvía a hacerlo cada noche hasta que por fin recuperó su lustre original. Lo perfumaba con un aerosol hecho de gardenias y bálsamo de miel, y rizaba las puntas en pequeños bucles, torciendo los mechones con fuerza alrededor de su dedo.

En el exterior, la esposa de Octavio parecía una emperatriz herida. Su majestuosa osatura era aún más evidente que antes, puesto que ahora su redondez maternal había desaparecido. Durante esa semana, su piel de almendra surgió de nuevo y los moretones desaparecieron. Pero seguía frágil. Se negaba a hablar de los detalles de su secuestro y Octavio no la presionó; sencillamente agradecía que hubiera regresado. Sabía que eran más afortunados que muchos otros, porque las dos veces que secuestraron a Salomé terminaron por devolverla. Si hubiera una tercera vez, quizá no tendría tanta suerte.

La octava noche después de su regreso, Octavio abrazó a su mujer y le dijo que tendrían que salir de Chile.

—Aquí ya no es seguro para nosotros —le murmuró al oído mientras ella estaba acostada en la gran cama con dosel—. Suecia aceptó nuestra solicitud de asilo político.

Salomé lo escuchó, pero no respondió. Sin embargo, el día siguiente se levantó de la cama y empezó a empacar. Octavio advirtió, mientras etiquetaba las cinco cajas que enviarían a Suecia, que su esposa no había empacado su viejo fonógrafo. Le pareció raro, pero no le hizo preguntas. Aunque quizás ella no quería esa vieja máquina ahora, Octavio pensó que algún día se arrepentiría de no tenerla. Así que abrió una de las cajas a medio llenar y lo empacó, creyendo que algún día su esposa le agradecería su previsión.

PARTE I

1

Västerås, Suecia
Noviembre de 1998

Pasaron más de veintitrés años para que Salomé pudiera escuchar música sin recordar el terror que alguna vez le provocó. Sin embargo, parecía irónico que la tarde en la que llegó la carta su viejo fonógrafo sonaba en el fondo; la aguja saltaba sobre las notas solitarias de Satie.

Después de leer las palabras con cuidado, se esmeró en doblar la carta en tres partes y la colocó en el cajón de su escritorio. Su piel estaba fría y su cuerpo temblaba.

Se acercó al fonógrafo, puso la mano sobre la brillante bocina negra y subió el brazo del aparato. La música cesó y el disco dejó de girar. A Salomé la tranquilizó el silencio que siguió, aliviada de que los únicos sonidos que cubría la música fueran las ráfagas heladas que se agitaban por la ventana a medio abrir.

Adentro estaba oscuro y afuera anochecía. Solo eran las 3:00 p. m., pero la noche ya había llegado al cielo sueco.

Aun con el aire frío que entraba al departamento de Salomé, su apariencia era tropical. Cuando sus hijos la visitaban sabían que, sin importar donde viviera su madre, ella poseía una capacidad divina para recrear el

hogar de su infancia en Santiago. Las habitaciones olían a hojas secas de geranio, eucalipto y menta silvestre, porque escondía pequeños costalitos llenos de estas hojas aromáticas en toda la casa, y había cubierto las paredes con viejos carteles de las películas del padre de sus hijos, de cuando había sido famoso. Creaba pequeñas colecciones con las cosas que encontraba, objetos que la gente desechaba pensando que no tenían valor. Pero ella atesoraba esas cosas desterradas, y en los estantes se alineaban vidrios de playa, limones secos y peras, a los que ella les dio un hogar.

Cuando vivían en Chile había sido igual. Una coleccionista. Su casa en Santiago era enorme, mucho más grande que su departamento actual; no obstante, cubrió cada espacio en las paredes con una pintura o un dibujo, y cada estante con algo que había encontrado. Tomaba las cáscaras de los aguacates vacíos y las colgaba de un hilo sobre la estufa de azulejo. Llenaba frascos con arena de colores y tenía una canasta llena de conchas de mar junto a la tina, que echaba al agua para que los niños jugaran, incluso durante el invierno, a que nadaban en el mar.

Cuando se fueron, no podían llevar la mayoría de estas cosas consigo. El tiempo y las autoridades chilenas no habían sido generosos con ellos y le dieron a Salomé tan solo unos días para empacar sus pertenencias. Así que cuando cerraron por última vez la reja de hierro de la casa, Salomé partió de manera muy similar a la que ella y su familia habían vivido. Con frecuencia se preguntaba qué habían hecho los inquilinos cuando llegaron; si se habían metido a su casa, puesto la ropa que colgaba en los clósets o usado el jabón que dejaron en el platito de su abuela. A menudo sopesaba si la familia que le enviaba un cheque cada mes alguna vez pensó en sus propios familiares, en todo lo que les sucedió y por qué se habían visto obligados a marcharse.

O si de manera deliberada habían elegido no pensar en ellos y, en su lugar, solo se maravillaban de su gran fortuna al poder vivir en una casa tan grande y hermosa.

Al final, había desempacado el fonógrafo unos meses antes; decidió que era el momento de abrir algunas cajas que había dejado sin abrir durante tantos años. Atornilló la bocina negra a la base de madera y reemplazó la aguja de diamante gastada con una que encontró en una tienda de segunda mano. Ahora adultos, sus hijos la visitaban, igual que su exesposo, Octavio. Y en su modesto departamento, con el olor a eucalipto a su alrededor, todos danzaban. Ponían a Pablo Ziegler, y Rafael bailaba tango con una de sus hermanas, Blanca.

—¿Recuerdas cuando encontramos ese vejestorio? —le preguntó Octavio a su exesposa, sosteniendo en la mano una copa de vino.

Se preguntaba si ahora, después de tantos años, Salomé finalmente apreciaba que hubiera empacado el fonógrafo.

Ella sonrió y permitió que la música la inundara. Golpeteaba el suelo de madera con el pie, el talón de su sandalia se mecía de un lado a otro.

—Es maravilloso poder escuchar música de nuevo y solo tener buenos recuerdos —respondió en voz baja.

Salomé cerró los ojos y recordó cuando ella y Octavio habían puesto el antiguo tocadiscos cuando se casaron. La había cargado hasta el interior de su nuevo hogar, empujando las puertas francesas que llevaban al porche, y la melodía del viejo aparato llenaba las habitaciones de la casa vacía, flotaba en el jardín en el que abundaban árboles frutales y rosas silvestres.

A partir de esa noche, ella empezó a coleccionar discos de tango. El Cantón, Piazzolla y Calandrelli, todos estaban apilados a un lado del fonógrafo. Y cuánto los

amaba. Le encantaba cuando su marido bajaba la aguja, el disco empezaba a girar y la música impregnaba el ambiente. A los niños también les gustaba. Aprendieron a bailar mirando a sus padres. Imitaban la manera en la que se tomaban de las manos, cómo entrelazaban sus piernas y hacían girar los talones. Pero después de que Salomé desapareciera y volviera más tarde, en la casa dejó de escucharse música. El fonógrafo permaneció donde siempre había estado, pero los discos ya no sonaban.

Hay algunas cosas que una mujer sabe que no puede decir, ni siquiera a su familia. En parte es intuición y en parte autopreservación. Salomé siempre había creído que Dios había creado a las mujeres con úteros para que, después de tener hijos, tuvieran un lugar donde guardar sus secretos.

Era cierto que los secretos de Salomé no se podían compartir. Los recuerdos del secuestro y la tortura de una madre eran historias que un niño jamás debería escuchar.

Nunca les dijo lo que le hicieron en Chile, aunque sabía que los niños dividían su vida en dos partes: el tiempo antes de que se llevaran a su madre y a partir del momento en que empezó el exilio de su familia. Cuando todo cambió.

Salomé creía que podía limitar el dolor de sus hijos al ocultarles lo que había padecido. Así, calló todo hasta que fue demasiado y buscó la ayuda de un médico. Ahora él ya había muerto y sus secretos volvían a ser solo suyos. Ni siquiera Octavio conocía la historia completa.

Pero esta vez, mientras Salomé estaba sentada sola en su departamento, escuchando a Satie, no pudo ignorar la carta que le enviaron por correo desde Gran

Bretaña, y que había llegado esa tarde. La redacción era clara y directa: «Estamos recopilando historias de víctimas del régimen de Pinochet», informaba en letras negras y frías la misiva de un grupo internacional de derechos humanos. «En aras de la historia y de la justicia, las atrocidades provocadas por el general Pinochet deben registrarse para hacerlo responsable ante los tribunales por la muerte de miles…».

Salomé sabía que, días antes, un fiscal español había solicitado a Inglaterra que extraditara al general Augusto Pinochet, el hombre a quien ella hacía responsable de haber arruinado su amado país, de casi destruirla a ella y de obligar a su familia a huir durante la noche hacia las heladas costas de un país extranjero. Ahora, quizá, se le haría responsable de sus crímenes contra su persona y el resto de la humanidad.

Pero le parecía dolorosamente tardío. Ahora, después de casi veinticinco años, le pedían recordar. Y no era que temiera que su memoria fallara al dar su testimonio; era algo mucho peor: la manera en la que esto afectaría a sus hijos. Apretó los puños contra su vientre para tratar de aliviar el repentino dolor que sentía. «Solo son los nervios», se dijo. Pero esos secretos que había mantenido enterrados durante tantos años eran implacables. No podía ignorarlos, así como no podía hacerse de la vista gorda con la carta que pedía su testimonio. Tenía que decidir si al final desenterraría esos recuerdos que había hecho a un lado desde que terminó la terapia. Sabía que era lo suficientemente fuerte para encarar a los demonios de su pasado, pero temía el dolor que eso podría causar a sus hijos, incluso a su exmarido.

2

Västerås, Suecia
Noviembre de 1998

Reconoció que era ella quien llamaba, incluso antes de que dijera la primera palabra. Podía percibir su aliento. Ella se había delatado con esa primera pausa de duda que siempre hacía antes de pronunciar su nombre.

—Octavio —dijo ella en voz baja—. Necesito verte. —Él había esperado mucho tiempo para escucharla decir esas palabras, y aunque las murmuró de manera apenas audible para un oído menos atento, él las escuchó como si fueran fuegos artificiales que explotaran en la línea telefónica—. Es urgente —agregó.

—Llego en unos minutos —respondió él.

Colgó el teléfono y se cambió de ropa. Se cepilló los rizos canosos, se echó un tónico aromático sobre las mejillas y el cuello, y alisó las arrugas de su pantalón con las palmas de las manos.

Cada vez que iba a verla, llevaba a cabo el mismo ritual; sus abluciones memorizadas. Era como si se encontrara de nuevo en su departamento de estudiante y estuviera nervioso por la anticipación de verla. Debía verse impecable.

Metió un dedo en el bolsillo del pantalón para verificar que estuviera ahí la pequeña bolsa de seda que Salomé le había bordado hacía tantos años. Seguía

siendo su talismán más preciado. Las puntadas que acolchaban su nombre estaban gastadas y sueltas, pero él seguía atesorándola, era un recordatorio desteñido y harapiento del amor que, sin importar lo que otros pensaran, él, en su corazón, sabía que había durado.

Se puso el abrigo y se ajustó la bufanda alrededor del cuello; apagó la luz y cerró con llave la puerta de su casa. Una vez afuera, hundió la barbilla al interior del cuello de su abrigo y se apresuró hasta el departamento de Salomé.

La voz de Salomé era urgente en el teléfono, y se preguntó qué la habría motivado para llamarlo tan tarde. En pocos minutos estaría frente a su puerta y conocería la respuesta. Solo esperaba que, una vez ahí, su presencia le diera un poco de tranquilidad.

Cada vez que la veía, su corazón parecía quebrarse un poco más. Ella se paraba en el umbral, con el espeso cabello, aún majestuosamente negro, cayendo sobre sus hombros. En general usaba vestidos de seda brillante sobre su diminuto cuerpo curvilíneo, muy parecidos a los que utilizaba aquella adolescente de la que se había enamorado hacía tanto tiempo. Con el paso de los años, él trató de ocultar sus sentimientos. Incluso había practicado cómo saludarla, una y otra vez, frente al pequeño espejo del baño, esperando asegurarse de que no traicionaría lo que anhelaba. Durante un tiempo trató de ser amigo de su antigua esposa, de comprenderla mejor. Pero solo hasta fechas recientes pudo reconciliar a las dos Salomés que tenía en su mente: la joven a la que cortejó con poesía y la mujer madura que sufrió de manera tan tremenda por culpa de él.

El resto de su vida, Octavio agonizaría sin saber si había tomado la decisión correcta. Sus elevados principios llevaron a su familia al exilio, hicieron que secuestraran y torturaran a su esposa; en los años que habían pasado, había perdido casi todo lo que tenía

antes del golpe de Estado.

No podía negar que su mujer, e incluso sus hijos, habían cambiado para siempre por lo que les sucedió hacía tantos años en Chile. Pero, incluso si ninguno de ellos lo había advertido, Octavio creía que él también era otro.

3

Las Vertientes, Chile
Noviembre de 1964

La primera vez que la vio, ella había salido del convento para recoger las naranjas que habían caído del árbol. El uniforme azul marino rozaba sus rodillas suaves y lisas. Las pequeñas frutas amarillas se arremolinaban alrededor de sus pies, y el olor del pasto recién cortado y el perfume del cítrico maduro flotaban espesos en el aire. Se arrodilló y se jaló la falda para formar una canasta, llenando la tela con la fruta caída.

Era todo un espectáculo: el cabello negro y largo, los brazos delgados y la piel del color de almendras machacadas. Cuando ella giró un poco la cabeza para evitar el sol, él vio su rostro por primera vez. Vio más allá de las ligeras arrugas de su nariz y de sus ojos entrecerrados; observó su ceño romántico, la nariz delicada y la boca llena y madura. Imaginó el peso de su espeso cabello negro; soñó que sus manos deshacían sus trenzas y que los rizos de su melena caían sobre sus palmas y se derramaban sobre sus rodillas. Era tan hermosa que él, casi un adulto, habría podido llorar.

Trató de silbar, pero el sonido era demasiado débil como para que llegara a los oídos de ella. Estaba absorta en su actividad, porque este era el momento más feliz de su día.

Ella disfrutaba como un lujo lo que la madre superiora consideraba un quehacer. Las responsabilidades de las otras chicas eran más tediosas: ayudar a las cocineras en la cocina, limpiar los baños o barrer alguno de los varios jardines de la iglesia. A Salomé solo le pedían que recogiera las naranjas y las llevara a la cocina, donde más tarde las exprimirían para el jugo.

Allí, entre las pesadas ramas verdes y el suelo manchado de amarillo, saboreaba su soledad. A veces, cuando la fruta estaba particularmente madura, agujereaba la cáscara con la uña y colocaba los labios sobre el agujero para chupar el jugo y beberlo de un trago. Otras veces cruzaba las piernas mientras las naranjas yacían pesadas sobre su regazo, y admiraba el vuelo de una mariposa o el brillo verde plateado del ala de una mantis religiosa.

No sabía que, en un balcón a solo 25 metros de distancia, un estudiante de universidad estaba solo, boquiabierto, con el corazón latiente, consumido por completo de amor.

Todos los días, él anticipaba su llegada. Puntual, ella surgía de las paredes de piedra del convento a las 9:15. Empezaba a acicalarse para ella, esperando que un día alzara la mirada y lo viera, una silueta a la distancia, de pie en el balcón.

Se ponía camisas arrugadas para ir a clases y apartaba las planchadas para ponérselas unos pocos minutos todos los días mientras la miraba. Antes de que ella llegara, se rasuraba, peinaba su grueso cabello negro hacia atrás y se palmeaba las mejillas con una loción que, esperaba, llegara flotando hasta ella. Las semanas pasaron, pero ella nunca lo advirtió. Luego, cuando casi se volvía loco de desesperación, ideó una manera en la

que podían conocerse.

Cada noche leía con atención volúmenes enteros de los mejores poetas hasta que la vela se consumía y no podía encontrar más luz. Cuando encontraba un verso particular que capturaba sus propios sentimientos de amor y pasión, lo copiaba con su mejor caligrafía en pequeños pergaminos de papel que había cortado. Tres semanas después, Octavio había transcrito más de doscientos poemas.

A medianoche, con varias docenas de pedazos de papel en los bolsillos y un pequeño cuchillo en las manos, se acercó a las rejas del convento y se paró en el lugar donde empezaba el huerto. Subió a los árboles y sacudió las ramas haciéndolas crujir hasta que las naranjas cayeron al suelo. Luego, con la luz de la luna sobre él, hizo un agujero en cada fruta y metió ahí sus poemas de amor.

A la mañana siguiente se levantó; había dormido menos de una hora. Se paró en el balcón y esperó a que ella llegara.

Ella apareció, vestida con su sencillo uniforme azul; una canasta de mimbre colgaba de su brazo. Él la vio suspirar; su pecho se hinchó bajo la blusa de algodón; todo su cuerpo se dobló, exhausto, al ver tantas naranjas.

Se arrodilló para examinar la primera fruta del día y de inmediato sonrió al ver el pequeño papel enrollado que estaba dentro. Volteó en busca de alguien y sacó el primer poema:

Acogedora como un viejo camino.
Te pueblan ecos y voces nostálgicas.
Yo desperté y a veces emigran y huyen
pájaros que dormían en tu alma.

Reconoció el poema «Para mi corazón», de *20 poemas de*

amor y una canción desesperada, de Neruda, y se preguntó quién lo habría metido a la naranja. Cuando se acercó a recoger otra fruta descubrió otro rollito de papel. Al abrirlo, encontró un poema de amor de Mistral.

Volvió a mirar alrededor en busca de alguien, pensando que una de sus compañeras de clase le jugaba una broma, pero no vio a nadie. Miró hacia el frente y vio que todo el suelo estaba cubierto de naranjas. Cada una tenía un rollito de papel que sobresalía de su centro, cada una tenía su propia varita mágica.

Desde donde se encontraba, Octavio podía escuchar su risa alegre y se inclinó sobre el balcón para verla mejor.

Durante varias semanas, Octavio siguió cortejando a Salomé con naranjas llenas de poemas. Entre sus estudios, transcribía tantos poemas que se le cansaba la muñeca y la punta de su pluma fuente se doblaba por el exceso de uso. Aun así le escribió hasta que agotó todos los volúmenes de poesía. Pero había tantas cosas que aún no había dicho. Al darse cuenta de que ya no podía depender de las palabras de otra persona, se llevó las manos a la cabeza y durante horas se esforzó por expresar sus deseos en palabras. Escuchó su corazón y vertió su contenido. Escribió sobre sus ojos negros y su cabello oscuro. Escribió sobre su andar majestuoso, su cuello largo y regio, sus brazos esbeltos. Imaginó su primer beso y la calidez que encontraría en su abrazo. Si hubiera sabido música, habría compuesto una canción para ella, habría escrito un aria y creado un concierto en su honor. Si hubiera tenido pinceles, habría intentado recrear su imagen en una paleta de colores ricos y delicados. Pero como solo tenía pluma y papel, siguió escribiendo.

Una tarde, cuando descansaba los brazos y los ojos exhaustos, con la pluma casi seca le escribió por última

vez: «En un cielo plagado de estrellas, deseo verte. Llevaré naranjas para tenderlas a tus pies. Ven a mí, querida. Te esperaré y te cantaré poemas de amor». Con cuidado, insertó el poema en la naranja; luego metió otro papel en el que especificaba un lugar donde podrían encontrarse.

El corazón no le cabía en el pecho por la anticipación. Solo esperaba que ella acudiera a la cita.

4

Las Vertientes, Chile
Noviembre de 1964

Con una de las naranjas que recogió esa mañana firmemente sujeta contra su pecho, Salomé Herrera bajó la barbilla, pasó la piel rugosa de la fruta por su mejilla y se preguntó si era verdad que esa tarde, en unas pocas horas, conocería al hombre que le había jurado ser su único amor.

Desde que era niña soñaba con su caballero brillante y amoroso. Siempre había creído que él la encontraría y se la llevaría en sus poderosos brazos protectores. Su nombre evocador había contribuido a alimentar en ella un espíritu mucho más aventurero que en cualquier otra niña de su entorno burgués. Sin embargo, las circunstancias de su concepción habían creado un aura sobre ella.

Había crecido escuchando cómo sus padres la habían nombrado en honor a la gran heroína que bailó la danza de los siete velos. Según la leyenda familiar, su madre se había vestido como Salomé la noche que concibió a su hija. Doña Olivia, en el pináculo de su belleza, se envolvió en velos trasparentes lilas y azules; el cabello trenzado y alzado sobre su cabeza con una sola perla que colgaba sobre su frente bronceada en una lujosa fiesta de disfraces a la que asistió con su esposo

para los médicos de Santiago.

Cuando nueve meses después nació su hija y se la llevaron a sus padres envuelta en una cobija blanca, con la frente morena sobresaliendo de todas esas capas de algodón almidonado, los ojos relucientes y brillantes, tanto doña Olivia como don Fernando acordaron al unísono que la niña se llamaría Salomé.

Ahora, diecisiete años después, el corazón de la joven latía con fuerza. Cerró los ojos y trató de imaginar a su poético admirador.

Lo imaginó alto y esbelto, apuesto, oliendo a sándalo. Se imaginó acercándose a él en un vestido hecho de hojas plateadas de corteza de abedul, con el cabello suelto y los tobillos envueltos en hojas de vid.

No le contó a nadie su secreto, no confió su plan a nadie. Esperaría hasta que sus compañeras de clase durmieran y las monjas terminaran sus rondas, y luego se reuniría con él, con este hombre que le escribía poemas y hacía agujeros en las naranjas para meterlos en ellas, este joven que declaraba amarla a la distancia.

La expectativa de esta reunión, más que atemorizarla, la emocionaba. De este modo, realizó todas sus actividades de la tarde, esperando con ansia su encuentro, preguntándose si él sería tan hermoso como las palabras que le escribía cada día.

Se fue a acostar al mismo tiempo que las otras chicas; se lavó la cara y se trenzó el cabello. Se arrodilló junto a la cama para decir sus oraciones. A través de las enormes ventanas del convento, podía ver la luna y se preguntó, mientras estaba acostada envuelta en las sábanas de lino, si él ya habría emprendido su camino hacia ella, para encontrarla bajo las constelaciones que ella conocía de memoria.

Una hora después, al escuchar los sonidos del sueño

regular que emanaban de sus compañeras de clase y los últimos pasos de las monjas en las habitaciones de arriba, Salomé empezó a prepararse.

Se desabotonó la bata, soltó su cabello y lo esponjó. Con cuidado de no hacer ningún ruido, sacó de debajo de la almohada su vestido favorito color lavanda, el de escote cuadrado y talle ajustado; la tela era ligera como un velo.

Se mordió los labios para darles color, se humedeció las pestañas con la yema de los dedos que mojó en agua y se arregló los rizos. Cuando escuchaba el más mínimo sonido se paralizaba; incluso aguantaba la respiración. Solo cuando estaba absolutamente segura de que nadie podía escucharla, salió de la cama.

Puso los pies descalzos sobre el piso (las sandalias harían mucho ruido) y escapó por la ventana, sujetándose del enrejado como una salamandra, hasta bajar al jardín; cruzó el patio del claustro hasta el huerto. Pasó frente a unas naranjas que acababan de caer del árbol y brillaban como pequeñas linternas bajo la cálida luz satinada de la luna.

Él la esperaba en un campo a poca distancia. Estaba ahí solo; sus rasgos afilados como los de un gorrión, su traje blanco contrastaba con su cabello negro azabache. No podía creer que en realidad se reuniera con él. Era una maravilla: el cabello suelto y el vestido color lavanda que ondulaba tras ella.

Como lo prometió, llevaba las naranjas y las colocó sobre el pasto, en un loco intento por alinearlas con las estrellas.

Parecía demasiado avergonzado para mirarla. Las curvas de su cuerpo se fundían con la fluidez de su vestido; su piel parecía salpicada de perlas.

Quiso caer de rodillas y besar sus pies desnudos, largos y redondeados en las puntas, con las uñas finas y rosadas perfectamente cortadas. Sus tobillos eran

delgados y estrechos. El pasto húmedo se pegaba a sus pantorrillas como algas marinas. Como un lienzo, era blanca y suave.

Se arrodilló sobre el piso y tomó su mano para besarla. Ella sonrió, su cabeza estaba llena con la exaltación de aleteos de mariposa, como si revolotearan en su interior, rozando suavemente su piel.

Ahí, y en ese momento, como si fuera uno de sus muchos poemas, le dijo que la amaba, que llevaba observándola una eternidad, que la adoraba desde el principio de los tiempos.

A ella le pareció mucho más nervioso y vulnerable de lo que esperaba. Un chico de diecinueve años, no más de dos años mayor que ella. Pero era tan apuesto. Su silueta alta y magnífica estaba delineada en lino blanco; sus manos color barro eran largas y fuertes, sus movimientos elegantes y educados; su rostro irradiaba la luz sublime de la adoración pura. Sencillamente resplandecía de amor.

La luz plateada le sentaba bien, proyectaba sombras sobre su rostro delicado. Sus ojos negros parecían recortados en castaño oscuro; imaginó que eran dos grandes cerezas, cálidas y deliciosas, que maduraban en la noche.

—Viniste —dijo, como si tuviera que afirmar que en verdad estaba frente a él.

—¿Cómo hubiera podido resistirme?

Él la observó con cuidado. Estudió cómo, cuando hablaba, la parte superior de su labio se curvaba hacia arriba, cómo sus cejas se fruncían esperando su respuesta.

—Prométeme que me visitarás cada noche. No quiero volver a pasar una sola noche sin ti.

Su pasión la cautivó.

—Lo prometo.

A partir de entonces, todas las noches Salomé se

escabullía del claustro para encontrarse con Octavio bajo las estrellas, donde él le pedía permiso para abrazarla, para acariciar su cabello y sus partes cálidas más abajo. Ella le llevaba pequeños regalos que hacía a mano; su favorito era una bolsita de seda que había bordado con sus nombres.

—Es para que guardes tus poemas —le dijo en un murmullo.

Y a partir de esa noche, él la llevó siempre, sin importar adónde fuera. Cuando estaban juntos sacaba uno o dos de sus poemas y se los leía en voz alta.

Siguió a Salomé cuando regresó a su casa para las vacaciones, puesto que una noche separado de ella era muy difícil de soportar. Ahorró dinero para el boleto de tren y conservó junto a su pecho el pedazo de papel en el que ella escribió la dirección de su familia.

La casa de sus padres no estaba lejos del centro de Santiago, y una semana antes Salomé le dibujó a su amado un mapa con mucho cuidado.

—Mi recámara está en la planta baja; la de mis padres, justo encima —explicó, dibujando con el dedo sobre la arena—. Pero debemos tener cuidado de que mis padres no nos descubran —advirtió—. Octavio, debes prometerme que tendrás cuidado.

La semana siguiente, mientras descansaba en su cama de la infancia, apagó la luz de su recámara, la señal de que lo esperaba. Así, conteniendo el aliento, Octavio fue hacia ella. Saltó los arbustos, se remangó los pantalones y avanzó de puntillas sobre el pasto.

Vio su silueta antes de verla por completo. La luz de la luna la iluminaba en una suave bruma blanca. Su cuerpo envuelto en lino fresco, su cabello negro suelto. Nunca le había parecido tan bella.

Trepó hasta la ventana y cayó en sus brazos. Le besó el cuello y los párpados, la boca y los pechos. Quería devorarla, su flor, su recolectora de naranjas, su

amor. Pero ella lo sostenía como si fuera un niño entre sus brazos. Lo llevó a la cama, sin ruido, con cuidado; el único sonido que emitía era su respiración leve y delicada.

En su cama de infancia, lo envolvió entre las cobijas de muselina con aroma a verbena que cubrieron su firme abrazo. Lo sostuvo como había aprendido a lo largo de los meses, sus gestos eran como una danza, sus movimientos motivados por el amor. Él presionó su cuerpo contra el de ella con leves quejidos; su pecho era la almohada donde su cabeza descansaba.

Si ella también se hubiera quedado dormida, no habría escuchado los pasos de su padre bajando las escaleras.

—Salomé —la llamó.

De inmediato empujó a Octavio al fondo de la cama, debajo de las sábanas.

Cuando era niña, Salomé siempre se sintió segura cuando su padre llegaba en medio de la noche para ver cómo estaba. Siempre sonreía cuando lo veía, alto y esbelto, echando una mirada por la pequeña ventana en la parte superior de la puerta, mirando directamente a su cama para asegurarse de que estaba bien.

Pero en este momento le temía.

Oyó que sus pasos se acercaban, vio el mechón de cabello cano que sobresalía por la ventanita y luego vio sus ojos que observaban la recámara y examinaban su cama.

—Buenas noches, cariño —murmuró desde el otro lado de la puerta. Su cabeza se elevó por la ventana—. Solo quería asegurarme de que todo esté bien.

—Sí, papá —dijo en voz baja, empujando más a Octavio bajo las cobijas al fondo de la cama.

Esperó hasta que escuchó los pasos de su padre que subían al segundo piso. Luego buscó a su enamorado, que estaba hecho un ovillo. Y con las contraventanas

abiertas de par en par, se abrazaron hasta que llegó la mañana. Él sabía que debía irse antes de que sus padres despertaran, así que, lamentándolo, la besó en la frente y le prometió volver la noche siguiente.

Cuando ella volvió a la escuela, su romance continuó. Cada noche ponía en su cama el uniforme y una almohada adicional para moldear el material y crear una figura humana, luego se escabullía para ir con él. Meses después, cuando los naranjos estaban en flor, las ramas pesadas con flores, le dijo a Octavio que sospechaba que estaba embarazada. Él no se enojó, como ella temía, sino que se alegró con la noticia. Meses antes había prometido casarse con ella, pedir su mano. No temía la ira de su padre ni de su marchito abuelo. Juró que iría a la vieja hacienda donde la familia pasaba el verano, o a su casa en Santiago. Iría a cualquier parte y la pediría en matrimonio.

Ahora que ella llevaba a su hijo en el vientre, no tendrían otra opción.

Sin importar lo que su familia pensara de él, tendrían que acceder.

5

Las Vertientes, Chile
Diciembre de 1965

Antes de decirle a sus padres, Salomé escondió su embarazo. Se fajaba el vientre con pedazos de seda y cambió su uniforme por el de una chica que era dos tallas más grande. Comía poco para asegurarse de que el niño no creciera muy rápido y se aseguraba de llegar a clases siempre preparada. Sin embargo, unas ojeras empezaron a salir bajo sus ojos. Sus pechos se hincharon y sus pies empezaron a retener agua, lo que dificultaba que se pusiera los zapatos.

—Tenemos que decirles a mis padres antes de que lo hagan las monjas —insistía Salomé.

—Les diré que ya habíamos planeado casarnos —dijo él.

Puso la mano sobre el vientre de ella y se preguntó a quién se parecería el niño. Si fuera niña, la imaginó hermosa como su madre, con aquellos enormes ojos turquesa y la boca llena y madura. Podrían llamarla Blanca, puesto que sería el símbolo de su amor. Blanca y pura.

Si se vieran bendecidos con un varón, esperaba que fuera fuerte y honrado, que creciera para convertirse en un hombre responsable que, en tiempos difíciles, pudiera sobrevivir. Lo llamarían Rafael, porque Salomé

pensaba que el nombre era mágico y divino.

—En hebreo antiguo —murmuraba Salomé a su prometido— significa «Dios sana todo».

De camino para reunirse con sus futuros suegros, Octavio trató de esconder los nervios. Se dio cuenta de que su origen era inferior al de la mujer que amaba. El padre de él había trabajado en la misma tienda desde que tenía diecisiete años y, aunque lo promovieron varias veces, la familia vivía de manera modesta y sencilla. Su casa era mucho más pequeña que la de Salomé. Él había compartido una habitación con sus dos hermanos mayores y sus padres dormían en el piso, en una pequeña recámara adyacente a la cocina. Era hijo de padres de clase trabajadora y los había decepcionado mucho cuando, al ser el primer hijo en ir a la universidad, eligiera la carrera de literatura en lugar de algo más práctico, como medicina o derecho.

Pero claro, él nunca había sido práctico. Había hundido la cabeza en los libros desde que aprendió a leer; era un eterno soñador, se distraía en sus tareas y su familia consideraba que no tenía los pies sobre la tierra.

Desde los doce años supo que jamás tendría una vida como la de su padre, un hombre que vendió herramientas en la misma tienda, a la misma gente, en el mismo pequeño pueblo, día tras día, año tras año. Por lo que el chico estudió mucho y se consiguió una beca, su única salida. En la escuela no solo encontró la poesía, sino ahora, mucho más importante, el amor.

No quería que Salomé pensara que se sentía intimidado por conocer a su padre, pero por dentro temblaba. El padre de Salomé sería el primer médico que conocería, aparte del hombre que lo atendió cuando era niño. Sabía que él no tenía título ni empleo ni dinero propio. Pero tenía amor. Ingenuamente, creía que eso

sería suficiente.

Cuando Salomé volvió a su casa de la escuela, con tres meses de embarazo y Octavio pisándole los talones, sus padres estaban muy lejos de sentirse contentos. La hermosa hija a la que habían enviado a un colegio de monjas había regresado a casa como una bohemia. Su cabello, largo y despeinado, ya no estaba trenzado como siempre lo estuvo desde que era una niña pequeña. Su pecho rebosante sobresalía de la blusa de su uniforme y tenía una ligera protuberancia en el vientre en crecimiento. Solo tenía dieciocho años.

—Estamos enamorados, papá —insistió.

Su padre estaba de pie frente a ella, alto y esbelto como una batuta. La miraba con ojos fríos, incapaz de comprender que su amada hija estuviera embarazada.

Don Fernando siempre tuvo grandes expectativas para su única hija. Siempre creyó que su niña vivaz y brillante se casaría con un hombre a su altura. Ahora se encontraba frente a su preciada joya, incapaz de entender que estuviera enamorada de este estudiante desempleado y muerto de hambre.

—Amo a su hija, doctor Herrera —dijo Octavio con una voz practicada que ocultaba su nerviosismo—. Nada desearía más que fuera mi esposa.

—¿Puedo preguntarte qué edad tienes?

—Veinte años, señor.

—¿Tienes un empleo?

—No, señor. Estudio literatura en la universidad, en Concepción.

A don Fernando no le pareció nada divertida la ironía de lo que acababa de decir Octavio.

—¿Y cómo mantendrás a una esposa y a un hijo con tu mesada de estudiante?

—Nos las arreglaremos, señor. Siempre he

trabajado duro. Recibí una de las pocas becas que da la universidad...

—¿Crees que puedes subsistir mucho tiempo con esa miseria? —interrumpió don Fernando al joven.

En la frente de Octavio empezaron a formarse pequeñas perlas de sudor. Quiso sacar su pañuelo, pero temía mostrar lo nervioso que estaba.

—El amor debe preceder al dinero —dijo Octavio con voz fuerte. Estaba desesperado por que Salomé pensara que era valiente y que no se acobardaba frente a su padre—. Entiendo que su hija y yo tenemos distintos orígenes, pero la amo. Estoy consagrado a ella. Dedicaré mi vida a hacerla feliz. Espero que pueda ver que soy una persona inteligente que ha trabajado para mejorarse mediante la educación, y que tiene las más sinceras intenciones...

—Lo que veo —espetó don Fernando con voz atronadora— es que eres un hombre que ha deshonrado a mi hija, que le ha llenado la cabeza con poesía absurda, ¡y que eres un estudiante ridículo que no tiene la menor idea de cómo funciona el mundo!

Doña Olivia estaba de pie junto a su marido, su rostro estaba paralizado por la incredulidad. ¿Cómo, se preguntaba, pudo volver su hija en este estado? Le lastimaba que su hija no hubiera acudido a ella. Trató de esconder sus verdaderos sentimientos, de que quizá su primer instinto había sido correcto. Nunca debieron enviarla a una escuela tan alejada de casa.

Doña Olivia esperaba que, al hablar, tranquilizaría un poco la situación.

—Don Octavio —dijo en un murmullo—, ¿cómo podemos saber que su amor por nuestra hija es sincero?

Octavio apartó su rostro de la mirada severa de los padres de Salomé y miró profundamente en los ojos de su amada.

—Ella es por quien me levanto cada mañana, en

quien pienso cuando escucho canciones de amor. Nunca había conocido tanta dulzura, jamás hubiera soñado que me encontraría a una criatura que pudiera cautivar tanto mi mente como mi alma. Concédanme el permiso de ser su esposo y atesoraré esa dignidad. La protegeré. Siempre estaré pendiente de que esté segura, de que se sienta amada y de que su vida esté llena de maravilla y alegría.

Doña Olivia se sintió conmovida con el joven que tenía frente a ella, pero era evidente que su esposo no.

—Soy un hombre de cincuenta y tres años y sé que alimentar y darle un techo a tu familia requiere mucho más que amor.

—Papá... —interrumpió Salomé.

—No, está bien —la tranquilizó Octavio, tomándola de la mano.

Intentaba mostrarse fuerte, aunque era obvio que don Fernando lo intimidaba. Tenía muy poco con qué impresionar al viejo. Sabía que después de terminar la licenciatura en la universidad sus oportunidades profesionales serían limitadas. Podía ser maestro o quizá periodista, pero ni uno ni otro serían suficientes para brindarle los lujos a los que ella estaba acostumbrada desde la infancia.

No obstante, de alguna manera Octavio creía que todo saldría bien. Tal vez porque siempre había sido un poco soñador. Quizá se debía a su creencia innata de que el propósito de la vida y el amor era tener un final feliz. Así, permaneció de pie, miró los ojos reprobadores de su futuro suegro y dijo con su voz más inspirada:

—Hagamos un trato, doctor Herrera. Permítame casarme con su hija antes de que su vientre crezca tanto que no sea posible casarnos en la iglesia, y yo le prometo que, para cuando nazca el bebé, tendré un empleo que garantizará que su hija y su nieto tengan la vida que merecen.

Don Fernando permanecía escéptico con el joven, pero al final, temiendo la desgracia de una hija embarazada y soltera, accedió de mala gana.

6

Mikkeli, Finlandia
Enero de 1942

La eligieron porque era la más joven y no podía aún formular oraciones completas. Una niña rubia incapaz de pedir explicaciones. Aun así, era difícil para ellos. Lo más difícil que alguna vez tuvieron que hacer.

Kaija, su primera y única hija, había nacido en la nieve. Más allá de los bosques oscuros y los lagos helados, bajo un pedazo de cielo azul y blanco.

El día que nació había empezado como cualquier otro. Sirka se había levantado temprano, su vientre redondo oculto detrás de un vestido largo de franela y un suéter de lana; llevaba el cabello rubio pálido alzado en un chongo flojo. Había tenido cuidado de no despertar a su esposo, Toivo, quien dormía profundamente; su barba pelirroja se esparcía majestuosa sobre las sábanas blancas que ella había bordado el mes anterior a su boda.

En la habitación contigua, sus tres hijos dormían repartidos en dos camas que Sirka había organizado con cuidado para asegurarse de que estuvieran cerca de la chimenea. Les había tejido pantuflas de lana con estambre burdo y sin blanquear, y les había dado una cobija de su propia cama exigua.

Hoy habían planeado ir a patinar. Se pondrían

encima todos sus suéteres, calzarían sus botas desgastadas hechas de piel de reno y permitirían que su madre les frotara las mejillas con aceite de hígado de bacalao para prepararlos para el camino al lago, a tres kilómetros de distancia.

Pero por ahora, salvo por Sirka, la pequeña casa anidada en el bosque oscuro aún no entraba en movimiento. Se quedó de pie un segundo y miró a sus hijos. En su duermevela, habían vuelto al momento en que ella los recordaba cuando eran bebés. Tenían la boca medio abierta, las mejillas encendidas y suaves. Dentro de su matriz, el bebé también dormía plácidamente. Sirka descansó las manos sobre su vientre y se preguntó si quizás esta vez sería bendecida con una niña. Alguien que se pareciera a ella, que algún día crecería y se convertiría en su mejor amiga.

Sirka tenía pocos recuerdos de su propia madre, quien murió de neumonía cuando Sirka solo tenía cinco años. Lo único que tenía para recordar a su madre era un pequeño crucifijo de madera que colgaba de un hilo negro delgado. Lo llevaba al cuello desde que su padre se lo dio y nunca se lo quitaba, ni siquiera cuando se bañaba o cuando Toivo le quitaba el camisón y la rodeaba con sus brazos, desnuda. Aparte del anillo de bodas que era de oro, Sirka lo consideraba su posesión más valiosa. Un obsequio de alguien que la había dejado antes de que fuera lo suficientemente mayor como para formarse recuerdos. Un regalo de alguien de quien esperaba la amara más allá de una tumba nevada.

Advirtió que el crucifijo de madera se había vuelto más liso y más hermoso con el paso de los años. Un suave palo de rosa del color de vino caliente especiado. Cuando se sentía nerviosa o cuando en las noches se arrodillaba para rezar, Sirka lo apretaba entre sus dedos y sentía los ángulos definidos de su forma simple y perfecta; y percibía, durante una fracción de segundo,

que la observaban, la cuidaban, que estaba segura.

Toda su vida había temido estar sola. La idea de que la dejaran sola en su pequeña casa de madera era suficiente para aterrarla, por lo que la noticia de su embarazo fue recibida con gran alivio y alegría. El más pequeño iría a la escuela el otoño siguiente, y agradecía tener al bebé para que le hiciera compañía.

No pensó en que otro hijo sería una carga más para la familia; por eso le asombró la intensidad de la respuesta de Toivo cuando le informó que estaba embarazada. Era la primera vez que lo había visto llorar.

Trató de convencerla de que lloraba de alegría, pero ella sabía la verdad. Vio cómo su rostro se transformaba con el paso de los meses. No había sido el mismo desde que lo enviaron de regreso a casa desde el frente ruso. Había partido un año y medio antes, alto, fuerte, de espaldas anchas y brazos sólidos parecidos a los gruesos troncos de árbol que talaba desde que era un niño. Pero cuando regresó era un hombre delgado y frágil, con las mejillas hundidas y el paso tambaleante.

La primera noche que regresó a casa, ella se paró en el umbral durante un tiempo que le pareció eterno, demasiado asombrada incluso para invitarlo a entrar. Parecía un fantasma. La ropa blanca, la piel pálida, incluso sus ojos parecían perdidos en un mar blanco. La escarcha le había penetrado hasta el tuétano.

Esa primera noche, ella le quitó las vendas. Su uniforme blanco estaba manchado de sangre seca y rastros de tierra y nieve sucia; sus dedos despellejados y a flor de piel sujetaban la única muleta que soportaba su cuerpo delgado. Le quitó el sombrero forrado de pieles, lo dejó junto al fuego y puso la muleta en un rincón. En silencio, reemplazando las palabras con los dedos, le hizo señas para que se sentara en una de las pequeñas sillas de madera. Colocó el pie hinchado entre sus muslos. Podía sentir que el calor emanaba de la piel

enterrada en lo profundo de las capas de tela mientras le quitaba poco a poco las vendas, colocando las tiras de tela en una cacerola de agua hirviendo que descansaba en un banco a su lado.

Él hizo una mueca cuando ella se acercó a su pie. Su mirada pasó del rostro de la esposa, a la que anheló ver durante meses, hasta su pie ensangrentado y desfigurado.

—No deberías verlo, Sirka —murmuró en tono débil por el difícil trayecto.

—Shhh, ¡no te muevas! —lo reprendió con una voz temblorosa, aunque trataba de ser fuerte.

—¡No quiero que veas esto! —insistió, meneando la pierna para quitar el pie de sus muslos.

Pero ella tomó su tobillo, su fuerza la asombró incluso a ella.

—Si se infecta, morirás, Toivo. ¡Así que quédate quieto y deja que limpie la herida y esterilice estas vendas!

Volvió a callarse. Le quedaba poca energía para discutir con ella y no quería despertar a los tres niños que dormían.

—No está tan mal —murmuró ella, tratando de contener las lágrimas que empezaban a bañar sus ojos.

La masa maltrecha y supurante de su pie yacía ahí, expuesta bajo el brillo naranja de la chimenea; dos dedos se doblaban contra el delantal blanco de Sirka, los otros tres habían desaparecido para siempre, reemplazados por muñones y franjas azules y violetas que estriaban la carne como las líneas de una antigua piedra.

—Sanará, Toivo —dijo, su voz temblaba mientras ponía el pie en un balde de agua tibia y jabonosa.

—Nunca. Seré un tullido el resto de mi vida.

—Puedes caminar, Toivo, no seas ridículo. —Hizo una pausa para recuperar la compostura—. Gracias a

Dios estás vivo. ¡Debemos agradecer a Dios por eso! —Levantó el pie del agua y lo besó con cuidado—. ¿Despierto a los niños? ¡Van a estar tan contentos de ver a su padre! —agregó, sonrojándose un poco.

Aunque solo habían pasado cinco meses desde que se unió al ejército contra los rusos, a Sirka le había parecido una eternidad desde la última vez que estuvo con su marido. ¡Qué nerviosa se sentía ahora con él! Era como si Toivo fuera alguien de su pasado a quien tuvo que obligarse a olvidar, puesto que la espera de su retorno había sido casi demasiado que soportar.

Sin embargo, ahora no solo tenía que volver a acostumbrarse a su presencia, sino también a lidiar con la realidad de que nunca más podría sembrar o pescar como antes. Su vida sería difícil, pero en verdad creía que Dios velaría por ellos y que de alguna manera, por difícil que pareciera, saldrían adelante.

Ahora, casi un año después de su regreso, estaba embarazada de nuevo. Pero esta vez, a diferencia de sus otros embarazos, la noticia del bebé por venir parecía paralizar a Toivo. Casi todos los días y todas las noches veía su rostro surcado de preocupación.

—¿Cómo vamos a alimentar otra boca, Sirka? —le preguntó una noche mientras estaban acostados en la cama de abedul—. Nosotros cinco ya vivimos de los restos.

Sirka solo lo miró. No podía decir mucho. Sabía que tenían muy poca comida. Las latas de harina y azúcar llevaban meses vacías. Los chicos habían dejado de pelear cada mañana por los restos de pan plano que ella partía en tajadas finas y que eran ya tan pequeñas que se habían dado cuenta de que no valía pelearse por ellas.

Cada mañana realizaba el mismo ritual: dividía las sobras del día anterior en pequeñas raciones. En

realidad, las partes no eran iguales. Les daba a los niños un poco más que a Toivo porque estaban creciendo, y ella se quedaba con las migajas. Si no fuera por el bebé, no comería absolutamente nada.

Trató de convencer a Toivo de que todo estaría bien. Que Dios los cuidaría. Él se esforzó en sonreír y estuvo de acuerdo con ella, pero las marcas en su rostro y las arrugas en su frente cansada solo delataban su tensión y desesperación.

Los niños empezaban a despertar y a través de las cortinas de ganchillo vio que el sol empezaba a entretejerse por las ramas. Los abedules blancos lucían plateados por la nieve.

Era un día perfecto para patinar. El sol saldría durante algunas horas y el lago Saimaa era muy bello cuando helaba. Disfrutaba los veranos cuando Toivo los llevaba a ella y a los niños en fila hasta el centro del lago y cantaban viejas canciones folclóricas. Pero en su corazón, Sirka prefería el invierno. En esa época, la masa de agua se extendía como una lámina de platino, las pequeñas olas estaban congeladas debajo de una fina capa de hielo.

¡Cuánto amaba el bosque! Amaba los sonidos de la nieve crujiendo bajo sus pies. Amaba el aullido del viento cuando se abría camino por las colinas y el altiplano de tierra helada. Así, aunque Toivo la conminara a que ese día se quedara en casa, Sirka insistió en acompañarlo a él y a los niños. Su embarazo estaba muy avanzado como para patinar, pero se sentó majestuosa en la pequeña silla-trineo, con una cobija de lana sobre su regazo, mientras los chicos la empujaban por el bosque.

Los niños ataron las agujetas de sus botas y cubrieron sus pequeñas manos con los guantes. Toivo metió su pie bueno en la bota del patín y dejó la otra para arrastrarla con el zapato.

—Detén mi muleta —le dijo a su esposa embarazada, al tiempo que le pasaba el soporte de madera.

Sirka se quedó ahí sentada, mirando a los cuatro deslizarse sobre el hielo centelleante; sus risas cortaban el frío.

Pero la espalda le empezó a doler. Un dolor profundo y bajo que interpretó como un mero espasmo muscular. Sin embargo, el dolor aumentó y, bajo la luz azulada del inverno, sus mejillas palidecieron hasta tomar el color de la nieve.

Pensó no decir nada. Cuando volvieran a casa herviría una taza de agua y le cantaría al bebé en sus entrañas. Sus pechos estaban pesados y agradecía que, cuando naciera el bebé, podría alimentar al menos a uno de sus hijos con su leche.

Cuando Toivo regresó con los niños, notó que Sirka no estaba bien. Sus ojos brillaban por el dolor y su frente estaba húmeda y blanca. Con pánico, les dijo a los chicos que se callaran y se apresuró a tomar la muleta.

—Voy a buscar ayuda —le dijo a su esposa temerosa, quien le rogaba que no se fuera.

—El bebé ya viene —dijo; bajo la luz del invierno parecía un cervatillo aterrado.

Sintió pudor de decirle que su vestido estaba empapado bajo la cobija y que se imaginaba que se formaban témpanos alrededor de sus rodillas. Recordó que sus otros hijos habían nacido tan solo unas horas después de que se le rompiera la fuente, y parecía que este estaba más ansioso por nacer.

Los niños empezaron a alborotarse. En su desesperación, Toivo les dijo con severidad que los

dejaran solos y fueran a jugar unos metros más allá.

—Podría ir a buscar a un médico —propuso, tomando la mano de su esposa.

Ella le sonrió y le dijo que prefería parir ahí en el frío que quedarse sola.

Entonces él tomó la cobija de lana y la extendió sobre la nieve. Con el brazo libre, la ayudó a levantarse de la silla-trineo para que se recostara en el suelo. Poco más de una hora después, sus piernas estaban cubiertas por el abrigo de piel de becerro de su marido; las gotas de sangre manchaban la nieve de carmesí y dio a luz a una hermosa hija de ojos verdes.

Una hija que, dos años más tarde, se vería obligada a abandonar.

Cuando Sirka tuvo a su hija entre sus brazos por primera vez, vio que el cabello de la niña era blanco, mientras que los tres niños eran pelirrojos. Envolvió a la bebé en su suéter y la examinó por completo. Estudió las extremidades de la niña, las uñas en forma de luna y los párpados medio cerrados, para asegurarse de que estaba bien formada; suspiró con una mezcla de agotamiento y alivio, y la acercó a su pecho.

Aunque la comida escaseaba, la pequeña no fue un problema sus primeros dos años de vida. Sirka la amamantaba y, a menudo, Toivo la veía lactar, intentando ocultar su propia hambre y deseo. Ella sabía que su esposo deseaba en secreto que ella pudiera alimentar a toda la familia con sus pechos. Y a veces, por la noche, le abría el camisón y bebía de ella, aunque después se apartaba asqueado y avergonzado.

Sin embargo, la pequeña empezaba a cansarse de la leche de su madre, y Sirka vio cómo había empezado a robar migajas de la mesa. Era muy pequeña para su edad, diminuta, pálida y blanca. Su juguete favorito era

un osito al que le chupaba la oreja en las noches.

Sirka insistía, como todas las madres, en que amaba a todos sus hijos por igual, aunque en su corazón sabía que amaba a su hija un poco más. También quería a sus hijos, pero los tres crecían muy rápido y se alejaban más de ella con cada año que pasaba. Tenían el cabello de su padre, los ojos castaño oscuro tan poco comunes y su pasión por la vida al aire libre. Pero esta niñita era suya por completo.

Tenía el cabello rubio y los ojos verdes, igual que ella. Cuando Sirka la mecía en sus brazos, veía sus propios rasgos en miniatura. Veía el arco de cupido de su boca, la línea recta de su nariz y la redondez de su frente. Se deleitaba con la dulzura de la niña, con su curiosidad y la alegría que mostraba al descubrir las cosas sencillas a su alrededor.

Cuando Toivo llegó a casa una noche con el periódico en la mano y un ramo de violetas de invierno, nada habría podido prepararla para lo que le iba a pedir.

Le mostró el titular del diario: «El gobierno sueco acepta a miles de niños finlandeses como un gesto de hermandad escandinava mientras la guerra continúa».

—Los niños que se fueron ahí en la primera ola fueron muy felices —le murmuró a su esposa—. No será permanente, solo hasta que acabe la guerra.

—No, Toivo. No —suplicó—. ¿Cómo puedes siquiera sugerir algo así? —Bajo la luz de la lámpara, su rostro mostraba desesperación; su frente temblaba cuando hablaba—. Es nuestra única hija...

—Esta no es vida para nuestra hija. Para nadie. —Se dejó caer en una de las sillas y levantó la pierna sobre un pequeño banco de madera—. Ya no tenemos comida. Los rusos avanzan hacia el oeste. ¡Nuestros soldados están luchando sobre esquís en nuestro patio trasero!

¿Qué tipo de vida es esa? ¡Y nadie sabe cuándo terminará!

—Terminará, Toivo. En algún momento. —Empezó a llorar.

—Las mujeres que se prestan como voluntarias en el pueblo para el esfuerzo de la guerra, las *lottas*, están apuntando los nombres de los niños que enviarán en el *SS Arcturus* en unas semanas. —Hizo una pausa—. Puse el nombre de Kaija en la lista, Sirka —agregó, cubriéndose la frente con la mano.

Antes de que dijera el nombre de su hija, ella supo que Kaija era la única opción, pues no solo era la única niña, sino también lo suficientemente pequeña para olvidarlos. Pero para Sirka sería mucho más difícil. Ninguna madre podía borrar el recuerdo de sus hijos. En particular, el de esta pequeña de cabello blanco que no pedía nada más que el amor de su madre, su leche y la compañía de su osito.

Sirka lloraba todas las noches; las violetas junto a su cama pronto se marchitaron y murieron. Afuera de su modesta casa, los bancos de nieve se amontonaban y el sol brillaba menos horas cada día.

Tres semanas después, Toivo llegó a casa con la mirada baja y los hombros encorvados.

—Una de las *lottas* vendrá a recoger a Kaija para su transporte —dijo con el tono más delicado que pudo.

Ella lo escuchó, sus palabras estaban veladas en un murmullo. Le dio la espalda y sus ojos se fijaron en la ventana.

—El *Arcturus* zarpa el viernes —continuó con tristeza—. Ahora tenemos que dejarla en manos de Dios, Sirka. —La abrazó—. Dios la cuidará mientras esté en Suecia y por lo menos sabremos que ahí estará segura.

Ese viernes ella hizo un pequeño paquete para su única hija. Lavó su único vestido, una batita de cuadros azules con un pequeño cuello blanco, en una cubeta llena de nieve derretida y lo secó al fuego. Dobló dos suéteres y un par de calcetas de lana y colocó un librito de oraciones sobre la pequeña maleta roja. Dentro del libro de oraciones, metió una carta.

Querida Kaija:

Sé buena niña y agradece todo lo que haga tu nueva familia por ti. Por favor, nunca creas que tu padre y yo te abandonamos. Te amamos y solo queremos que estés segura. Tienes tres hermanos que también te extrañarán. Algún día, pronto, cuando acabe la guerra, volverás a nosotros. Te amamos y estarás siempre en nuestro pensamiento y en nuestras oraciones.

Dios te cuidará.
Con amor,
Tu madre, Sirka

Envolvió el libro en un pañuelo y lo metió a la maleta, junto con la única fotografía que tenía de ella: su foto de bodas. Una imagen en blanco y negro de ella y Toivo; llevaba el vestido blanco de su madre y una corona de flores en el cabello.

Por último, se quitó el crucifijo de madera de su madre. Lo sostuvo por última vez en sus palmas; trazó sus bordes con un dedo y presionó el centro liso contra sus labios. Si tan solo su hija pudiera recuperar ese beso, pensó mientras lo metía a la maleta.

Toivo estaba en el umbral de la recámara,

observando a su joven esposa. Se acercó a ella y puso una mano sobre su hombro cuando ella se arrodilló para cerrar la maletita roja de su hija. En su palma podía sentir cómo su esposa se estremecía cuando empezó a llorar en silencio. Ella le suplicó una vez más que no la obligara a enviar a Kaija. Él acurrucó su rostro en el hombro de ella y le rogó que no volviera a pedírselo, porque todo esto era peor que la muerte: enviar a su hija a un hogar, un país, que no conocían. Donde sabían que jamás la amarían como ellos la habían amado, porque era suya.

Cuando Toivo fue a recoger a la pequeña Kaija a la cocina, donde dormía tranquila, a lo lejos las sirenas sonaban y las luces rojas se extendían sobre la nieve con haces escarlata. La joven *lotta* estaba de pie en el umbral, su abrigo y su gorro azul marino contrastaban de manera incongruente con el entorno rústico.

Sirka hundió la cabeza en la almohada, incapaz de soportar el dolor de ver a esta desconocida llevarse a su hija. Pero desde su recámara, escuchó a su pequeña que la llamaba «*Minun nalle karhun, minun nalle karhun*», «Mi oso, mi oso».

Sirka se apresuró a la puerta para darle a Kaija su pequeño peluche y vio los ojos de su hija una última vez. La niñita, al sentir la desesperación de su madre, empezó a lloriquear.

Y a través de su bata de franela, la leche de Sirka empezó a brotar.

7

Karelia, Finlandia
Enero de 1942

Habían reunido a los niños. Confiscaron sus maletas y quemaron la ropa que las madres habían empacado para ellos, por miedo a los piojos. Arrojaron al fuego el vestido y las calcetas de Kaija, pero volvieron a guardar la fotografía, la carta y el crucifijo en la maletita roja con mucho menos cuidado del que tuvo Sirka cuando los puso ahí.

Un médico desnudó y examinó el cuerpecito de Kaija; hizo unas anotaciones sobre su condición física y las integró a su expediente. La vistieron con un nuevo atuendo que había sido donado al programa de esfuerzo bélico y le dieron un nuevo abrigo de lana y una gorra azul marino que hacía juego.

Al igual que los cientos de niños que abordarían con ella el *SS Arcturus* desde Abo hasta Estocolmo, le colocaron una tarjeta de identificación alrededor del cuello con su nombre, ciudad de origen y fecha de nacimiento. Estaba ahí, desconcertada por completo; sus ojos verdes reflejaban miedo y confusión, sus rizos rubios estaban húmedos bajo la gorra de lana.

Rodearon a los niños con una soga blanca larga para asegurarse de que no se separaran del grupo. Sus manitas estaban cubiertas con guantes, sus pies brillaban

con las botas nuevas.

—Vamos —dijo con voz suave una de las *lottas* a la pequeña Kaija mientras abordaban el barco—. Vas a ir a una casa nueva y maravillosa.

En la oscura caverna del vientre del barco, no entendía nada de lo que estaba pasando. Presionaba su osito contra su rostro bañado de lágrimas. Los otros niños lloraban cuando el bote se meció de un lado a otro, las luces de los aeroplanos dibujaban círculos en lo alto, las sirenas sonaban, la proa crujía al abrirse paso en el hielo.

En Estocolmo fue la última niña a la que eligieron. Una niñita rubia con un vestido azul brillante que sostenía un oso de peluche y una maleta roja redonda. Sujeto con un alfiler a su suéter llevaba un pedazo de papel con el nombre «Kaija» escrito en letras negras y claras.

Todas las familias suecas sin hijos que estaban ahí con la esperanza de encontrar a un niño o una niña finlandés, con ojos brillantes y una ancha sonrisa, llegaron y se fueron con un pequeño que correspondía a su deseo. El grupo de niños que había bajado del barco y estaba de pie con su nombre sujeto al abrigo disminuyó hasta que solo quedó una: una pequeña llamada Kaija.

Se quedó ahí sola. Sus ojos delataban su confusión. No entendía el ajetreo de los administradores y las familias a su alrededor, ni el idioma extraño que hablaban. Los hombres buscaban su pluma fuente para firmar los papeles necesarios para que sus esposas pudieran llevarse a casa a los nuevos niños, quienes ahora colgaban de sus brazos, para hacerlos suyos lo más pronto posible.

Solo quedaba una pareja. Como llegaron tarde, se perdieron la selección. El marido fue el primero en advertir a la dulce niñita que estaba ahí sola, asustada,

abrazando a su oso.

—Parece que queda una niña, Astrid —le gritó a su esposa quien, unos pasos atrás, se apresuraba a alcanzarlo—. ¡Qué suerte tenemos!

El hombre alto, delgado y vestido de manera humilde en sus galas de domingo, se abrió paso entre la multitud que partía, hasta que llegó a las cuerdas que habían puesto para contener a los niños. Se había quitado el sombrero y se enjugaba el sudor de la frente cuando se arrodilló para mirar de cerca a la pequeña.

—Sin duda parece muy dulce —exclamó volteando hacia su esposa, quien ahora estaba lo suficientemente cerca para ver por ella misma.

—Parece triste y enfermiza, Hugo. ¡Llegamos muy tarde!

Era evidente que estaba enojada con su marido y su voz era gruñona y seca.

—Mírala, Astrid —continuó señalando a Kaija—. Solo tiene miedo. Está sola.

—Pensé que estábamos de acuerdo en que queríamos un niño.

—Nunca dije eso; cualquier niño estará bien.

—Yo quería un niño. Podemos volver la próxima semana cuando venga el otro barco. La próxima vez llegaremos a tiempo.

Pero su marido ya había hecho contacto visual con la niñita y sintió que sería cruel abandonarla.

—Vamos, Astrid —suplicó—. Creo que una niña nos haría mucho bien.

El coche azul brillante los llevó a casa; el apuesto conductor sonreía triunfante, las dos pasajeras estaban perdidas en una tristeza distinta. La pequeña con el vestido azul sostenía el oso contra su mejilla; sus dos largas trenzas rubias, como dos sogas de paja tejidas,

estaban sujetas tras sus orejas. Ya no lloraba, sus lágrimas se habían secado horas antes en las patas de su oso. Pero ahora la atenazaba el más aterrador de los miedos. No reconocía los dos rostros que se la llevaban. No sabía a dónde iba. Se preguntaba dónde estaría su madre.

Por el gran espejo retrovisor, Kaija podía ver al apuesto hombre que, menos de una hora antes, con una sonrisa, había extendido el brazo para sujetar su manita rosada. A su lado, su esposa miraba por la ventanilla; sus manos pequeñas y venosas se agitaban inquietas sobre su regazo.

Los párpados de los ojos azules de la mujer eran pesados y tristes, sus labios delgados estaban rodeados de finas arrugas. Como un pardillo envuelto en un abrigo café, la boca apretada semejaba de perfil un pico de madera. Miraba a la distancia por la ventanilla, hacia los abedules tragados por la nieve. Su mirada parecía forjada en hielo, sus pupilas lanzaban una escarcha azul grisácea. A tientas se abotonó el abrigo hasta el cuello; sus dedos, rígidos como témpanos, jalaban los ojales.

La pequeña miraba la cabeza de la mujer desde atrás, deseando en su lugar ver el hermoso rostro familiar de su madre. Anhelaba que cuando este largo y sinuoso viaje por fin terminara, su madre la estuviera esperando con los brazos abiertos y la bufanda ondeando alrededor de su rostro pálido.

Deseaba volver a casa con el poder de su voluntad, apretaba con fuerza sus brazos delgados alrededor del osito y recordaba la sensación del abrazo de su madre, la manera en que su cabello rubio se mezclaba con el de ella, su forma de besarla con suavidad en las noches y el olor a aire fresco y nieve derretida de su ropa.

Sin embargo, el olor de su hogar había empezado a desaparecer de su recuerdo. Las ramas de píceas azules y abetos blancos crujían en el fuego. Ahora la envolvía el

olor fresco de la piel de los asientos y de las alfombras espesas. Años después, al ser una mujer adulta de veinte años, la intensidad de este olor la afectaría; cada vez que entraba a un automóvil nuevo se veía como esa niña de apenas dos años de edad sentada en la parte trasera del Volvo 1942, luchando porque era incapaz de articular con palabras sus sentimientos, debatiéndose porque era incapaz de expresar su abrumador sentido de pérdida.

8

Karelia, Finlandia
Enero de 1944

Le había escrito a su hija varias veces, con cuidado de inscribir en los sobres la dirección que la agencia de guerra le había enviado por correo unos días después de que se habían llevado a su hija a Estocolmo.

Sirka sabía que la niña era demasiado pequeña para leer o incluso entender estas cartas. Pero de cualquier manera las escribía, esperando que la familia en Suecia pudiera responderlas, aunque lo hicieran en un idioma que ella no podía entender. Sin importar el número de cartas que Sirka escribió, nunca recibió respuesta.

No obstante, durante casi dos años Sirka siguió escribiendo. Las cartas seguían siendo un diálogo en un solo sentido entre ella y su única hija, la pequeña de ojos verdes a quien aún llevaba en su corazón.

De manera irónica, la vida no había sido más fácil para ellos desde que se llevaron a su hijita. La familia seguía hambrienta y luchando. En los servicios dominicales, cuando Toivo y los niños iban a la iglesia que estaba a unos kilómetros, el sacerdote leía la lista de chicos que habían muerto en la guerra y que no dejaba de acumularse. Ahora que entraban al cuarto año del conflicto, con pocas posibilidades de paz a la vista, Sirka empezó a preocuparse de que, en unos años, sus propios

hijos fueran reclutados.

Le enfermaba pasar frente al cementerio: las hileras de cruces de hierro de las vidas ya perdidas, las flores rojas que crecían bajo la nieve. Todos esos jóvenes, sus padres, aquellos maridos... eran demasiados para contarlos.

Sirka no dejaba de recordar que, pese a la adversidad, al menos su esposo había vuelto vivo del frente. A pesar de sus heridas, tenía que estar agradecida por ello.

Había renunciado a la esperanza de que Toivo volviera a ser el de antes. Antes de la guerra había sido maravilloso: un hombre robusto de risa contagiosa y apasionado por la vida silvestre. Sin mencionar su pasión por ella. Pero no solo había vuelto con una herida física, sino con una todavía más profunda en el alma. Incapaz de pelear al lado de sus camaradas soldados, se hundió en la depresión. Perdió toda su fortaleza física; sus músculos se atrofiaron y la carne colgaba como lino mojado sobre sus huesos. Se sentaba durante horas en la estrecha silla de madera frente a la chimenea; con la muleta recargada en un rincón, sus dedos temblaban a su costado.

Como ahora su marido ya no podía pescar, Sirka y los tres chicos eran los responsables de obtener la poca comida que podían conseguir durante los largos inviernos fríos. Tres días a la semana se ponía los zapatos tejidos de abedul sobre sus pies forrados de piel de reno y se abría paso en la nieve. Llevaba una canasta colgada al hombro y una caña de pescar bajo el brazo.

Su cuerpo se había hecho más fornido el año pasado, pues necesitaba hacer más trabajo físico que cuando Toivo estaba completamente sano. Ahora, en ocasiones, cuando iba a pescar al lago, se ponía la vieja parka militar y el sombrero de él, cuyo color blanco se confundía con la nieve.

Esa tarde fue sola al lago, los niños aún no habían regresado de la escuela. Vestida de blanco, con el cabello rubio metido bajo el gorro forrado de pieles, avanzó entre la naturaleza. Los abedules rizados estaban pesados por la nieve, sus troncos blancos se incorporaban a los altos montículos nevados. Canturreaba para sí misma mientras caminaba por el bosque y alzó el rostro para ver el cielo gris acero.

Caminó con cuidado sobre el lago congelado, sobre el hielo, con pasos tan delicados como los de un venado. Hizo un pequeño agujero para insertar el sedal y meneó el hilo para meter la carnada.

El enemigo debió verla ahí sentada, con la espalda encogida sobre el agujero en el que la línea de pesca flotaba por debajo. Sin embargo, desde atrás parecía un soldado finlandés vestido para pelear.

Abrieron fuego sin dudarlo. Cinco balas rusas la alcanzaron por la espalda. A solo unos metros de donde había dado a luz, su sangre volvía a derramarse de nuevo. Pero esta vez no había cobija; cuando su rostro pálido chocó contra el hielo, no estaba la mano de su amado.

Un grupo de soldados finlandeses la encontró tres horas más tarde. Habían visto el cuerpo que yacía en el lago congelado, vestido con la parka y la gorra blancas y creyeron que se habían encontrado a uno de los suyos.

Pero, al acercarse, advirtieron sus rizos rubios, su nariz delicada, su boca suave y rosada.

—Es una mujer —dijo uno de los soldados con pena en la voz.

Se arrodilló y tomó su pequeño dedo anular. El delgado anillo de bodas brillaba en la luz del ocaso.

La levantaron como si fuera el cadáver de un cisne blanco y la cargaron durante varios kilómetros, hasta la

iglesia. Ahí, el sacerdote la identificó como la esposa de Toivo Laakso, madre de tres niños.

—¿O eran cuatro? —se preguntó en voz alta, golpeando con su dedo delgado el labio rodeado por la barba—. En tiempos como estos —dijo a los tres soldados con la mirada vacía— es difícil que incluso yo recuerde.

9

Lima, Perú
Septiembre de 1968

Samuel Rudin cargaba con su culpa adonde fuera. Tenía pocos recuerdos de Francia antes de la guerra: las imágenes de su madre apresurándose a hacer las maletas y los montones de ropa que no cabían al interior; los objetos de arte que su padre le dijo que dejaran y olvidaran, argumentando que, si era voluntad de Dios, muy pronto tendrían unos nuevos.

Ante sus ojos de niño, ella llevaba un vestido negro que contrastaba con los puños de satén blanco cerrados con un solo botón de perla y el cuello rematado de seda. Podía evocar el sonido de sus pasos que avanzaban con suavidad sobre las alfombras rojo oscuro, sus dedos pasaban por última vez sobre las cortinas que ocultaban París de la vista.

En su recuerdo, su madre se arrodilla y le murmura a él y a sus dos hermanos que no tengan miedo. Lo toma por los hombros y hunde su rostro en su pequeño pecho de niño de cinco años. Cuando se levanta, deja una huella de maquillaje en su overol y rápidamente le ordena que se cambie. La imagen de su rostro surcado por las lágrimas, el débil olor a gardenia en su cuello, siempre lo hacía llorar, incluso a sus treinta y cuatro años.

Nunca supo exactamente cómo su padre había obtenido los pasaportes falsos, pero sabía que sus tías y tíos no estaban de acuerdo con él y se habían negado a ir.

—Nunca llegarán aquí —insistía la tía Rosa—. Además, nuestra familia ha tenido la ciudadanía francesa desde hace más de cien años.

—¡Los judíos alemanes también decían lo mismo! —respondió el padre de Samuel. El golpe de su puño en la mesa hizo un ruido sordo—. ¿Nosotros también deberíamos esperar hasta que estemos acorralados como animales, o peor?

—Probaremos nuestra suerte —dijo el tío de Samuel en voz baja—. Perú está al otro lado del mundo para nosotros. No tendremos nada que hacer cuando lleguemos. No hablamos el idioma, nos tratarán como inmigrantes. Rosa y yo esperaremos para ver qué pasa. —Hizo una pausa, levantó su copa de vino, asintió hacia su esposa y luego al resto de la familia que estaba reunida alrededor de la mesa—. Si las cosas empeoran, podríamos ir después.

—Eres un tonto, Jacob —masculló el padre de Samuel en su copa.

Era evidente que le molestaba la testarudez de su hermano. Y la madre de Samuel miró a la tía Rosa con ojos bañados en lágrimas: «Vengan con nosotros», suplicaban sus iris castaños. Pero Rosa solo sonrió, inclinó la cabeza y con los labios dibujó la respuesta: «Debo hacer lo que mi esposo desea».

Isaac Rudin y su esposa, Justine, salieron de Francia en noviembre de 1939, en un barco de vapor con dirección a Perú con sus tres hijos: Samuel, André y Teo.

—Tendremos una nueva vida, niños —les dijo su padre al abordar el barco en Marsella—. Pórtense bien

—agregó, dando unas palmaditas a cada uno en la espalda—. Los primeros meses serán difíciles para la familia, pero sobre todo para su madre. Así que no le demos preocupaciones innecesarias.

Se acarició la barba y observó cómo la costa francesa desaparecía de la vista. Detrás de ellos, Justine estaba echada en una tumbona, envuelta en cobijas y con las piernas extendidas; sus zapatos negros de piel de becerro cuidadosamente pulidos y brillantes. Incluso con la cobija de lana que tenía encima, Samuel recordaba lo elegante que se veía su madre. Se había maquillado con cuidado, tenía la piel pálida y la boca roja perfecta. Empacó todo en pocos días y dejó muchas cosas atrás. Mientras el barco se alejaba de la costa, no pensaba en sus clósets llenos de vestidos, en su abrigo de armiño ni en el juego de porcelana para veinticuatro personas que había dejado intacto. Pensaba en sus padres, en Rosa y su familia. Fueron ellos a quienes no pudo empacar, a quienes había dejado atrás.

Los Rudin se establecieron en una casa modesta cerca de las rejas de Miraflores, en la ajetreada Lima. Casi todas las semanas, Justine le escribía a su cuñada rogándole que reconsiderara su decisión y suplicándole que convenciera a su marido para que vinieran.

Por la noche dormía mal. Soñaba con sus padres, con Rosa y los otros. Era como si pudiera anticipar el horror que caería sobre ellos, pero era impotente a cientos de miles de kilómetros de distancia.

Trató de convencer a Isaac de que debía actuar, de que debía ser más firme con su hermano Jacob e insistir en que él y los otros vinieran antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué puedo hacer, Justine? —gritó Isaac.

Su cuerpo delgado y tenso parecía un violín cuyas

cuerdas punteaban cada vez que su esposa insistía en que no hacía lo suficiente.

—¡Todos se negaron a venir! Y tus padres... Justine, ellos insistieron en que eran muy viejos para hacer un viaje así —continuó.

Al final, para cuando el hermano menor de Isaac se dio cuenta de que había cometido un error al no irse con su hermano y su familia, ya era muy tarde. Menos de un año y medio después recibieron la última carta de Jacob. Ni siquiera el dinero que Isaac les había enviado fue suficiente para que compraran nuevos pasaportes y el boleto a Perú. Los soldados nazis ya se habían llevado a los vecinos, y quizás en cuestión de horas se los llevarían a ellos. La ironía de la última oración en la carta de Jacob fue demasiada para que Isaac pudiera soportarla.

«Termino esta carta, querido hermano, admitiendo mi locura. Isaac, desearía haberte escuchado. Al final, hermano mío, tenías razón».

Meses después de esto, Justine e Isaac rezaban por recibir otra carta. Pero nada llegó.

—Tenemos que empezar a hacer luto por ellos —murmuró Justine una noche, cuando fue claro que no recibirían más noticias, que eran ciertos los titulares en los periódicos sobre lo que estaba sucediendo en Europa.

La noche que empezaron el periodo oficial de luto, ella rasgó la ropa de los niños, como dictaba la tradición, y cubrió los espejos con pesadas telas negras. Esa noche, mientras ella e Isaac viajaban a la pequeña sinagoga sefaradí para rezar el *kaddish*, los ojos de Justine estaban rojos de tanto llorar. Su silueta espigada parecía demacrada y cóncava. Samuel podía ver que su madre temblaba bajo el vestido negro de crepé; el alto relieve de su clavícula, los dos lóbulos redondos de los que sus perlas colgaban como una cuerda entre dos ganchos.

Su padre parecía derrotado. Su traje pendía de su

cuerpo como lana gastada, como si le faltara la forma necesaria para llenar los tiros y las costuras. El rostro del hombre parecía congelado, como si no pudiera contener la incredulidad de que estaba haciendo luto por una familia a la que no podía enterrar. Sin un sepelio en forma, sin los rituales de la muerte, la inhumación del ataúd y arrojar tierra a la tumba, era tentador creer que podía mantener la fantasía de que su hermano y su familia seguían vivos y seguros.

La culpa consumía tanto a Justine como a Isaac; se alimentaba de sus huesos, cosechaba la luz de sus ojos. Ya no eran capaces de tener una conversación entre ellos. Ni siquiera podían disfrutar la comida.

—Esto no sabe a nada —decía Isaac mientras alejaba el plato—. Tengo mucho trabajo como para comer.

Después dejaba a su esposa y a sus tres hijos y se recluía en su oficina, donde no resolvía ninguno de sus pendientes. Solo miraba fijamente al techo durante horas.

Sin embargo, la madre de Samuel se quedaba en la mesa del comedor hasta que sus tres hijos terminaban de cenar. No se quedaba ahí por algún sentido de deber materno, sino por el estado catatónico en el que había caído desde que llegó la última carta de Jacob. Como su marido, apenas tocaba la comida del plato, y permanecía en silencio cuando entraban los sirvientes al comedor para servir y recoger la vajilla. En las pocas ocasiones que hablaba, Samuel recordaba que siempre era sobre cómo debían estar agradecidos, que sus primos y otros miembros de la familia eran mucho menos afortunados. Sus dos hermanos siempre se quejaban cuando su madre hablaba. Como eran jóvenes, tenían muchas más ganas de meter la comida en su estómago y salir de la casa para reunirse con sus amigos e ir a lugares donde la situación era mucho menos tensa. Pero

Samuel pocas veces se retiraba hasta que su madre se levantaba de su asiento. Pensaba que si se portaba bien, si esperaba con la paciencia suficiente, algún día volvería la madre que había tenido en Francia.

Ese día nunca llegó. Cada mes que pasaba, su madre parecía aislarse cada vez más de él y del resto de la familia. La mujer elegante que se había sentado en ese barco, soñando con los rostros de sus seres amados, había sido reemplazada por un fantasma que hablaba poco y a quien le interesaba cada vez menos su aspecto. Unas arrugas finas surcaban la piel que alguna vez fue de porcelana. Y la sonrisa que conoció de niño se había desvanecido; la había reemplazado una expresión de tensión permanente.

A diferencia de su esposo, quien podía ocultar su dolor, ella parecía abrumada por el suyo. Era como si hubiera preferido morir en lugar de vivir con la culpa de su buena suerte al haber sobrevivido. Y, aunque nunca hablaba de eso en voz alta, su rostro la traicionaba. La piel de sus párpados caía hacia abajo; su boca estaba tensa y sus labios permanentemente apretados. Todos los días, desde que se levantaba hasta que se iba a acostar, se preguntaba por qué había sido su destino casarse con el hermano más listo.

En silencio maldecía a su cuñado por su estupidez. Pero era mucho más dura con ella misma. En verdad creía que de alguna manera, sin importar lo difícil que hubiera sido, debería haber hecho más.

Sus manos ligeras y huesudas se hicieron aún más delgadas. Se las estrujaba tanto que su piel se agrietó y las tenía en carne viva; las venas estaban tan pronunciadas que se podía hacer un mapa con ellas; sus uñas, alguna vez rosadas, ahora estaban manchadas de azul.

Su grueso cabello negro encaneció antes de su cumpleaños número cuarenta, y lo llevaba enrollado

como una viuda, sujeto con pasadores en la parte posterior de su cabeza que parecía la de un gorrión.

Ya no cocinaba, dejaba que la sirvienta preparara las comidas. No comía más que algunos mordiscos, como si tentara al destino para saber si podía sobrevivir.

—Mamá —la llamaba Samuel mientras intentaba subirse a su regazo. Pero ella lo miraba y, en lugar de verlo a él, miraba a su sobrino fallecido, Tovi, quien había nacido la misma semana que Samuel. Y siempre que hablaba decía: «Si Rosa estuviera aquí». El recuerdo de su cuñada, como una sombra, colgaba sobre ella en el aire pesado y húmedo.

A diferencia de la mayoría de las familias, Justine consideraba a la familia de su esposo como la suya. Rosa la había recibido como a una hermana y su amistad era genuina; ella fue la primera con quien habló cuando sospechó que estaba embarazada. Antes que a su madre, antes que a Isaac. Rosa la tomó en sus brazos y le dijo que pensaba que ella también estaba embarazada.

—Tendrán la misma edad —exclamó, y sus ojos negros se llenaron de lágrimas—. Digámoslo a nuestros hombres por separado y dejemos que tengan la alegría de que descubran ellos solos que sus hijos nacerán el mismo mes, ¡quizás incluso el mismo día!

Ambas disfrutaron su conspiración de hermanas y fueron a la cocina para preparar el té de la tarde.

Los niños nacieron con una semana de diferencia y Justine amó a Tovi como si fuera su propio hijo. Después del nacimiento de los chicos, cuando terminó la circuncisión, las dos mujeres confesaron que se sentían como si cada una hubiera dado a luz a gemelos; sus corazones estaban llenos de amor por el hijo de la otra.

Cuando Jacob se negó a irse con ellos, Justine le suplicó a Rosa que tratara de convencerlo.

—Estaremos todos juntos —trató de asegurarle—. Juntos, el viaje será menos difícil, la transición no será

tan dura.

Rosa temblaba, negaba con la cabeza y repetía:

—No puedo influir en su decisión, no soy yo quien las toma. —Rosa abrazó a su cuñada, la envolvió con su chal y la mantuvo cerca—. Te prometo ir si las cosas empeoran. Entiéndeme, debo confiar en mi marido.

Se despidieron en las primeras horas del día en el que partirían. Justine se arrodilló, besó a su sobrino y le acarició las mejillas una última vez.

—Escríbenos —le dijo a Rosa, y trató de ahogar su voz quebrada—. Nos veremos pronto.

Unos metros más allá, Isaac le hizo una seña a Justine para que se apresurara, insistiendo en que no podían llegar tarde. Cuando se acercó al coche, volteó para mirar a su cuñada por última vez. Los pequeños dedos de Rosa le dijeron adiós, sus rasgos estaban tensos como si tratara de evitar el miedo. Años después, Justine se obsesionaba por la última imagen del rostro de su cuñada. A menudo recordaba este momento y se imaginaba corriendo de vuelta hacia ellos tres para arrastrarlos hasta el coche e insistir en que dejaran París. Si tan solo…, pensaba una y otra vez, tanto que ni siquiera en sus sueños tenía descanso. Si tan solo ella e Isaac hubieran hecho más.

Justine sabía que Isaac no se sentía satisfecho de que su intuición hubiera sido la correcta. Sin embargo, era como si ella tuviera que castigarse tanto a sí misma como a Isaac, por la supervivencia de su familia.

—Los dejamos ahí, Isaac. Rosa, Tovi, Jacob, mi mamá, mi papá... a todos ellos. Debimos insistir para que vinieran.

Él guardaba silencio. La barba incipiente era cana en su rostro grisáceo.

—No me hables de lo que debimos haber hecho —

dijo solemne—. Sé cómo me ves cada día, como si yo tuviera la culpa.

—No —le suplicó y empezó a llorar—. Es solo que...

Isaac miró a su esposa tendida en la cama, con el rostro hundido en la almohada. Su largo cabello negro se esparcía sobre el lino, como las plumas de un gran pájaro negro.

—Lo siento, Justine —se disculpó. Su voz se quebraba porque le era casi imposible comunicar su dolor. Extendió el brazo para acariciar la espalda de su esposa—. No debes culparte.

Sintió cómo se le apretaba la garganta; le costaba trabajo lidiar con sus propias emociones y mucho más con las de su esposa.

Se puso de pie y empezó a caminar hacia la puerta. Pero cuando llegó al umbral, colocó la palma de la mano en el marco y dijo con suavidad.

—Yo debí ser más firme. Yo soy el culpable.

En su último año en la escuela de medicina en Estados Unidos, Samuel supo que su madre había muerto. Vivió más tiempo del que cualquiera hubiera esperado, puesto que pasó los últimos veinte años de su vida casada más con sus remordimientos que con su marido, igual de atormentado.

Inspirado en particular por la angustia de su madre, Samuel empezó a publicar artículos sobre la «culpa del superviviente» los meses anteriores, y decidió que en eso quería centrarse durante su residencia en psiquiatría.

Años después, cuando recibió una propuesta para dirigir una clínica de salud mental para supervivientes de tortura y guerra en Gotemburgo, Suecia, se preguntó si podría estar a la altura del empleo. Hablaba cinco idiomas y había escrito de manera prolija sobre el tema. Pero ¿en realidad qué sabía él? Ni siquiera había sido

capaz de ayudar a su propia madre, y ella nunca padeció torturas físicas ni había presenciado de manera directa las atrocidades de la guerra.

Pero siempre recordaría su rostro; su imagen cuando sus padres regresaron de rezar el *kaddish* para la familia a la que amaron y perdieron; el rostro de su madre se parecía al de esas esculturas clásicas en un museo: aún hermoso, a pesar de la grieta que tenía a un costado. Incluso a los siete años tenía el deseo de hacer desaparecer esas arrugas de pena. Cómo anheló tantas veces poder colocar sus manos en los ojos cansados y acariciar su espalda con el semblante resplandeciente que recordaba cuando él era un niño, antes de la guerra. Había tanta tristeza en su propia vida familiar, que lo único que quería hacer era ayudar a quienes habían sufrido.

Quizá, pensó, si tuviera la capacidad de ayudar a una sola persona, entonces todos sus estudios y artículos no serían en vano, y, finalmente, redimiría su fracaso en la infancia al no haber podido salvar a su madre.

10

Santiago, Chile
Febrero de 1966

Octavio Ribeiro nunca esperó ser famoso. La fama llegó, como la mayoría de las cosas, por sorpresa. Pero acogió la oportunidad, no porque tuviera el deseo de ser actor, sino porque pensaba que le proporcionaría los medios para mantener a su amada Salomé y a su hijo que estaba por nacer y, así, ganarse el respeto de sus suegros, quienes lo reprobaban.

Estaba sentado en un café cuando todo empezó. Habían pasado casi dos meses desde que Octavio había hablado con el doctor Herrera y aún tenía que encontrar un empleo. Trataba de acabar sus trabajos finales para la próxima graduación mientras tomaba café y comía una rebanada de pan de limón, cuando advirtió a un hombre que lo miraba fijamente.

El hombre vestía un traje amarillo claro y llevaba la cabeza cubierta con un rígido sombrero de fieltro blanco. Daba sorbos a una copa de jerez; con un dedo golpeaba suavemente el borde del vaso.

Octavio trató de seguir escribiendo, pero el hombre no dejaba de mirarlo. Después de varios minutos, Octavio se levantó y se acercó a él.

—¿Hay algún problema? —le preguntó, claramente molesto.

Sus espesos rizos negros colgaban sobre su frente y sus grandes ojos castaños estaban enmarcados por dos cejas fruncidas.

El hombre extendió la mano y sonrió. Sus dientes blancos brillaron como una hilera de azulejos esmaltados y su mano, con una manicura impecable, colgaba en el aire.

—Soy Juan Francisco de Bourbon.

Octavio no le estrechó la mano y el hombre aprovechó la oportunidad para señalarse con un gesto.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor? —le dijo a Octavio con amabilidad. Octavio asintió—. ¿Va con frecuencia al cine?

Octavio lo miró; sus ojos traicionaban su desconcierto.

—Cuando tengo dinero —respondió.

Juan Francisco observó a Octavio con intensidad.

—Joven, soy sincero cuando le digo que lo he estado observando durante casi una hora, y ahora que veo sus rasgos más de cerca, estoy seguro, sin ninguna duda, de que usted tiene uno de esos rostros extraordinarios destinados a la pantalla.

—¿De qué demonios está hablando? —espetó Octavio.

Por naturaleza desconfiaba de ese tipo de halagos hechos por otro hombre. Ahora, mientras estaba ahí de pie, asombrado por la conversación, empezó a enojarse consigo mismo por haber dejado su trabajo. Su café se enfriaría pronto y su escrito estaba a la mitad.

—Lamento no tener tiempo para conversar. Estoy tratando de trabajar y usted me distrae.

—Por favor, acepte mis disculpas —dijo Juan Francisco, mostrando sus dientes blancos—. Es solo que usted me intrigó, y mi negocio consiste en encontrar rostros como el suyo.

Metió la mano al bolsillo interior de su saco, que

estaba forrado de satén color mostaza, y sacó una tarjeta. Octavio miró su mano inmaculada cuando empujó la pequeña tarjeta de presentación en su dirección:

Juan Francisco de Bourbon
Director artístico
4 59 3765

—No tengo ninguna experiencia en actuación —dijo Octavio—. Soy estudiante de literatura y poesía, no de cine o teatro.

—Es su rostro el que me interesa —explicó el hombre sin rodeos—. Sus pómulos altos, sus ojos grandes... Su cara tiene todo lo que buscamos en la industria cinematográfica.

—Mi novia es mucho más hermosa —insistió Octavio.

—Tenemos demasiadas mujeres que quieren ser actrices. Los estudios me piden que encuentre actores que sean tan apuestos como las actrices que tienen los papeles principales. —El hombre le sonrió a Octavio—. Creo que usted tiene madera de una estrella de calidad. Si lo pulimos un poco, es posible que se convierta en el Cary Grant de Chile.

Octavio negó con la cabeza. Lo que le decía este hombre parecía ridículo e inverosímil. Después de todo, él nunca se había considerado apuesto; creía que su mente era su posesión más valiosa.

—Tome mi tarjeta y piénselo, hijo —dijo Juan Francisco con un tono de voz practicado que casi parecía paternal—. Llámeme si está interesado. —Se inclinó hacia Octavio y dio un último sorbo a su jerez—. Se lo aseguro: el dinero bien vale la pena para averiguar si tiene talento.

Octavio visitó a Salomé esa tarde. Su vientre empezaba a notarse y, en unas semanas, tendría más problemas para ocultar su embarazo.

—¿Tuviste suerte para encontrar un empleo, querido? —le preguntó cuando se sentó a su lado, sosteniendo la mano de él entre sus pequeños dedos.

Se daba cuenta de que ella estaba cada vez más nerviosa sobre su situación y la promesa que él le hizo unos meses antes a su padre.

—Ninguna de las escuelas locales ha respondido a mis solicitudes —explicó en voz baja, mirando fijamente su abdomen abultado.

—Algo se presentará —respondió, tratando de sonar optimista.

—Pero me sucedió algo extraño esta tarde. Un hombre se me acercó y me dio su tarjeta. —Octavio metió la mano al bolsillo del pantalón, sacó la tarjeta de Juan Francisco y se la dio a Salomé.

—¿Qué es esto? —preguntó perpleja—. ¿Director artístico? No entiendo.

—Cree que debería hacer una prueba para la pantalla.

—¡Prueba para la pantalla! —Salomé no pudo contener la risa—. ¿Cree que deberías hacer películas?

La reacción de Salomé solo aumentó la vergüenza de Octavio.

—Sé que suena ridículo, que no tengo experiencia; ni siquiera me interesan las películas, pero dijo que el dinero vale la pena mi tiempo.

—Pero ¿y tus libros, tu poesía... tus clases? —preguntó tranquila—. ¿Te gustaría abandonarlos?

Octavio no respondió. Sentía el peso de la responsabilidad sobre los hombros.

—Quizá pueda volver a eso, pero por ahora debo pensar en tu estado y en la promesa que le hice a tu

padre. Tenemos que casarnos pronto, de lo contrario será muy incómodo para todos.

Salomé sujetó la mano de Octavio sobre su regazo y lanzó una risita para sí misma.

—Pensar que creí que me casaría con un poeta pobre y hambriento ¡y ahora mi futuro marido quizá se convierta en una estrella de cine!

Octavio sacudió la cabeza.

—¿Estrella? No, quizá solo uno o dos papeles pequeños para poder llegar a final de mes. Y quién sabe siquiera cómo salga la prueba... Dudo que tenga talento para esas cosas.

La semana siguiente, Octavio se reunió con Juan Francisco en uno de los estudios cinematográficos más importantes de Santiago. Entre el caos del estudio, lo dirigieron a un área en donde esperaban tres chicas con guiones en la mano.

—Primero, te maquillaremos y tomaremos algunas fotografías solo de ti. Luego tendrás que leer con alguna de las chicas —explicó Juan Francisco mientras hacía algunos gestos con las manos.

Al sonreírle a Octavio, el ala de su sombrero de paja lanzó una sombra sobre su tez morena.

—¡No olvides leer lentamente para sacar el mayor provecho de esos ojos que tienes! —murmuró a su joven protegido mientras Octavio se sentaba en la silla para que lo maquillaran.

Octavio asintió. Estaba nervioso. Sentía un nudo en el estómago. Si no fuera por la presión de estar a la altura de las expectativas de don Fernando y de doña Olivia, jamás habría tenido el valor de hacerlo.

Por suerte, Salomé había practicado con él los días anteriores a la audición. Utilizaron un ejemplar de la biblioteca de *Cyrano de Bergerac* y él ensayó los versos hasta que los aprendió de memoria.

—¡Naciste para esto! —dijo Salomé entre risitas

infantiles—. ¡Quién hubiera dicho que tenías tanto talento! ¡Es una lástima que me escribieras esos poemas y no me los hayas recitado en voz alta!

—Te los recitaré cuando gustes, querida.

Ella le sonrió; tenía la tez radiante por el embarazo y por su imperturbable amor hacia él.

—Cuando vea a la cámara voy a imaginar que es tu rostro —dijo poético—. Te miraré en la lente y fingiré que son tus ojos lo que veo, tu boca temblorosa por un beso, y entonces jamás tendré pánico escénico.

Se acercó a ella y se arrodilló a su lado. Ella pasó los dedos entre sus espesos rizos negros y murmuró su amor inflexible por él en sus pequeñas orejas aterciopeladas.

Ahora, casi siete días después, Octavio se encontraba frente a la cámara. Sostenía el guion en sus manos temblorosas y vio que empujaban la enorme cámara en su dirección.

—¡Empieza con el primer párrafo! —gritó el director.

Indeciso, Octavio empezó. Sin embargo, de alguna manera antes de que pronunciara la segunda estrofa, su nerviosismo desapareció. Sus extremidades dejaron de temblar. Era como si estuviera solo en un jardín con su amada Salomé.

Su voz se fortaleció y sus labios pronunciaban cada palabra a la perfección. Su mirada era sincera y, a través de la lente de la cámara, los planos de su rostro parecían reflejar e irradiar luz al mismo tiempo. Su aspecto era sensual, flexible y lleno de gracia. Gesticulaba sin siquiera pensarlo, como si lo animara un espíritu ajeno a él. El personaje del héroe enamorado parecía hecho a su medida. Sus ojos capturaron la profundidad y desesperación que buscaba el director pero que, hasta ese momento, no había encontrado.

Octavio cautivó a todo el set. Cuando el director

gritó «¡Corte!», todos en el estudio permanecieron en silencio.

El resto es historia. A partir de ese momento, a Octavio Ribeiro lo promocionaron como el Cary Grant de Chile. El nuevo actor protagónico de la nación, su siguiente estrella en ascenso.

El joven que alguna vez estuvo solo en el huerto de naranjos esperando que su amor se reuniera con él ahora estaba solo en un estudio cinematográfico con un atardecer pintado al fondo. Del techo colgaban micrófonos y una cámara hacía un acercamiento sobre su rostro expresivo, mientras Octavio recitaba el guion que había memorizado solo minutos antes.

11

Santiago, Chile
Marzo de 1966

Dos semanas después de firmar su primer contrato con el estudio, Octavio y Salomé se casaron en una pequeña ceremonia en la capilla de la hacienda de su abuelo. Salomé llevaba un vestido de talle alto con escote cuadrado, una mantilla de encaje caía en cascada sobre sus hombros y una guirnalda de flores de azahar decoraba su cabello negro oscuro.

Antes de la boda intercambiaron presentes. Él le había regalado un libro lleno de imágenes de El Fayum, los antiguos egipcios que pintaron sus ojos con líneas de khol negras y espesas. Él le había dado el apodo de «mi Fayum» por sus enormes ojos almendrados de iris castaños y sus espesas pestañas. Cuando lo miraba le parecía ver a una princesa egipcia. La noche anterior a su boda, ella le ofreció un libro de poemas del poeta romano Catulo y le prometió perfeccionar su latín para poder traducirle los poemas cuando estuvieran uno en brazos del otro.

Él prometió que vivirían una vida de amor; el niño en su vientre les recordaba sus votos eternos. Vivirían de manera sencilla y poética. Su unión jamás se quebraría, su vínculo eterno estaría sellado para siempre.

No quería que su trabajo cambiara lo que ya tenían.

No quería que lo cambiara a él. Pero de alguna manera temía que las ruedas del destino ya estaban en movimiento y que poco podía hacer para desacelerarlas.

Firmó un contrato con el estudio para tres películas, y todos sus papeles serían iguales: el héroe romántico que cautiva el corazón de la mujer que estaba destinado a amar.

Con el dinero de su primera película, *Buenos días, Soledad*, Octavio compró una casa enorme para su mujer embarazada en las afueras de Santiago, que las dueñas anteriores, dos hermanas solteronas llamadas María y Magda, habían pintado de rojo. El día que concluyeron la venta, la hermana mayor, María, se acercó a la joven pareja y les rogó que nunca volvieran a pintar la casa; ellas la habían pintado color bermellón como símbolo de su amor no correspondido. Octavio accedió, esperando con eso darles un poco de paz a esas dos mujeres marchitas en su edad avanzada. Aunque la casa perdió su brillo con el paso de los años y ahora era más rosa que rojo brillante, Octavio cumplió su promesa e incluso nombró a la casa, con afecto, la Casa Rosa.

Poco interesada en domar las cosas que estaban destinadas a crecer de manera silvestre, Salomé era mucho menos diligente para cuidar del jardín de las hermanas. La exuberancia y planeación intrincada del jardín que las solteronas habían cultivado con los años cayó en manos de dos propietarios que no tenían paciencia para deshierbar o plantar nuevos bulbos. Si alguna vez florecieron distintas flores cada temporada —peonías en el verano, dalias en otoño—, muy pronto el jardín creció como un bosque encantado con viñas incontroladas que envolvían la cerca y los árboles frutales sobrecargados de un botín ignorado.

Al vivir en ese ambiente bohemio y exuberante, Salomé se dio cuenta de que su energía creativa aumentó durante los últimos meses de su embarazo.

Pintó de amarillo una de las recámaras del segundo piso, usando como inspiración los toques de azafrán que le echaba a la paella. Tejió a ganchillo cortinas blancas con bordes de elefantes y jirafas entretejidos en patrones intrincados.

Doña Olivia llevó la cuna en la que había mecido a su propia hija, y Salomé la pintó con hojas de limonero y limones, inspiradas en su propio jardín, que ahora estaba fragante del aroma de verbenas y rosas.

Por la noche, cuando Octavio volvía a casa exhausto del estudio, sus ojos oscuros por la fatiga y la mandíbula cansada de ensayar su libreto, aún tenía tiempo para envolver a Salomé entre sus brazos y acariciar su vientre abultado debajo del largo camisón blanco. Tomaba su cabeza entre ambas manos morenas y la besaba suavemente en la boca.

—Mi adorada Fayum —le murmuraba—. Dime que nuestro amor será para siempre.

—Nuestro amor será para siempre, mi amor —le susurraba en respuesta, mirándolo con sus ojos castaños, sus pestañas delicadas revoloteaban en la habitación iluminada por la luna.

Luego suspiraba. Su pecho desnudo subía y bajaba en leves ondulaciones.

—Un día, esta casa estará llena de niños y tú y yo envejeceremos juntos.

—Sí —respondía.

Salomé sabía que estas eran las reflexiones nocturnas de su marido. Las afirmaciones que necesitaba para mantener sus horarios frenéticos de ensayos y filmaciones.

Octavio odiaba hablar sobre sus actividades diarias. Pasaba horas en reuniones con distintos publicistas, administradores y productores impacientes. Eso lo avergonzaba. Salomé percibía su tensión. Ella misma temía el final de su primera película, porque sabía que

una vez que el estudio empezara a promocionarla, ella y su esposo tendrían aún menos tiempo para ellos.

Ambos estuvieron de acuerdo en sacar el mayor provecho de los fines de semana, cuando él no estaba ocupado en el estudio. Octavio sugirió que echaran algunas semillas de verduras en el jardín, esperando tener un pequeño cultivo que coincidiera con el nacimiento de su primer hijo. Hizo una mezcla de semillas de jitomate y calabaza y cargó a su mujer embarazada por el jardín trasero que ya estaba en flor, animándola a que arrojara las semillas al aire.

—Eres ridículo, Octavio —dijo entre risitas mientras él caminaba sobre las ramas de fresas y petunias silvestres.

Él la sostenía con fuerza en sus brazos y presionaba su nariz contra la espesa mata de cabello.

—Hueles mejor que todas las rosas de nuestro jardín —dijo.

—Octavio. —Rio de nuevo mientras arrojaba otro puñado de semillas—. ¿Crees que crecerán?

—Por supuesto que crecerán, mi pequeña Fayum.

Se quedó quieto un momento antes de bajar a Salomé. La puso de pie y ahora estaba en medio del jardín. Detrás de ella, las ramas de dos grandes árboles de higo y aguacate enmarcaban su rostro delicado.

—Este es terreno fértil —dijo él, dando unas palmaditas al vientre de ella con el dorso de la mano, y sonrió.

—Quiero sentarme aquí y mirar el atardecer contigo —murmuró ella al tiempo que colocaba a sus pies el costal de yute con las semillas.

Esa tarde, Octavio extendió una gran cobija en medio del jardín. Llevó a Salomé en brazos y la acercó a su pecho. Cuando el cielo se tornó rosa y dorado, y el sol empezaba a ponerse en los Andes, le dijo una y otra vez cuánto la amaba.

Se quedaron dormidos al sonido de los grillos. Despertaron bajo el brillo de las estrellas, las luciérnagas hacían círculos sobre ellos y la luz de la mirada de cada uno irradiaba en la noche.

12

Santiago, Chile
Julio de 1966

Incapaz de salir del set a tiempo, Octavio se perdió del nacimiento de su primogénito. Doña Olivia y don Fernando acompañaron a su hija a la clínica Santa María, en Santiago, y aguardaron nerviosos en la sala de espera conforme pasaban las horas y Salomé padecía los dolores del parto.

Antes de ir en coche a la clínica, doña Olivia llamó por teléfono a su yerno para decirle que el bebé iba a nacer. La asistente del estudio le dijo que Octavio estaba a la mitad de una grabación y que iría tan pronto como terminara la última escena a satisfacción del director.

Sin embargo, Octavio no llegó sino hasta la mañana siguiente, con la ropa del día anterior, sin rasurar y agotado. Se acercó a la cama de Salomé con un ramo de peonías rosas y blancas.

—Lo siento, Fayum... No pude escaparme.

Salomé asintió, haciendo un gran esfuerzo por contener las lágrimas. Incapaz de mirar a Octavio, bajó la mirada hacia el bebé que se alimentaba de su seno.

—Lo llamé Rafael —dijo en un murmullo mientras su pequeñito lactaba.

—Dios sana todo —respondió Octavio, recordando el significado del nombre—. Es hermoso. —Octavio

extendió el brazo para acariciar la frente del niño—. Igual que su madre...

—Por favor, no... Octavio —murmuró Salomé.

Sabía que si seguía hablando no sería capaz de contenerse. Sus ojos seguían enrojecidos por el agotamiento y sabía que, si le decía a Octavio lo decepcionada que estaba, no podría dejar de llorar.

Deseaba decirle que no podía recordar la última vez que se tomaron de las manos; que esas noches en que se habían quedado dormidos en el jardín, bajo el dosel de las estrellas, parecían muy lejanas. Se preguntó si siquiera había advertido que su jardín ahora tenía áreas donde crecían jitomates y calabazas. Aparecieron tan solo unas semanas antes, pero no pudo cosecharlas porque tenía que quedarse en cama. Ahora imaginaba que las verduras se estaban echando a perder en sus tallos.

Quería preguntarle cuáles eran ahora sus prioridades. Quería castigarlo por no salirse de esa tonta película para llegar a su lado, como siempre le prometió. Pero hacía tiempo que sabía que el nacimiento de su hijo coincidiría con las escenas finales de la película y que su esposo no podría controlar sus horarios, sin hablar de la dirección de su vida en este momento.

Lo extrañaba, echaba de menos los momentos de tan solo un año antes. Había soñado que cuando naciera su hijo él estaría a tan solo unos pasos fuera de la sala de parto.

Ahora, como su vida estaba cambiando tan rápido, ella anhelaba que algo fuera constante entre ellos.

—Mi amor es constante —le decía él una y otra vez cuando ella formulaba su inquietud y el deseo de que su poeta volviera.

—¿No podemos al menos escaparnos un fin de semana antes de que llegue el bebé? —le había preguntado más de una vez.

—Esto solo será poco tiempo, Fayum —respondía, tratando de tranquilizarla—. Cuando termine la película nos iremos... solos tú y yo.

Pero ella sabía que eran palabras ingenuas. Octavio estaba comprometido con dos películas más, por lo menos, después de *Buenos días, Soledad*. Y ella tendría al bebé para esas fechas. Yo no sería más «solos tú y yo».

—Plantaremos un huerto de naranjos —prometió él antes de quedarse dormido—. Escribiré más poemas cuando tenga más tiempo libre —murmuró.

Ella nunca dijo en voz alta que sabía que nunca sucedería. Que ya podía anticipar las responsabilidades de la maternidad y prever cómo respondería él a las responsabilidades de la paternidad.

De alguna manera, las presiones del destino se habían apoderado de estas dos personas que siempre creyeron que estaban destinadas a una vida sin complicaciones, basada solo en el amor.

Pero si bien Salomé podía ver que las decisiones que tomaba Octavio afectarían su relación, parecía que su esposo seguía conservando el ideal de que, un día, todo volvería a ser como cuando la cortejaba. Pensó que era ingenuo, pero bien intencionado. Solo esperaba que un día no despertara y se arrepintiera de haber tomado un camino cuyas consecuencias no estuviera preparado para afrontar.

13

Gotemburgo, Suecia
Marzo de 1969

Samuel Rudin no estaba preparado para el invierno escandinavo. Extrañaba el sol de Perú. Extrañaba las montañas. Odiaba levantarse en las mañanas y ver la oscuridad. Casi todas las noches, mientras estaba acostado en su cama con los ojos cerrados y los puños apretados a los costados, tiritaba hasta quedarse dormido. En su mente, contaba los días hasta el verano.

Su departamento, un lugar modesto enclaustrado en el pueblo viejo en la ribera sur del río Göta, era solitario y exiguo. Y cuando regresaba ahí después de atender a sus pacientes, los refugiados políticos que habían llegado a Suecia con la esperanza de una vida mejor, se calentaba una taza de agua, le agregaba una cucharada de Nescafé y se echaba en el sofá. Con frecuencia su mente vagaba a los pocos recuerdos que tenía de París, el largo viaje a Perú, el deterioro de la salud mental de su madre y la depresión que se cernió sobre su familia como una enorme tela de duelo. Veía su vida como piezas de un rompecabezas, ciertos eventos desarticulados de la configuración principal. A menudo no sabía qué hacer con los recuerdos cuyos bordes no eran claros y regulares, los que no se ajustaban a la imagen que él quería tener en su mente.

En la escuela asistió a psicoanálisis, donde los papeles se invirtieron y se vio obligado a ser el paciente. Al principio no podía separarse del médico que era. Podía escucharse responder a las preguntas de manera que revelaba muy poco de sí mismo, como si tuviera miedo de decir algo que pudiera señalarlo como un mal candidato para la residencia de psiquiatría. Pero después de algunas sesiones, su analista le dijo que le convenía ser honesto.

—Todos los estudiantes creen que pueden ser más listos que su psiquiatra —le dijo a Samuel con un pronunciado acento de Baltimore—. Pero créeme: si en verdad te interesa la psiquiatría, tendrás que ir al fondo y reflexionar sobre tu propia vida y las razones detrás de todas tus elecciones. Al final, te hará un mejor médico, te lo aseguro.

En un principio fue difícil para Samuel hablar de su infancia. Había eventos que empujó al fondo de su memoria, como la vez en que tenía nueve años y regresó a casa de la escuela con mucha hambre. Como no pudo encontrar a ninguna de las sirvientas, fue a buscar a su madre; cuando la encontró, ella se hacía pequeños cortes en las muñecas.

La residencia de la familia en Miraflores no era particularmente vasta. Su característica más grande era la escalera de espiral que comenzaba en el modesto vestíbulo y caracoleaba hasta el descanso del segundo piso, donde las recámaras de la familia se escondían detrás de las pesadas puertas de teca. Al final del largo pasillo, a la izquierda, se encontraba la habitación de los padres de Samuel; caminó en silencio hasta ahí, pensando que quizá su madre, quien a menudo hacía siesta en las tardes, estaba dormida.

Recordaba que había encontrado la puerta

entreabierta, que la empujó en silencio, con cuidado de no despertarla. Pero no la encontró acostada en su enorme cama con dosel, como imaginó, sino frente al tocador. Su camisón caía descuidado de un hombro, su espalda estaba curvada como un arco sobre un par de manos frágiles y temblorosas.

En su recuerdo, la ve de perfil. Ella estaba sentada frente al tocador de palo de rosa; el espejo de tres paneles reflejaba su silueta en un caleidoscopio de ángulos. Su cabello negro, ahora canoso, se amontonaba detrás de un pañuelo rosa que envolvía con fuerza su cabeza pequeña y delicada.

Hurgando en su memoria, se daba cuenta de que siempre creyó que su madre era la mujer más hermosa. Que podía aceptar su deterioro mental con más facilidad que la decadencia de sus encantos físicos. Para él, ella siempre sería la hermosa francesa, con el lápiz de labios perfecto, la del traje negro de terciopelo con puños de satén blancos. No la que dependía de pastillas para dormir, no la que ahora usaba batas que le quedaban grandes. La de París, hacía mucho tiempo.

Pero ahora volvió el recuerdo de estar de pie en el umbral y ver que la espalda de su madre se estremecía bajo el camisón de satén como la rama frágil de un viejo roble; las botellas de perfume esparcidas sobre el tocador y los cajones en desorden.

—¿Qué viste? —le pregunta el terapeuta a Samuel.

—No vi nada hasta que ella volteó y me miró. Su rostro estaba marcado por el maquillaje que escurría, su pecho apenas estaba cubierto por el cuello acolchonado de la bata. En una mano tenía la navaja de afeitar de mi padre. En la otra, vi una pequeña línea de sangre que bajaba por su muñeca.

—No creo que estuviera tratando de suicidarse, pienso que solo intentaba aliviar su dolor.

Samuel hizo una mueca.

—Recuerdo que cuando llegó el doctor, le vendó las muñecas y la sedó. Lo escuché hablar con mi padre, le dijo que esta vez la familia había tenido suerte, que ella estaba dando señales para pedir ayuda.

—¿Y recibió ayuda?

Samuel guardó silencio un momento. Empezaba a sentir pegajoso el diván de vinil bajo su cuerpo. La terapia lo estaba agotando.

—No. —Hizo una pausa y lanzó un suspiro—. Mi padre creía que era mejor mantener ese tipo de «ayuda» entre la familia y los sirvientes. Tenía miedo del estigma que podría causar a la familia.

El doctor agitó su lápiz en el aire.

—¿Qué piensa tu padre sobre tu decisión de estudiar medicina psiquiátrica?

—Es indiferente, supongo.

—¿Indiferente?

—Bueno, nuestra relación ha sido tensa desde que murió mi madre, cuando no participé, junto con mis dos hermanos, en el negocio familiar en Perú. Creo que siente que no tiene mucho que hablar conmigo.

»Yo no quiero hacer textiles ni preocuparme de si llegará a tiempo un embarque o si los costos de producción son correctos —continuó Samuel, acomodándose en el diván—. Me parece tedioso y aburrido. Quiero ayudar a la gente. Así de sencillo.

—¿Sencillo? —interrogó el analista en un intento por hacer reflexionar a este joven residente de psiquiatría—. Creo que la razón por la que te interesa ayudar a la gente, en particular si consideramos tus antecedentes familiares, es todo menos sencilla.

Aquellos días en que se recostaba en el diván del analista habían terminado, y por fin Samuel se encontró donde siempre quiso: en un consultorio dedicado a

ayudar a las víctimas de la guerra. La mayoría de sus pacientes habían llegado a Suecia debido al entorno político inestable en sus países, como Argelia y Checoslovaquia. Algunos de los más viejos eran judíos polacos que habían pasado los últimos veinticinco años sin hablar con nadie, ni siquiera con sus hijos, sobre los años que pasaron en los campos de concentración. En el fondo, Samuel esperaba encontrar a un judío francés, alguien que pudiera saber qué había pasado con sus abuelos maternos y con la familia de su tío, como si esta información de alguna manera apaciguara algo en su interior. Sabía que esto había sido lo que destruyó a su madre poco a poco.

Pero Samuel no tuvo esa suerte. La comunidad de inmigrantes era pequeña y la mayoría de sus pacientes eran supervivientes más recientes de países que él nunca había visitado.

Se dio cuenta de que uno jamás se acostumbra a escuchar historias de tortura. Sin embargo, la fortaleza de la voluntad humana no dejó de sorprenderlo. Aprendió a confiar en su intuición y a guiar a sus pacientes hasta los recuerdos que habían negado durante años.

Con frecuencia, con solo ver el rostro de un nuevo paciente Samuel podía medir el grado de su tortura. Era irónico que las mujeres que parecían más serenas, las más frívolas, en general eran las víctimas más atormentadas. Ellas eran quienes guardaban todo en el fondo de sí mismas, sin decir una sola palabra de su violenta tortura, de las violaciones que mantuvieron en secreto durante años. Si las hubiera pinchado con una aguja, no habrían hecho un solo ruido. Así de profundo era el dolor para ellas.

Se sentaba y hablaba con sus pacientes en una habitación de paredes blancas con algunos cuadros de paisajes inocuos cuyo propósito era tranquilizar.

Hablaba cinco idiomas: francés, español, inglés, alemán y sueco, que no era perfecto, pero estaba mejorando. Sobre todo, estaba ahí para escuchar. Pero también para guiarlos a través de sus recuerdos para que pudieran seguir con su vida y aprender a reconciliar las atrocidades de su pasado.

Al principio era escéptico sobre su posición. Hablaba un sueco limitado y sabía poco de las costumbres o del país. Pero a su llegada, y después de los primeros días de trabajo, Samuel se dio cuenta de que el hecho de ser extranjero era una ventaja. Cuando un inmigrante entraba a su consultorio y veía que el doctor también era forastero, se relajaba.

No había manera alguna de que confundieran a Samuel con un sueco, quien a todas luces era un judío sefaradí. De sus padres había heredado su aspecto moreno. Su piel era morena clara, el cabello oscuro y su rostro delgado tenía una intensidad natural.

En Perú se mezcló con el tono de piel local, aunque los rasgos de los nativos eran mucho más indígenas que los del español típico. En Suecia se sentía como una sombra que caminaba por las calles; sus rizos sobresalían en el océano de cabello rubio. Su frente prominente, los grandes ojos oscuros y la pequeña nariz curva a menudo lo hacían consciente de sí mismo. Las pocas semanas que había pasado en Estocolmo habían sido una experiencia por completo distinta para él. Ahí conoció a estudiantes de casi todos los países que se reunían en las calles y los cafés, con una energía cada vez más intensa, donde las filosofías de izquierda flotaban en el aire.

Pero Gotemburgo era tranquilo. Los cafés estaban llenos de parejas que bebían té y comían pastelillos; los bares estaban repletos de hombres de negocios y sus hijos. Samuel rara vez salía después del trabajo; prefería volver a casa y tomar su Nescafé a solas.

Una tarde soleada, Samuel observó a una hermosa joven cerca del parque de la ciudad. Llevaba con él una de sus revistas médicas y una bolsa de papel de estraza con semillas para alimentar a los pájaros. Ella estaba sentada sola; era una chica esbelta, envuelta en una bufanda de terciopelo azul.

Samuel se sentó junto a ella. Las palomas grises a sus pies picoteaban sus pesados zapatos color café, las semillas se habían juntado alrededor de la banca.

—Debiste arrojar las semillas lejos —dijo ella, mirándolo.

Samuel tartamudeó al ver los brillantes ojos verdes de la chica.

—*Du har rätt*... —trató de decir en su mal sueco—. Tienes razón, debí hacerlo.

Ella lanzó una risita y se acomodó la bufanda para cubrir su barbilla y mostrar su cabello rubio; su rostro estaba enrojecido por el viento.

Él se dio cuenta de que ella tenía un bloc de dibujo a su lado y le preguntó si era artista.

—Soy estudiante de posgrado —respondió tímida —. Estoy haciendo una especialidad en Bellas Artes.

Él se inclinó y trató de alargar el cuello en dirección del bloc de dibujo, esperando que ella lo abriera y le mostrara su trabajo. Vio cómo retorcía las manos sobre el regazo; sus dedos estaban enguantados en lana suave.

—A menudo vengo aquí a dibujar. A veces me cruzo con un rostro interesante o una postura poco común que no podría tener con un modelo en la clase. —Señaló a un niño pequeño que estaba sentado a unos metros de su madre, sentada a su vez en una silla plegable—. Nunca podría encontrar a un niño que juega de forma tan natural, a menos que me siente aquí.

Sacó un carboncillo de su estuche y dibujó el contorno del niño en cuclillas. En unos pocos trazos capturó el arco de su espalda, la extensión de su mano cuando arrancaba unas hierbas.

—¿Quizá podría invitarte un café cuando termines de dibujar? —preguntó Samuel.

Ella estuvo de acuerdo, a condición de que él le permitiera hacer su retrato.

Durante el café, ella sacó su bloc de dibujo y le mostró el contenido.

Samuel estudió con cuidado cada página. Había bocetos ejecutados por completo en carboncillo; otros eran a lápiz, detallados y elaborados. Pero su favorito fue un autorretrato.

Sin duda era ella. Podía ver el rostro de manera tan clara como ahora que estaba sentada frente a él. Había dibujado la forma del rostro a la perfección, los pómulos altos, la mirada avispada e intensa. Pero lo que le pareció particularmente interesante fue cómo se había retratado a sí misma. Era obvio que se había dado atributos físicos de una mujer, pero contrastó esas cualidades con accesorios que parecían infantiles. En primer lugar, el abrigo que dibujó era como el que usaría una niña: un cuello pequeño con muescas, cuatro botones redondos, dos en cada hilera, y tiro de campana. Y en lugar de sujetar un bolso de mano, se había representado con una pequeña maleta antigua, demasiado pequeña para un adulto. Y sobre la sombra del lápiz, coloreó la maleta completamente de rojo.

Samuel tocó la esquina del dibujo y volvió a mirar a la mujer esbelta sentada frente a él.

—Este es mi favorito —dijo, golpeando la página con el dedo.

Ella pareció tensarse cuando él habló del dibujo,

como si al hablar del retrato tocara algo en su interior que ella no quería que perturbaran.

Después de varios segundos de silencio entre ellos, ella le quitó el bloc y lo cerró.

—Tienes un ojo perceptivo; nadie ha hecho un comentario sobre ese dibujo antes. Ni siquiera mi consejero.

—Me atraen las cosas que tienen historias detrás.

Ella se removió en su asiento y trató de cambiar el tema a algo menos personal; sacó su estuche de lápices y lo puso sobre la mesa.

—Prometiste que si tomábamos un café posarías para mí.

—Bueno, tengo toda la intención de cumplir mi promesa. Solo dime qué se supone que debo hacer. —Samuel hizo una pausa—. Y, por supuesto, tendrás que decirme tu nombre.

—Soy Kaija Sorenson —dijo, extendiendo la mano.

—Es un honor conocerte, Kaija. Soy Samuel Rudin.

Ella le sonrió con dulzura.

—Bueno, Samuel, necesito que te quedes completamente quieto.

Samuel lanzó una carcajada.

—Quizás encuentres un mejor modelo en ese niño que está allá.

Giró y señaló a un bebé que dormía en una carriola cerca de la entrada del café.

—No. Tengo la intención de dibujarte a ti —respondió, sacando un lápiz de su pequeño estuche de aluminio.

Trazó primero el contorno, eligiendo retratarlo de perfil, con la barbilla ligeramente inclinada.

Casi media hora después, cruzó los brazos contra su pecho y negó con la cabeza.

—No está bien. —Arrancó la página del bloc y la hizo bolita—. Necesito empezar de nuevo.

Samuel estiró la espalda un segundo.

—Esto de modelar no es fácil, ¿sabes? Tendrás que prometerme que me acompañarás a cenar antes de posar para otra sesión.

Kaija rio.

—Muy bien. Pero esta vez hagámoslo contigo sentado de frente a mí. —Samuel acomodó su silla—. Sí, exacto, así puedo ver tus rasgos con más claridad.

En esta posición, Samuel podía mirar a Kaija sin dificultad.

—Podría acostumbrarme a esto —exclamó coqueto.

Ella apartó la mirada de su bloc de dibujo y le sonrió. Él la imaginó de niña en ese abrigo de cuello con muesca, con la pequeña maleta de piel sobre sus rodillas, y se preguntó qué tipo de historias encerraría dentro de sí esta hermosa joven.

14

Gotemburgo, Suecia
Abril de 1969

Por fin Samuel tenía a alguien con quien compartir su tiempo libre. Su primer invierno en Suecia empezaba a dar paso a la primavera y se alegró al ver los botones de tulipanes. Desde su primer encuentro en el parque, Kaija y él empezaron a pasar casi todo su tiempo libre juntos.

Antes de conocerla, Samuel no se había dado cuenta de lo solo que había estado. Ahora, con ella, sentía como si hubiera vuelto a nacer. Planeó veladas decadentes para compensar sus difíciles días de trabajo. Hizo reservaciones en restaurantes caros donde nunca antes pensó que podría comer. La llevó a mirar las estrellas y le hizo el amor en el balcón, sin importarle que los vecinos los vieran o se despertaran por el ruido.

Cuando estaba solo la extrañaba. Cuando estaba con ella, no podía pensar en nada más que posponer su partida. Se imaginó acurrucado a su lado, sosteniendo su rostro como el de un pájaro cerca del suyo (¿le recordaba a una pequeña golondrina?), sus dedos delgados hundidos en los rizos oscuros de él.

Se ponían de acuerdo para verse varias veces en la semana, pero incluso eso le parecía muy poco. A menudo pedía más platillos en un restaurante porque Kaija era tan delgada y frágil que él quería asegurarse de

que siempre tuviera suficiente para comer al día siguiente.

Le encantaba verla, pero lo evitaba porque, durante los breves momentos en que ella bajaba la mirada hacia el borde de su tazón de sopa o hacia un peatón en la calle, era incapaz de controlar la intensidad de su mirada.

Nunca había visto a una mujer tan luminosa como ella. Tenía una apariencia frágil y parecía mucho más joven de lo que era, una pequeña gacela con huesos delicados y ojos inolvidables.

Sin embargo, Samuel sabía que había algunas cosas a las que tenía que acostumbrarse. Desde la primera vez que vio el pequeño crucifijo de madera alrededor de su cuello, lo invadió una ola de náusea. Esos símbolos religiosos tenían la capacidad casi innata de ponerlo nervioso. Solo después de que tuvieron más intimidad, él extendió el brazo y lo tomó por debajo de la blusa de ella, sintió en su mano los ángulos definidos y lisos de la madera.

—Era de mi madre —le dijo ella.

Samuel pensó que era extraño que hablara en un murmullo. Tocó el crucifijo con sus dedos delgados y pálidos antes de volver a meterlo bajo su blusa.

—Es una de las pocas cosas que tengo de mi familia finlandesa. Un crucifijo y un libro de oraciones. Nunca me lo quito, aunque no sea religiosa.

Él advirtió que el cordón de piel del que colgaba parecía quebrado y desgastado. No era una pieza de joyería particularmente atractiva, pensó, tratando de ser objetivo y sin meter sus propios prejuicios religiosos. El crucifijo era pesado y masculino, casi rústico. Pero sabía que el sentimiento que ella tenía por él era dulce y entrañable.

—Soy lo que llaman una niña de la guerra finlandesa —explicó con voz baja y plana.

Llevaban un rato sentados en el parque, bajo la luz de la luna; ella parecía, más que de costumbre, una niña abandonada. Su cabello delgado y rubio estaba sujeto en un chongo flojo, y sus ojos verdes se abrían grandes por la concentración.

—Es un epíteto horrible, ¿verdad? Pero así nos llamaban, una nota a pie de página en los libros de historia: «Más de 70 mil niños finlandeses fueron enviados a Suecia durante la guerra, por seguridad y con la perspectiva de tener una infancia mejor» —dijo Kaija, dibujando las comillas con los dedos, pero su rostro de pronto se volvió serio otra vez—. Casi todos los niños volvieron a sus familias originales cuando la guerra terminó, ¿sabes? Pero yo no.

Él tomó con firmeza la mano de Kaija cubierta por el guante.

—Supongo que sí regresé una vez, pero fue temporal. No un «verdadero» regreso.

Suspiró y presionó su nariz contra el hombro de él. Por su boca salían nubes de vapor.

—Es una larga historia que mejor guardo para otra noche —continuó. Alzó la vista hacia él y dibujó una débil sonrisa.

Él asintió con cariño y extendió su mano.

—Vámonos a casa —dijo ella.

Se levantó de la banca y Samuel, de nuevo, se asombró por lo pequeña que era Kaija comparada con él. Su cabeza le llegaba al hombro. La tomó de la mano y señaló la belleza de las luces de la ciudad.

—Nunca me ha importado mucho la vida de la ciudad —murmuró ella, sujetando con fuerza el brazo de él—. Supongo que prefiero el bosque y los lagos... —Su voz se quebró—. Sobre todo en invierno, cuando están cubiertos de hielo.

15

Santiago, Chile
Noviembre de 1966

Ni Octavio ni Salomé podrían haber anticipado el éxito de *Buenos días, Soledad*.

«Nunca antes habíamos visto a un actor que diera a sus personajes tanta sensualidad, tanta intensidad psicológica», elogiaban los críticos de *El Mercurio*. «¡Somos afortunados de tener un rostro que muestre el alma chilena!», presumían los reseñadores en la radio.

De la noche a la mañana había clubes de fans en su honor; los espectaculares mostraban su imagen y llovieron invitaciones para un evento tras otro.

Los publicistas de la radio le rogaban que hiciera comerciales; las mujeres esperaban afuera de las rejas del estudio a que pasara su coche y se lanzaban a medio camino de la limusina. Casi una semana después del estreno de la película, los estudios le ofrecieron otro contrato para seis películas más, con un sueldo que ni en sus sueños más locos hubiera creído posible.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó a su esposa, quien estaba ocupada con su bebé.

A Rafael le empezaron a salir los dientes temprano, y aunque ahora ella contaba con la ayuda de un ama de llaves, estaba al borde del agotamiento.

—No puedo responder eso por ti, Octavio. Siempre

he pensado que cada uno es responsable de sí mismo en la vida. Debes decidir qué camino quieres crear para ti mismo.

—Tengo que pensar en ti y en el niño, Salomé. Esta vida no se limita solo a mí.

—Después de repartir las regalías de esta película, cuando termines las otras dos películas de tu contrato, tendremos suficiente dinero para varios años.

—No estoy seguro de eso —respondió Octavio rascándose la cabeza.

El tema del dinero lo agobiaba con facilidad. No tenía idea de cuánto dinero era necesario para ofrecerle a su familia el tipo de vida que él nunca tuvo de niño.

—Estoy seguro de que mi éxito solo será temporal. Quizá solo tengo dos o tres años hasta que me reemplacen.

Octavio intentaba ser realista. Trataba de convencerse de que este tipo de vida no duraría. Esperaba que, al final, algo tomara la decisión por él, que su carrera llegara a un punto en el que no habría más películas y podría volver a su vida de poesía sin sentirse culpable.

Sin embargo, ahora solo quería asegurarse de que su familia tuviera estabilidad financiera. Necesitaba sentir que era, sin lugar a dudas, un «buen proveedor», y que el padre de Salomé pronunciara su nombre con respeto, no con el menosprecio con el que le había hablado cuando se conocieron.

De este modo, Octavio firmó el segundo contrato. Se levantaba cada mañana y besaba a su esposa en la mejilla, solo para volver a casa muy tarde cada noche, exhausto. Trató de mantener un perfil bajo dentro de su nueva fama; solo daba las entrevistas que los estudios le pedían y asistía únicamente a los estrenos de las películas en las que participaba. Pero a veces no podía evitar compromisos y pasaban varios días antes de que

pudiera volver a la Casa Rosa.

Seis meses después de *Buenos días, Soledad* se estrenó su segunda película, *Escapando de un sueño*. De nuevo, las críticas fueron espectaculares y la asistencia a las salas de cine, sin precedentes.

Pero Octavio seguía insatisfecho con su éxito. Odiaba decir un guion en el que no creía. Detestaba ensayar la misma escena una y otra vez solo porque uno de sus colegas no había logrado memorizar el libreto.

Algunos días, cuando no tenía más remedio que quedarse sentado en la silla del estudio, fantaseaba sobre su vida, como había sido cuando era estudiante. Apenas tenía veintidós años y su vida de cuando escribía poemas a la luz de las velas le parecía muy lejana.

Sus noches con Salomé seguían siendo la mejor parte de su día. Entre escenas, siempre trataba de llamar por teléfono a su esposa, porque Octavio era consciente de que a las nueve de la noche, cuando generalmente llegaba a casa, estaba muy cansada de haber cuidado al bebé.

Pero ella le permitía que la abrazara contra su pecho y acariciara su largo cabello negro. Si Rafael dormía profundamente, a veces él subía el fonógrafo, ponía el volumen bajo y extendía la mano hacia ella para que bailaran uno o dos tangos en la privacidad de su recámara.

Salomé sabía que las horas interminables que su esposo pasaba en el estudio lo estaban agotando. Y se había acostumbrado a su renuencia a hablar de eso. Pero también pensaba que fue él quien eligió firmar la extensión del contrato.

Aun así, odiaba verlo tan cansado e infeliz.

Octavio trató de interpretar los personajes que le asignaban de la mejor manera. Las películas que protagonizaba representaban dramas psicológicos importados de Francia e Italia.

—Son guiones de segunda —se quejaba Octavio—. ¡A los escritores europeos no les preocupan estos ridículos melodramas románticos! —gruñía con Salomé durante el café y el churro de la mañana.

Las mujeres del elenco eran caricaturas, personajes escritos en una sola dimensión, cuyo único propósito era alardear de las proezas de fortaleza emocional del protagonista, a quien Octavio interpretaba invariablemente. Su apariencia física le parecía poco interesante. Su cabello negro nunca era tan lustroso o grueso como el de Salomé. Sus ojos eran planos y desprovistos de la profundidad que él reconocía en los de su esposa desde lo alto de un balcón, a 25 metros de distancia.

Para Octavio, las tramas eran tontas y superfluas. Acababa de recibir el guion de la tercera película, *Siempre Carmen*, en la que debía interpretar el objeto del afecto de una mujer mayor.

Sabía que estaba dejando afuera de su vida diaria a su esposa. Sabía que incluso después de su día agotador con el bebé, seguía intentando tener algunas horas disponibles para poder consentirlo. Pero él no había podido abrirse y decirle lo que en realidad sentía sobre el rumbo que estaba tomando su vida. Pensó que quejarse de eso podría parecer poco viril. ¿No habían sufrido los hombres durante generaciones en empleos mucho menos glamorosos que el suyo? ¿Y no habían trabajado duro por sueldos mucho menos lucrativos? En cierto sentido, sabía que debería estar agradecido porque ahora Salomé y Rafael no carecerían de nada. En unos meses, cuando su contrato empezara a redituarle regalías, habría poco que no pudiera darle a su familia. Aunque no estuviera satisfecho en el plano intelectual, tendría que encontrar algún tipo de satisfacción en el hecho de que nadie, ni siquiera el doctor Herrera, podría decir que no les había ofrecido la mejor vida posible.

16

Santiago, Chile
Enero de 1970

Conforme la carrera de Octavio se hizo más demandante y Salomé se embarazó del segundo y luego del tercer hijo, con frecuencia buscaba la comodidad de su familia durante el verano. La casa, situada justo fuera de Talca, había sido propiedad de la familia durante siglos, y Salomé amaba ir ahí, respirar el aire fresco y pasar tiempo con su madre.

El viaje en tren de Santiago a Talca no era largo, pero Salomé siempre preparaba unos sándwiches y pastelillos para Rafael y sus hermanitas, Blanca e Isabel. Se sentaban con la nariz presionada contra el vidrio; su asombro infantil se reflejaba en los barandales de latón del compartimento de pasajeros del tren.

Su abuela los esperaba en el andén. Llevaba el cabello rubio natural, poco común, retorcido como un churro y su rostro se escondía bajo la sombra del ala de su sombrero de paja. Rafael era lo suficientemente grande como para correr hacia ella, hundir su mejilla en su costado y oler el aroma a mazapán que siempre se aferraba de manera dulce a sus palmas.

La familia Herrera había conservado el mismo carruaje durante más de cien años, y Salomé no podía

evitar sonreír al observar la alegría en el rostro de Rafael cuando veía que los esperaba ahí en la estación. Ella hacía lo mismo cuando era niña.

A lo largo de todos esos años habían cuidado el carruaje como si fuera una joya familiar. El exterior estaba pintado de color verde bosque, el techo negro estaba pulido y sujeto a la perfección. Pero el interior era lo que Rafael amaba más: era de color caléndula triturada. El tapiz de piel amarilla olía a pulido y a aceites naturales. Cuando el chofer levantaba el pequeño cuerpo de Rafael para meterlo, su corazón estallaba de alegría. Aquí se sentía rey. Su padre se reuniría con ellos la semana siguiente, así que él era el hombre de la familia durante el breve momento que tardaría el carruaje en llegar a la hacienda. Su abuela, su madre y sus dos pequeñas hermanas lo rodeaban y se afanaban a su alrededor con su plática femenina. Pero él, con el techo de damasco sobre la cabeza y la estrecha ventana cerca del rostro, estaba lleno de asombro.

Los caminos que llevaban a la hacienda eran estrechos y sin pavimentar, caminos provinciales en los que el polvo subía por las ruedas del carruaje como nubes de vapor café. Las cabezas de las mujeres se balanceaban de un lado a otro, sus hombros golpeaban uno contra otro y sus rodillas se mecían hacia los lados. Pero Rafael lo adoraba. Podía sentir cada roca que crujía debajo de las ruedas del carruaje, podía escuchar el ritmo del trote de los caballos, podía ver las montañas y la costa a lo lejos.

La hacienda era, por mucho, la casa más grande que había visto, y en secreto deseaba que sus abuelos vivieran ahí todo el año. Su bisabuelo don Isidoro era el único, aparte de los sirvientes, que vivía ahí de manera permanente.

Al igual que su yerno, el padre de Salomé, don Isidoro, también había sido médico. Ahora tenía noventa

y dos años y era un personaje intimidante para los niños. Aunque pasaba la mayor parte del día trabajando en sus experimentos, cultivando árboles frutales raros e híbridos en el jardín, lo hacía vestido de manera formal. Rafael no recordaba a su bisabuelo vestido con otra cosa que no fuera su traje negro, la camisa blanca almidonada y uno de sus muchos chalecos de brocado complicado. Alto y esbelto como la cola de un gato, conservaba una gran melena de cabello blanco y suave, y un enorme bigote. Hablaba poco; prefería mirar y asentir, como si esos gestos fueran palabras en sí mismas que quienes lo conocían interpretaban bastante bien después de todos esos años.

Su esposa, la abuela de Salomé, había muerto antes de que Salomé naciera. Pero la casa que originalmente estaba hecha de estuco y adobe seguía guardando rastros de su antigua presencia.

La entrada a la residencia estaba marcada por unas rejas altas de hierro, rematadas con las imágenes decorativas de unos pájaros pequeños y delicados. Y dentro de la casa, el amplio piso de madera se extendía como un pequeño río ondulado. Cada habitación estaba diseñada con su propia entrada, en general en forma de arco de yeso blanco. Solo la recámara que había sido de la esposa de don Isidoro seguía siendo diferente, porque tenía una puerta circular.

El interior permanecía exactamente como la antigua señora de la casa lo había dejado: las paredes estaban cubiertas por completo con tapiz de China revestido con imágenes de miles de pájaros. Pintados con delicada tinta negra y coloreados a mano con una paleta de tonos pastel, se reproducía cada variedad de pájaro imaginable. Grullas altas y elegantes posaban sobre un pie delgado; colibríes con picos rectos y estrechos, y pechos de botón de rosa, anidaban en las hierbas verde pálido; y gorriones cafés revoloteaban en

delicados cielos azules.

Sin embargo, las jaulas que estaban esparcidas sobre el mobiliario rococó ahora estaban vacías. Las canastas de hierro con domos altos y bordes de filigrana eran un triste recordatorio de los pájaros que alguna vez le cantaron a la mujer que el doctor había amado.

Las personas cercanas a ella la llamaban «pequeña canaria», puesto que su sala era una pajarera que ella había diseñado por completo. Había esperado casi dos años a que llegara el tapiz de China y, por las noches, cuando se acostaba a dormir en su cama de dosel minuciosamente tallado, cerraba los ojos y soñaba con verlo extendido por primera vez.

Imaginaba cómo habían pintado cada pájaro de manera experta. Las plumas, tan reales, parecían rozar el tapiz. Imaginaba los rollos de papel tapiz en su viaje a través de los mares, empacados con cuidado en papel de seda dentro de cajas de bambú. Dormía entre sábanas amarillo limón; su cabello negro azabache descansaba sobre el algodón teñido. Y en el duermevela, los pájaros en sus jaulas le cantaban serenata con su ligero piar; una melodía que, hasta su muerte prematura, relacionaba con el amor.

Rafael siempre tuvo miedo de la recámara de la «pequeña canaria». Pocas veces entraba ahí, aunque amaba explorar todas las otras habitaciones de la hacienda. Los muebles eran pesados y robustos, perfectos para jugar en ellos, y creaban una fortaleza en la que podía pasar horas de interminable diversión. Pero la recámara de su bisabuela era demasiado funesta. Cuando tenía cuatro años, su tía abuela llegó para pasar una semana en la hacienda. Nunca se casó, y se deleitaba en su papel de solterona cascarrabias. Se vestía solo con ropa negra de lana, incluso en los veranos

calurosos; su rostro pálido y anguloso lo miraba desde el rígido cuello de satén.

Por las noches entraba a su recámara y le contaba historias. No cuentos como los que su madre o padre le relataban (su favorito era sobre la fortuna que su abuelo paterno había dejado en España). Los cuentos de la anciana eran mucho más aterradores. Peor que eso, parecía deleitarse cuando escuchaba al joven Rafael gritar de miedo.

Le contaba cómo sus venas estaban llenas de agujas que flotaban debido a los alfileres que tuvo que tragarse durante tantos años de coser. Se subía la manga de crepé negro hasta el codo y le mostraba un brazo blanco y delgado, veteado de venas azuladas.

—Las agujas flotan por ahí —decía señalando las sombras de venas y pequeños vasos que se entrecruzaban.

A la luz de la luna que entraba por la ventana de su recámara, la piel de su tía abuela era tan blanca que parecía casi azul.

Pero la historia que más lo aterraba era la que contaba cómo había muerto la esposa de don Isidoro.

—La atacaron quienes más amaba —le murmuraba al oído—. Sus pájaros.

Los ojos de Rafael se abrían como platos por el terror y se cubría con la cobija hasta la barbilla.

—Tu bisabuelo estaba celoso de esos pájaros, envidiaba cómo ella pasaba los días cuidándolos, alimentándolos en la palma de su mano. Una noche, después de que ella rechazó sus avances amorosos, él decidió jugarle una broma cruel. Esperó hasta que ella estuviera profundamente dormida y, furtivo como un ladrón, fue hasta el contenedor de porcelana donde ella guardaba las semillas molidas y las roció sobre su cabello, su cuerpo y las sábanas. Luego se acercó a las jaulas donde dormían los pájaros, abrió las puertas y los

dejó volar hasta la cama.

»Estaban hambrientos, y no sabían de quién se estaban alimentando. Cuando los pájaros se enredaron en su cabello y picotearon sus pechos, ella despertó de pronto, gritando de miedo.

»Murió de un infarto frente a los ojos de tu bisabuelo.

Rafael temblaba.

—¿Es cierto lo que dices? —preguntó sudando de miedo.

—Sí, por supuesto —mintió de manera convincente. Sus dientes amarillos brillaban como una mazorca—. Tu bisabuelo era un demonio astuto. *Claro* que lo sé. Es mi hermano.

—¿Pero qué hizo? —gritó Rafael—. ¿Por qué no está en la cárcel?

—Ah… por eso es tan inteligente. Limpió todas las semillas que quedaban y cerró la puerta. Cuando los sirvientes llegaron a la mañana siguiente, descubrieron a los pájaros anidados en la cabeza y las manos de su ama. Su cuerpo estaba frío como el hielo. —La anciana miró a Rafael directo en sus ojos aterrados—. La enterraron al día siguiente y don Isidoro ordenó que envenenaran a los pájaros y que la puerta circular de su recámara permaneciera cerrada para siempre.

Ahora Rafael estaba erguido en su cama.

—¡Lo odio! —gritó—. Nunca más le daré un beso para saludarlo.

—No lo odies —le murmuró antes de ponerse de pie y darle las buenas noches—. Es malo para el alma.

A la luz de la luna, los ojos de Rafael brillaban como dos pedazos de carbón pulido.

—Y no tengas miedo, querido —susurró cuando atravesaba el umbral—. Se sabe que «pequeña canaria» lo visita en las noches. Mitad mujer, mitad pájaro, sobrevuela el dosel de su cama y pía de manera

escalofriante hermosas e inquietantes canciones de amor.

Incluso antes de escuchar ese cuento fantasmal, Rafael temía a don Isidoro. Aparte de su atuendo formal y rostro marchito, era demasiado excéntrico para que el niño comprendiera. Pasaba los días en el huerto donde cultivaba frutos extraños, creaba híbridos que el mundo jamás había soñado. Ataba un retoño de cerezo al de un naranjo y producía un fruto similar a una naranja sanguina cuya pulpa era rojo brillante.

Salía al huerto antes de que los demás tocaran siquiera su desayuno; el reloj de bolsillo colgaba de su chaleco con estampados intrincados. Con el cabello blanco y los ojos azules, un abrigo negro y el bastón con remate de plata, caminaba por los campos, asintiendo a los sirvientes en su camino hacia el lugar en el que permanecía el día entero sin que lo molestaran.

Volvía a la hora de la cena, donde su hija, ahora una mujer de sesenta y tantos años y abuela, estaba sentada en el lugar que ocupaba de niña, con su propia hija y tres nietos alrededor de la larga mesa gótica. Los maridos habían decidido permanecer en la ciudad hasta agosto, cuando se tomarían dos semanas de vacaciones. Ellos también temían estar en compañía del extraño doctor.

Sin embargo, lo más extraño que hacía, para lo que ni Salomé ni su madre tenían respuesta, era el ritual que don Isidoro realizaba después de cada comida formal, una ceremonia que, según ella y su madre, siempre había llevado a cabo: después de cada cena, convocaba a su serpiente.

Al sonido del bastón de patriarca que golpeaba el suelo de madera, la serpiente se deslizaba desde un pequeño agujero en la pared de adobe y reptaba hasta

sus pies. Los pálidos ojos azules del médico se iluminaban y su rostro parecía arrugarse más cuando reía.

Para Rafael no había nada más aterrador. Pegaba las rodillas a su pecho, se aferraba al asiento con los dedos de los pies y cerraba los ojos con fuerza. Salomé y su madre solo sacudían la cabeza; sabían que era poco lo que podían hacer o decir.

La serpiente se deslizaba alrededor de cada asiento, comiéndose las sobras que habían caído al suelo. Después, cuando regresaba al lugar en el que se encontraba don Isidoro, él golpeaba con su bastón y la serpiente volvía en silencio a su agujero, a la profundidad del muro de la casa cavernosa.

A pesar de eso, Rafael amaba la hacienda. Amaba los animales, los cerdos y las gallinas, los caballos y las vacas. Amaba que hubiera tantas habitaciones donde jugar y que el chofer lo llevara al pueblo en el carruaje siempre que lo deseaba. En la hacienda, su madre permitía que su abuela lo consintiera; ella lo adoraba como si fuera su propio hijo.

En su recámara, doña Olivia guardaba en secreto sus propios tesoros. Mazapán esculpido, latas de crema *chantilly*, palitos de menta con listones verdes y rojos. Sus muebles estaban equipados con muchos cajones que solo podían abrirse con unas llaves diminutas que colgaba en un largo listón de satén debajo de su blusa. Por las noches le daba dulces que sacaba de los pequeños compartimentos de madera.

Él aprendió a apreciar las golosinas más suculentas y rechazaba la variedad que vendían en las tiendas por diez centavos que sus compañeros de clase a menudo llevaban con su almuerzo. Aprendió de su abuela que los dulces son una forma de arte. Que fueran tanto coloridos

como con textura, cuyo sabor no fuera dominado por el azúcar y cuyo embalaje fuera siempre tan importante como su sabor. Las dulcerías más finas envolvían las golosinas en envoltorios caros, las ataban con hermosos listones de satén y Rafael podía reconocer las firmas ostentosas con una sola mirada. Se convirtió en el protegido de su abuela y en el niño que más extrañaba cuando la familia estaba separada.

Ninguno de los dos jamás hubiera creído que, en unos años, se verían obligados a separarse y que Rafael nunca más podría pasar otro verano en su amada hacienda. Sin embargo, doña Olivia siempre conservó las llaves bajo su blusa y su cofre de palo de rosa lleno de mazapanes y dulces, esperando que un día la familia de su hija volviera.

17

Santiago, Chile
Febrero de 1970

Pasaron casi cuatro años desde que Octavio protagonizó una película por primera vez, y en ese tiempo su nombre se hizo muy conocido en Chile. Ahora tenía dinero, fama, una esposa y tres hijos; y puesto que había ya cumplido su contrato con el estudio tan solo unos meses antes, se había tomado unas vacaciones bien merecidas para pensar qué haría de su carrera. Pero nunca habría imaginado que el día en que se relajaba en su hogar, despeinado y sin rasurar, Pablo Neruda llegaría sin anunciarse a la puerta de su casa.

Octavio había estado trabajando en el jardín, solo, cuando escuchó la campana; como la sirvienta, Consuela, había salido al mercado a comprar los ingredientes de la cena y Salomé estaba ocupada vistiendo a una de las niñas, se quitó la tierra de los pantalones y fue a abrir.

Abrió la gran puerta verde y se quedó boquiabierto. De pie en el porche de la Casa Rosa se encontraba el gran poeta en persona. Una larga capa negra cubría su cuerpo masivo; el sombrero de fieltro lanzaba una ligera sombra sobre sus ojos de párpados pesados.

—¿Señor Ribeiro? —preguntó Neruda, tocando ligeramente el ala de su sombrero—. Espero no llegar en

un momento inconveniente. Mi nombre es...

—Señor Neruda, no necesita presentarse —tartamudeó Octavio, porque la presencia del poeta lo había tomado por sorpresa—. No sé a qué debo el honor de su visita, pero por favor, por favor pase. —Octavio extendió el brazo para indicar al poeta que entrara al desordenado vestíbulo familiar—. Disculpe mis modales. Nuestra sirvienta no está en este momento, en fin... ¿Puedo tomar su abrigo?

Neruda encogió un poco los hombros, desató los listones de seda de su capa y se la dio a Octavio. La tersa tela negra envolvió las manos de Octavio con suavidad y sintió la necesidad de acariciar sus bordes, como para convencerse de que, en realidad, el personaje más amado de la nación estaba ahí, frente a él. Que su ídolo había ido a buscarlo de manera inesperada y hablaba dentro de los muros de su propia casa.

—Qué casa tiene aquí, señor Ribeiro —observó Neruda mientras seguía a Octavio por los pasillos decorados con carteles coloridos de sus películas, frente a los estantes alineados llenos de la colección de animales de Salomé—. Me recuerda un poco la que tenía con Matilde cuando vivíamos en la costa de Italia.

Octavio sonrió, divertido de que Neruda hiciera una similitud entre ellos.

—Estoy seguro de que su casa estaba mucho más organizada que la nuestra. Disculpe el desastre. Salomé y yo tenemos tres niños pequeños, y la casa y el jardín parecen fuera de control, como ellos.

—No, no, es encantador —respondió Neruda haciendo un gesto con la mano.

Octavio estaba anonadado. Sabía que Salomé estaría fuera de sí cuando supiera que Neruda estaba ahí, en su casa. Era una devota aficionada de Neruda desde el día en que Octavio copió por primera vez uno de sus poemas y lo metió en una de las naranjas. Octavio

decidió que sería mejor llevar a Neruda por la cocina hasta el jardín y subir él mismo para decírselo y que tuviera tiempo de arreglarse. Una vez que Neruda estuvo en el jardín, Octavio le indicó que se sentara en una de las viejas sillas de hierro que habían pertenecido a las dos hermanas solteronas, María y Magda. Octavio siempre las imaginaba sentadas ahí, juntas, tomando té y admirando las rosas, con la espalda hacia su adorada casa roja y los ojos perdidos en la vegetación que habían cultivado con sus cuatro manos delicadas.

—¿Está bien, señor Neruda? —preguntó Octavio mientras sacaba una de las sillas—. Le diré a mi esposa que está aquí, pero no me creerá. ¡Qué sorpresa! Sigo sin creer mi suerte. Esto es demasiado increíble para ponerlo en palabras.

Una sutil sonrisa se dibujó en los labios de Neruda; inclinó la cabeza ligeramente y levantó la mano, mostrando la palma.

—Quizá sea mejor que usted y yo hablemos en privado antes de que llame a la señora. Por mucho que me hubiera gustado que esta fuera una simple visita social, por desgracia vengo por negocios. —El viejo poeta calló un momento—. Quizá «negocios» no sea la palabra correcta. «Política» es más precisa. Vengo en nombre del Partido Socialista, de parte de mi compatriota Salvador Allende.

—¿Allende? —Octavio estaba asombrado. Jaló una silla y se dejó caer en ella—. ¿Qué interés podrían tener en mí? Soy un actor de cine —dijo, mostrando su propia vergüenza—. Nunca he votado.

La delgada sonrisa de Neruda volvió y sus párpados pesados bajaron sobre sus pupilas llorosas. Asentía mientras Octavio hablaba.

—Lamento escuchar que nunca ha votado, pues debe darse cuenta de que he dedicado gran parte de mi vida no solo a mi poesía, sino también a luchar por el

derecho de todos los chilenos a participar en elecciones justas y democráticas. Pero no estoy aquí para darle un sermón, señor Ribeiro. Estoy aquí para suplicarle su ayuda.

Octavio estaba apabullado.

—¿Mi ayuda?

—Sí, usted tiene algo que la mayoría de los hombres envidiarían. Probablemente lo ignora por completo, pero cualquiera que vea sus películas, y debo añadir que yo soy su admirador secreto, está por completo cautivado por usted.

—No estoy seguro de entenderlo, señor Neruda. ¿Cautivado?

—Usted es el amo de la elocuencia y la fluidez. Su entonación es melodiosa. Cuando habla, la gente lo escucha. Cuando mira a la cámara, ningún hombre o mujer puede resistir mirarlo. ¡Es la clave de su éxito, camarada! Es un genio de la pantalla.

Octavio se hallaba en un estupor total. El antiguo estudiante de literatura estaba ahora sentado en su jardín con el poeta más respetado de la nación, cuyos poemas él había usado para cortejar a Salomé años atrás. ¡El héroe de este joven lo elogiaba sobre sus habilidades! Si alguien le hubiera dicho que escuchó que Neruda era fan de sus películas no le habría creído. Pero aquí estaba él mismo, diciéndole no solo que había visto a Octavio en la pantalla, sino también que le maravillaban sus talentos.

—Pero, ¿qué tiene que ver Allende con todo esto?

—Ah, sí, ese es el motivo de mi visita. Allende.

—No estoy seguro de qué podría necesitar él de un hombre en mi posición —murmuró Octavio—, pero pregúnteme lo que quiera. De muchas maneras, mi esposa se avergonzaría si le dijera por qué, a usted le debo más de lo que nunca podré confesar. Si puedo ayudar, lo haré.

Neruda sonrió y se relajó en su silla.

—Bueno, no estoy seguro de si usted lo sabe, señor Ribeiro, pero habrá elecciones presidenciales este año y Allende se presentará por cuarta vez.

—Sí, he escuchado rumores sobre eso.

—Bueno, ya no son rumores, sino un hecho. Allende se presentará y, con suerte, esta vez ganará. Creo en el hombre, siempre he creído en él. Es honesto, decente como pocos en este mundo. En el circo político, son una especie en peligro de extinción. Pero todos sabemos que Allende no es un político con entrenamiento formal. Ha tenido una carrera distinguida como médico, y así, en ocasiones, se le escapan ciertas complejidades que podrían ser más naturales para un político más superficial y sofisticado. Señor Ribeiro, Allende siempre se ha preocupado más por el futuro de nuestra nación y por los apuros de los trabajadores que por sí mismo y su propia imagen.

—Sí...

—Y bueno, creo que esta elección será la última a la que se presentará. Por lo tanto, es necesario que el partido tome todas las medidas necesarias para garantizar su éxito.

—Sí...

—Bueno, para hablar con franqueza, algunos de los que estamos más cerca de Salvador creemos que la televisión jugará un papel importante en las elecciones de este año. Por primera vez en nuestra historia, los discursos políticos de cada candidato se difundirán a nivel nacional. No solo es mi intención insinuar que don Salvador no sea un orador elocuente. Algunos de los discursos que pronunció en el centro de la ciudad o en lo alto de la torre de la colina de Santa Lucía están profundamente grabados en mi mente. Son el canto apasionado de un hombre con convicciones. Pero, en televisión, el hombre debe ser más sutil, sus

gesticulaciones menos abruptas. Su elocución debe ser muy cuidadosa; debe evitar pequeños problemas, como ligeros tartamudeos o tics nerviosos en el ojo. —Neruda sonrió—. Esperamos haber aprendido algo de los debates entre Kennedy y Nixon. Mis amigos estadounidenses dicen que el aspecto lobuno del señor Nixon en un debate televisivo le costó la elección hace diez años. Si tan solo eso hubiera pasado por segunda vez… Pero es otra historia.

»En cualquier caso, esa es la razón por la que acudo a usted, señor Ribeiro, por su ayuda. Creo que usted es el mejor y que el partido necesita entrenar un poco a su candidato más preciado. Quizá solo de ocho a diez sesiones, como mucho.

Octavio estaba perplejo. No podía creer lo que escuchaba.

—¿Quiere que ayude al doctor Allende con sus discursos?

—Con la manera en la que *presenta* sus discursos, señor Ribeiro. Usted, más que nadie, debe saber lo cruel que es la cámara con un hombre que no está acostumbrado a la lente. De otro modo, si todos tuviéramos sus talentos, ¡no tendría trabajo!

Octavio se pasó los dedos por el cabello.

—Sin duda es una oferta interesante y me halaga sobremanera que haya acudido a mí, señor Neruda.

Seguía sin poder creer que alguien tan inteligente y sofisticado como Pablo Neruda hubiera visto alguna de sus películas. Siempre pensó que su trabajo era vergonzosamente melodramático.

Octavio estaba a punto de hacerle una pregunta a Neruda cuando de pronto escuchó la voz de Salomé que lo llamaba desde el segundo piso. Al principio no respondió porque aún no había pensado en una explicación adecuada de por qué el gran poeta estaba sentado en la silla de hierro oxidado del jardín. Pero,

antes de que se diera cuenta, Salomé lo llamaba de nuevo.

—¡Octavio! ¡Octavio! —gritó.

Entonces, la ventana del segundo piso se abrió de golpe. Alzó la mirada y vio una cascada de pelo largo y negro que se deslizaba por el marco de la ventana y su pequeño rostro redondo mirándolo a él y al invitado.

—Por el amor de Dios, ¿quién está contigo allá abajo?

—Pablo Neruda, mi amor.

—Muy chistoso. ¿Quién es?

—Pablo Neruda, mi amor.

Neruda alzó el rostro y saludó con la mano.

Octavio nunca olvidaría el asombro en el rostro de Salomé cuando bajó corriendo en bata, con el cabello suelto y sin maquillaje, y encontró a su amado poeta sentado a su lado. Se volvería un recuerdo invaluable para él.

—¡Ay, Dios mío! —gritó, cubriéndose la boca y sonrojándose—. ¡No puede ser! ¡Sencillamente, no puede ser!

—Lo es, señora —dijo Neruda poniéndose de pie. Se quitó el sombrero e hizo una ligera reverencia—. Encantado de conocerla, querida señora —continuó con la formalidad refinada y el brillo innato que evocaba tiempos pasados—. Veo que una estrella de cine como el señor Ribeiro tiene a su propia estrella en casa.

Salomé no pudo evitar sonreírle a Neruda, y Octavio advirtió de inmediato que su esposa estaba cautivada con los encantos del viejo poeta.

—Debe disculparme, señor Neruda —suplicó Salomé—. No estaba al tanto de su visita; mi marido no me dijo nada.

Lanzó una mirada enfurecida a Octavio para hacerle saber que más tarde sería el blanco de su ira.

—Él no sabía nada de mi visita —explicó Neruda

sonriendo hacia Octavio, muy divertido con la situación.

Salomé giró para subir las escaleras, pero cambió de dirección a la mitad.

—Ay, Dios, ¡veo que Octavio no le ofreció nada de beber! ¿Puedo ofrecerle una copa de jerez o un vaso de té helado?

—Si no es mucha molestia, ¡un *pisco sour* me encantaría! Gracias.

—¿Y otro para mí, querida?

Sin embargo, Octavio solo vio la espalda de su amada esposa; negaba con la cabeza en su camino a la cocina para preparar las bebidas. Esa noche tendría que dar muchas explicaciones; de lo contrario, sin duda tendría que dormir en la hamaca, con solo un árbol hermafrodita como compañía.

Neruda, Salomé y Octavio pasaron la hora sentados en el jardín mientras las niñas y Rafael entraban y salían de la casa. Salomé se puso su vestido favorito y se sujetó el cabello en un chongo perfecto. Neruda guardó silencio sobre el tema de su visita espontánea; nunca mencionó a Allende en compañía de Salomé. Cuando ella intentó preguntar por qué había venido, él ignoraba sus preguntas y solo respondía que siempre había sido aficionado a las películas de Octavio y que se encontraba en el vecindario.

Dijo muy poco más, salvo las bromas normales de una charla social. Pero el jardín lo cautivaba tanto que, cuando se puso de pie y anunció su partida, preguntó si podía hacer un recorrido por él.

—Será un placer llevarlo a conocerlo, pero tenga cuidado, esto es una jungla, se lo aseguro.

—Amo las junglas, señora.

Tomó a Salomé del brazo para estabilizarse y le maravilló la exuberancia y el estado salvaje del lugar.

—Huele a jazmín y malvarrosa. Glicinia y rosas esterlinas...

—Qué olfato, señor Neruda —admiró Salomé.

Octavio los miraba desde la silla de hierro forjado, con el vaso de *pisco sour* en la mano. Todavía no podía creer que el hombre cuyos poemas había transcrito para cortejar a su amada esposa estuviera ahora en su jardín trasero. Vio al viejo extender el brazo, cortar una de las rosas y ponerla tras la oreja de Salomé.

Ambos estaban por completo exaltados cuando Neruda partió. Salomé no regañó a Octavio por no haberle avisado para que se vistiera y se pusiera un poco de labial. Por su parte, él no le dijo a ella lo que Neruda había venido a pedirle.

Esa noche hicieron el amor como adolescentes de nuevo. Buscó la bolsa de seda que ella le había bordado, la que seguía conteniendo los poemas que él escribió con tanto cuidado.

Más tarde, cuando Salomé yacía en la cama, con las piernas sobresaliendo del borde de encaje de su bata de noche, Octavio sacó cada rollo de papel de la bolsa de seda y le leyó todos los versos. Ella lo escuchó con los párpados cerrados y la mente muy lejos, puesto que estaba perdida en el sonido de la voz de su esposo. Perdida como esa niña de diecisiete años, recostada en el huerto con miles de naranjas que caían del cielo estrellado.

18

Santiago, Chile
Febrero de 1970

La noche siguiente, cuando Octavio y Salomé yacían en la cama y veían cómo giraba el ventilador en el techo, Octavio recordó que todavía debía contarle a su amada esposa la conversación que había tenido con Neruda el día anterior.

—Salomé, mi amor... —dijo acariciándole la pierna —. Neruda me pidió que le ayudara en la campaña de Allende.

—¿Qué? ¿Tú? —Lanzó una risita por lo absurdo de la idea—. No hablas en serio.

—Sí.

Ella se irguió y lo miró a los ojos. Su camisón caía lánguidamente sobre uno de sus hombros.

—¿Por qué tú? No eres político. Ni siquiera votaste en la elección pasada. ¡Eres un actor!

Él podía oler la crema de manos en sus palmas y, de pronto, se arrepintió de haber elegido este momento para decírselo. Hubiera preferido hacerle el amor, en lugar de explicar los detalles de lo que hablaron él y Neruda.

En su corazón sabía que su esposa tenía razón: nunca había mostrado el más mínimo interés en la política. Ahora que por fin disfrutaba unas vacaciones

bien merecidas, prefería pasar el tiempo leyendo sus libros de poesía, estar con los niños o deleitarse con los discos de tango en el viejo fonógrafo. Pero tenía que admitir que le halagaba que el gran Neruda hubiera recurrido a él.

—No estoy muy seguro de por qué el partido cree que soy el mejor calificado. Yo solo memorizo los guiones, no los escribo —explicó, masajeando la parte posterior de sus pantorrillas—. Pero tengo que admitir que estoy intrigado.

—¿Intrigado, Octavio?

—Sí, mi pequeña Fayum. Estoy intrigado. Neruda cree que la televisión jugará un papel importante en las elecciones de este año, y piensa que yo sería la persona perfecta para ayudar a Allende a prepararse para ella. Después de todo, el hombre ha trabajado como médico, pero es probable que tenga muy poca experiencia en asuntos de presentación. Siempre hizo sus discursos políticos en las calles de Santiago, nunca antes frente a una cámara.

Salomé colocó el bote de crema sobre el buró y volteó a ver a Octavio. Su cabello negro y espeso caía sobre sus hombros.

—Bueno, sé muy poco de Allende, aunque he escuchado que tiene buenas intenciones. Y por supuesto, confío en Neruda. Solo prométeme que tendrás cuidado. Tú y yo sabemos lo inestable que puede ser aquí la situación política...

—Claro —respondió, acercándose para besarla—. Pero debemos recordar cómo éramos de adolescentes... Recuerda lo aventureros y puros de corazón que éramos entonces. —Su voz se llenó de nostalgia—. Salomé, imagina que hace tan solo unos años yo citaba a Neruda con la esperanza de enamorarte, y ahora él recurre a mí por ayuda.

—Sí, Octavio. —Su mirada era seria, a pesar de la

sonrisa traviesa de Octavio—. Solo ten cuidado. No me gustaría que nada pusiera en peligro nuestra felicidad. —Extendió el brazo y acarició su mejilla con suavidad —. Debes recordar que ahora no solo somos nosotros dos. Tenemos que pensar en la familia.

Él se acercó para besarla de nuevo.

—No te preocupes —dijo al tiempo que besaba su boca pequeña y delicada—. ¿No he cuidado siempre de todos nosotros?

Ella le sonrió. Él se puso encima de ella y apagó la luz.

La semana siguiente, Octavio recibió una carta del puño y letra de Neruda en la que le solicitaba que se reuniera con Allende y algunos de sus ayudantes en un café cerca de la estación central.

Octavio llegó y advirtió de inmediato al médico de mediana edad; lo reconoció por su traje color marfil y sus lentes negros gruesos. Era mucho más elegante en persona de lo que Octavio hubiera imaginado. Neruda estaba a su lado.

—Gracias por venir, señor Ribeiro —lo saludó Neruda, como si fuera un viejo amigo. El viejo poeta se puso de pie para estrechar la mano de Octavio, echando su capa sobre el hombro izquierdo—. Déjeme presentarle al buen doctor.

Allende se levantó y extendió la mano.

—Gracias, señor Ribeiro, por venir a verme con tan poca antelación. Estoy consciente de lo ocupado que debe estar.

El doctor parecía más alto en persona que en las fotografías que Octavio había visto en los periódicos. Tenía una constitución física fuerte y un rostro que a Octavio le recordaba a un profesor que había tenido en la universidad. Detrás de sus gruesos lentes negros, de

sus párpados suaves y su espeso bigote, Allende irradiaba una sensibilidad y sinceridad que de inmediato le agradaron. Octavio pensó en lo innovador que sería que Chile tuviera a un candidato político que estuviera desprovisto por completo de ostentación.

—Es un placer conocerlo, señor Ribeiro —continuó Allende—. Soy un aficionado de sus películas.

—El honor es mío, doctor —respondió Octavio al tiempo que se sentaba en la silla que Neruda había acercado para él.

—Espero que mi amigo el poeta no le haya causado molestias al pedirle que se reuniera hoy conmigo.

—No, no. Para nada. Es un placer.

—Ya veo —dijo Allende con una leve sonrisa—. ¿Usted apoya al partido?

Octavio se removió en su silla, sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—No, señor, no lo apoyo.

—Ya veo —sonrió Allende.

—De hecho, jamás he votado.

Allende y sus ayudantes rieron brevemente.

—Veo que es un verdadero artista, uno que tiene poco interés en las actividades que acosan al hombre común.

—No, es solo que soy perezoso.

—Uno de los grandes placeres de la vida —murmuró Neruda.

—Bueno, espero que su falta de interés en la política no lo haga rechazar el trabajo. Como probablemente mencionó mi camarada, don Pablo, me pongo un poco nervioso frente a la cámara. No quiero que ninguno de mis malos hábitos me traicione. Cuando no tengo a una multitud enfrente me pongo tenso y mis habilidades de oratoria merman. No quiero que eso afecte la campaña.

»Lo que necesito —continuó Allende— es que

alguien dirija la cámara, alguien en quien yo confíe, que garantice que me están filmando en mis mejores ángulos. —Hizo una pausa de nuevo, como si quisiera aclarar lo que esperaba—. Le aseguro que no es cuestión de vanidad. Solo deseo que la gente me escuche, que no se distraiga por mi mirada o posibles titubeos en mi discurso.

—Sí, claro —asintió Octavio—. Supongo que puedo darle algunas indicaciones que podrían tranquilizarlo.

—Eso es exactamente lo que necesito, señor Ribeiro. Y, ¿quién sabe?, ¡quizás al final de todo esto pueda hacer de usted un socialista!

—Sí, podría, doctor. Cosas más extrañas han sucedido. Y quizá yo pueda hacer de usted una leyenda.

Esa noche, Octavio le contó a Salomé en detalle lo que había pasado en la tarde entre él y Allende.

—El hombre está aterrado de que la cámara pueda afectar su campaña. Solo quiere algunos consejos para dar una buena impresión en televisión. Con buena iluminación y dirección de cámara, y con unas cuantas sesiones sobre la pronunciación de sus discursos, estará bien.

—Suena un poco vanidoso —observó Salomé.

—¿Tú crees? —Octavio parecía dolido por la sugerencia de su esposa—. No, no lo creo —respondió después de pensar unos segundos en las palabras de su mujer—. Pienso que su preocupación no se basa en vanidad, pues le interesaba poco parecer apuesto. Más bien quería asegurarse de que sus palabras fueran escuchadas con claridad y sin distracciones.

—¿Qué es exactamente lo que le vas a enseñar? Nunca has entrenado a nadie en esto.

—Le enseñaré los puntos clave del oficio. Cómo hablar con claridad, cómo mirar directamente a la

cámara cuando se hacen promesas. Cómo nivelar la barbilla y mantener la intensidad de la mirada. —Octavio hizo una pausa—. Ya tengo todo pensado. No será complicado.

—Pero dijiste que tenía algunos tics.

—Sí. Tiene uno en el ojo derecho cuando está bajo estrés excesivo, y a veces, cuando está nervioso, tartamudea un poco. Pero le dije a Allende que, si confiaba en mí y me permitía entrenarlo, creía que podría superar todos esos problemas si le enseño unas técnicas sencillas de respiración.

Salomé escuchó lo que su esposo acababa de decir.

—¿En verdad crees que la apariencia en televisión tiene tanta influencia? ¿Sí piensas que el hecho de que un candidato sea más torpe que otro influye en los electores? Jamás me convencería un candidato solo porque la forma en la que da un discurso es mejor que la de otro.

—Querida, estas cosas pueden funcionar a nivel inconsciente. La gente siempre se siente más atraída por un candidato apuesto y seguro de sí mismo. Allende ya perdió tres elecciones. Yo no puedo cambiar su aspecto físico y, de cualquier forma, tiene un aire distinguido. Pero puedo ayudarlo a dar sus discursos. No se los escribiré; ¡las promesas que haga serán sus propias palabras! ¿Y por qué la gente no debería escuchar sus palabras con claridad? —Octavio calló y puso las palmas sobre las rodillas cruzadas de Salomé.

»Si Neruda es el hombre cuyos poemas tuvieron la capacidad de guiar tu corazón hacia mí, deberíamos confiar en él y en su apoyo al mejor candidato presidencial. Además —miró a Salomé directo a los ojos —, creo que deberíamos hacer todo lo que esté en nuestras manos para ayudarlo a ganar.

Salomé guardó silencio. Le sorprendía que su marido de pronto estuviera tan entusiasmado por apoyar

a Allende. Era un hombre que había pasado su juventud copiando poemas de amor, no consignas políticas. Esto empezaba a ser un poco agobiante para ella. Las dos niñas habían causado problemas a ella y a la sirvienta todo el día, y Rafael se quejaba de que extrañaba la hacienda. Estaba demasiado cansada como para discutir más sobre el tema.

—Tal vez tengas razón —asintió mientras volteaba para apagar la luz—. Parece que es un buen hombre que necesita tu ayuda. —Se deslizó al lado de él y presionó la mejilla contra la suya. Quería compartir su entusiasmo, pero algo en su corazón le decía lo contrario. Sin embargo, le susurró al oído—: Será afortunado de tenerte como maestro, mi amor. Solo recuerda que prometiste tener cuidado.

19

Santiago, Chile
Marzo de 1970

Al asumir su nuevo papel de «entrenador», Octavio parecía animado con un nuevo impulso a su vida y su carrera. Por fin podía comprometerse en un proyecto que le resultaba estimulante en el plano intelectual. Jamás se hubiera imaginado que Pablo Neruda se acercaría a él para pedirle que ayudara a uno de los candidatos a la presidencia del país. Sentía que había vuelto a nacer.

Por las noches permanecía despierto y leía todos los artículos que encontraba sobre Allende. Recortaba los discursos que Allende había dado en el pasado y leía las críticas a su programa en distintos periódicos nacionales. Poco a poco fue capaz de armar la imagen de un hombre que, a su parecer, no solo era brillante, sino profundamente compasivo.

—Este socialismo del que habla haría que niños menos afortunados que los nuestros tuvieran una vida mejor —le dijo a Salomé cuando ambos estaban sentados en el jardín, mirando a Rafael y a sus dos hermanitas, Blanca e Isabel, jugar bajo la sombra del aguacate—. Quiere que todos los niños puedan ir a la escuela; que tengan leche gratis, mejor cuidado de la salud... Cómo se podría pensar mal de un hombre que

proviene de una vida de privilegios y que, aun así, tiene la solidaridad y la empatía para quienes carecen de medios.

Salomé asintió.

—Estoy de acuerdo contigo, Octavio, pero hay gente en el país que no desea un cambio político tan drástico. Eso requiere una reforma completa del pensamiento de nuestra nación. Sin hablar de la economía chilena.

—Ah, mi esposa la burguesa —bromeó Octavio—. Tienes que recordar que yo no provengo de un medio privilegiado.

—Hablo en serio, Octavio. ¡Las cosas no son tan sencillas! Nada es blanco y negro en la política.

Octavio mordió la punta de su lápiz.

—Bueno, quizá no sea sencillo, pero Chile tiene que cambiar para poder progresar. No podemos seguir con la mentalidad del elefante gris, donde los ricos siguen siendo ricos y los pobres permanecerán siempre pobres.

—Octavio —dijo Salomé con un ligero tono de advertencia—, que estés ayudando al doctor Allende no significa que tengas que ser el vocero del partido socialista. Trata de mantener distancia.

—No puedo ayudar a un hombre a quien no entiendo. Entre más leo, más lo entiendo y coincido con su programa. Tiene una visión y lo admiro por ello.

—Admirar y asumir algo como tuyo son dos cosas diferentes. Ambos hemos visto lo rápido que puede cambiar la política en Chile.

—No entiendes, Salomé. —Y, por primera vez en su matrimonio, Octavio parecía casi condescendiente—. Voy a ser parte de un cambio fundamental en la política de nuestro país, ¡y eso me emociona! —Calló un momento y miró más allá del jardín, más allá de donde los niños jugaban en silencio, hacia las colinas—. Hace años que no me he sentido tan emocionado sobre nada.

Por fin puedo usar mis habilidades histriónicas *y* mi cerebro. Quizá sea capaz de usar mis talentos e influencia para hacer algo bueno en este mundo, no solo vender boletos de cine que hacen que los estudios cinematográficos sean cada vez más ricos de lo que ya son.

Salomé agitó la cabeza.

—Entiendo perfectamente, Octavio. Créeme, comprendo todo el sacrificio que has hecho por nosotros los últimos cinco años. Es solo que no quiero que nada ponga en riesgo nuestra felicidad. ¿Eso es muy malo de mi parte?

No podía evitar ser cautelosa con la creciente participación política de su marido. Había crecido escuchando a su padre y a su abuelo discutir sobre política en los veranos de su infancia en la hacienda.

Salomé volvió a agitar la cabeza.

—Nada puede cambiar lo que ya tenemos —le dijo Octavio con dulzura. Se levantó de la silla y pasó los dedos por el largo cabello de su esposa.

Si las cámaras estuvieran grabando en ese momento, quizás Octavio se habría dado cuenta de que las palabras que pronunciaba las decía sin reflexionar, y que si fuera el personaje de una película, no habría podido parecer más ingenuo.

20

Gotemburgo, Suecia
Abril de 1970

Toda su vida, Kaija se había imaginado el día de su boda con el mismo aspecto que su madre tenía en el retrato que ella guardaba desde que era pequeña. De niña se paraba en su recámara en Suecia con un ramo de violetas y hojas de chícharo entre las manos, y flores en el cabello; trataba de imaginar el día en el que vería la fotografía borrosa en blanco y negro y se reconocería en la imagen de su madre, perdida hacía tanto tiempo. Porque, en su mente, su madre nunca había envejecido. Siempre sería esa mujer delgada y callada en la fotografía, cuyos rasgos delicados parecían estar grabados en un montón de nieve recién caída.

Ahora había llegado el día de su boda con Samuel y Kaija comenzó a prepararse para la ceremonia. Como sus padres adoptivos ya habían muerto, le pidió a Samuel que fuera una pequeña ceremonia civil, porque no había nadie que la entregara en el altar.

Cierto, no extrañaba la compañía de Astrid. La anciana nunca había sido amable con ella y jamás habría estado a la altura de la boda de su hija adoptiva. Cuando se trataba de amor, Astrid hojeaba todos los libros que Kaija tenía de niña y arrancaba las páginas que hablaban de él. Cualquier cosa que tuviera que ver

con sexo, por supuesto, también era erradicada de la casa. Era como si su odio hacia sí misma le hubiera impedido ver algo bueno en el mundo. Y el amor se convirtió en el enemigo de su propia guerra.

Sin embargo, si el padre adoptivo de Kaija estuviera aún vivo, la habría abrazado y apretado contra su pecho antes de llevarla al altar. Ella sabía que él le sonreía desde el cielo.

Después de dar unos pasos, nerviosa, Kaija decidió poner un poco de ópera en el viejo fonógrafo, esperando que eso calmara sus nervios. Al buscar entre sus discos, decidió poner *La flauta mágica*, de Mozart, y colocó la aguja del tocadiscos con cuidado. La música flotaba por el departamento mientras ella se lavaba el largo cabello rubio, lo secaba y lo trenzaba para, por último, hacerse un chongo flojo.

«Sería tonto ponerme flores en el cabello», pensó, y luego se reprendió por ser tan sentimental. «Después de todo, la ceremonia solo es en el ayuntamiento...». Pero todos estos años se había imaginado igual que su madre en esa fotografía que tanto atesoraba. Su sólida estatura, el largo vestido blanco y la serie de violetas y jazmines entrelazados en el cabello. Ahora, mientras escrutaba su propio rostro en el espejo, no podía ver nada de la mujer que de manera tan desesperada deseaba haber conocido y amado.

Nunca sabría que su madre también había perdido a su propia madre a esa tierna edad. Que el crucifijo lo habían llevado las mujeres de su familia durante años y años. Pero lo que Kaija sí sabía era que ese mismo colgante que alguna vez tocó la piel de su madre ahora descansaba sobre la de ella. Y que, en cierto sentido, la tranquilizaba.

Kaija fue hasta el buró y tomó la fotografía de su madre con un aria de la ópera *in crescendo* al fondo. Los tonos en blanco y negro se habían desvanecido en un

gris claro; a lo largo de los años, el sol había absorbido mucho del pigmento. Kaija la miró con atención.

—Hoy debo estar contenta —se dijo—. Voy a casarme con el hombre al que amo.

Sin embargo, la tristeza la invadía. No era que no estuviera emocionada por la boda; amaba y apreciaba a Samuel, y deseaba más que nada ser su esposa. Al fin tenía a alguien que la amaba, que la apreciaba como si ella le perteneciera por completo. Era solo que extrañaba la compañía femenina que, imaginaba, acompañaba a la mayoría de las novias. Deseó poder tener a alguien con quien compartir estos momentos antes de la ceremonia.

Pero sabía que estaba sola; no había nadie a su alrededor para ayudarle a vestirse, nadie que la peinara o le diera masaje en los hombros. Y lo más importante: nadie con quien compartir una risa de último minuto o que calmara sus nervios antes de la ceremonia. Una amiga hubiera podido ser la siguiente alternativa. Pero Samuel y ella habían sido inseparables desde el primer semestre de clases, y Kaija había hecho pocos amigos desde que se mudó a Gotemburgo.

Cuando terminó de maquillarse y se puso un poco de perfume detrás de las orejas, pensó que habría sido mejor elegir un vestido. El traje que escogió la semana anterior y que colgaba en la puerta del clóset parecía demasiado sencillo. Kaija se preguntó por qué lo había elegido, ahora le parecía tan ordinario.

La mujer de la tienda le había dicho que la seda era importada de Francia y que la pequeña bastilla y el cuello en muesca eran la última moda. También recomendó un sombrero blanco sin ala y guantes suaves de cabritillo.

Kaija sacó sus compras del papel de china perfumado, se puso el traje y se sujetó el sombrero con unos pasadores. Metió los dedos delgados en los guantes

y se reajustó la falda.

Dio algunos pasos con cuidado y se analizó durante largo rato frente al espejo. Apenas se reconocía. Pensó que se veía como la esposa de un embajador, no como una novia. Su crucifijo estaba escondido debajo de los botones cerrados, y su chongo trenzado, cubierto por el sombrerito. Incluso sus pequeñas manos estaban escondidas bajo una cobertura de piel.

«No puedo ir así», pensó. Sus dedos temblaban cuando el reloj marcó las 10:30. Se suponía que debía encontrarse con Samuel en menos de una hora.

Levantó la fotografía de su madre una última vez; la examinó con más cuidado que unos minutos antes.

Su madre estaba radiante. Se veía como debería verse una novia: inocente y juvenil.

El contraste entre cómo se sentía y cómo se veía la deprimió tanto que decidió quitarse el sombrero y los guantes de cabritillo. Se desabotonó el saco del traje y se quitó la falda. En cuestión de segundos, estaba de pie en el centro de su recámara con nada encima, más que la ropa interior. Caminó hacia el clóset que casi no tenía nada que ofrecer: un par de pantalones, dos faldas plisadas, un vestido de invierno y otro de verano. El vestido de verano lo había comprado el año anterior; era de lino, no era blanco sino rosa pálido, rosa polvo, y tenía dobladillo de encaje.

Lo sacó y lo puso bajo la luz del sol.

—Es casi blanco —murmuró al tiempo que se lo ponía y subía el cierre de la espalda. Se sentía mucho más cómoda que con el traje estrecho—. Esto tendrá que servir —se dijo, dando un giro frente al espejo; la falda se infló como una campana.

Después, salió de ahí como una novia entusiasmada.

Samuel ni siquiera se dio cuenta de que su novia iba vestida de rosa y no de blanco. Para él era la viva imagen de la pureza y la belleza. Cuando la vio por primera vez esa mañana, subiendo las escaleras de la alcaldía, estaba emocionado. No podía creer que esta criatura exquisita hubiera aceptado estar con él para el resto de su vida.

En el cabello llevaba flores silvestres que había cortado del jardín de la casera, frente al que pasó de camino a reunirse con su ansioso novio. Y se colgó el crucifijo del cuello para que descansara en el escote, entre sus pequeños senos redondos.

Samuel apenas advirtió el crucifijo, puesto que había aprendido a aceptarlo como si fuera una extensión del cuerpo de Kaija. Algo que crecía de ella, enraizado en su corazón y tejido a su piel. Él no se atrevía a imaginar qué pasaría si le pidiera que se lo quitara.

Esa mañana, antes de que los declararan marido y mujer, Samuel prometió amar a Kaija siempre. La besó suavemente en los labios y envolvió su cintura entre sus brazos.

Ella estaba radiante porque ahora podría construir un futuro con el hombre al que amaba. Tendrían una familia propia; los unía el deseo de tener aquello de lo que cada uno había carecido durante años.

—Quiero tener una familia grande —bromeó Samuel cuando salieron del ayuntamiento. Ella le apretó el brazo con amor—. Ahora tendremos nuestra propia familia, mi amor —continuó mientras guiaba a Kaija hasta el coche que los esperaba—. Una docena de niñitos...

Le guiñó un ojo a su radiante novia.

21

Santiago, Chile
Abril de 1970

Octavio llegó a la casa de Allende en la calle Guardia Vieja, una residencia tranquila llena del aroma de higos maduros y manzanos. Pagó el taxi, cruzó la reja y avanzó por el jardín hasta el porche. Se ajustó la corbata, se sacudió la tierra de los zapatos, pasó los dedos por su cabello y se acomodó los rizos.

Segundos después de que tocara, la esposa de Allende, Hortensia Bussi, le dio la bienvenida formal. Era una mujer morena y atractiva de rasgos pequeños y delicados.

—Usted debe ser don Octavio —dijo con amabilidad, haciendo un gesto para que entrara al vestíbulo.

—Sí, y usted debe ser doña Hortensia.

Ella le sonrió.

—Sí, pero por favor llámeme Tencha —dijo estrechando su mano—. Venga por aquí.

Lo guio por un pasillo oscuro; pasaron frente al despacho de Allende, una pequeña sala y cruzaron dos puertas francesas que se abrían hacia una terraza soleada con vista al jardín floreciente de dalias y rosas esterlinas. Ahí estaba sentado Allende, en una de las tumbonas, con el sombrero ligeramente sobre la frente.

—Salvador —lo llamó Tencha—, don Octavio llegó.

El sol lanzaba sombras sobre el rostro de Allende. Se quitó el sombrero y se enderezó, estirando las arrugas de su pantalón con la palma izquierda.

—Buenas tardes, don Octavio, es muy amable en haber venido. ¿Podemos ofrecerle algo de beber? ¿Un whisky, un pisco, o quizás un té de boldo?

—Sí, quizás un poco de té. Si no es molestia...

—No, no, amigo —dijo Allende poniéndose de pie y dando unas palmaditas a Octavio en la espalda—. Un poco de té suena bien antes de sentarnos a trabajar. Debe disculpar mi siesta. He estado trabajando muchas horas ¡y debí quedarme dormido en la silla!

—Nos pasa a todos, doctor —respondió Octavio al sentarse—. Yo lo he hecho en varias ocasiones.

—Sí, sí. —Allende se aclaró la garganta—. Bueno, ¿cómo quiere que hagamos esta clase?

—Bien, creo que lo mejor es comenzar a trabajar en la presentación de sus discursos. ¿Tiene alguno que haya preparado recientemente?

—Sí. Están en mi despacho.

—Veámoslos. Usted me los leerá y yo haré como que soy el camarógrafo; me pararé frente a usted.

—Siempre soy mejor frente a las multitudes. Me alimento de su energía, hacen que mi adrenalina aumente.

—Entiendo. —La voz de Octavio era cálida y comprensiva—. Esa es una de las diferencias entre el escenario y la pantalla. En un estudio, solo son usted y sus compañeros actores. La interacción entre el público y el artista es estimulante.

—¡Exacto!

—Pero ahora debe olvidar esos discursos apasionados que daba en la colina de Santa Lucía, en Tierra del Fuego, en lo profundo de las minas de cobre o en las celdas frías de las plantas de empaquetamiento de

carne. No puedo enseñarle lo que ya sabe; pero la televisión es por completo otra cosa.

—Sí, lo sé.

—Así que le enseñaré cómo dominarla. Le daré instrucciones sobre cómo sostener la cabeza, dónde poner las manos y cómo alzar las palmas. Cuando haga sus promesas políticas, deberá ver directamente a la cámara, y cuando haga comentarios sobre cómo ha empeorado la salud infantil y el sistema educativo, le aconsejo que incline un poco la cabeza. —Octavio hizo una pausa—. Doctor Allende, le enseñaré a manipular la cámara para su beneficio.

Así, esa tarde, después de que Tencha les llevó unas tazas humeantes de té de boldo, los dos hombres practicaron hasta que cayó la noche en la casa de la calle Guardia Vieja.

Octavio acomodó las sillas para que Allende se sentara frente a él; el discurso que acababa de escribir unas horas antes descansaba frente a él en un banco del jardín.

—Hombres y mujeres de Chile —comenzó—. He dedicado mi vida a servir a la gente...

—Más despacio, amigo mío —interrumpió Octavio —. Y cuando hable, mire mi dedo.

Levantó el índice y lo colocó de tal manera que centrara la mirada de Allende.

—He estado en el interior de las minas y he visto las condiciones en las que la gente de nuestra nación trabaja por míseros sueldos para compañías extranjeras cuyo único interés es engordar sus propios bolsillos...

—¡Bien!

—He visto a niños pequeños con las extremidades torcidas cuyo crecimiento se ve atrofiado porque su familia no puede darles una alimentación adecuada, de

la que no se debería privar a ningún niño...

—Sí. ¡Ahora, quítese los lentes y niegue ligeramente con la cabeza para hacer énfasis en lo vergonzoso que es esto!

—Pero no voy a poder ver...

—Se los volverá a poner en cuanto termine la oración. Haré que el camarógrafo se centre en sus ojos en ese momento. Doctor Allende, usted es probablemente el único político sincero vivo. Deje que los espectadores vean eso en su mirada. Eso fue lo que me atrajo para aceptar esta labor, y confío en que tendrá el mismo efecto en los electores.

—Debo confesar, don Octavio, que empiezo a pensar que esta «puesta en escena» de mis discursos roza la hipocresía.

—No debería pensarlo así.

—Tal vez el público debería verme como soy. Algún titubeo ocasional en el discurso no puede destruir por completo todo un pasado dedicado al servicio comunitario, ¿o sí?

Octavio permaneció un momento en silencio.

—Estoy de acuerdo con usted hasta cierto punto. De hecho, mi mujer comparte una idea similar a la suya. Pero, como señaló Neruda, los debates entre Kennedy y Nixon mostraron que el público es parcial no solo ante el candidato más elocuente, sino también ante el más fotogénico. Neruda dice que Nixon se veía terrible en la cámara, lo que probablemente le costó la elección.

—Sí, sí, lo sé, pero...

—Si confía en mí, me aseguraré de que usted tenga el mejor aspecto y de que sus palabras sean escuchadas. Después de todo, son los discursos creados en su corazón y esculpidos en su mente.

Allende sonrió.

—Muy bien. Manos a la obra.

Durante varias horas cada semana, Octavio siguió visitando en privado la casa de Allende. Ahí, el doctor renunciaba a su papel como candidato aspirante a la presidencia de Chile y se convertía en un estudiante de elocución y estilo que se verían elegantes en pantalla. Escuchaba a Octavio leer los discursos que él había preparado la noche anterior, estudiaba la inflexión que él le daba a ciertas palabras e imitaba el movimiento de sus manos cuando quería hacer énfasis en ciertos puntos. Después de varias sesiones, Allende empezó a aprender el arte por el que Octavio se había hecho famoso. Era como seducir con las palabras, con la mirada. «Imagine que está mirando los ojos de una mujer hermosa, como lo hizo con su esposa, Tencha, en la noche de bodas».

Allende comprendía el lenguaje en el que Octavio le hablaba. Podía visualizar todas las imágenes que el actor le instaba a pensar cuando hablaba. Escuchaba la voz de Octavio murmurando en su cabeza, incluso cuando dormía; en sus sueños, hablaba con voz dulce, con la cabeza en alto y la espalda erguida. Si hubiera buscado en todo el mundo, jamás habría encontrado mejor maestro que Octavio.

Durante semanas practicaron mantener el contacto visual y perfeccionaron el arte de la pausa significativa. Octavio le aseguró a Allende que, cuando su ojo empezara a parpadear, si no le hacía caso y seguía hablando de manera elocuente, las personas también lo ignorarían y se concentrarían en sus palabras.

Conforme el doctor ganaba confianza frente a la cámara, el tartamudeo cesó. Y en las semanas que siguieron parecía más entusiasta que antes.

Era inevitable que, al escuchar todos los días los discursos de Allende, Octavio se volviera un oyente apasionado e instruido de sus ideas. En ocasiones, cuando regresaba a la Casa Rosa, Octavio recitaba

algunas de las líneas del último discurso de Allende y gesticulaba en la calle como si fuera él quien estuviera en el podio. Las palabras del médico lo inspiraban. Sacaban al intérprete que había en él. Pero no eran las palabras vacías de un guion cinematográfico; eran frases apasionadas y bienintencionadas, con visión y con la capacidad de cambiar a Chile desde su raíz. Eran discursos en los que los hombres fueran tratados igual, sin importar la clase, y donde las industrias fueran propiedad del pueblo y no de multinacionales millonarias. Entre más tiempo pasaba Octavio con Allende, más estaba de acuerdo con él y lo apoyaba en su política. Ya no lo ayudaba porque eso lo halagara como actor, sino porque en verdad creía que Allende era el mejor candidato para Chile.

Conforme pasó el tiempo, Octavio llegó a sentir un enorme respeto por Allende, no solo como su candidato preferido, sino también como hombre, esposo y padre. Parecía dedicarse por completo a cada una de sus responsabilidades. A Octavio le conmovía la manera en la que Allende consultaba tanto a Tencha como a su hija, Tati, sobre su campaña. Le fascinaba escucharlo contar sus reuniones con el Che Guevara y Fidel Castro.

Cuando Allende ofreció pagarle por sus servicios, Octavio se negó.

—Cuando hago las cosas, las hago por pasión o por un propósito —le dijo al doctor—. No necesito el dinero.

—Quiero compensarlo de alguna manera —respondió Allende con firmeza—. Usted merece algo por sus esfuerzos. ¿Qué puedo darle?

—Si sale electo y solo si mis enseñanzas dieron frutos, puede enviarnos a mi esposa y a mí en un viaje exótico durante unos meses.

—Muy bien —respondió, satisfecho con la respuesta de Octavio—. Dígale a su esposa que en unas semanas saldrá a vivir una aventura.

Cuando llegó el momento en el que Allende tenía que salir en cámara, ya contaba con casi cuatro meses de entrenamiento intensivo.

—Usted se asegurará de que la cámara me tome desde los ángulos correctos.

—Sí, por supuesto, doctor. Me aseguraré. Yo me encargo.

En los últimos meses, los dos hombres habían estrechado tanto su relación, que Allende lo abrazó antes de salir al aire.

—No importa el resultado de esta elección, siempre le estaré agradecido, Octavio. Siempre estaré en deuda con usted.

Octavio rio.

—Salga a escena, en nombre de Chile, y haga que me sienta orgulloso.

Allende se sentó detrás del escritorio que el estudio de televisión preparó para él. La cámara se acercó en primer plano y, al mirar la enorme lente negra, recordó lo que Octavio le había enseñado. «Mantenga la barbilla en alto y los ojos enfocados en el centro de la lente. Piense que son los ojos de su esposa el día de su boda». Allende recordó cómo él y Tencha acudieron al juzgado esa tarde, hacía ya muchos años. Fue una ceremonia privada, sin pompa ni ceremonia. Ella no llevaba flores en el cabello. Pero él había mirado en sus ojos oscuros y se comprometió con ella. Le juró devoción eterna, igual que ahora quería hacer con el pueblo de Chile.

Allende entrelazó las manos, elevó la barbilla, fijó la mirada y empezó su discurso en una prosa perfecta y estudiada.

Octavio sonreía, de pie, detrás de la cámara. Su alumno lo estaba haciendo bien.

—Sí, sí —murmuraba para sí mismo—. Mantenga ese mentón en alto. Sí, ahora quítese los lentes; mire directamente a la cámara.

Le dio un empujoncito al camarógrafo y le dijo que hiciera un acercamiento a los ojos de Allende.

Allende lo hacía a la perfección. Pausaba en los momentos oportunos y miraba de frente al centro de la lente cuando hacía promesas. Se mostró sincero y honorable, los dos rasgos que eran en verdad suyos.

Detrás de la cámara, Octavio sonreía orgulloso.

—Ya no me necesita —le dijo Octavio esa noche al despedirse de Allende—. Es perfecto.

Allende estaba feliz.

—El resto depende de usted y de sus jefes de campaña —continuó—. Ha sido un alumno maravilloso. Tiene tanto mi voto como mis mejores deseos; que tenga toda la suerte del mundo.

—Gracias, amigo —respondió Allende, abrazando a Octavio—. Siempre estaré agradecido.

Octavio asintió y sonrió.

—Sabe dónde encontrarme si me necesita. Espero con mucha ilusión tener el privilegio de escucharlo en su discurso inaugural el próximo noviembre.

—Gracias, de nuevo, camarada. ¿Entiendo que este año votará?

—¡Claro que lo haré! ¡Viva Allende! —exclamó Octavio con un guiño, al tiempo que empacaba su mochila y, con un gesto de la mano, se despedía del hombre que ahora consideraba su amigo. Esa noche regresó a casa sonriendo, impaciente por volver a su esposa y a sus hijos, quienes esperaban tranquilos su regreso.

22

Västerås, Suecia
Agosto de 1970

Cuando Kaija anunció que estaba esperando un hijo, Samuel la abrazó con tal fuerza que ella tuvo que regañarlo, por miedo a que fuera a aplastar al bebé en su vientre. Sabía que era un poco ridículo, pero tenía miedo. No quería que nada saliera mal.

Cuando descubrió que estaba embarazada, Kaija no podía creer lo protectora que se sentía por esa cosita que crecía en su interior. Era como si al instante, desde el momento de la concepción, sus instintos maternales hubieran despertado. Todo sucedió como una explosión, algo maravilloso y milagroso. Por primera vez en su vida se sentía mágica.

Samuel advirtió el cambio en su esposa casi de inmediato. Su aspecto radiante se hizo más intenso, su piel pálida adquirió un tono dorado y cálido. Siempre creyó que nunca había sido tan hermosa como el día en que la vio por primera vez. Sin embargo, ahora le parecía una mujer transformada. Sus rasgos delicados como los de un pájaro fueron reemplazados por una redondez suave y dulce. Sus mejillas estaban constantemente sonrosadas, como los pétalos pálidos de una peonía. Cada noche, cuando se acostaban y el algodón fresco envolvía sus miembros desnudos, Samuel

colocaba la palma de la mano sobre el vientre de Kaija e imaginaba el día en que pudiera sentir los primeros movimientos de su hijo. Contaba con los dedos los meses que faltaban para el nacimiento y le decía a Kaija cuánto ansiaba el día en que pudiera colocar la oreja en su ombligo y maravillarse con el sonido del latido del corazón de su amado hijo.

Tan solo unos meses antes se habían mudado de su pequeño departamento en Gotemburgo a una casa grande de cuatro recámaras, en Västerås. Encontraron la casa casi por accidente; mientras conducían, confundieron los caminos y tomaron el equivocado; y ahí, en medio de un dosel de manzanos y hortensias azules, encontraron una casa que parecía llamarlos. La residencia podía haber salido directamente de uno de los sueños de Kaija.

—¡Tiene un letrero de venta! —exclamó Kaija con gran emoción—. Samuel, ¿no te parece absolutamente perfecta?

Él le sonrió, quitó la mano de la palanca de velocidades y tomó la de ella.

—Sí, Kaija, lo es. Hay un teléfono en el letrero, ¿por qué no vamos al centro del pueblo y preguntamos si nos pueden mostrar la casa esta tarde?

—¿No podemos solo tocar la campana, Samuel? Estoy segura de que estarán contentos de que un posible comprador llegue a su puerta.

—No estoy seguro, Kaija...

—Por favor, Samuel —le rogó—. Yo daré las disculpas necesarias. ¡Tú no tendrás que decir ni una sola palabra!

Contra su opinión, entró al estrecho sendero de grava. La gente nunca llegaba sin previo aviso a casa de sus padres en Perú. Se habría considerado incorrecto y de mala educación. Pero incluso después de su matrimonio, Kaija seguía conservando su inocencia

infantil, y pensó que su emoción era adorable.

—Si no es buen momento les diremos que volveremos más tarde, Kaija. Promételo.

—Por supuesto, Samuel. Por supuesto.

Salió del coche de un salto y se alisó la cola de caballo rubia. Vista de atrás, no aparentaba tener más de quince años.

A fin de cuentas, el resultado no pudo haber sido mejor. El par de ancianos que vivía en la casa llena de flores estaba encantado de que una pareja joven llamara a la puerta. Le dieron la bienvenida a Samuel y a Kaija y les ofrecieron té y galletas recién hechas. Después, pasaron casi dos horas mostrándoles la casa y recordando cómo habían criado a sus cuatro hijos dentro de esas paredes.

—Ya estamos muy viejos para cuidar una casa con tantas habitaciones —se lamentó la esposa con Kaija—. Pero una chica encantadora como tú, con un médico como marido, bueno... Sería perfecta para ustedes.

Kaija sonrió y presionó su mejilla contra el hombro de Samuel. La tela de *tweed* de su saco rasguñó su piel delicada; pero estaba tan contenta en ese momento que apenas se dio cuenta.

—¿Tienen hijos? —preguntó el marido—. Hay cuatro recámaras. Vieron el gran jardín, y el pueblo tiene dos sistemas escolares distintos. Así que hay muchos niños en esta zona.

»No puedo creer cuánto está creciendo Västerås. Hay muchos artistas y escritores. El gobierno ubicó aquí a muchos inmigrantes. Sin embargo, creo que será bueno para la región. Sangre nueva.

Samuel sonrió y asintió en acuerdo.

—Sí, conozco los planes del gobierno. Esa es la razón por la que Kaija y yo estamos buscando una casa por aquí. He estado pensado en abrir un consultorio en el centro del pueblo, ya que mi práctica depende de la

comunidad inmigrante.

—Pues bien —intervino la anciana con una sonrisa —, esta casa será perfecta para ustedes.

En cuestión de semanas compraron la casa y empezaron a hacer los preparativos para mudarse un mes después. Kaija empacó todas sus cosas en cajas de cartón y envolvió todo en abundante papel blanco como nubes arrugadas. Hicieron el amor con gran fervor en el piso de su departamento vacío; cada uno estaba hambriento del otro, ansioso por concebir un hijo que fuera símbolo de su amor. Tiraron una pila de cajas cerradas cuando giraron en su abrazo apasionado, y después, mientras se estrechaban, rieron nerviosos con la esperanza de la nueva vida que querían crear.

Ambos sabían que la nueva casa les ofrecía bastante espacio para su familia en crecimiento. Esa noche, después de que llevaban apenas dos semanas en la casa y Kaija le anunció que estaba embarazada, Samuel la levantó en el aire, la subió cargando las escaleras y, haciéndola girar en cada recámara, la retó:

—¡Escoge! ¡Escoge! ¿Qué otra mujer tiene tantas recámaras de dónde elegir el cuarto del bebé? —La besó —. Por fin, mi amor, ¡tendrás todo lo que siempre has querido!

Conforme crecía el vientre de Kaija, la clientela de Samuel también lo hacía. Casi 75 refugiados políticos se mudaron ese año a Västerås, y alrededor de 25 escucharon hablar del éxito de Samuel Rudin con sus pacientes.

Rentó una pequeña oficina en la calle Skolgatan y compró un nuevo escritorio, unos estantes de madera y un diván chesterfield de piel donde se reclinaban sus

pacientes. Todas las tardes regresaba caminando a casa; cruzaba la plaza del pueblo hasta la calle cubierta de hierba donde lo esperaba su esposa embarazada. Incluso después de un día difícil de trabajo y de atender a varios clientes nuevos, siempre sonreía, puesto que todo empezaba a caer en su sitio. Ayudaba a la gente que necesitaba desesperadamente su orientación. Tenía una esposa amorosa y devota, e incluso Suecia le parecía más cálida. La vida para Samuel Rudin por fin era buena.

23

Västerås, Suecia
Abril de 1971

Cuando Kaija sostuvo por primera vez en sus brazos a su recién nacida, la emoción la inundó. Ahí, dormida tranquilamente sobre su pecho, estaba la pequeña que ella y Samuel habían concebido juntos. Les pertenecía por completo. Miró la cabeza diminuta de la bebé, cubierta por una pelusilla rubia; se maravilló con sus párpados delicados, que cubrían dos iris verdeazulados, y suspiró con satisfacción. Nunca en su vida había visto a un bebé tan hermoso como el suyo, ni podía creer que ella, Kaija Sorenson-Rudin, tuviera la capacidad de amar a alguien tanto como amaba a esa niña que ahora dormía en sus brazos. Fueron estos sentimientos, nuevos e intensos, los que despertaron las preguntas no respondidas de su pasado. Porque mientras Kaija miraba a su hija de cabello rubio y nariz diminuta, no podía evitar verse a sí misma de recién nacida. En su corazón, sabía que alguna vez se pareció a ella: dulce, rosada y redonda. Que ella también debió tener la piel sonrosada, los párpados finos y delicados, y la mirada borrosa de los ojos del recién nacido.

No quería nada más que amar a esta niña y protegerla. Incluso cuando Kaija dormía, quería cuidarla, deseando poder mantener un ojo abierto solo

para asegurarse de que su hija estaba a salvo a su lado. No podía imaginar un día sin ella.

Y Kaija se preguntaba si así se sentían todas las madres después de parir. Como si esa hija hubiera nacido del músculo en su corazón y de las células de su cuerpo; estaban conectadas, incluso después de que hubieran cortado el cordón umbilical y la leche ya no brotara de sus pechos. Si era así, ¿qué había hecho mal hacía tantos años? ¿Qué pudo haber hecho a los dos años para que su madre hubiera tenido el corazón de abandonarla?

Hay tantas cosas que un simple crucifijo de madera y un libro de oraciones no pueden llenar o reemplazar. Los objetos no pueden hablar y, por lo tanto, carecen del poder para tranquilizar el dolor de las preguntas no respondidas. Kaija seguía invadida por ese dolor; era como una herida que había sanado parcialmente, pero que seguía sensible al ardor de la sal. Seguía siendo vulnerable en cuanto a su pasado. Su infancia continuaba siendo un tema tabú que Kaija prefería relegar a lo más recóndito de su mente, en lugar de liberarlo en el presente. Por lo tanto, en muy raras ocasiones hablaba de ello; lo dejaba enterrado en su interior, sujeto con fuerza y amarrado en las profundidades de su memoria. Solo lo recordaba cuando este se acercaba sigilosamente, sin invitación, como una maraña de hiedra no deseada que la perseguía cada vez que pensaba que la había arrancado de raíz.

Era una de las dos grandes desgracias de su vida: Kaija no tenía absolutamente ningún recuerdo de su madre. No recordaba el sonido de su voz ni la sensación de su tacto. No tenía idea de si su amor por el dibujo lo había heredado de alguno de sus padres o si su miedo al abandono estaba relacionado con su adopción. Lo que sí

sabía era que cada vez que miraba la fotografía desgastada de la boda de sus padres, sentía que la habían engañado. Deseaba que esas imágenes color sepia le hablaran. Quería, ahora que ella misma era madre, poder preguntarle a la suya: «¿Por qué?». Deseaba poder oír a su madre decir que abandonarla le había provocado un dolor terrible. Pensaba que eso podría brindarle un poco de tranquilidad.

Después del nacimiento de Sabine, Kaija empezó a enmarcar fotografías de Samuel y de su hija y las puso por toda la casa.

—Al fin —se dijo—, tengo mi propia familia.

Trató de pensar menos en su madre, aunque le era casi imposible. Al ver a su propia hija que crecía frente a sus ojos, el privilegio de ver cómo descubría el mundo a su alrededor la llenaba de tanta alegría que quería compadecer a su madre por no haber podido presenciar eso con ella. Sin embargo, otros días era suficiente como para enfurecerla y hacer que le hirviera la sangre. Así que la mujer en la fotografía fluctuaba entre la santa y la pecadora con mayor frecuencia, dependiendo del estado de ánimo de Kaija.

Sus sentimientos por su padre eran mucho más distantes y abstractos para ella. No tenía nada de él, nada que alguna vez hubiera tocado, nada que ella pudiera decir que fue suyo. En la fotografía no parecía tener más de diecinueve años. Su rostro lleno y los ojos brillantes tanto de orgullo como de promesa. Su cuerpo alto y fornido.

Pocas veces se permitía pensar en el hombre que conoció brevemente después de la guerra. Había borrado de su memoria esos tres meses en Finlandia, se había convertido en una experta en bloquear esos recuerdos que estaban llenos de angustia y desesperación.

Pero la imagen de la primera vez que llegó a Suecia seguía vívida.

Su primer recuerdo de la casa a la que la llevaron era el olor de pan recién horneado. Ese perfume maravilloso y embriagador de levadura, mantequilla y harina le era por completo desconocido. Recordaba cómo el hombre amable de voz suave y dulce le había dicho que lo llamara papá, y cómo le dio una gran rebanada de pan caliente con miel encima.

Fue él, no su esposa, quien ayudó a Kaija a desempacar su pequeña maleta roja. Dobló su vestido y los calcetines y los puso en el cajón. Sacó el crucifijo y lo colgó de un clavo junto a su cama.

Sin embargo, lo que ella no vio fue la mirada de su padre adoptivo cuando abrió el libro de oraciones y descubrió la carta al interior. Como estaba escrita en finlandés, no podía leerla.

Pero supo, por la caligrafía cuidada y la manera precisa y deliberada en la que el papel estaba doblado, que era importante y había que cuidarla. Temía que se ensuciara si la niña la encontraba y jugaba con ella, así que la guardó en el cajón de su escritorio y se prometió que se la daría cuando ella fuera lo suficientemente grande para entenderla.

Cada tarde, después de regresar de la oficina, Hugo Sorenson abría el primer cajón, sacaba su pluma fuente y lidiaba con su correspondencia, y cada vez veía la carta doblada que había quedado atrapada en el libro de oraciones de su hija adoptiva. Pero una tarde le asombró descubrir que la carta ya no estaba ahí.

Al principio pensó que solo estaba enterrada bajo alguna carpeta o un bloc de timbres, pero, al revisar

bien, no pudo encontrarla. El pánico se apoderó de él; sintió culpa por haber perdido algo tan valioso que jamás podría ser reemplazado.

Le preguntó a su esposa:

—¿Has visto la carta doblada escrita en finlandés, Astrid?

—No.

—¿Estás segura? No la encuentro y es importante.

Pensó que ella estaba actuando de manera extraña, reservada. Ella evitó su mirada, con los ojos fijos en la tetera donde hervía agua.

—¿Estás segura, Astrid? —preguntó una vez más, esperando que confesara que la había encontrado y que, sin darse cuenta, la había guardado en otro lado.

—No. No tengo idea de qué estás hablando.

Regresó a su despacho y hurgó en todos sus archivos y cajones. Kaija ya se había ido a dormir. Quizás ella la había encontrado. La mañana siguiente, le preguntó si había esculcado en su escritorio.

—No, papá —respondió con dulzura—. Nunca haría eso.

Él le creyó. No quería decirle qué había perdido. Nunca se lo perdonaría. Así, durante muchas semanas buscó la carta extraviada sin perder la esperanza de que quizás algún día aparecería como por arte de magia. Pero nunca fue así.

Pensaba en ella constantemente; se preguntaba si debía decirle a Kaija cuando creciera qué había perdido. Pero dudaba. No quería hacer nada que pudiera hacer sufrir a su querida niña.

Unos meses después de que la carta desapareciera, Hugo Sorenson se encontró de nuevo padeciendo por el bienestar de su hija adoptiva. Nunca había conocido un miedo así, tanta desesperación, cuando llegó la carta de

la agencia gubernamental en la que anunciaban que todos los niños finlandeses adoptados durante la guerra debían regresar. Temía perderla para siempre.

—¿Cómo puede ser? —preguntó a Astrid, pálido por el dolor—. Ha estado con nosotros casi cinco años. Somos los únicos padres que conoce.

—Déjame ver la carta, Hugo.

Astrid tomó la carta de la mano de su esposo y la miró fijamente; era claro que ella también estaba desconcertada.

—Nosotros la criamos —dijo ella indignada, como si esa carta fuera un insulto—. ¿Ahora nos dicen que debemos regresarla? ¿Cómo puede ser?

Negó con la cabeza antes de colocar la carta junto a la lámpara de queroseno. Hugo miró a su esposa con sorpresa. Después de todo, esta era la primera vez que Astrid salía en defensa de su hija. Siempre se había portado distante con Kaija, pero ahora tenía que admitir que parecía realmente preocupada.

—Quizá podemos pelear —dijo él con voz débil—. Tal vez harán excepciones —tartamudeó—. ¡Kaija solo tenía dos años cuando llegó!

Mientras los periódicos suecos elogiaban a las familias que habían cuidado durante años a los niños de la guerra finlandesa, el consenso era que, ahora que la guerra había terminado, los niños debían regresar.

El hombre al que Kaija llamaba papá empacó su maleta; le había comprado una nueva porque la roja con la que llegó era demasiado pequeña para meter todas las cosas que ahora poseía. Dobló sus seis vestidos de algodón, el de terciopelo que usó la víspera de Santa Lucía, los tres suéteres de lana, los ocho pares de calcetines de algodón y los pequeños zapatos negros de piel que aún brillaban de nuevos. Dejó afuera un vestido

amarillo a cuadros con cuello blanco para su regreso a casa y un abrigo de lana que le habían comprado el invierno anterior, el azul claro con botones dorados que contrastaba con su cabello rubio.

Se preguntó cuál de sus posesiones debía enviar con Kaija para que, en años posteriores, ella pudiera recordarlos. Ahora tenía la edad suficiente como para usar el crucifijo de su madre, pero seguía siendo pequeña como para abrazar su viejo oso de peluche raído.

—Deberíamos darle algo con lo que pueda recordarnos —se lamentó con Astrid.

—Si no nos recuerda después de todo lo que hemos hecho, entonces adiós y buen viaje —respondió Astrid, pero él vio que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Con frecuencia, sus palabras eran muy crueles, pero él tenía que creer que había un poco de compasión en su corazón. Por algo se había enamorado de ella. Después de que intentaron tener hijos propios sin éxito, su carácter comenzó a agriarse.

A menudo se preguntaba si era poco sensible de su parte insistir en adoptar a un niño. Al principio pensó que sería bueno para ellos, y para ella en particular. Pero parecía que la llegada de Kaija había sido más difícil para su esposa.

Creía que las cosas habían mejorado en el último año. Ella se portaba un poco más cariñosa con la niñita y empezaba a olvidar que no era suya. Pero luego sucedió esto. Llegó la carta y no podían combatir algo que estaba por encima de sus capacidades.

—En realidad nunca fue nuestra —dijo ella una noche, pero él notó las lágrimas reprimidas en su voz.

Se negó a ayudarlo a preparar a la niña para su viaje a casa. No empacó su ropa ni organizó sus cosas, por lo que él tuvo que hacerlo solo. Tomó un día libre en la oficina y fue al cuarto de la niñita, donde había

dormido los últimos cinco años, donde había jugado con sus amigos y donde, en cuestión de días, pasó de ser una desconocida a ser una hija. Él la amó desde el momento en que la vio parada en el centro de llegadas, con las calcetas hasta las rodillas y su pequeña maleta roja.

—Ahora tenemos una hija —había dicho a su esposa esa noche mientras la niña pequeña y frágil dormía tranquilamente en su nueva cama de madera.

Ella no había respondido, pero él veía bajo la luz de la luna que ella se acariciaba el vientre plano, llorando y disculpándose en voz alta.

—Y en cuanto a Kaija —dijo entre lágrimas—, no es «nuestra»; ¿cómo podríamos amarla como si fuera nuestra?

Ahora habían pasado más de cinco años y Hugo se había dado por vencido en tratar de entender a su esposa. Para él, Kaija se había convertido en su hija. No podía entender cómo su mujer podía cambiar sus emociones de manera tan fácil, cómo podía dejarlo solo para preparar la partida de la niña.

Pero lo hizo; empacó sus cosas y se esforzó en explicarle adónde iba. Le sorprendió que la niña parecía tener recuerdos de Finlandia.

—Papá, me acuerdo que ahí hacía frío —dijo, tratando de sonreír mientras sujetaba con fuerza su oso de peluche—. No era caliente como aquí, con el olor a pan.

—Verás a tu otra mamá y a tu otro papá —explicó, tratando de no llorar.

Ella lo miró con esos ojos verdes brillantes y él sintió que las palabras se le atragantaban.

—Quizá tienes hermanos y hermanas con quienes podrás jugar. Tendrás los lagos y el bosque que tanto amas.

—¿Tendré pan y miel? —preguntó en un murmullo.
—Claro que los tendrás, *älskling*. Claro que sí.

La noche antes de su partida, él seguía pensando en qué darle para que se llevara con ella. Algo que, en los años siguientes, ella pudiera guardar y recordar. Algo como su crucifijo, que viajara con ella y le ayudara a evocar.

Se levantó temprano esa mañana, antes de que todos despertaran, y fue a la cocina. No podía enviar nada de vidrio o cerámica, porque se rompería. Se sentó en un banco y se llevó las manos a las sienes. Le dolía la cabeza.

En la mesa descansaba el tarro de miel con la cucharita de plata que usó para alimentarla cuando llegó el primer día. Astrid y él la usaban casi exclusivamente para la miel, pero fue una de las primeras cosas que Kaija se adjudicó como propia.

La levantó y la sostuvo en la palma de la mano. El mango rizado era suave, salvo por el ligero grabado de tallos de rosas. ¿Era de Astrid desde que era niña o había pertenecido a su madre? No podía recordarlo.

La parte cóncava de la cuchara era suave por la pátina; el ligero arco del mango se adaptaba al puño de la niña. Sonrió al recordar todas las veces que había sorprendido a Kaija llevándosela a su boquita rosada; la cuchara se asomaba traviesa de sus labios. Le daría eso, pensó. Fue a la alacena y sacó unos pedazos de papel y la envolvió con cuidado.

Fue a la recámara de Kaija, donde seguía dormida con la boca abierta como un cachorro de león; su maleta abierta estaba en el piso junto a la cama de madera.

Colocó la cuchara entre los montones de ropa, el retrato de bodas y el libro de oraciones que había empacado el día anterior y se quedó de pie observándola. Rezó para que su recuerdo no se

desvaneciera y tener siempre presente todo lo que ella había hecho, todo lo que compartió con ella. Tenía mucho miedo de olvidar algún pequeño detalle de esta niña.

Sabía que debía intentar ocultar los celos que comenzaban a carcomerlo. Después de todo, sus padres tenían derecho a reclamar a la niña que habían traído al mundo, y a la que enviaron lejos solo para que estuviera segura. Pero en el fondo tenía que creer, porque había albergado esperanzas de que algún día volvería.

El regreso de la pequeña Kaija a Finlandia a la tierna edad de siete años y medio no fue el tipo de reencuentro que un niño hubiera soñado. No hubo ninguna madre en el umbral con los brazos extendidos y lágrimas en los ojos para darle la bienvenida y prometer que nunca más la dejaría ir.

Primero viajó por barco de Estocolmo a Helsinki; luego por tren hasta Mikkeli, a una estación lúgubre cuyo techo estaba cubierto de nieve sucia por el carbón. Afuera, las chimeneas de las fábricas echaban hollín en las nubes bajas y oscuras. En su abrigo azul cielo, Kaija era la única mancha de color en el paisaje gris cenizo. Como una pintura de tinta china, un toque de pigmento contra el cielo blanco y negro.

El alcalde del pueblo estaba ahí para darle la bienvenida. Ella bajó al andén, frente a un grupo de rostros irreconocibles, personas envueltas en bufandas y abrigos de lana delgados y desgastados.

—¿Kaija? —preguntó una voz suave y dudosa—. ¿Eres tú? —Kaija no podía entender a su padre cuando avanzó frente al alcalde y se arrodilló frente a ella. Él solo la recordaba por su cabello rubio y ojos verdes, así como por el oso que ahora estaba raído.

La niña no se movió y lo miró tímida. No lo

recordaba en absoluto, y no se parecía en nada a la fotografía que ella había atesorado y mirado cada noche junto a su cama. Su cabello pelirrojo ahora era gris; su rostro, demacrado. La piel le colgaba como glaseado derretido en un pastel y sus ojos azules carecían de vida, como una franela vieja.

Él hizo un gesto a dos chicos altos y desgarbados para que se acercaran a saludarla; a ella también le parecieron desconocidos, con la mirada distante y remota.

—Estos son tus hermanos, Kaija —le dijo su padre, y aunque no entendía el finlandés, comprendió quiénes eran.

—¿Mamá? —preguntó buscando ansiosa con la mirada entre la muchedumbre.

Pero el hombre, que de nuevo volvía a ser su papá, solo sacudió la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Más tarde, cuando pasaron frente a la vieja iglesia careliana de cúpulas escarchadas y en espiral, supo que su madre y su tercer hermano estaban enterrados ahí: dos cruces cubiertas de nieve que daban al lago Saimaa. Por desgracia, la única hija de Sirka regresó tres años demasiado tarde.

Sin embargo, su padre hizo su mejor esfuerzo para que su hija se sintiera cómoda. Le dio la cama en la que él y su madre habían dormido; la desgastada cobija de bodas cubría con delicadas flores azules el viejo colchón lleno de burujos. El aroma de violetas marchitas colgaba débilmente de sus bordes.

Toivo y los dos chicos dormían en la cocina, donde habían dormido desde que eran niños. Sin embargo, ahora que los hermanos habían crecido se presionaban hombro contra hombro y se quejaban de tener que compartir una cama con su padre.

Los chicos también protestaban por la comida. La guerra había terminado, pero la escasez de alimentos en la casa no. Una boca adicional que alimentar no pasó inadvertida; los hermanos se quejaban abiertamente de que seguían hambrientos después de que Toivo trataba de distribuir de manera equitativa el pan plano, los pedazos de queso y la avena.

Miraban a su hermana, quien había llegado regordeta, con su hermoso vestido almidonado y el abrigo azul de lana, y su resentimiento era tan franco como su hambre. Y aunque Kaija no entendía las palabras exactas que intercambiaban sus hermanos, con sus lenguas viperinas, y su padre, advertía su resentimiento. No era posible ocultarlo.

Así, en las noches ella dormía sola en la gran cama fría que había pertenecido a la madre que nunca conocería. Extrañaba su antigua cama, el abrazo familiar de su papá sueco, el delicioso aroma de pan recién horneado y el tarro lleno de miel. Ahí no había lugar para la cuchara que su otro papá le había puesto en la maleta. La mantenía envuelta en el papel y solo la sacaba a veces para ponerla sobre la costura de la boca de su oso de peluche, cuyo estómago estaba tan adolorido y vacío como el de ella.

Sus primeras semanas en Finlandia le parecieron una eternidad. Cada noche, Kaija iba a la cama llorando, y su oso raído, ahora un amasijo de peluche y extremidades blandas, le brindaba poco consuelo.

Soñaba con su padre adoptivo, con su olor a sándalo y el ligero aroma de su espuma de afeitar. Desde que tenía dos años, cada noche él iba a su recámara y le daba un beso en la frente. Ahora que su estómago se quejaba de hambre, recordaba cómo él le llevaba dos sándwiches con miel y mermelada antes de irse a

dormir. Uno para ella y otro para su oso, y se sentaba con ella hasta que devoraba los dos junto con un vaso lleno de leche.

No sentía ningún afecto por este hombre que era su padre biológico. Mientras vivió en Suecia, ni siquiera pensó en su existencia. Era solo alguien sin expresión, cuyos ojos la miraban vacíos desde el retrato de bodas que estaba junto a su cama. Lo que la fascinaba era la imagen de su madre. La regia mujer con velo de gasa y corona de flores en el cabello. Había pasado los cinco años como niña adoptada preguntándose qué tipo de mujer era su madre, deseando tener recuerdos tangibles de ella. De haber podido, habría elegido a su madre finlandesa y a su padre sueco como progenitores. Por intuición sentía que, si esa unión hubiera existido, ella habría sido la más amada.

Ahora, en esta casa fría con apenas suficiente para comer, Kaija no comprendía lo que sucedía a su alrededor. No podía entender lo que le decían su padre biológico y sus hermanos. El finlandés formaba sonidos en su boca que eran ajenos a sus oídos.

Algunos días, mientras sus hermanos estaban ocupados cortando leña y quitando la nieve del techo, Kaija caminaba hasta la vía del ferrocarril que estaba a unos cientos de metros de su casa. Ahí, bajo el dosel arbóreo de los abedules y el aroma de los pinos, avanzaba junto a las vías esperando seguirlas. Desde que llegó, tan solo unas semanas antes, esperaba poder desandarlas hasta el lugar donde había empezado su viaje. De vuelta a su hogar en Suecia.

Las vías estaban tendidas junto al río, una capa de hielo congelado y brillante que, cuando se fundía, se vaciaba en el lago Saimaa. La pequeña Kaija, en su abrigo azul cielo, caminaba ligera junto a las planchas de madera gruesa, cantando un salmo en sueco y dejando sus huellas grabadas en la nieve.

Sus hermanos la encontraron una tarde en que se había alejado demasiado. Fueron en su busca con lámparas de gas y el rostro fruncido. Su padre los seguía a unos pasos.

—¿Adónde ibas? —le preguntaron en finlandés.

Aunque ella no estaba segura de qué le preguntaban, respondió en voz baja, en sueco:

—*Jag vill åka hem*. Quiero ir a casa.

La levantaron como a una muñeca de trapo. Sus brazos congelados sobresalían de las mangas de lana como retoños de un árbol joven quebrados en el tallo.

—Nos creará problemas —le dijo un hermano a otro.

—Niña salvaje y consentida —murmuró el mayor para sí mismo.

Su padre permanecía cuatro pasos atrás. Guardaba silencio, con la espalda encorvada sobre las muletas de madera. Su barba canosa estaba cubierta por escarcha en algunas partes.

—Ella no solo perdió a su madre, como ustedes —les recordó Toivo a sus hijos. Mientras llevaban en brazos a la pequeña a casa, los ojos de ella estaban llenos de lágrimas—. También nos perdió a nosotros hace mucho tiempo. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Estaba tratando de encontrar su camino de vuelta a casa.

Tres meses después la devolvieron a Suecia, delgada y frágil como porcelana. Hugo la recogió en el barco; su corazón latía de nuevo desde que había recibido noticias de su regreso.

El padre de Kaija había sido amable, y por difícil que fuera para él dejarla ir de nuevo, sabía que no podía ofrecerle una buena vida. Cuando Hugo llevó la carta para que la tradujeran, no podía creer que sus plegarias hubieran sido respondidas: el padre de la niña le

preguntaba si podía volver a Suecia.

Él nunca juzgó a ese hombre, aunque su esposa sí. Sabía lo difícil que era alimentar a una familia, y ahora que la madre de Kaija estaba muerta, entendía la inseguridad de Toivo para criar solo a la niña. Hugo solo estaba agradecido de que, con su consentimiento y los formularios requeridos, ella volviera a él, que finalmente sería solo de ellos.

En su lecho de muerte, dieciocho años después, él tomó la mano de Kaija y le confesó el secreto que había guardado durante tantos años.

—Había una carta que enviaron contigo cuando llegaste la primera vez, Kaija. Y la perdí.

—Está bien, papá —dijo con lágrimas en los ojos—. Ahora lo importante es que recuperes la fuerza.

—Ya estoy más allá de eso, querida —dijo en voz baja—. Pero, por favor, escucha. Debes entender lo que digo.

Ella estaba arrodillada junto a su cama; sus pequeñas manos envolvían las de él.

—Cuando llegaste por primera vez con tu madre y conmigo, no tenías casi nada. —Hizo una pausa y trató de concentrarse.

—Sí, papá, lo sé.

—No, no, no lo sabes. Cuando llegaste, yo desempaqué tu maleta. Adentro encontré una fotografía de la boda de tus padres biológicos, un crucifijo y un libro de oraciones.

—Pero todavía tengo todo eso.

Se llevó la mano al crucifijo para mostrarle que lo había conservado todos esos años.

—Kaija, querida, había una carta dentro del libro de oraciones y yo la saqué para guardarla, porque eras muy pequeña en ese entonces. La puse en el cajón de mi

escritorio y siempre me prometí que te la daría cuando tuvieras la edad suficiente para entender.

—¿Sabes qué decía, papá?

—No, y eso hace que mi culpa sea más terrible. Cuando regresaste a Finlandia después de la guerra, pensé que tu madre estaría esperándote ahí y que la carta ya no sería tan importante... No tenía idea de que ya había muerto.

Kaija permaneció en silencio.

—Cuando volviste con Astrid y conmigo, y lloraste en mis brazos y me dijiste que nunca más querías regresar a Finlandia porque tu verdadera mamá había muerto y tus hermanos no te querían, deseé con todas mis fuerzas darte la carta en ese momento. Sabía que era de tu madre, por la caligrafía, los trazos cuidados y delicados de la mano de una mujer. Sabía que decía cuánto te amaría siempre. Porque sé cuánto te amo yo.

Kaija lloraba. Tenía el rostro enrojecido y sus labios temblaban.

—¿Nunca la encontraste, papá?

—No, y lo siento tanto, tanto.

Ella podía sentir que sus dedos se apretaban contra los suyos y se los llevó a los labios.

—Te amaban, querida Kaija. ¿Cómo podrían no amarte?

Sus ojos estaban grises por la muerte, su cabello blanco echado hacia atrás, la almohada arrugada con los rastros de su pequeña cabeza, un fósil fugaz en un tejido de tela.

—Sé que a veces ha sido difícil para ti aquí. Pero Astrid también te amaba. Un día tendrás a tu propio bebé y sentirás compasión por la mujer que fue incapaz de tener a sus propios hijos.

Kaija asintió. Se arrodilló y presionó contra su mejilla los dedos con manchas de vejez.

—Has sido el padre más amoroso que hubiera

podido desear. Me cuidaste, me alimentaste... —Su voz se quebró y su rostro estaba bañado en lágrimas—. Nunca he dudado de tu amor. La carta no es importante.

—Era lo único... —murmuró.

Ni el anciano ni Kaija tenían idea de las otras cartas que Sirka le había enviado a Kaija durante sus primeros años en Suecia. Las que había destruido la mujer que estaba demasiado enojada para amar. Eso quedaría escondido para siempre, como tantas tragedias pequeñas y silenciosas de la guerra.

24

Santiago, Chile
Junio de 1973

Allende llevaba más de dos años en la presidencia cuando Octavio aceptó su oferta de vacaciones completamente pagadas. Salomé y él finalmente aceptaron hacer un viaje de tres meses. Siempre habían querido visitar las montañas de Perú y visitar a sus amigos que se habían mudado a Argentina.

—Viviremos como gitanos durante tres meses —murmuró Octavio al oído de su esposa, al tiempo que tomaba uno de sus rizos entre sus dedos—. Tu madre y tu padre pueden dormir en nuestra recámara y asegurarse de que Consuela no olvide sus preocupaciones mientras la señora de la casa está fuera —bromeó.

Había sido un año difícil para Chile, y Octavio esperaba con ansias pasar algún tiempo solo con su amada esposa. Anhelaba estar unos meses fuera de Santiago, donde no tuviera que escuchar las manifestaciones en las calles, donde las huelgas de taxis y autobuses no lo molestaran o enfurecerse por los continuos apagones orquestados por los industriales. Estaba convencido de que los problemas, como la continua escasez de alimentos, que acosaban al país no se debían a la incompetencia de Allende, sino a fuerzas

superiores que querían que el presidente fracasara.

Pero Octavio creía que muy pronto la oposición se cansaría de sus esfuerzos y terminaría por ver que el presidente no renunciaría.

—Deberíamos tomar las vacaciones que Allende nos prometió —le sugirió Octavio, alegre, a Salomé.

Por la noche, trató de tentarla con diferentes itinerarios que podrían tomar. La acercó a su pecho y con el dedo índice jugó con sus rizos.

—¿Recuerdas nuestra luna de miel, cuando fuimos a Argentina y bailamos tango todas las noches?

Salomé sonreía para sí misma. Como el gato Cheshire, engreído y redondo.

—Recuerdo cómo llegamos a Buenos Aires; el hotelito que reservaste había perdido nuestra reservación ¡y no tenían más habitaciones libres!

—Sí, ¡pero recuerda cómo me hice cargo de todo y encontré la habitación más memorable del pueblo!

—¡Sobornaste a un loco de sesenta y cinco años para que nos dejara dormir en una de las recámaras de su prostíbulo! —Salomé se removía y reía en los brazos de Octavio—. Nunca en mi vida había visto un cuarto como ese... ¡las paredes carmesí, guirnaldas de tela y sábanas de satén en la cama!

—¿De qué hablas? —bromeó—. ¡Era el lugar perfecto para dos recién casados! Le dije a la matrona que haríamos lo posible para adaptarnos a las actividades que realizaban los otros invitados.

—¡Eres incorregible, Octavio!

—Tú no parecías muy preocupada, Fayum.

La apretó con fuerza y la besó.

—Estaba embarazada, querido, ¿recuerdas?

Octavio sonrió a su mujer, travieso.

—¿Por qué no volvemos? Podría ser una suerte de segunda luna de miel. Podemos pasar unas semanas en la ciudad y viajar hacia el norte, al campo, quizás

incluso explorar algunas partes de Bolivia. ¿No sería maravilloso solo tener tiempo para nosotros?

—¿Y los niños? ¿Cómo podríamos dejarlos? No estaría bien.

—Tenemos a tu madre, tenemos a Consuela. ¿Por qué no estaría bien? —preguntó Octavio, acariciando con suavidad el muslo de Salomé—. Allende me ofreció este regalo. Estaríamos locos si rechazáramos unas vacaciones de tres meses con todos los gastos pagados. ¿Cuándo tendremos otra oportunidad como esta frente a nosotros?

Después de mucha labor de convencimiento, Salomé terminó por acceder. Le preocupaba la agitación política que se traducía en incidentes casi cotidianos en Santiago, pero Octavio le prometió que todo estaría bien cuando regresaran.

—El tiempo fuera nos haría mucho bien.

Más tarde, resultaría que Octavio estaba equivocado. Los opositores no desfallecían; no se darían por vencidos sino hasta que Allende renunciara, o algo peor.

Fue irónico, y casi una suerte, que Salomé y Octavio empezaran su viaje de regreso de Argentina y de las colinas de Bolivia el 6 de septiembre de 1973. El automóvil que conducía un chofer llegó a la frontera chilena la mañana del 11 de septiembre, solo horas antes del golpe de Estado.

La escuela había enviado a Rafael y a sus hermanas a casa temprano porque los maestros pensaban que habría problemas. A mediodía, los soldados se habían posicionado en las esquinas de cada calle. Cada pocos kilómetros, los guardias detenían el pequeño Fiat, cuyo techo estaba cargado de regalos y *souvenirs,* que llevaba a Salomé y a Octavio de regreso de su viaje.

—¿Qué pasó? —murmuró Salomé a Octavio con el rostro pálido de miedo—. Nunca debimos dejar a los

niños. ¡Nunca debimos irnos de viaje!

Octavio trató de tranquilizarla. Él también tenía miedo, pero trató de ocultar sus emociones y de aliviar las dudas de su esposa.

—Estoy seguro de que todo está bien —respondió antes de apresurar al chofer para que los llevara a casa lo más pronto posible.

Llegaron a los límites de la ciudad tan solo una hora antes de que las calles que llegaban a la capital se cerraran oficialmente. El pequeño coche abarrotado se abrió paso por las calles de los suburbios de Santiago hasta que al fin llegó a la entrada de la Casa Rosa.

Al interior, Rafael y sus hermanas se abrazaban al lado de sus abuelos, quienes escuchaban las noticias en la radio mientras los niños murmuraban entre ellos que desearían que sus padres volvieran pronto a casa.

Octavio y Salomé se apresuraron hasta la puerta principal, donde los recibió la sirvienta.

—Señor Ribeiro —dijo—. ¡Gracias a Dios ya regresaron!

Entraron a la gran sala y, de inmediato, los niños corrieron a su lado; la madre de Salomé juntó las palmas con agradecimiento y alivio.

Pero, en menos de una hora, la reunión familiar sería un mero recuerdo. Otras distracciones, mucho más apremiantes, ocurrirían. No se escuchaba música de tango en el viejo fonógrafo; solo el estruendo de los helicópteros que hacían círculos en el aire, el eco de explosivos al final de la calle, en el techo del hospital cercano, y los disparos de soldados que estaban abajo. Sin embargo, momentos después, la familia Ribeiro-Herrera escucharía algo mucho más aterrador en la radio de transistores.

—¡Bombardearon La Moneda! —gritó doña Olivia

con los ojos desorbitados y la voz temblorosa de miedo —. Esos animales están bombardeando el palacio, ¡con el presidente Allende adentro!

Desde la caja de la vieja radio, escucharon las explosiones de las bombas. De pronto, surgiendo de la orquesta de ese caos, la voz de Allende se dirigió al pueblo:

> *Me niego a dejar el cargo para el cual fui electo por el pueblo de Chile.*

Con los sonidos de las bombas cada vez más intensos, la señal de la radio apenas se escuchaba:

> *Seguramente Radio Magallanes será callada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a* ustedes. *No importa, lo seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos, mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal a [...] de los trabajadores. El pueblo debe defenderse [...] Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.*
>
> *¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano [...] por lo menos, habrá una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.*

Luego, la transmisión de radio se apagó. Comenzó el ataque de gas en palacio y el bombardeo continuó.

Salomé les dio la espalda. El dolor de escuchar las últimas palabras de Allende era intolerable. Doña Olivia y don Fernando negaban con la cabeza y se cubrían la boca con una mano.

Sin embargo, por triste que estuviera Octavio, lo embargaba una extraña sensación de orgullo. Imaginó a Allende de pie frente al micrófono, las bombas que explotaban a su lado, los candelabros que se hacían trizas sobre su cabeza, los vidrios que caían a sus pies y el fuego que consumía las cortinas de terciopelo de palacio. Entre todo eso, la voz de Allende nunca había sido más elocuente. Brillaba en su hora más oscura, con gracia y convicción. Durante esos momentos de peligro no tartamudeó, su voz no vaciló. Mirando más allá de la radio de transistores, a las profundidades de su jardín silvestre, Octavio se encontraba lejos. Por un momento se transportó a la cámara privada de Allende en el palacio presidencial. Vio a Allende con la barbilla en alto y los ojos fijos al frente. Lo vio de pie, frente a él, con sus lentes negros y gruesos, y el saco de *tweed* inglés, el cabello peinado con elegancia hacia atrás. Había permanecido fiel y leal: se negó a abordar los helicópteros que le ofrecieron para llevarlo a la seguridad del exilio. Permanecería como el líder del país que había votado por él para el cargo, experto y determinado, incluso hasta el final.

El silencio envolvió la habitación y, en ese momento, Octavio entendió la gravedad del destino de su alumno. Solo entonces, con los murmullos de su esposa y de sus hijos al fondo, comprendió que todo había terminado, que algo horrible le había pasado a su amado país. Y aunque Octavio no tenía idea de los terribles eventos

que pronto afligirían a su familia, sintió náuseas. Entre el remolino de los gemidos de su esposa, los lamentos de su suegra y la confusión de sus hijos, Octavio empezó a llorar; no era el final que había imaginado para este gran hombre. Si hubiera sido un guion cinematográfico, habría exigido que lo reescribieran. Habría hecho que Allende saliera caminando de palacio, con graves heridas, pero con su vida, su orgullo y su visión política intactos.

Pero Octavio aún no entendía que la vida era por completo indiferente a los finales felices. Por eso las personas siempre han amado las películas. Permitían creer que el amor y la belleza triunfaban sobre la tristeza y el mal. Sin embargo, hasta el tesoro cinematográfico más amado de Chile era incapaz de anticipar el horror y el dolor de su siguiente papel protagónico.

25

Santiago, Chile
Noviembre de 1973

Después de la terrible muerte de Allende, Octavio cayó en una profunda depresión. Parecía que la tragedia de los últimos momentos del presidente le había dado más razones para deificar al líder caído de la nación.

—¡Nunca apoyaré a ese Pinochet! —se quejaba Octavio con sus colegas y amigos—. ¡Ese tipo es un carnicero! ¿Qué clase de hombre se deshace de un líder que fue electo para el cargo mediante un sufragio democrático? ¡Un cobarde! ¡Un traidor!

No había palabras suficientes en el vocabulario de Octavio para describir el profundo odio que sentía por el general; en su mente, él había asesinado a su amigo.

—Deberías tener cuidado con lo que dices, Octavio —advirtió Salomé—. Y a quién se lo dices.

Pero se negó a escucharla.

—No esconderé mis sentimientos. ¡Yo no soy un cobarde!

Ella estalló en lágrimas en más de una ocasión, porque parecía que la ira se había apoderado de su esposo desde el golpe de Estado. La ciudad de Santiago estaba paralizada por el miedo. El nuevo régimen había hecho promesas de restaurar la economía deficiente de

la nación y reconstruir el palacio presidencial, que ahora era un montón de vidrios rotos y paredes ahumadas, pero instauró un Estado policiaco. Salomé ya tenía demasiado estrés tratando de asegurarle a sus hijos y a sus padres que pronto todo volvería a ser como antes. Pero era una débil farsa que ella se obligaba a interpretar.

Sabía que este golpe de Estado era distinto a los que Chile había vivido en el pasado, pues, en su mayoría, habían durado poco. El presidente era expulsado por los militares y escoltado a su exilio y, al final, el general a cargo renunciaba y llamaba a elecciones.

Todo mundo en Chile esperaba que Augusto Pinochet fuera igual. Pero se equivocaban. Habían pasado casi seis meses y el Comandante en Jefe del Ejército todavía no renunciaba ni permitía que se celebraran elecciones democráticas para nombrar a un nuevo presidente. Fue nombrado como el nuevo líder de Chile y parecía que estaba ahí para quedarse.

Las calles estaban abarrotadas de hombres con metralletas y el palacio siguió siendo un testamento de violencia de la derrota y muerte de Allende. Para Salomé, Octavio parecía un completo desconocido. Quizá mucho más ajeno que la ciudad bajo asedio. No escuchaba razones; hablaba de formar su propio partido político para desafiar a Pinochet y sus secuaces; dijo a los escritores del estudio que deberían considerar hacer una película sobre la trágica y heroica vida de Allende, en la que él protagonizaría el papel principal.

—Tu franqueza sobre el golpe de Estado te meterá en problemas —le advirtió de nuevo Salomé.

—No seas ridícula —la reprendió.

Su voz se hacía cada vez más condescendiente cuando le hablaba. En ocasiones, incluso sonaba cruel.

—¡Deberías pensar en tu familia! —gritaba ella.

—¿No he pensado siempre en mi familia? —

vociferó a su vez una noche—. No puedes quedarte ahí sentada y decirme que no me he sacrificado por mi familia... ¡Siempre los he mantenido! ¿No tienes una de las casas más grandes y hermosas de esta ciudad?

—Octavio...

Incluso detrás de las lágrimas, los ojos de Salomé eran incandescentes.

—¡Deja de mirarme así, Salomé! —gritó—. Sabes que nunca haría nada para poner en riesgo a nuestra familia. Piensa en todo lo que he hecho hasta ahora. ¡Vengo de la nada! ¡A diferencia de ti!

—¿Qué quieres decir con que a diferencia de mí? —preguntó enfurecida—. ¿Tienes envidia de mi origen?

Octavio permaneció en silencio.

—¡Me casé contigo porque te amo, Octavio! —continuó.

Se dio cuenta de que él lamentaba lo que acababa de decir. Pero no ofreció ninguna disculpa.

—Me voy a la cama —espetó—. No vas a interpretar conmigo esas escenas en las que eres un héroe incomprendido.

Salomé no durmió esa noche. Sintió cuando su esposo se metió en la cama horas más tarde; su respiración era irregular y su cuerpo se removía frustrado por la discusión que había quedado sin resolver. Salomé le dio la espalda, jaló las cobijas hasta su barbilla y las sujetó con fuerza.

Tres semanas después, cuando Octavio volvió a casa del trabajo, su rostro estaba marcado por la ira; a Salomé no le asombró saber que el estudio lo había despedido. Encontrarse de pronto desempleado fue una conmoción para él, pero ella sabía que sus comentarios contra el nuevo régimen lo meterían en problemas. De nuevo, había sido muy ingenuo y carente de previsión. Ella

sacudió la cabeza al tiempo que lo ayudaba a quitarse el abrigo y le dijo a Consuela que preparara el té.

—¡Ya verán! —dijo Octavio, lanzando la mano en el aire. Se jalaba los rizos con tanta violencia que ella temió que se sangrara el cuero cabelludo.

—Podrías arreglar las cosas, Octavio, si volvieras y ofrecieras disculpas por tu comportamiento de estos últimos meses. Probablemente te pedirán que te retractes en público por tus comentarios anteriores, pero no sería tan terrible.

—¿Estás loca, Salomé? —La miró, y ella pudo ver que no aceptaría razones—. Jamás sería tan hipócrita. ¡Que me despidan! ¡A ver si me importa!

—Ya veo —dijo ella en voz baja—. Pon tu orgullo por encima de tu familia, entonces.

—¡Qué! —vociferó. Su rostro enrojeció—. ¿De qué debo disculparme? Tenemos suficiente dinero para vivir tranquilos el resto de nuestra vida.

—¿Tú? Tú, que siempre has dicho que necesitas seguir trabajando para asegurar que haya dinero suficiente... Que siempre has dicho que es muy fácil que se acabe un día y que debes seguir trabajando para ahorrar... ¿Ahora es suficiente? —Empezó a llorar—. No dejaste de trabajar para pasar más de unos pocos meses conmigo y con los niños. Pero ahora, para alimentar tu venganza contra Pinochet, ¿estás dispuesto a renunciar a todo? ¡No te entiendo! —Las lágrimas surcaban el rostro de Salomé.

—Tomé tiempo libre entre mi sexta y séptima películas —dijo en voz baja.

—Antes de que Neruda viniera a nuestra casa, sí —explicó Salomé sacudiendo la cabeza—. Ojalá nunca lo hubiera hecho, que nunca hubiera entrado a nuestra casa.

—¿Cómo puedes decir eso, querida? —La voz de Octavio por fin se había suavizado.

—No nos estaríamos peleando si no lo hubiera hecho.

—Quizá nunca nos hubiéramos enamorado sin sus poemas. —Octavio tomó la mano de su esposa—. No podemos vivir nuestra vida censurando lo que sucede con un «¿y si no hubiéramos hecho esto o lo otro?».

Ella ya no quería pasar más noches de insomnio a su lado sin hablarse. Por eso permitió que él la abrazara con fuerza. Dejó que metiera la mano bajo su blusa y le acariciara los senos, que le besara el cuello. Cuando la subió cargando a la recámara, la acostó en la cama y le hizo el amor despacio, ella rodeó su espalda con los tobillos y no protestó.

Pero su pelea había dejado algo sin resolver, y estaba llena de aprehensión. Cuando él se quedó dormido a su lado, derritiéndose como chocolate caliente a su costado, ella se levantó y bajó para beber el té que Consuela había preparado horas antes; ni siquiera se dio cuenta de que estaba helado.

26

Santiago, Chile
Diciembre de 1973

Todos los días desde que lo despidieron del estudio, Octavio salía de la casa a la misma hora en que lo hacía desde que él y Salomé se casaron. Ella sabía que estaba demasiado inquieto para quedarse en casa y leer sus novelas o trabajar en sus escritos. Estaba furioso de que lo hubieran corrido por sus convicciones políticas y no podía sentarse en el jardín solo con sus pensamientos.

Así, Octavio comía un churro, bebía una taza de café y salía a hablar con amigos sobre los posibles trabajos que podía desempeñar en el teatro o la televisión. Sin embargo, todos le decían lo mismo: no podían ayudarlo. Solo uno de sus amigos fue lo suficientemente honesto para hablar claro:

—Debes cambiar de opinión en cuanto a Pinochet. Debes aceptarlo abiertamente. Todos lo hemos hecho, aunque pensemos que es un cabrón. No puedes seguir en esta cruzada personal, no saldrá nada bueno de eso. Solo permanecerás en la lista negra y nunca más encontrarás trabajo.

—¿Lista negra? —Octavio estaba estupefacto. Nunca había escuchado hablar de algo así—. ¿Estoy en la lista negra?

—¡Por supuesto, imbécil! ¿Crees que puedes hacer

declaraciones en las que el general es un asesino y que el país es una vergüenza sin que te reporten? ¿Que esas aseveraciones no tienen consecuencias?

—¿Quién me reportaría? ¿Qué tipo de cobarde, qué especie de espía?, pregunto. —Octavio no cabía en sí—. ¡Nunca he dicho estas cosas, salvo en compañía de amigos y colegas!

—Las paredes hablan, Octavio. Debes darte cuenta de que las cosas han cambiado.

—Entiendo que la gente ha cambiado. Pero yo no. No cambiaré.

—Todos hemos cambiado. ¿Cómo no, si el mundo a nuestro alrededor lo ha hecho? Te sugiero que pienses en tu esposa y tu familia.

—Mi esposa y mi familia —repitió Octavio en el mismo tono que usaba con su mujer y sus suegros—. Te aseguro que mi esposa y mi familia estarán bien.

Se despidió de su amigo y volvió a casa, visiblemente molesto. Estaba cansado de que nadie actuara.

—¿Por qué las personas no se reúnen para pedir que el general renuncie y permita que haya elecciones democráticas? —preguntó a Salomé cuando se sentaron a cenar.

—La gente tiene miedo. —Su voz era brusca e impaciente. Estaba cansada de tener siempre la misma conversación.

—¿Miedo de qué?

—Hay rumores de que en la ciudad están desapareciendo personas.

—No deberías creer esos chismes —dijo, negando con la cabeza—. Pareces ridícula al decir esas tonterías.

—No son tonterías, Octavio. Para qué se arriesgaría alguien... sobre todo cuando hay un soldado en cada esquina con una metralleta pegada al pecho.

—Es para impresionar —respondió Octavio con

seguridad—. Pinochet está tratando de hacer que Santiago parezca el telón de fondo de una película, ¡por Dios! —Empujó su plato hacia un lado sin terminar la mitad de la comida—. El hombre está utilizando trucos baratos para que la gente le tenga miedo. Si los chilenos nos enfrentáramos a él, apuesto que saldría corriendo como la rata de alcantarilla que es.

—¿Te parece que tú eres quien debe llamar a esto blofeo, Octavio? —preguntó, sintiendo que le hervía la sangre.

—Creo que cualquier persona inteligente debería señalar la injusticia de las pretensiones de este hombre a la presidencia legítima.

—¡No puedo creerte! ¡Actúas como un tonto, Octavio!

—¿Tonto?

Golpeó la mesa del comedor con el puño. Los vasos y platos vacíos que los niños habían usado unas horas antes repiquetearon contra la superficie de madera. Salomé sabía que la sirvienta había tenido miedo de interrumpirlos para recoger la mesa.

—¡No entiendes nada de política! —gritó Octavio.

—Tal vez no, ¡pero sí entiendo muy bien lo que es una familia!

—¿Y yo no? —Volvía a alzar la voz.

—¡Anda, ve a hacer tu guerra, Octavio! ¡Como si me importara!

—No entiendes lo que digo... Salomé.

—Creo que sí. ¿Piensas que porque no fui a la universidad, porque me embaracé, no entiendo nada? ¿Que soy incapaz de comprender lo que está pasando aquí? —Los ojos de Salomé echaban chispas—. Octavio, estoy de acuerdo contigo en que el general asesinó a Allende. Estoy de acuerdo contigo en que debería haber elecciones democráticas en Chile. Pero tú no puedes luchar solo.

—Pero si no lo hago, ¿quién lo hará, Salomé? ¿Quién? —vociferó—. Dime, Salomé. Dime cómo voy a vivir conmigo mismo si me quedo cruzado de brazos sin hacer nada. Si me callo.

—¡No puedo decirte cómo hacerlo, Octavio!

—Preferiría estar muerto que vivir una vida tan cobarde.

—¿Preferirías estar muerto? —gritó—. ¿Preferirías estar muerto y dejarme viuda con tres hijos, Octavio? —hablaba a gritos; su rostro y garganta estaban enrojecidos, salvo por las tres venas azules que pulsaban en su cuello—. ¿Qué tan egoísta eres? ¿Qué tan egoísta eres, Octavio, que prefieres arriesgar tu vida por una causa en lugar de protegernos por estar en la lista negra del gobierno?

Octavio permaneció en silencio. Afuera de la ventana de la cocina, el sol empezaba a ponerse y lanzaba una luz anaranjada intensa sobre su rostro.

—Salomé... —Esta vez, la voz de Octavio era más suave—. Te casaste con un hombre que siempre se ha enorgullecido de sus principios. ¿Quieres que me convierta en un hombre que se hace de la vista gorda ante la injusticia?

—Quiero que seas un hombre que pone a su familia por encima de cualquier otra cosa —respondió con voz ronca—. Quiero que abras los ojos y te des cuenta de que ya no estamos en un huerto de naranjos. Chile ha cambiado y debes entender que no tienes el poder de acabar con un general.

Salomé desató los lazos de su delantal, lo dobló, lo puso sobre una de las sillas y subió las escaleras hasta su recámara.

—Fayum —la llamó.

Pero ella ya había llegado al segundo descanso de las escaleras. La voz de Octavio se perdió en las muchas habitaciones de la Casa Rosa. Por desgracia, Salomé no

lo escuchó.

27

Santiago, Chile
Enero de 1974

La mañana qe la secuestraron por primera vez, Salomé soñó con lirios. El calor del verano se aferraba a su cuerpo y atribuyó su sueño al hecho de que los lirios acuáticos pronto cerrarían sus pétalos y flotarían hasta el mar.

Se la llevaron cuando los niños estaban en la escuela y Octavio había salido a buscar trabajo. Llegaron en una camioneta negra, se estacionaron despacio frente a la entrada, junto a los macizos de flores en plena floración, de las hortensias azules bajo la luz estival.

Esa tarde estaba sola. Consuela se hallaba en el mercado y Salomé había pasado la mañana leyendo una novela, soñando con lirios y preguntándose cuándo iría al mar con los niños.

Tocaron a la puerta y pidieron hablar con ella, que les preguntó con amabilidad qué querían.

—Necesitamos hacerle unas preguntas en el centro de la ciudad, señora. Será rápido.

Desde el principio dudó, pues los hombres estaban vestidos con tanto cuidado de no parecer sospechosos que de inmediato Salomé tuvo sospechas.

—No puedo salir de la casa si no hay nadie más —dijo con amabilidad—. Mis hijos volverán pronto y la

sirvienta no está hoy.

—Solo será una hora aproximadamente, señora —explicó uno de ellos extendiendo la mano.

Salomé miró a su alrededor con recelo, más allá de la camioneta negra, hasta la calle bordeada de árboles. No veía que llegaran Octavio ni Consuela. Por la intensidad de las miradas de los hombres se dio cuenta de que si se negaba a ir con ellos se la habrían llevado de cualquier modo.

—Está bien, pero espero que no sea mucho tiempo.

Mientras caminaba sobre la grava, Salomé sintió que algo estaba mal, que no volvería para la cena. Trató de caminar lo más despacio posible, esperando tener la suerte de que Octavio volviera a casa antes e impidiera que estos hombres se la llevaran.

Pero Octavio nunca llegó y a Salomé no la escoltaron hasta la camioneta, la metieron a empujones. A su espalda, deslizaron la puerta para cerrarla; otro hombre la esperaba al interior.

En cuestión de segundos la abofetearon, la golpearon con una lluvia de puñetazos, le vendaron los ojos y le ataron las manos a la espalda.

—¡Déjenme salir! —gritó.

—Cierra la boca, puta comunista —vociferó uno de los hombres, mientras otro la amordazaba. Y esa fue la primera vez que Salomé probó su propia sangre; delgada y amarga, se deslizaba por su garganta como queroseno.

Olvidaron atar la venda de los ojos con fuerza. No sabían que, con un ojo, ella podía ver con claridad a sus captores y que podía advertir algunas imágenes a través de las ventanas polarizadas de la camioneta.

Santiago pasó frente a sus ojos. Vio el hospital de la ciudad, las luces débiles del edificio del Congreso Nacional, las rejas de algunas mansiones, un patio

escolar lleno de niños jugando. Entonces, se hizo más oscuro. Su mejilla empezó a hincharse; podía sentir que bajo su ojo izquierdo se formaba un moretón, el calor, las punzadas. Durante una fracción de segundo se dio cuenta de la ironía de sus lesiones, que los moretones no serían rojos como el fuego, sino azules como el mar.

El camino se hizo más irregular cuando salieron de las avenidas de la ciudad y entraron a los caminos de terracería de los suburbios más alejados. Desde debajo de la venda, Salomé solo podía distinguir un árbol por aquí y por allá y algunos caballos.

—¡Apúrate, imbécil! —instó uno de los hombres al conductor, empujando el cañón de su rifle contra el respaldo del asiento del chofer—. ¡Ya son las 2:30!

Los hombres discutían entre ellos, maldiciendo y con groserías; en ocasiones pateaban a Salomé con sus pesadas botas. Minutos más tarde, la camioneta llegó hasta una reja fuertemente vigilada por guardias, y un soldado que no tendría más de diecisiete años les abrió el paso. Luego todo volvió a quedar en silencio.

Desde donde yacía, Salomé solo podía ver unos cuantos detalles del lugar al que la llevaban. Vio una reja negra, las débiles trazas de un jardín con flores que ahora estaba invadido por las huellas de un jeep, una torre y una mansión hecha de piedra.

—¡Sal del coche, perra traidora! —le gritó uno de los hombres al tiempo que la jalaba por el cabello como si arrancara hierba. La sacaron a rastras de la camioneta hasta un patio, luego entraron a la casa oscura.

Una vez adentro, Salomé ya no pudo ver con claridad. Las luces al interior de la mansión eran débiles y los pasillos parecían cavernas. El sonido de las pisadas de sus captores contra el suelo frío parecían los golpes de un bastón; el sonido de sus propios pies era como si arrastraran un saco de arroz.

—¡Métete ahí! —gritó un hombre, empujándola

hacia una habitación—. ¡Y no quiero volver a escuchar tus gritos!

Salomé se desplomó en una celda como si fuera un pajarito mutilado. Se deslizó sobre el piso en un ovillo, como un costal de plumas.

De pronto, a través de las paredes, como si hubieran encendido el sistema de música estéreo en cada recámara, escuchó la música de Mozart que flotaba en el aire.

La primera vez que la escuchó, la música le brindó consuelo. La melodía, las notas suaves y fluidas. En ese momento no se encontraba en la sección de la cárcel de la mansión, sino en las celdas de detención para interrogatorios; un lugar previo a que empezara la tortura, protegido de los gritos que se escuchaban unos cuantos metros más adelante.

La primera vez dejó que la invadiera y la tranquilizara, que la llevara a un lugar alejado de esa pesadilla. Rogó por que la música no parara hasta que ella estuviera a salvo, de regreso en su hogar.

Cuando llegaron por ella para interrogarla, la llevaron a una habitación sin ventanas, con paredes pintadas con cal y sin música. La sentaron frente a una mesa de madera barata y le quitaron la venda para que pudiera ver con claridad al hombre que la interrogaba: un soldado de cuarenta y cinco años que olía a humitas y sudor de una semana, uno de los hombres más feos que había visto, de nariz ganchuda y dientes astillados.

—¡Sabemos que su esposo fue un gran simpatizante de Allende! —gritó. Frente a él había un fólder color manila lleno de fotografías y notas garabateadas—. Sabemos que fue crucial para ayudarlo a llegar a la presidencia.

—No sé de dónde sacó eso —negó Salomé.

—Lo tenemos aquí —respondió el soldado dando unos golpecitos sobre el fólder.

—A mi esposo no le interesa la política. Es actor. Revise su historial electoral, no lo interesan esos asuntos.

—¿Está negando su implicación?

—No estoy negando ni admitiendo nada. —Salomé hizo una pausa para reprimir sus ganas de llorar—. Quiero regresar a casa.

—Irá a casa después de que responda a nuestras preguntas. ¿Usted o su marido donaron para la campaña de Salvador Allende?

—¿Donar? ¿Donar qué?

—Donar dinero, ¿de qué cree que estoy hablando?

—No, no lo hicimos.

—¿No es cierto que su marido se relacionaba con Allende?

—Mi marido es actor y poeta, ya se lo dije. Cualquiera que haya sido la razón por la que vio al expresidente tendría que ver con un mutuo aprecio por las artes.

—¿Las artes?

—Sí. Hablaban de poesía. ¿Eso es un crimen nacional?

El hombre empezaba a mirar a Salomé como si fuera un lobo: las manos plegadas; la barbilla como el filo de un hacha, peligrosamente cerca de la suya.

—¡Quiero que me diga la verdad! —vociferó golpeando la mesa con el puño; el fólder manila, junto con los papeles que contenía, cayó al piso.

—Le digo la verdad.

—El nuevo régimen no tolerará a los traidores. Quiero que vaya a su casa y le diga eso a su esposo. Quiero que le diga que lo estamos vigilando. Si sabe lo que le conviene, apoyará al general Pinochet, quien salvó a este país de bastardos comunistas como Allende —gritó, golpeando la mesa de nuevo—. ¡Lárgate de aquí!

Volvieron a vendarle los ojos y le amarraron las manos a la espalda, ahora con más fuerza; la llevaron hasta la camioneta y condujeron por las calles principales de Santiago. Era ya casi de noche cuando la sacaron a empujones del automóvil. Cayó sobre la banqueta, no muy lejos de la avenida Independencia, donde alguna vez Allende reunió a sus adeptos. Pero Salomé apenas recordaba esa época. Para ella había sucedido décadas atrás.

28

Västerås, Suecia
Enero de 1975

Conforme los golpes militares en América Latina provocaron una afluencia de refugiados a Suecia, Samuel se vio cada vez más ocupado con sus pacientes. A menudo volvía a casa exhausto, agobiado por todas esas personas que necesitaban su cuidado.

Kaija cuidaba a Sabine; en todo momento estaba a su lado, como si temiera despertar y que la niña hubiera desaparecido.

Al acercarse el cumpleaños número cuatro de Sabine, Samuel empezó a sugerirle a Kaija que quizá deberían intentar tener otro hijo.

—No quiero que Sabine crezca como hija única. Estaría muy sola, y no puedo pensar en nada mejor que tener una docena de pequeñitos que se parezcan a ti, Kaija.

—Quiero un niño. Para ti, querido, para mirarlo todos los días a los ojos y mirarte a ti. —Kaija jugaba con los botones de la camisa de Samuel—. Espero que nuestro próximo hijo tenga tus rizos negros. —Se deslizaron bajo las sábanas y ella lanzó una risita—. Entonces sí quieres una gran familia, querido.

—Más que nada —murmuró, sosteniéndola entre sus brazos varios minutos hasta que ella le permitió que

la penetrara por completo.

—Podemos ponerle tu nombre al siguiente —murmuró.

Él cerró los ojos y dejó que el calor de ella lo envolviera, disfrutando la fusión entre ellos y la idea de concebir a otro hijo con amor.

Samuel no era propenso a la fantasía. No era parte de su carácter dejar que su mente vagara en cosas que no eran concretas, firmes y tangibles. Necesitaba ver algo y aferrarse a eso para saber que estaba ahí frente a él. Pero tener un hijo era algo que podía imaginar. Mientras yacía al lado de Kaija, cuyo cuerpo esbelto se acurrucaba contra el suyo, sus curvas delicadas como las líneas de una viola, lo embriagaba el amor y la satisfacción.

Pensar en una gran familia lo hacía sonreír. Se preguntó si su madre lo vería desde el cielo, contenta de que su hijo volviera a formar la familia que ella había perdido.

El mes siguiente Kaija no tuvo su ciclo menstrual y le dijo a Samuel que creía que estaba embarazada.

—Iré al doctor la próxima semana, para estar seguros.

Esa tarde, mientras alimentaba y jugaba con la pequeña Sabine, tanto Samuel como ella intercambiaron miradas cómplices de que quizá muy pronto tendrían a otro miembro en la familia.

Pospuso su visita al médico en el momento en que tuvo la seguridad de que estaba embarazada. Se sonrojaba con frecuencia y su piel estaba constantemente caliente. No le importaba la incomodidad ocasional, que atribuía a los inicios del

embarazo.

—Deberías confirmar tus sospechas con el médico —le recordó Samuel una semana después.

—Es solo una prueba tonta —se dijo—; después de todo, conozco mi cuerpo de memoria.

Pero finalmente aceptó ir a consulta.

La semana siguiente, cuando el médico volvió a la sala de examinación y le dijo que no estaba embarazada, ella no podía creer lo que le decía.

—No puede ser —insistió Kaija—. No tengo la regla. ¡La única otra vez que no tuve el periodo un mes fue cuando me embaracé de Sabine!

—No estás embarazada, Kaija —dijo el médico en voz baja, con amabilidad paternal—. La prueba salió negativa.

Vestida solo con la bata delgada de papel, parecía que Kaija se desinflaba físicamente al escuchar las noticias desalentadoras.

—Pero, aparte de eso, ¿cómo te sientes, Kaija? No has tenido otros síntomas salvo la falta de tu periodo menstrual, ¿cierto?

—Bueno, últimamente me he sentido agotada —explicó con un profundo suspiro—. Y también me siento más caliente que lo habitual.

—¿Más caliente?

—Sí, es como si tuviera calor todo el tiempo... cuando a todos los demás no parece afectarles la temperatura. Pero quizás es solo porque estaba emocionada por estar embarazada de nuevo.

—Sí, tal vez. —Los ojos del médico pasaron de inmediato al historial una vez más. Garabateó unas notas al margen—. Me gustaría hacer unos estudios más antes de que te vayas.

—¿Por qué? —preguntó consternada.

—Solo quiero examinar tu tiroides y niveles hormonales.

Ella negó con la cabeza.

—Enviaré a la enfermera para que te tome unas muestras de sangre —explicó con amabilidad—. Te llamaré en unos días, cuando tenga los resultados. No te preocupes —dijo en tono paternal—. Y descansa.

Kaija no le mencionó a Samuel que había ido esa tarde a ver al doctor. Decidió que le diría que no estaba embarazada después de recibir los resultados de los estudios. Sería más fácil contarle todo de una vez, pensó. El médico no había insinuado que los exámenes eran por algo grave, así que no le dio mucha importancia. Su mente estaba más concentrada en no estar embarazada y que ella y Samuel tendrían que intentarlo de nuevo.

Volvió al consultorio el miércoles siguiente.

—Recibí los resultados de tus exámenes, Kaija, y parece que uno de tus niveles hormonales está muy elevado.

El rostro de Kaija se ensombreció.

—¿Qué significa? ¿Tengo algo grave?

—¿Grave? Bueno, si te refieres a fatal, la respuesta es no. Pero los resultados pueden explicar por qué pensabas que estabas embarazada. —Volvió a mirar sus notas—. Kaija, la última vez que estuviste aquí mencionaste que padecías de fatiga, intolerancia al calor y ausencia de menstruación, ¿correcto?

—Sí —respondió dudosa.

—Bueno, esos síntomas indican un fallo ovárico prematuro.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron como platos y palideció.

—Significa que estás en menopausia temprana.

—¿Menopausia? ¡Pero si apenas tengo treinta y

cinco años!

—Existen varias teorías sobre su etiología, nadie sabe a ciencia cierta qué causa este fallo prematuro. Parece que tiene un componente hereditario. —Hizo una pausa—. ¿Sabes a qué edad tu madre empezó la menopausia?

Kaija permaneció en silencio. Su mirada estaba fija sobre un cartel pegado en la pared. Un corte transversal de un útero con cien flechas señalando a todo lo que se supone que debe tener una mujer. De pronto se sintió vacía.

—¿Mi madre? No, no sé. No tengo idea. Fui adoptada.

—Ya veo —dijo en voz baja—. Pero, Kaija, no todo es malo. Ya tienes una hija. Deberías considerarte afortunada. Algunas mujeres que acuden a mí no pueden concebir ni una sola vez.

Kaija reprimió las ganas de llorar. Todo esto era horrible como para ponerlo en palabras. Tan solo días antes había creído que esperaba a un bebé y ahora le decían que no podría tener más hijos.

—Esto no puede ser. Esto no puede ser —repetía una y otra vez—. Soy una mujer joven.

El médico se puso de pie y apretó el botón de su pluma. Echó un último vistazo a su historial y se quitó los lentes.

—Lo siento mucho, pero hay poco que pueda hacer. Voy a darte una receta para reemplazo de estrógenos, y debes tomar un suplemento de calcio. Puedes recogerlos con la enfermera antes de irte.

Kaija asintió. Sola, en la habitación fría de paredes blancas de la clínica donde colgaba el cartel, el único color en el lugar, empezó a llorar. Derramó lágrimas en sus palmas, sollozando hasta que su rostro enrojeció y se hinchó.

No sabía cómo volver a casa y enfrentar a Samuel.

Él estaría ahí cuando ella volviera, porque había tomado el día libre para cuidar a Sabine. Le preguntaría si tenía buenas noticias y ella tendría que decirle que sus sospechas estaban equivocadas.

Pero ¿cómo le diría que ya nunca más tendrían más hijos? Lo devastaría. Siempre hablaron de tener una familia grande y ahora le estaba fallando.

Salió de la clínica sin recoger su receta. El aire frío en su rostro la refrescó y se preguntó si podría eliminar la evidencia de sus lágrimas.

Se equivocaba. Aunque Samuel la conocía mejor que nadie, no podía conocerla mejor de lo que ella se conocía a sí misma. Eso lo aprendería muy pronto.

—¿Qué pasa, querida?

Ella empezó a llorar en sus brazos.

—¿No hay bebé? ¿Eso es todo? Trataremos de nuevo. Una y otra vez, si es necesario. —Y eso la hizo llorar aún más.

Esa noche, Samuel sostuvo a su esposa entre sus brazos, tratando de consolarla.

—Deberías guardar tus lágrimas para una verdadera tragedia, Kaija. Te aseguro que todo va a estar bien.

Kaija quería gritarle: «No, ¡no todo va a estar bien! ¡No lo sabes! ¡No lo crees! ¡Piensas que puedes calmar a todos con tus palabras amables y tu mirada compasiva, pero no puedes! ¡Esta vez no puedes!».

Pero ni siquiera podía pronunciar una palabra, mucho menos mostrar la furia que sentía por dentro. Cada palabra que trataba de formular se le atoraba en la garganta.

—Pronto volveremos a intentarlo, Kaija —le

murmuraba una y otra vez al oído.

Pero ella lloraba cada vez más y, abatida, se quedó dormida. Como una niña pequeña acurrucada en el regazo de él.

29

Västerås, Suecia
Enero de 1975

Las primeras semanas después de la consulta de Kaija con el médico fueron las más difíciles para ella. Odiaba sentir que le ocultaba algo a Samuel. Cada noche, cuando se acostaba a su lado, se sentía extraña, como si llevara a la cama con ellos a una tercera persona. Se odiaba por guardar su estado en secreto, pero el miedo a decepcionar a Samuel era mucho más profundo. Así que lo encerró en lo profundo de su ser, una pequeña bola de fuego que consumía su carácter otrora alegre y la dejaba como una bola de nervios adoloridos y a flor de piel.

El doctor no se había molestado en informarle los síntomas que acompañaban la menopausia prematura. Los sofocos, las repentinas sensaciones de calor que le perforaban el cuerpo como agujas ardientes. Algunas mañanas se levantaba y su rostro le parecía irreconocible. Su piel, antes blanca como la porcelana, mostraba con frecuencia manchas y áreas enrojecidas. Una mañana, cuando sumergió sus manos en el agua fría del lavabo para rociarse con fuerza y así calmar el calor, se desplomó sobre el azulejo helado del piso.

Dos puertas más allá, escuchó que Sabine la llamaba.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritaba—. ¡Mamá!

Se levantó del piso como una sirena cansada en el mar, se envolvió en la bata, la ató con fuerza en la cintura y se secó el rostro con una toalla suave de algodón. Caminando por el pasillo podía ver que la nieve caía a través de una de las grandes ventanas en el piso de abajo.

—¿Qué pasa, *älskling*? —preguntó cuando Kaija la alzó en brazos y hundió su rostro en su piel suave color marfil.

Olió el aroma natural de Sabine. La hacía pensar en leche y flor de naranjo, dulce y delicioso como el aire de verano después de la lluvia.

La niña le pesaba en los brazos. Apenas podía levantarla ya. Sus brazos y piernas regordetes, y su sonrisa de querubín calentaban el corazón de Kaija, pero solo pensar que la niña pronto sería demasiado grande para apapacharla la entristecía mucho, y sus emociones la superaron. Kaija empezó a llorar.

«No habrá más niños», pensó Kaija mientras las lágrimas caían sobre sus mejillas enrojecidas y manchadas. Se preguntaba cómo se sentiría Samuel cuando pasaran los años y esa gran casa que habían comprado hiciera eco por estar tan vacía. Las habitaciones que siempre imaginaron llenas de camas de varios niños, con sus estantes de libros y juguetes, ahora estaban a medio llenar con las pertenencias de Sabine. Se preguntó si él sentiría rencor, o peor aún, que deseara nunca haberse casado con ella. En su lugar, deseaba en secreto que hubiera elegido a otra mujer, a alguien cuya matriz tuviera la capacidad de darle más de un hijo.

Había tratado de ocultar su desánimo, sacarse de la cabeza estas ideas ridículas. Pensó que, si cocinaba más y pasaba más tiempo afuera con Sabine, su estado de ánimo mejoraría y olvidaría su diagnóstico. Sin embargo, de alguna manera los pensamientos de Kaija siempre volvían a su destino. Era irónico, pensó una

tarde cuando Sabine dormía la siesta y ella estaba sentada a la mesa de la cocina con una taza de té, cómo su padre adoptivo le había dicho que tuviera compasión de una mujer cuyo útero era infértil. Nunca quiso a su madre adoptiva, e incluso en sus recuerdos, sabiendo su estado lamentable, nunca fue cariñosa con ella. Pero ahora, ¿no era muy parecida a la mujer que durante tantos años despreció? ¿Su estado de ánimo no había empezado a agriarse y su rostro a parecer más cansado? ¿No se había comportado muy desagradable últimamente con Samuel?

Se preguntó si Samuel o su hija habían advertido el cambio en ella. Tendría que hacer un esfuerzo, se dijo. Tenía que mantener el buen ánimo por el bien de Sabine y de Samuel. No repetiría los errores de ninguna de las mujeres que la criaron. Pasara lo que pasara, escondería su dolor y, bajo ningún motivo, contaminaría a quienes amaba.

30

Västerås, Suecia
Enero de 1975

Llegó a la oficina de Samuel en la calle Skolgatan, iba nerviosa y escéptica por lo que este doctor, llamado especialista en torturas de guerra, podría hacer para ayudarla. El consultorio del doctor Rudin estaba al otro lado del pueblo, en una pequeña calle empedrada, no lejos de la iglesia. Un lugar tan anodino que nunca lo habría encontrado, a menos que alguien le hubiera dicho que estaba ahí.

Uno de los trabajadores sociales que estaba a cargo de la transición de la familia Ribeiro-Herrera a la vida sueca le recomendó a Salomé que consultara al doctor Samuel Rudin. Y luego, por coincidencia, Salomé conoció a un argentino en el mercado que también mencionó su nombre.

—Me salvó la vida —le dijo el argentino con franqueza—. No podía reconciliarme con lo que me pasó allá. Pero este doctor me ayudó.

Salomé se resistió al principio. La idea de consultar a un psiquiatra le parecía ridícula.

—Las pesadillas desaparecerán algún día —se decía a sí misma—. No ha pasado ni un año. Los recuerdos se desvanecerán.

Pero lo que ocurrió fue lo inverso. Cada semana que

pasaba, las pesadillas parecían hacerse más intensas. Salomé despertaba por las noches con la frente sudorosa, el camisón mojado pegado al pecho. Desde que escuchó *La flauta mágica* en las ondas de radio locales ya no podía escuchar la radio.

La sola obertura era suficiente para aterrarla y provocar que todo su cuerpo temblara. Al escuchar esas notas supuestamente ligeras y despreocupadas, todo volvió a inundarla de nuevo. No pudo controlarse. Azotó la radio contra el piso. Se llevó las manos a las orejas, pero la música en su interior no paraba.

A mitad de las escaleras, antes de llegar a la puerta, pensó en dar media vuelta. «Si me voy a casa, nada habrá cambiado», pensó, reconsiderando su decisión de abandonar la cita. Así, por tentador que fuera para ella volver a casa y no someterse a su primera sesión de terapia, Salomé Herrera reunió todas sus fuerzas y abrió la pesada puerta café.

Estaba tan cansada. Habían pasado más de diez meses desde que llegaron a Suecia y aún no sentía nada. Había pasado por los trámites de empacar, emigrar, reubicarse en un nuevo departamento y desempacar las pocas cosas que habían traído de Chile, y seguía sin sentir nada.

La única vez que sintió algo fue cuando su esposo se acercó y la tocó; sintió que su piel ardía. Los guardias se habían asegurado de que todo lo que alguna vez le había producido felicidad o alivio, ahora la asqueara o aterrara. Lo único que no se corrompió fue el afecto que sentía por sus hijos. Cuando su marido la tocaba, no podía evitar recordar lo que le habían hecho. Habían profanado dos cosas que alguna vez fueron hermosas y puras en su vida. Pero, en lugar de sentirse enojada o deprimida, solo le quedaba una abrumadora sensación

de vacío. Como si la hubieran dejado hueca, como si hubieran vaciado su interior, sacado a cucharadas toda su alegría, su confianza, su sensualidad y las hubieran escupido en el cemento junto a la mierda y la orina, sin el menor remordimiento.

Así, las cicatrices físicas, las pequeñas laceraciones en su piel, los bultitos en sus senos y su abdomen solo eran superficiales comparadas con las internas. Estaba vacía y cansada de sentirse así. Lo único que parecía capaz de llenar ese hueco eran sus pesadillas.

—No soporto el sonido de la música —le dijo Salomé a Samuel sin rodeos, en español. Se esforzaba por ocultar su aprehensión y, al mismo tiempo, se acomodaba en el largo diván negro—. Por eso estoy aquí.

—¿El sonido de la música? —preguntó con voz suave, al tiempo que tomaba su bloc de notas y una pluma—. ¿Por qué?

La grabadora que registraba las sesiones de Samuel con sus pacientes resonaba bajito en un rincón.

—¿Alguna vez ha escuchado los gritos de una mujer porque le pusieron cables eléctricos en los genitales, al mismo tiempo que un disco reproduce el canto de alguna soprano teutona en el aria «La reina de la noche»? —Hizo una pausa y miró al techo. Los travesaños expuestos estaban hechos de pesada madera café, y de pronto Salomé se sintió increíblemente pequeña—. ¿Alguna vez ha escuchado un dueto tan espantoso? Una armonía de gritos y alaridos a tono con las notas de una orquesta, una fachada de instrumentos musicales de cuerdas y vientos.

Samuel permaneció en silencio un momento; su pluma giraba en el aire como la hélice de un avión miniatura.

—No, no lo he escuchado. —Hizo una pausa—. Dígame, ¿a qué suena?

—¿Qué quiere decir con «a qué suena»? —Salomé se cubrió el rostro con las palmas—. ¡Es el sonido del infierno! Y nunca acaba. Lo sigo escuchando en mi cabeza, los gritos, los ruegos, las súplicas de misericordia... todo eso combinándose con las mismas notas, una y otra vez. No se lo imagina —dijo negando con la cabeza; sus rizos negros caían sobre sus ojos—. Ponían las grabaciones en cada una de las celdas, pero la sala de interrogatorios principal estaba junto a la mía. Oía mucho más que los otros presos. Cada noche, cerraba los ojos y trataba de imaginar el rostro de mis hijos frente a mí. Intentaba pensar en otros sonidos, como la música de Calandrelli; cómo alguna vez bailaba tango en los brazos de mi esposo.

—¿Y eso la ayudó?

Salomé se removió en el asiento de piel.

—Supongo que sí, al principio. Pero me retuvieron durante varias semanas. Al final, ya no podía recordar ninguna música. El sonido de «Papageno» había mermado los canales sanos de mi mente para reemplazarlos con la locura. Desde que llegamos a Suecia no he podido escuchar música de ningún tipo. Me quitaron eso.

Calló un momento y miró la palma de sus manos. La piel con la que se sujetó a los barrotes de su celda había sanado. En los últimos meses habían crecido nuevas capas de piel que reemplazaron las rugosidades de los callos. Pero debajo de su vestido, en las zonas más íntimas, Salomé sabía que había cicatrices que jamás sanarían.

—Me quitaron casi todo lo demás también —agregó.

—¿Secuestraron a sus hijos y a su marido? —preguntó Samuel.

—No —respondió tajante—. Solo me llevaron a mí.

—He tenido pacientes que han perdido a su

cónyuge, a sus hijos —dijo Samuel con voz suave, dejando que sus palabras cayeran con delicadeza.

Salomé hizo una mueca de dolor y guardó silencio un momento.

—Supongo que ha escuchado miles de historias y probablemente las clasifica en su cabeza según el grado de horror.

—No, Salomé, no hago eso.

—Una mujer que sabe que torturaron a sus hijos es mil veces peor que lo que me pasó a mí —murmuró.

—No, Salomé. Lo que le pasó a usted fue horrible y necesita aceptar que fue algo terrible e injusto.

—Bueno, eso es indiscutible.

—Pero también necesita aceptar que no puede cambiar el pasado y que debe aprender a vivir con sus recuerdos.

Salomé negó con la cabeza.

—Doctor, preferiría aprender a olvidarlos.

—No puede olvidarlos. Quizá pueda sacarlos de su consciencia temporalmente, pero al final volverán a salir a la superficie. —Samuel hizo una pausa—. El trauma y las repercusiones de ese trauma pueden permanecer latentes en el cuerpo durante años. Sin embargo, al final necesitan salir. Al final, cada persona que ha sido víctima de brutalidad tendrá que reconciliarse con su pasado.

Salomé se removió.

—Usted será la única persona que conocerá mi historia. No voy a compartirla ni con mi esposo ni con mis amigos; tampoco la voy a escribir, por mi propio bien. Solo la contaré aquí.

Samuel asintió.

—Iremos poco a poco, Salomé. Una sesión a la vez.

Miró con amabilidad a su paciente. Detrás de su expresión de estoicismo determinado, advirtió que en realidad estaba reprimiendo la urgencia de echarse a

llorar.

31

Västerås, Suecia
Febrero de 1975

—Doctor Rudin, solo estuve detenida seis horas, pero a mí me pareció toda una vida. Cuando volví a casa ya era de noche, y Octavio y los niños estaban como locos, al borde de las lágrimas. Mi rostro estaba amoratado y la ropa manchada con grasa de coche y brea. Pero aún conservaba el juicio.

Samuel esbozó una leve sonrisa, asintió y escribió en su bloc.

—Sabía que alarmaría a los niños si explicaba que la policía secreta me había secuestrado, así que les dije que tuve un pequeño accidente en la bicicleta y que solo necesitaba tomar un baño. Le ordené a Consuela que los metiera a la cama para poder estar a solas con Octavio.

—Debió estar preocupado al no saber dónde estaba.

—Sí, muy preocupado, y se dio cuenta de inmediato que no había tenido un accidente, que algo mucho más terrible había sucedido. «Salomé», dijo en un murmullo para que no lo escucharan ni los niños ni la sirvienta, «¿Fue la DINA?». «Sí», le respondí y empecé a llorar. Estuve aterrada durante horas y solo hasta ese momento me sentí segura como para llorar.

»"¿Qué le hicieron a mi preciosa Fayum?", murmuró y me tomó en sus brazos. A través de su

camisa podía escuchar los latidos de su corazón; su piel enrojeció de furia contra quienes me habían secuestrado.

»"No puedes hacer nada. No puedes contraatacar", le dije. "Esto no es el viejo Chile. Ya no somos libres. Pinochet lo ha vuelto un Estado policiaco. No podemos confiar en nadie más que en nosotros mismos y nuestra familia. Ni siquiera en los vecinos. Quién sabe lo que ya han dicho sobre nosotros".

»"Pero ¿qué querían contigo? ¿Quién ha podido decir algo de ti, mi amor?".

»"No era por mí", le respondí y me eché de nuevo a llorar porque nunca en mi vida había tenido tanto miedo. Estaba por completo aterrada. "Es a ti a quien quieren".

»"¿A mí?".

»"Saben de tus reuniones con Allende. Saben que tú lo entrenaste".

»"¿Cómo pueden saberlo, Salomé? No le dijimos a nadie. ¿Cómo pueden tener esa información?". Podía ver el miedo en su mirada.

»"No lo sé, Octavio. Quizás alguien del estudio te vio con Neruda. Quizás alguien recordó haberte visto en el café con Allende y sus jefes de campaña. Después de todo, tu rostro es bastante conocido. Tal vez uno de los asistentes de Allende se los dijo en un interrogatorio como el mío. Alguien nos traicionó y la policía me está utilizando para llegar a ti".

»"¡Cobardes!", dijo, y tuve que decirle que no subiera la voz. "Se llevan a la esposa de alguien para llegar a él". Y empezó a llorar porque me vio ahí, frente a él, amoratada y alterada; víctima de una injusticia que, en ese momento, era incapaz de solucionar.

»"¿Qué puedo hacer, Salomé, para que nos dejen en paz? ¿Qué querían?".

»"Quieren que un hombre de tu posición apoye abiertamente a Pinochet. Un hombre con tu poder de

convocatoria sería el rostro perfecto para un cartel o un anuncio en televisión. Si lo apoyas, creen que será un gesto de buena voluntad", le expliqué, dudosa.

»Octavio jaló una de las sillas de la cocina, se sentó y se cubrió el rostro con las manos.

»"¿Cómo puedo hacer eso, mi amor?", dijo mirándome. "¿Cómo puedo apoyar a alguien que es capaz de tanta brutalidad? ¿Quién puede hacer lo que te hicieron a ti y a Allende? ¿Quién es capaz de hacer eso?".

»Recuerdo que solo lo miré sin comprender. Mis moretones empezaban a empeorar y necesitaba ponerles un poco de hielo. Su respuesta me sorprendió. No podía creer que siguiera diciendo lo mismo ¡incluso después de que me habían secuestrado!

—Me imagino —intervino Samuel, asintiendo—. ¿Qué dijo usted después de eso?

—Creo que dije algo así como «Haz lo que quieras, Octavio». Pero en realidad estaba enojada, verdaderamente furiosa. No podía creer que no tomara las medidas necesarias para protegernos y asegurarse de que esto no volviera a pasar. Quiero decir, ¿no cree que un hombre desearía proteger a su familia a cualquier precio... incluso si eso significara sacrificar su orgullo?

—Lo creo. A menos que él pensara que podía controlar la situación.

—¡No había manera de controlar lo que estaba pasando en Chile! ¡Todo el mundo estaba en riesgo!

—Salomé, ¿usted no le dijo que se sentía así? —preguntó Samuel.

—No. No le dije.

—¿Por qué no?

—Supongo que no lo podía creer. Pensé que era su conciencia, que tendría que vivir con eso el resto de su vida. No podía obligarlo a que tomara la decisión que yo esperaba de él.

Samuel escribió en su bloc y luego alzó la mirada.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Me llamó. Yo entré a la cocina. No le contesté. No quería estar cerca de él. Esa noche dormí en la recámara de las visitas y no me levanté sino hasta la mañana siguiente. Ni siquiera me levanté para despedirme de él cuando salió de la casa temprano.

32

Västerås, Suecia
Febrero de 1975

—Tres semanas después de mi primer secuestro, a mi marido y a mí nos invitaron a un baile formal en una enorme mansión para celebrar al líder *de facto* de Chile, el general Pinochet. Al evento asistirían todas las personalidades del país y sería televisado a nivel nacional para mostrar al pueblo de Chile que todas las personas famosas apoyaban el nuevo régimen. Por supuesto, mi marido se negó a ir.

»No lo culpo por su decisión. En retrospectiva, ninguno de los dos pensamos que este sería un factor decisivo que determinaría el destino de nuestra familia. Aparte, yo seguía mal por el secuestro y tampoco quería asistir al evento. Creí que sería una invitación personal, con dos o tres invitados más, a lo sumo, y en ese caso insistí en que fuera. Pero, ¿a una fiesta? ¿Quién se daría cuenta?

—¿Cree que su esposo habría asistido de haber sabido las consecuencias que usted padecería por no ir? —preguntó Samuel.

—Tengo que creerlo, aunque supongo que nunca lo sabré.

—Entonces, ¿cree que habría ido?

—Sé que mi marido me amaba. Que me sigue

amando. —Calló un momento; parecía tomarse varios minutos para pensar en la pregunta del doctor—. Por la misma razón, apoyar a un dictador que había, para él, asesinado a su amigo, a un presidente electo por el pueblo de Chile, sería una violación a su conciencia.

—Sí...

—Le digo, como pareja decidimos no asistir a ese baile. Yo quería pasar tiempo con los niños y esforzarme en restaurar mi relación con Octavio. Recuerdo que en la tarjeta de invitación escribió frente a mí que, «por desgracia», no podía asistir.

»Traté de fingir que la vida era normal para nosotros. Pero todas las noches soñaba que me secuestraban. Algunas noches, cuando estaba acostada y soñaba, podía jurar que inhalaba el olor de esos soldados y me despertaba cubierta de sudor frío.

»Octavio dejó de denunciar públicamente a Pinochet y yo creí que nos dejarían en paz. —Salomé hizo una pausa—. Por supuesto, doctor Rudin, estaba muy equivocada.

33

Santiago, Chile
Enero de 1974

Salomé fue al mercado una semana después de su primer secuestro; esperaba que, si se ocupaba con mandados, calmaría sus nervios. El perfume de los nísperos y los melones maduros llenaba el aire, y Salomé sintió que sus sentidos despertaban. Los últimos días había experimentado mucha insensibilidad, era incapaz de comer bastante y se sentía pesimista con Octavio. Pero ahora, con los colores y el ajetreo a su alrededor, se sintió agradecida e increíblemente viva.

Respiró el aroma del cilantro, verde y crujiente, y de los montones de ajo fragante. Miró las pirámides de jitomates rojos y de chabacanos pequeños. Llenó su canasta con racimos de uvas y duraznos; compró dos salamis y regateó con el de la pescadería por dos kilos de almejas. Decidió que las cocinaría con un poco de queso parmesano esa noche, para la cena.

A la luz del sol, su vestido de tubo parecía deslumbrante, como si estuviera vestida en seda teñida en jugo de limas. Su cabello negro caía grueso y abundante alrededor de sus hombros; sus piernas esbeltas y bronceadas eran fuertes.

Cubrió los moretones de su rostro con polvo y un poco de maquillaje. A primera vista, apenas se notaban.

Pero si se veía más de cerca era posible advertir una mancha azulada bajo el pómulo. Como si una pequeña ciruela se hubiera quedado atrapada debajo de la piel delicada. En ocasiones levantaba la mano cuando hablaba con uno de los comerciantes, esperando así distraerlo para que no viera su rostro de cerca. Fingía peinarse las cejas o espantar a una mosca, o a veces solo inclinaba un poco la cabeza para que el cabello cubriera su mejilla.

No esperaba encontrarse con nadie, puesto que ya casi eran las tres de la tarde y la gran afluencia al mercado era antes del mediodía. Sin embargo, al voltear a examinar los camarones, escuchó una voz extrañamente familiar que la llamaba a su espalda.

—¿Salomé? ¿Eres tú?

Volteó y vio un rostro vagamente familiar que la miraba.

—Soy yo, Manuel. ¡Manuel Chon-Vargas!

—¿Manuel? —Salomé se llevó la mano libre al pecho—. ¡No puedo creer que seas tú! —Dejó su canasta en el piso y lo abrazó.

—Ha pasado mucho tiempo —se lamentó Manuel.

—¿Cómo estás? No te he visto desde aquellos veranos cuando éramos niños y tus padres visitaban a los míos en la hacienda. ¿Cómo están tus hermanas, tu madre, tu padre?

—Todos bien, gracias. ¿Y ustedes?

—Bien, bien. Ya tienes una esposa ahora, ¿verdad?

—Sí, está bien, aunque ahora pasamos por momentos difíciles, pero esa es una larga historia. —Hizo una pausa—. ¿Y tú? Escuché que te casaste con el famoso actor Octavio Ribeiro.

Salomé se sonrojó.

—Bueno, no sé si es famoso, pero tenemos tres hijos, un niño y dos niñas.

—Dios ha sido bueno contigo —dijo, tocando

ligeramente con la mano la mejilla de ella.

Salomé supo que él había notado el moretón, aunque no dijo nada. Rápidamente, le preguntó algo para distraerlo.

—Deberías darme tu número de teléfono para reunirnos. Me encantaría que nuestras parejas tuvieran la oportunidad de conocerse.

La sonrisa de Manuel se tensó.

—Sería maravilloso, aunque me temo que últimamente Adelaida no es muy buena compañía. Desde que confiscaron nuestra residencia, no ha vuelto a ser ella misma.

—¿Confiscar? —susurró Salomé incrédula—. ¿Qué pasó, por el amor de Dios?

—En realidad no puedo entrar en detalles —dijo entre dientes—. Pero un grupo de soldados llegó una noche y nos dijo a punta de ametralladora que teníamos que irnos.

—¿Y se fueron?

—A punta de ametralladora, Salomé, las opciones son pocas. —Inclinó la cabeza—. Puedes imaginar lo horrible que esto ha sido para mi mujer. Villa Grimaldi era su hogar ancestral.

Salomé asintió.

—Sí, imagino lo terrible que debe ser para ti y tu familia.

Se preguntó si debía contarle su propia experiencia, pero decidió no hacerlo. Quizá ya lo sospechaba. Era bien sabido que Octavio había hecho comentarios en contra de Pinochet en las semanas antes de su secuestro. Incluso los periódicos nacionales lo calumniaron.

—Lo peor de todo —continuó Manuel, sus dedos temblaban sobre su boca— es que creo que la policía secreta ahora usa la mansión como una suerte de centro de detención para interrogar y torturar a las personas que considera enemigas del Estado.

Salomé abrió los ojos como platos. De inmediato pensó en el lugar al que la habían llevado la semana anterior.

—Pero ¿no está cerca de la ciudad? ¿Pueden hacer eso en un lugar en el que hay gente cerca? —preguntó con falsa ignorancia, esperando recopilar información que confirmara su sospecha de que, en realidad, la habían llevado ahí.

—Por desgracia, sería el lugar perfecto para algo así. Está ubicada a solo unos kilómetros de la ciudad, en una sección rural de Santiago, no lejos de las montañas; no hay vecinos, salvo algunos migrantes que viven en tiendas de campaña temporales en los caminos. —Suspiró—. Siempre creímos que sería el lugar ideal para criar hijos. ¿Sabes que en la década de los cuarenta era un viñedo? Pero de esos días solo quedan unos jarrones de barro alineados en la entrada. —Soltó una risita llena de nostalgia y lamento.

—Debió ser hermoso —dijo Salomé comprensiva.

—¡Oh, lo era! Incluso tenía una torre donde jugar —agregó con tristeza— y rejas antiguas para escalar.

Manuel volvió a sacudir la cabeza, parecía completamente perdido en un sueño ahí, de pie, con la cabeza inclinada frente a ella. Como si necesitara evocar aquello que le habían arrebatado.

—Era un lugar hermoso, Salomé. Cuando mi suegra vivía, el jardín estaba en flor, con peonías redondas y rosadas, violetas africanas, árboles de canela cuyas ramas arrastraban sobre el suelo y perfumaban el aire. Y la cocina... ¡Qué espectáculo! Tres estufas, el techo abovedado cubierto de azulejo celeste importado del sur de España. Las ollas de cobre reflejaban el sol de mediodía. —Hizo una pausa—. Había un hermoso árbol de chirimoya que crecía más allá de la terraza. Cuando desayunábamos podíamos verlo enmarcado en el cuadro de la ventana del centro. Esos soldados son tan bestias...

Quién sabe qué hacen ahí. Sin duda no contemplan la belleza.

—Sí. Sí. Es una lástima.

Salomé escuchaba estas vívidas descripciones con mucha atención. Nunca olvidaría el nombre: Villa Grimaldi. Ese debió ser el lugar adonde la habían llevado. Recordaba haber visto la reja y la torre, y la distancia desde Santiago parecía también ser correcta. De debajo de su venda vio las montañas, así como las poblaciones callampa, las casas improvisadas de los indigentes a lo largo del camino.

—Lamento abrumarte con todo esto, Salomé. Adelaida y yo estamos viviendo en la calle Recoleta. Tienes razón, sería maravilloso tener la oportunidad de platicar contigo y de conocer al famoso Octavio Ribeiro.

—Sí —respondió—. Sería maravilloso. Hagámoslo pronto.

Se despidieron con un beso y acordaron llamarse un par de semanas después.

Salomé regresó a casa y no le mencionó a Octavio su encuentro con Manuel en el mercado. Pensó que eso solo estimularía a Octavio en cuanto a otra injusticia del nuevo régimen. Sin embargo, cuando estaba sola pensaba en ello con frecuencia.

Nunca creyó que alguna vez necesitaría esa información; en su lugar, la guardó en su mente en caso de que secuestraran a algún amigo o miembro de la familia, como le sucedió a ella.

Pero dos semanas después volvieron a tocar a su puerta. Octavio dormía en el jardín, con un periódico sobre el rostro.

Salomé abrió la puerta y encontró a tres hombres con ametralladoras que la miraban fijamente.

—¿Salomé Herrera? Venimos por usted —dijeron,

jalándola del brazo.

—¿Qué quieren conmigo? —rogó—. No tengo nada que necesiten. Ya me hicieron antes todas las preguntas.

—Se le necesita de nuevo —insistió, severo, el hombre más bajo.

Paralizada de miedo, Salomé sabía que debía informarle a Octavio, decirle dónde era posible que la llevarían. Salomé pensó rápido y volteó a ver a su espalda. Rafael, su hijo de siete años, estaba ahí de pie con los ojos desorbitados.

—Por lo menos déjenme despedirme de mi hijo.

El soldado de mayor edad asintió.

Salomé se arrodilló y murmuró al oído de Rafael, tan despacio y claro como pudo:

—Dile a tu padre que me llevaron. Dile estas palabras si no recuerdas otras… —El niño asintió y ella susurró en su oído algo que jamás olvidaría: «Villa Grimaldi»

PARTE II

34

Santiago, Chile
Enero de 1974

Segundos después de que la camioneta negra se alejara a toda velocidad de la residencia, Rafael cruzó corriendo la casa en busca de su padre. Lo encontró en el patio; su pecho subía y bajaba en su sueño acompasado.

—¡Papá! —exclamó el niñito, quitándole el periódico que cubría los ojos de Octavio—. Mamá se ha ido.

—¿Adónde fue, Rafaelito? —preguntó adormilado mientras se erguía en la silla.

—Tres hombres... Ellos..., ellos se la llevaron.

—¿Qué? —gritó Octavio levantándose de un salto —. ¿Qué hombres?

—Los hombres que tocaron la puerta.

—¿Cuándo, Rafael? ¿Cuándo vinieron?

—Justo ahora, papá. —Octavio cruzó corriendo el jardín y entró a la casa. Rafael lo seguía mientras gritaba —: ¡Villa Grimaldi, papá! ¡Villa Grimaldi!

Pero Octavio ya no escuchaba al niño. Buscaba en la casa con la esperanza de que su hijo se hubiera equivocado y de encontrar a Salomé ocupada en una de las tantas habitaciones.

—¡Esto no puede ser! —vociferó Octavio,

llevándose el puño a la boca—. ¿Por qué se la llevaron de nuevo?

Estaba desconcertado. Su rostro había enrojecido y su cabello negro estaba despeinado. Se la habían llevado mientras él dormía la siesta.

—Papá —insistió Rafael en voz baja. Estaba parado junto a su padre; tenía el pantalón arremangado sobre las rodillas y su camiseta roja estaba manchada por haber jugado toda la tarde en el jardín—. Mamá me dijo que te dijera algo... —Calló un momento e hizo una mueca para concentrarse—. Villa Grimaldi.

—¿Qué?

—Sí, papá. Me lo dijo al oído antes de irse.

—¿Pero eso qué significa? ¿Estás seguro, Rafael?

—Sí, estoy seguro. Me dijo que no lo olvidara.

Rafael se paró frente a él; su voz temblaba al darse cuenta de que las últimas palabras que le dijo su madre habían provocado una gran preocupación y alarma en su padre.

—Papá, ¿qué es eso? —preguntó, agitando sus cejas infantiles como si fueran dos orugas suaves—. ¿Mamá va a estar bien?

Octavio intentó ocultar su miedo frente a su hijo, pero el estupor que sentía al despertar y saber que su mujer había sido secuestrada era demasiado, incluso para el actor consumado.

—Anda, tráele un vaso de agua a tu padre —le ordenó a su hijo.

Cuando el niño volvió corriendo a la casa, Octavio se llevó los puños a la cara.

—¡Bastardos! —gritó, con los ojos enrojecidos por la furia.

Cuando Rafael volvió, estaba sentado al borde de la tumbona, con la espalda encorvada por la desesperación. En su mano temblorosa sostenía un vaso de agua, y escuchó que su padre mascullaba para sí mismo, con la

cabeza sobre las rodillas.

—Es a mí a quien tenían que llevarse. ¡Debieron llevarme a mí!

Octavio rezó las primeras noches después del secuestro de Salomé, esperando que la devolvieran. Yacía bajo el dosel de la cama y extendía el brazo hacia el lado que su mujer siempre ocupaba. El espacio vacío hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—¿Qué le he hecho a mi familia? —decía en voz alta, apretando los nudillos contra sus sienes.

La realidad del secuestro de su esposa le pesaba tanto que su piel, alguna vez tersa, fue reemplazada por una frente enjuta y cejas fruncidas. Sentía que había fracasado en su papel como padre y protector. Había decepcionado a todos.

Los niños preguntaron por su madre durante días, pero él no tenía respuestas. Los padres de Salomé habían ido a buscar a su hija, y a ellos tampoco podía mentirles.

—Se la llevaron —les anunció con la voz quebrada por la desesperación—. Vinieron a la casa y se la llevaron mientras yo dormía en el jardín.

—¿Estabas dormido? —preguntó su suegro, incrédulo.

—Sí.

—¡Estaba dormido en el jardín! ¿Escuchaste eso, Olivia? ¡Nuestro yerno dormía en el jardín mientras la policía militar secuestraba a nuestra hija!

Doña Olivia meneó la cabeza y sacó un pañuelo de lino para enjugarse los ojos.

—Octavio —dijo ella con voz suave—. ¿Qué podemos hacer?

—¡Hacer! ¡Hacer! —vociferó don Fernando—. ¡Se la llevaron, Olivia! ¡Ya has escuchado este tipo de historias! La ciudad está llena de ellas, de padres cuyos

hijos desaparecen y se desvanecen sin dejar huella. ¡Es imposible encontrarlos! —El viejo gritaba y, desde el jardín, los niños empezaron a acercarse. Él bajó la voz —. Los militares son expertos en hacer desaparecer a la gente.

—La encontraré —dijo Octavio en voz baja—. Salomé me dejó una pista.

—¿Una pista? —preguntó Fernando, incrédulo.

Miraba a su yerno con el mismo desdén que la primera vez que posó sus ojos en él, unos diez años antes.

—Sí. Antes de que se la llevaran, le dijo a Rafael al oído las palabras «Villa Grimaldi».

—¿Por qué dijo eso?

—No estoy seguro. Pero es obvio que significa algo. Fue explícita cuando le dijo a Rafael que me lo dijera.

—Me parece que esa es la casa ancestral de la familia Grimaldi. Fernando, ¿ese muchacho, Chon-Vargas, no se casó con alguien de la familia?

—Sí —asintió el doctor Herrera—. Creo que la mansión se encuentra a unos kilómetros fuera de la ciudad.

—Pero, ¿por qué llevarían ahí a Salomé? —La seda de las mangas del vestido de doña Olivia crujió cuando se removió en su asiento—. ¿Qué ha hecho ella para merecer resto?

—Ella no ha hecho nada, doña Olivia —respondió Octavio con la cabeza inclinada sobre su pecho—. Se llevaron a la persona equivocada —agregó después de una larga pausa—. Salomé no ha hecho absolutamente nada para merecer esto.

35

Västerås, Suecia
Febrero de 1975

—Estaba atada y amordazada. Me habían abofeteado y golpeado antes de echarme a una celda que no medía más de tres metros de largo por dos de ancho. No era más que un búnker de concreto que olía a desechos humanos y sin ventanas. Me quedé ahí tirada durante horas, con las manos esposadas a la espalda, dudando que alguna vez regresaría. Créame que pensé que moriría en esa cárcel, entre los gritos y el zumbido de la música incesante que intentaba ocultar los lamentos. En ese lugar conocí el infierno.

»Pasaron dos horas hasta que me llevaron a la sala de interrogatorios. Llegaron los guardias, me jalaron de ambos brazos y me arrastraron por el estrecho corredor que estaba iluminado con lámparas de gas. Debí pasar frente a dos docenas de celdas asquerosas parecidas a la mía. Las personas que estaban adentro apenas parecían seres humanos. Rostros manchados de suciedad, con ojos blancos que miraban al exterior; algunos estaban cubiertos de sangre seca.

»Uno de los guardias, dándome un empujón, gritó: "¡Muévete!". Recuerdo que cuando traté de mantener el equilibrio, me patearon en la parte baja de la espalda. Todavía puedo recordar el rostro de ese guardia. Era un

joven, no tendría más de dieciséis años. Me pateaba como si no fuera más que un costal de huesos. “¡Puta marxista!”, me llamaba una y otra vez.

Samuel se estremeció. Aunque había escuchado antes historias similares a la de Salomé, le parecía perturbador oír a una mujer tan joven y bella, madre de tres hijos, narrar tanta brutalidad.

—No creo ser capaz de recordar la brutalidad que padecí los primeros días que estuve ahí. Hicieron cosas tan horribles —continuó Salomé y luego hizo una pausa —. Cosas que nadie tendría que soportar. Y a nosotras, las mujeres, lo que nos hicieron fue tan horrible, tan vergonzoso... Si Octavio tuviera una idea, nunca podría mirarme de la misma manera.

Bajo la luz débil del consultorio del doctor Samuel Rudin, el rostro de Salomé parecía salido de un retrato de Velázquez. Sus rasgos majestuosos se tensaban cuando intentaba reprimir las lágrimas, y el largo cabello negro caía sobre sus hombros.

—Durante mi primer interrogatorio me abofetearon, y con los puños me golpearon la cara, el pecho y el abdomen.

»El interrogador me decía una y otra vez que yo era una puta socialista, una perra comunista. “Repite conmigo”, gritaba, “¡Solo soy una jodida perra comunista!”. Yo callaba. “Repite conmigo, maldita puta: ¡Soy una jodida perra comunista!”.

»Empecé a llorar. Me golpeó con la cacha de su rifle y me pateó el estómago con sus botas.

Salomé calló, bajó los ojos y se frotó las sienes.

—No sé si puedo continuar, doctor.

—Tómese su tiempo, Salomé. No tenemos prisa.

Salomé inhaló profundo. Finalmente, encontró las palabras. Al principio eran vacilantes, pero luego salieron como torrente:

—El interrogador se desabrochó el cinturón y con el

tacón de su bota me tiró de espaldas. Luego pasó sus piernas alrededor de mi cuello, me levantó la cabeza por la nuca y metió su pene en mi boca.

»Me dijeron que matarían a mi marido y a mis hijos si no cooperaba. Me dijeron que tenía que arrepentirme por los pecados de mi esposo, ¡o matarían a mis hijos!

Lloraba desconsoladamente. Samuel tomó una caja de pañuelos desechables y se la dio. Bajo la luz, su rostro estaba enrojecido, hinchado y marcado por las lágrimas.

—Hasta ese momento nunca había estado con otro hombre aparte de mi esposo. ¿Puede imaginar algo así? ¿Se lo imagina?

—No... —Samuel cruzó las manos sobre su regazo y miró a su paciente con una enorme compasión—. Lo siento tanto.

Salomé se enjugó las lágrimas. Le sorprendía la manera en la que las palabras se precipitaban de su boca. Era la primera vez que hablaba de lo que le habían hecho, y sentía como si hubiera abierto una compuerta.

—Cuando me negué a admitir que conspiraba contra el gobierno, me metieron la cabeza una y otra vez en una cubeta llena de orina y heces humanas. Cuando insistí en que nunca había cometido un crimen contra el Estado, me llamaron «jodida mentirosa» sin cesar. Me violaron. Me dieron choques eléctricos. Creo que ni siquiera recuerdo la mitad de lo que padecí. La mente funciona de forma extraña... creo que me volvería loca si recordara todo lo que me hicieron.

Su nariz escurría y tomó otro pañuelo desechable.

—Supongo que vengo aquí con la esperanza de que en pocas sesiones pueda curarme de las pesadillas, de ser capaz de abrazar a mi marido como hacía antes. De poder escuchar música y sentir alegría, no terror, y no sentirme paralizada por el miedo y la intimidación.

—¿En verdad pensó que en algunas sesiones de cincuenta minutos podríamos resolver todo eso, Salomé?

—La miró con compasión y sonrió ligeramente mientras negaba con la cabeza.

Ella le devolvió la sonrisa, sus ojos lo miraron detrás del pañuelo arrugado.

—Sé que no es realista, pero siento que estoy viviendo una mentira. Todos los días me veo obligada a fingir que soy la misma mujer que era antes de que me pasara todo esto. Tengo que sonreírles a mis hijos y arroparlos en las noches; prometerles que lo que ven en sus pesadillas solo es producto de su imaginación. Sin embargo, yo sí viví mis pesadillas. Nadie puede decirme que fueron solo un sueño.

—Sí, lo que dice es verdad —asintió Samuel—. Pero, Salomé, entiendo que usted no quiera compartir estos sentimientos con sus hijos, pero sin duda podría desahogarse un poco con Octavio.

—¡No! ¡No puedo! —Volvió a echarse a llorar en el pañuelo—. No puedo compartir nada con él porque me da miedo —exclamó, negando con la cabeza—. Si empiezo a compartir con él cómo me siento, estoy segura de que diré cosas de las que luego me arrepentiré.

—¿Como qué?

—No sé.

El silencio se apoderó de la habitación y Samuel siguió mirando a su paciente.

—Creo que sí lo sabe.

Salomé permaneció callada.

—¿Lo culpa a él, Salomé, de lo que le pasó a usted? —preguntó.

—No.

—¿Nada?

—No.

—Entonces, ¿por qué tiene miedo de lo que podría decirle?

—¡Solo tengo miedo! —exclamó y luego hizo una

pausa—. Tal vez temo que me rechace si sabe cómo me usaron en esa prisión. Quizá tengo miedo de que no pueda amarme de la misma manera...

—Pero acaba de decirme que no puede abrazarlo. ¿No es usted quien lo ha estado rechazando?

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué?

—Quizá porque prefiero ser yo quien rechace a ser la rechazada.

—No creo que sea tan sencillo, Salomé.

—Todo lo que sé es que es horrible sentir que tu marido pueda mirarte con otros ojos. Quiero decir, este hombre, ¡al que he amado desde que tenía diecisiete años! ¡Es el padre de mis hijos, por Dios! ¿Cómo podría vivir conmigo misma sabiendo que cada vez que me toma entre sus brazos se imagina a otro hombre violándome?

—¿Cómo sabe que pensaría eso?

—No lo sé. Pero creo que, si supiera lo que me pasó, no podría evitar pensarlo.

—Entonces, no quiere decirle lo que le hicieron, pero es evidente que está enojada con él. Explíqueme esto: ¿está enojada con él por lo que le hicieron a usted, o le molesta que él no entienda por lo que está pasando?

—Ya le dije que no estoy enojada con mi marido por lo que me pasó.

—Muy bien, entonces dígame por qué está enojada con él.

Salomé pasó su cabello negro detrás de las orejas y se irguió. Se sentía cada vez más molesta.

—Lamento que estas preguntas la fastidien, Salomé. Es solo que me cuesta trabajo creer que todo el tiempo que estuvo en esa celda diminuta y asquerosa, después de padecer brutalidades interminables, los choques eléctricos, las violaciones, todo eso, no haya culpado ni una sola vez a su marido.

—No.

Samuel bajó la voz aún más para abordar la siguiente pregunta con absoluta cautela.

—¿Nunca se preguntó, aunque fuera una vez, «¿por qué me está pasando esto a mí?, ¿qué he hecho para merecerlo?, ¿por qué tengo que sufrir por los actos de mi marido?».

—¡No! ¡No! ¡No!

Había cerrado los ojos y se cubría las orejas con las manos. Todo su cuerpo temblaba.

—¿Salomé?

Después de unos minutos de silencio, Salomé respondió al fin:

—Sí —murmuró.

—¿Sí, Salomé?

—Quizá lo hice. A veces.

—¿A veces qué?

—A veces pensé eso. —Su voz apenas era audible.

El silencio volvió a inundar la habitación. Samuel observó detenidamente a su paciente. El rostro de Salomé se desencajó y, de nuevo, empezó a llorar.

—Estaba enojada con él.

—Naturalmente.

—Supongo que estaba enojada con él antes de que me secuestraran. Me enfurecía que no se tomara un momento para pensar en cómo sus actos afectarían a nuestra familia.

—Creo que tiene derecho a estar enojada, Salomé.

—¿Lo tengo? En ocasiones pienso que yo soy responsable de lo que él hizo. No puede haber ninguna otra explicación por la que se negara a escucharme.

—No la entiendo... —Samuel parecía perplejo.

—Bueno, hasta antes de que Neruda se acercara a Octavio, había hecho muchos sacrificios para ofrecernos a los niños y a mí la mejor vida posible. Sé que se sentía intimidado por mis orígenes y que se hizo actor de cine

a regañadientes. En un mundo ideal, habría sido poeta, o al menos maestro de escuela. Mi marido tenía grandes deseos de traer belleza y conocimiento al mundo. Odiaba la vida vacía de las estrellas de cine. Lo encasillaron en el mismo personaje una y otra vez: «el protagonista romántico..., el hombre de mirada conmovedora...»

—Continúe —la exhortó Samuel, asintiendo.

—Bueno, ayudar a Allende era algo que él apreciaba. Por fin lo había buscado alguien con intelecto y visión. Pensó que era una oportunidad para usar sus talentos y lograr algo que tuviera significado. —Salomé se aclaró la garganta—. Octavio creía en Allende —agregó—. Le halagaba que pensara que podía ayudarlo en su campaña.

—Pero, al hacerlo, puso a su familia en riesgo.

—Sí, pero estoy segura de que no lo hizo a propósito. Sencillamente no previó las consecuencias.

—Eso suena bastante ingenuo.

—Sí. Mi esposo es ingenuo. Supongo que es su defecto más trágico —explicó antes de hacer una pausa —. Me enamoré de su idealismo. Es irónico que justo el rasgo que yo más apreciaba en él sea el que más resiento hoy.

—Usted tenía dieciocho años cuando se casó. En esos diez años de matrimonio ha vivido mucho más que la mayoría de la gente en toda su vida, Salomé.

—Lo sé, pero aun así es difícil sentir que uno ha madurado y crecido, aunque que tu cónyuge no.

—¿En verdad cree que Octavio no ha cambiado? Me cuesta trabajo creer que un hombre que vive el terror de que hayan secuestrado a su esposa en su propia casa no haya cambiado por esa experiencia.

Salomé permaneció en silencio un momento.

—Quizá soy incapaz de ver cómo ha cambiado. Tal vez estoy tan concentrada en todo lo que he sufrido... en

cómo perdí parte de mí misma, que ahora ya no puedo ver a mi esposo con claridad.

—Tal vez —asintió Samuel arqueando las cejas.

Alzó la vista de su bloc de notas y le asombró lo pálida que estaba Salomé. Parecía que de pronto estaba insegura de sí misma; su rostro mostraba el conflicto de sus emociones.

—Tiene que entender que estos sentimientos que ahora tiene: la ira, el resentimiento, el cuestionamiento constante de su situación actual, todo eso es natural —agregó.

—Sí, lo sé. Pero es difícil admitir que tengo estos sentimientos.

—Claro. Pero no puede censurarse. Al negar ciertas emociones solo se perjudica a usted misma y a las personas a las que ama.

—No quiero estar enojada o resentida con él. Quiero perdonarlo.

—Por supuesto, pero usted no es la única que necesita ayuda. ¿Octavio ha considerado consultar a alguien? Imagino la culpa que debe sentir.

—Se niega a ver a nadie.

—Eso me preocupa, Salomé. Debería ver a un terapeuta. Incluso sin padecer el trauma de su secuestro, pienso que puede tener problemas para adaptarse a un país y a una cultura extranjera.

—Tiene razón —aseguró Salomé en voz baja—. Y ha sido particularmente difícil para él, si consideramos que, al menos antes del golpe de Estado, gozaba de una posición de fama y respeto en Chile. Aquí no tiene más identidad que la de un inmigrante recién llegado.

Samuel asintió.

—Conozco esa sensación.

—Pero tiene que encontrar un empleo.

—Ambos necesitan hablar con alguien en este momento —asintió comprensivo—. Cada uno tiene sus

propias presiones... su propio dolor y culpa. Si no pueden hablar de ello entre ustedes, al menos traten de que un profesional los oriente.

—Lo sé, lo sé —dijo Salomé agitando la cabeza—. Intentaré hablar con él de nuevo.

—Muy bien. —Samuel entrelazó las manos. Hizo una pausa y presionó el botón para detener su grabadora, con la que documentaba la sesión—. Dejémoslo aquí. Debe estar cansada de una sesión tan difícil. Lo hizo muy bien, Salomé. Se necesita verdadera fortaleza para volver a vivir esos recuerdos tan dolorosos y admitir los sentimientos que le producen.

—Solo espero que al final valga la pena.

Sonaba harta y exhausta por la sesión.

—Lo valdrá, Salomé —dijo Samuel con voz amable, haciendo un esfuerzo por no mirar fijamente a la paciente que estaba sentada con recato en el diván de piel.

Salomé se irguió, alisó la tela de su falda sobre sus rodillas, se puso de pie y se echó el cabello hacia atrás con un movimiento de cabeza. A Samuel le asombró su belleza.

—Espero verla la próxima semana, entonces.

—Sí, por supuesto, doctor.

—Bien. Continuaremos donde nos quedamos. —Samuel se levantó para acompañar a Salomé a la puerta —. Hasta la próxima semana. Espero verla.

Tartamudeó un poco con estas últimas palabras. Pensó: «Es normal esperar ver a un paciente de nuevo». No había nada malo en ello. Después de todo, la estaba ayudando en su camino a la recuperación. Así como a salvar su matrimonio.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era ocuparse de su propia relación. Últimamente su esposa parecía no ser la misma y él empezaba a darse cuenta de que, quizás, él y Kaija tenían problemas maritales que debían atender.

Así, en el invierno gris azulado, haciendo crujir la escarcha bajo sus pies, Samuel Rudin se apresuró a volver a casa, a la familia que, sabía, lo estaba esperando.

36

Västerås, Suecia
Febrero de 1975

Esa tarde, Samuel llegó a casa y encontró a Sabine, quien jugaba sola en la sala. Se acuclilló y abrazó a su pequeña.

—¿Dónde está tu mamá, *älskling*? —le preguntó a la niña.

—Durmiendo —respondió Sabine, señalando con su dedito rosado la recámara de arriba—. Está en su cuarto.

A Samuel le sorprendió el estado en el que estaba la casa. La luz de la cocina estaba apagada, y cuando la prendió, se encontró el fregadero lleno de platos sucios y una cacerola quemada sobre la estufa.

«Qué extraño», pensó, al tiempo que recorría el lugar con la mirada. En general, Kaija era muy meticulosa con el quehacer. Esto no era en nada el carácter de su esposa; aunque, sin duda, estas últimas semanas su comportamiento no había sido normal.

Arriba, encontró a Kaija dormida en la recámara; tenía una pierna sobre las cobijas y la otra enrollada en una sábana. Su camisón de algodón mostraba la silueta de su cuerpo delgado.

Samuel se sentó en el borde de la cama, se quitó los zapatos y se aflojó el cuello de la camisa.

No estaba seguro de si debía despertarla. Ya eran

las 6:30 y la pequeña Sabine pronto tendría hambre; pero parecía que Kaija en verdad necesitaba descansar.

Por sus párpados hinchados, sospechó que había estado llorando.

No pudo evitar recordar cómo había estado su madre cuando empezó a caer en la depresión. Ella también comenzó a hacer siestas en la tarde; era cada vez más evidente la falta de interés en su apariencia física y la poca energía para mantener la casa en buenas condiciones. Al ver a su esposa acostada en la cama, con el rostro un poco hinchado por el sueño, evocaba los recuerdos de su madre hacía mucho tiempo. Se sentía desconcertado. Por primera vez, advirtió similitudes preocupantes entre las dos mujeres que habían influido de manera determinante en distintas etapas de su vida.

Se preguntó si, a algún nivel inconsciente, se habría casado con Kaija porque se sintió atraído por su fragilidad y vulnerabilidad. ¿Se habría casado con una mujer cuyos problemas pensaba que podría resolver al intercambiar votos de boda y con quien tener hijos propios, solo para compensar el no haber podido salvar a su propia familia?

Si hubiera sido honesto consigo mismo, se habría recostado en su diván y dicho: «Samuel, sufres del síndrome de ayuda. Te atrae lo que está averiado. Quieres restablecer lo que está fracturado». En ocasiones, Samuel tenía que acordarse de dar un paso atrás y mirar su propio pasado y a su familia. Igual que sus pacientes, tenía cicatrices propias y él también debía luchar para vivir con ellas.

Esa noche, Kaija despertó de su siesta y bajó. Encontró a Samuel levantando los platos de espagueti que había hecho para él y para su hija. No pudo ocultar su vergüenza.

—Lo siento, Samuel —se disculpó—. Pensé que podría dormir unos minutos... No pensé que dormiría tanto.

Se restregó los ojos. El largo cinturón de toalla de su bata colgaba a sus costados.

—No hay problema, Kaija. Todo me salió bien, creo.

Sabine le sonreía a su padre con el rostro cubierto de salsa roja.

—Pásame ese trapo, Samuel —le pidió Kaija en voz baja—. Tengo que limpiarle la cara.

—No, no, yo lo haré —dijo acercándose al cajón para sacar un trapo limpio.

—No, Samuel, dámelo —respondió acercándose a la mesa.

—No seas ridícula, yo puedo hacerlo. Regresa arriba y descansa, querida.

—¡No necesito descansar, Samuel! —dijo con dureza—. ¡Yo puedo cuidar a mi hija! No necesito que seas condescendiente conmigo, como si fuera incapaz de hacer lo más mínimo.

—Claro que lo sé, Kaija... —Samuel parecía asombrado de que su esposa de pronto se enojara con él por algo que le parecía trivial—. Solo trato de ayudarte.

—¡Pues no ayudas! —Se acercó, le arrebató el trapo de la mano y limpió las manos y los dedos de Sabine—. Todavía soy capaz de hacer esto, ¿no crees?

—Sí, Kaija. Pero no es necesario que seas tan hostil. —Samuel puso la mano sobre la mesa—. Solo trataba de darte el espacio que creo que necesitas.

—¿Espacio? ¿Espacio? —Su voz era un chillido que sorprendió tanto a la niña como a Samuel.

Sabine empezó a llorar.

Al escuchar los gemidos de su hija, Kaija se detuvo a media oración.

—Lo siento, Samuel —dijo acercándose a Sabine, a

quien alzó en brazos—. No sé qué me pasa.

Samuel asintió. Se quitó el delantal que cubría su pantalón y lo dobló sobre el fregadero.

—Entiendo —dijo en su tono tranquilo y practicado —. Comprendo cómo te sientes, pero no nos ayudará a ninguno de los dos que me grites.

—Perdón. Es solo que he estado tan agotada...

—Lo sé —insistió, tratando de sonar tan compasivo como pudo, pero era evidente que perdía la paciencia—. Kaija, quiero que sepas que si hay algo, lo que sea, que quieras hablar conmigo, siempre estoy aquí para ti.

Ella trató de sonreírle, sus ojos se arrugaban en las comisuras como dos abanicos de papel.

—La gente dice que soy bueno escuchando —dijo con una pequeña sonrisa—. Algunos incluso son lo suficientemente tontos para pagarme por escuchar sus problemas.

Kaija soltó una risita.

—Lo sé, Samuel. Es solo una fase por la que estoy atravesando. Ya pasará.

Samuel en verdad esperaba que pasara, pero seguía escéptico. Sus instintos tanto profesionales como personales le decían que era evidente que algo molestaba a su esposa. Pero ella seguía reticente y se negaba a decirle con exactitud cuál era el problema.

Ahora que veía a su mujer, la luz fluorescente de la cocina hacía más intenso el color blanco azulado de su piel, lo que le hizo evocar una vez más la imagen de su madre. Todo lo que Kaija necesitaba era una bata y un pañuelo amarrado a la cabeza para ser la viva imagen de su madre después de la guerra. Esta vez tenía la edad suficiente para ayudar a guiar a la mujer de su vida. Sin embargo, por alguna razón seguía siendo incapaz de hacer algo. De nuevo, permanecía afuera, mirando hacia adentro.

Esa noche, más tarde, cuando estaban sentados en la sala, Samuel con el periódico sobre el regazo y Kaija con una revista, el silencio entre ellos era ensordecedor y Samuel trató una vez más de hablar sobre la reciente depresión de su esposa.

—Kaija, ¿estás segura de que no pasa nada? —Hizo una pausa y puso el periódico a un lado. Su voz era suave y tierna, la misma que usaba con todos sus pacientes—. Esto es cada vez más difícil para mí. Me estás alejando y me siento por completo inútil. Perfectos desconocidos se abren conmigo todos los días, pero mi propia esposa se niega a hacerlo.

Los ojos de Kaija permanecían fijos en las páginas de su revista. Solo podía concentrarse en la imagen brillante de una joven en traje de baño sosteniendo una bandeja llena de rodajas de melón dispuestas con arte; prefería ver eso que la mirada suplicante de su esposo. Se preguntaba por qué no podía abandonar el tema. Ella atribuía su creciente frustración a la presión constante de Samuel para que se explicara. ¿No podía solo dejarla en paz y permitirle lidiar a solas con sus problemas?

No quería agobiarlo con todos los hechos ahora, toda la jerga médica sobre su estado. Sabía que, en cuanto se lo dijera, se pondría de pie de un salto y se iría a su despacho. Sacaría su enciclopedia médica y trataría de encontrar las razones de su afección; querría explorar todas las posibilidades de tratamiento. Pero el médico había sido claro: no existía cura. Ella, una joven de treinta y cinco años, no podría volver a concebir.

Kaija esperó varios segundos antes de responderle a Samuel. Podía sentir que estaba desesperado por discutir, por tener una discusión acalorada y apasionada que aclarara la tensión entre ellos. Pero Kaija estaba poco dispuesta.

—Estoy bien —respondió seca—. Por favor, Samuel,

ya basta de cuestionarme una y otra vez. —Se mordió el labio inferior—. Ya no más. Te lo diré cuando necesite que me ayudes con mi salud mental. Mientras tanto, ¿no tienes trabajo que hacer? Quizás el historial de algún paciente, alguien que necesite tu ayuda.

—Supongo que sí —respondió en voz baja.

Se levantó, dobló el periódico y lo colocó en la mesita baja de donde lo había tomado una hora antes.

—No te quedes despierta por mí —agregó mientras subía las escaleras—. Probablemente me tardaré.

Kaija no dio señales de haberlo escuchado.

Entró a su despacho y sacó de su portafolio los expedientes de varios pacientes que había atendido esa tarde. El de Salomé era el primero.

Abrió el fólder manila, encendió la lámpara del escritorio y se sentó sobre la pesada silla de madera. Samuel pensaba en Salomé con mayor frecuencia estos últimos días. A veces sorprendía a su mente vagando en algún recuerdo particular de ella durante una de sus sesiones. Sonrió al recordar los movimientos delicados de sus manos, cómo las hacía girar un poco para enfatizar sus oraciones.

Mordió el extremo de su pluma y pensó en la impresionante longitud de su cuello, la curva de su clavícula, que parecía esculpida en altorrelieve sobre su silueta frágil. Al principio fue su franqueza lo que le pareció tan atractivo. Sin embargo, conforme pasaron las semanas él advirtió un cambio. Era como si la mujer asustada y vulnerable que llegó el primer día a su consultorio se estuviera transformando en una mujer más fuerte y apasionada. Sin duda, la combinación de su valor y su ardor habían intensificado la atracción que sentía por ella.

Salomé afirmaba que había recurrido a él al principio para recuperarse de su incapacidad de escuchar música. Pero Samuel se había dado cuenta, casi

de inmediato, de que no necesitaba medicamentos ni psicoanálisis intensivo. Solo requería de alguien que la orientara, que le hiciera las preguntas correctas. Alguien con quien poder hablar de su ira y su resentimiento, a quien pudiera contarle la historia completa. En realidad, él solo estaba ahí para escuchar.

Con todos sus años de experiencia, Samuel había aprendido que el poder de la escucha estaba vinculado con el de la capacidad de sanar. Y Salomé Herrera sanaría de su terror. Estaba seguro de eso. La única persona que le preocupaba, que podía escapársele de las manos, era su esposa.

Escuchó que los pasos de su mujer avanzaban con sigilo hacia la recámara. La vio entrar al cuarto de su hija una vez más, para asegurarse de que la niña dormía tranquila. Había tanta bondad en su esposa. La había amado desde el primer momento en que ella le preguntó en el parque si podía dibujarlo. No quería pensar en su paciente Salomé como lo había hecho estos últimos días. No era correcto. Iba en contra de su ética profesional y personal. Deseaba desesperadamente tener ojos solo para Kaija.

Pero Kaija no era ella misma. Y no sabía cómo ayudarla. Tampoco ella parecía querer su ayuda. Samuel cerró el fólder de Salomé y trató de sacarse a su nueva paciente de la cabeza.

Apagó la lámpara de escritorio, se sentó en la silla de piel y se quedó dormido sobre su escritorio, con los fólderes manila apilados frente a él. E, igual que la primera vez que entró al despacho, el archivo de Salomé Herrera permaneció hasta arriba del montón.

37

Villa Grimaldi
Enero de 1974

La primera vez que le pusieron los cables eléctricos a Salomé no le quitaron la ropa. Colocaron los nodos solo en las manos y la boca, lanzando corrientes como fuego por sus delicadas venas. Gritó y chilló, retorciéndose en la silla a la que estaba amarrada. Les suplicó que tuvieran piedad de ella, que pararan.

La segunda, tercera y cuarta vez la llevaron a la sala de interrogatorios, le arrancaron la ropa, la ataron a una mesa de metal y sujetaron los cables a sus pechos y los pliegues de sus genitales. Encendieron la corriente eléctrica y echaron agua sobre su cuerpo para intensificar el dolor.

Su piel estaba quemada y tenía manchas violáceas donde alguna vez fue delicada, blanca y lisa. La piel de sus muñecas, donde la mantuvieron esposada, ahora mostraba franjas delgadas del hueso.

Casi todos los días la sacaban a rastras de su celda y la llevaban al segundo piso, a uno de los cuartos donde la violaban o torturaban.

No sabía cómo el sonido mismo podía ser una tortura. Cuando yacía en su celda y escuchaba la música en el altavoz, sabía que, no muy lejos, golpeaban o electrocutaban a alguien. Lo sabía porque ella había sido

esa persona. Sus moretones y costras eran como un palimpsesto en el que su torturador la había marcado. Podía trazar ese recorrido en su cuerpo como un ciego que lee braille, porque las cicatrices se abombaban y las marcas eran irregulares, y aunque ella tratara no podía olvidar cómo llegaron ahí por primera vez.

La quemaron al electrocutarla e, invariablemente, ponían música cuando le sujetaban al cuerpo las pinzas de metal. La provocaban con el sonido del goteo de agua; le decían que, si no confesaba, le echarían el agua encima y el dolor de la electricidad sería peor.

Ella no sabía qué podía confesar. Estaba segura de que nunca había hecho nada contra el nuevo régimen.

—Soy esposa y madre —repetía—. Nunca he dicho nada en contra del general o de su ejército. ¡Soy inocente! —decía entre lágrimas y gritos de dolor.

Los hombres que la torturaban no sabían quién era. Ni siquiera sabían por qué estaba ahí. Solo sabían que si estaba en la Villa Grimaldi era porque había cometido una grave ofensa al gobierno. Así que hacían su trabajo y lo disfrutaban. Torturaban a una mujer inocente para que confesara un crimen que no había cometido.

Llenaron de agua una gran botella de Coca-Cola, y uno de los hombres salpicó un poco la frente de Salomé. Ella estaba esposada a una mesa quirúrgica de metal, y mientras se retorcía inútilmente para liberarse, le echaron más agua en el pecho y la pelvis. Su cuerpo estaba empapado cuando el guardia más joven le dijo a su superior «la perra está lista». Sin dudarlo, el otro soldado activó el pequeño interruptor rojo y encendió la máquina de choques eléctricos.

Semanas después, sus extremidades estaban hinchadas por las golpizas y los choques eléctricos; y su cuerpo, tumefacto por la falta de agua y alimento. Estaba

acuclillada en el suelo de su celda, mirando el techo de cemento como si fuera un pájaro herido, mutilado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó uno de los guardias.

—¿Me hablas a mí? —murmuró con voz ronca por haber gritado y llorado durante horas.

—Sí, te hablo a ti. ¿Por qué miras el techo?

Salomé vio al guardia. Era joven y estaba bien rasurado. No podía tener más de veintidós de años. «No es militar de carrera», pensó. De inmediato se daba cuenta de quiénes lo eran. Eran los guardias más brutales, los que disfrutaban la violencia y la buscaban como lobos hambrientos, sedientos de sangre.

El mero hecho de que este soldado le preguntara por qué miraba el techo lo hacía distinto de los otros. La suya era la primera pregunta que le hacían como si ella fuera una persona.

Con cuidado, escrutó su uniforme planchado, su cabello inmaculado y sus uñas limadas con esmero. Su juventud y la falta de insignias en el pecho indicaba que debía ser un nuevo recluta. «Probablemente es de una familia modesta. El socialismo de Allende no le ayudó y ahora toma partido por la clase gobernante, esperando ser parte de ellos».

Salomé pensó a toda velocidad.

No le revelaría al guardia quién era su esposo, puesto que el apoyo abierto a Allende y su negativa a respaldar el nuevo régimen estaban bien documentados en la prensa. En su lugar, decidió ganarse el favor de este joven soldado convenciéndolo de que era una mujer de grandes medios que nunca había aceptado el socialismo, alguien a quien debían proteger y cuyo encarcelamiento había sido un terrible error. Y que, si la cuidaba, sería recompensado. Por suerte, recordó la información sobre la mansión que Chon-Vargas le había dado aquel día en el mercado.

—¿Sabes? —le dijo al tiempo que se arrastraba para

acercarse a los barrotes—. Solo estaba pensando que es increíble cuánto han cambiado este lugar. ¿Quién hubiera dicho que alguna vez esta fue una de las mansiones más hermosas de Santiago?

—¿Mansión? ¿Cómo sabes qué era antes este lugar?

—Oh, lo recuerdo —respondió mirándolo con ojos brillantes—. Recuerdo bastante. ¿Sabes? Antes venía aquí con frecuencia, cuando era niña.

Salomé sabía que, si le decía algo que pudiera verificar sobre la residencia, algo que ningún otro prisionero supiera, su historia tendría credibilidad. Así, inventó una historia a partir de la información que le había dado Chon-Vargas aquel día en el mercado y la respaldó con las imágenes que había visto a través de la venda de los ojos.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Pensé que solo traían a los comunistas —preguntó arqueando las cejas e inclinándose contra los barrotes de la celda.

—¿Yo? No soy comunista. Provengo de la aristocracia.

Intentó sonreír a pesar de sus moretones y se echó el cabello hacia atrás, con un gesto sensual de la mano. Pero el gesto fue inútil, sus dedos solo se enredaron en una maraña de nudos.

—Sí —continuó—, cuando era niña pasábamos los veranos aquí, en Villa Grimaldi. ¡Y el nombre! Cuando era pequeña, pronunciarlo era evocar imágenes hermosas del verano: jardines llenos de magnolias y buganvilias. Esta propiedad era un viejo viñedo. Pero, si recuerdo bien, la familia abandonó el viñedo hace como cincuenta años. ¿Aún se pueden ver esos viejos jarrones de barro que formaban una fila a la entrada?

Salomé intentaba persuadirlo; sabía muy bien que lo que decía era verdad, según le dijo el mismo Chon-Vargas.

—Pues tienes razón —dijo el guardia, pensando en

la vívida descripción de Salomé—. He visto los restos de frascos de barro, pero ahora solo son un montón de pedazos de barro en la entrada.

—¡Ves! —exclamó animada—. ¡Y la torre! ¿O la reja negra... y la hermosa cocina con los azulejos de España?

Logró ganarse la atención del guardia. Gracias a sus descripciones, él supo que ella había estado ahí antes, en circunstancias por completo distintas.

—¿Hablas de los azules?

—Sí, azulejos celestes magníficos... Y las ventanas... ¿todavía dan al árbol de chirimoya?

—Sí, el árbol sigue ahí... —Su voz mostraba que Salomé había llamado su atención—. Se puede ver desde la ventana. —Hizo una pausa—. Salvo que las ventanas de la cocina ahora están ennegrecidas con hollín y manchadas por la lluvia.

—Qué lástima.

—Así es. Debieron usar este lugar como un centro recreativo para nosotros, los guardias, en lugar de una prisión. ¿Por qué desperdiciar un lugar tan bonito en esos malditos comunistas? ¡Allende llevó a este país a la ruina! Antes del golpe de Estado, llevaba ya un año sin encontrar trabajo...

Salomé se estremeció. Sabía que si Octavio estuviera en su posición, habría defendido a su sacrosanto Allende hasta el final. Habría tratado de convencer al guardia de su ingenuidad y de abrirle los ojos al hecho de que las multinacionales estadounidenses sabotearon todo lo que el expresidente había tratado de hacer.

Pasaron varios días antes de que Salomé descubriera el nombre del guardia a quien había convencido de que su encarcelamiento era un error.

—¡Miguel! —lo llamó un soldado una noche, cuando estaba asignado a su puesto cerca de la celda de Salomé—. El mayor quiere que le llevemos a un prisionero. Saca a la perra de la celda sesenta y ocho y llévala de inmediato a la sala de interrogatorios.

—¿La celda sesenta y ocho? —preguntó Miguel; sabía que era la celda de Salomé—. Creo que deberíamos dejarla tranquila. Se ve bastante mal...

—¿De qué hablas, imbécil? ¡Por supuesto que se ve mal! —vociferó la voz en la oscuridad—. Se lo merece, ¡maldita comunista!

—Lo dudo —replicó Miguel; su tono era casi irrespetuoso.

—¿Qué? —preguntó incrédulo el superior.

—Que es dudoso. Eso dije. Mire, la señora de la sesenta y ocho sabe que está en la Villa Grimaldi. Era una riquilla que acostumbraba venir aquí los veranos cuando era niña. Si se muere, quedará en nuestra conciencia, no en la de Pinochet. ¡Y puede apostar el culo a que alguien está buscándola ahora mismo!

Parecía que Miguel había logrado despertar la preocupación de su comandante en cuanto a su propia seguridad.

—¡Está bien! Entonces trae a cualquier otra puta... No me importa quién sea. Esperemos, por tu bien, que al mayor tampoco le importe.

—Sí, señor. ¡Deme un segundo!

Salomé escuchó que abrían un calabozo a unos metros del de ella y luego que azotaban la puerta, cuyo estruendo hizo eco en su celda. Casi se sintió culpable por someter a otra prisionera al terror que estaba destinado para ella. Pero estaba exhausta para darse el lujo de esa emoción; solo quería dormir. No quería escuchar nada.

Se imaginó en la sala de baño, en su casa, rodeada por los sonidos del jardín y la alegría de sus hijos. Ahora

era como un sueño distante, uno que cada vez le era más difícil evocar conforme los lamentos incesantes y la música infatigable continuaban.

Pasaron los días y sus sesiones de interrogatorios se volvieron menos frecuentes. Cuando Miguel estaba de servicio, se aseguraba de que su tazón de frijoles no tuviera gusanos. También le llevaba agua si ella se lo pedía.

—Dime —le preguntó una noche—. ¿Hacían fiestas lujosas aquí?

—Claro. Yo solo era una niña... pero recuerdo que algunas noches, después de mandar a los niños a la cama, llegaba una banda de música y todo el jardín estaba iluminado con luces de antorchas. La gente llegaba en carruajes jalados por caballos... —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Recuerdo que acostumbraba echar un vistazo por la ventana, junto con mi hermanito, y veíamos a las damas que salían de los carruajes, con vestidos blancos que ondulaban, y collares de perlas al cuello.

—No puedo imaginar que eso haya pasado aquí. Ahora, allá afuera no hay nada más que lodo.

—En ese entonces había árboles muy altos. La enorme chirimoya, el árbol de canelo…, un almendro en flor. Había rosales y madreselvas, hileras de violetas africanas y tulipanes papagayo del color del oro.

—Qué lástima. ¿Por qué convertirían un lugar tan bello en esta pocilga? No tenían que arrasar los jardines y echar cemento en el estanque. Al menos, los soldados lo habríamos disfrutado en nuestro tiempo de descanso.

Calló y negó con la cabeza. Salomé permaneció en silencio.

—Siempre quise ir a una fiesta así. Vestido con un traje blanco y camisa blanca, y sacar a bailar a todas las

chicas. Pero, para mi suerte, tengo que vigilar a todos estos malditos rojos un día sí y otro también.

Golpeó con su rifle una de las paredes de cemento entre dos celdas.

—¿Sabes?, la mayoría de esta gente se merece esto. No son como tú y como yo. Son cerdos ignorantes, anarquistas chupasangre —agregó.

Salomé asintió, metiéndose a la boca los últimos frijoles que había en su tazón.

—Apuesto que tu familia te está buscando. Se sorprenderán cuando te vean, con ese aspecto que tienes ahora.

—Debo estar horrible —dijo Salomé tratando de sonreír detrás de los barrotes de su celda.

—No dudo que tus amigos y familia están moviendo sus influencias para recuperarte. Estoy seguro de que no estarás aquí mucho tiempo más.

—Eso espero, Miguel —murmuró al terminar los frijoles.

—¡Ah!, sabes mi nombre, ¿no? —dijo tomando el tazón vacío que ella le pasó por los barrotes de hierro—. ¡Más vale que lo recuerdes! —Rio—. Diles a tus amigos ricos que por lo menos alguien en este infierno fue amable contigo.

—Lo recordaré. Tengo el presentimiento de que recordaré todo.

La profunda y penetrante tristeza en su voz hizo que el joven soldado se estremeciera.

38

Västerås, Suecia
Febrero de 1975

—En cierto sentido, las anécdotas del pasado de mi familia me salvaron —explicó Salomé con un dejo de nostalgia.

Samuel permanecía absorto, mirando a su paciente a los ojos.

El sol de la tarde bañaba la pequeña habitación amueblada con cuidado con una cálida luz amarilla que hacía que tanto Salomé como Samuel parecieran radiantes.

—Pues sí, doctor Rudin —continuó Salomé, acomodándose en el diván—, el golpe de Estado se llevó a cabo para restaurar el poder de las clases media y alta de Chile. Fue un contragolpe para el socialismo que Allende intentó implementar para ayudar a los trabajadores pobres.

—Sí, me doy cuenta de eso.

—Bueno, era claro que el ejército estaba del lado de los ricos y de la clase media... la burguesía, por decirlo así. Entonces usé las historias de mi infancia y la información que Chon-Vargas me había dado para convencer a uno de los guardias, Miguel, de que yo era una mujer rica que apoyaba el golpe y que mi encarcelamiento era un error.

»Noche tras noche, le contaba a Miguel los relatos de mi infancia, que no tenían relación alguna con mi vida como esposa de Octavio Ribeiro.

—¿Relatos? —Samuel la incitó a continuar.

—Bueno, relatos como la leyenda de mi abuela, la «pequeña canaria», quien murió a causa de los picotazos de los pájaros que amaba más que a su marido. Y la historia de la hacienda de mi familia en Talca, donde las habitaciones eran vastas y cada vez construían más; las ventanas daban a un paisaje de kilómetros y kilómetros de tierra y cielo.

—¿Y logró convencer a ese guardia de que pertenecía a una familia burguesa... que era una mujer con dinero y que la habían llevado ahí por error?

—Sí. En cierto sentido, decía la verdad. O una verdad a medias. Yo venía de una familia así. Le conté historias de mi abuelo, de cómo se paseaba vestido con su chaleco de brocado con un reloj de oro en el bolsillo, por el huerto de frutos híbridos que cultivaba en su tiempo libre. Cómo golpeaba el piso con su bastón a la hora de la cena para llamar a su víbora mascota. ¡Todo eso era cierto! Solo omití la parte de que estaba casada con un actor famoso cuyos comentarios criticaban el régimen de Pinochet. —Salomé respiró profundo; tenía las mejillas encendidas—. Y —agregó— un chico como Miguel, un aspirante a burgués, jamás en su vida había escuchado historias como las que le conté. Creo que muy pronto se hizo adicto a ellas, pues cada día se las arreglaba para cuidar mi pasillo en su turno.

—Tuvo mucha suerte, Salomé, de que alguien la cuidara de esa manera.

—Sí, la tuve. —Calló un momento y miró sus manos—. Sé que la tuve.

—Entonces, ¿cesaron las golpizas?

—No —respondió, y tras una pausa agregó—: Nunca cesaron. Solo fueron menos frecuentes. Era obvio

que Miguel no podía estar todos los días y todas las noches de servicio. Pero cuando él se hallaba ahí, yo estaba más segura, ya que siempre se las arregló para garantizar que no me llevaran a la torre. Por desgracia, en ocasiones, cuando lo asignaban a otras partes de la prisión, me llevaban de nuevo a la sala de interrogatorios.

»Incluso con la presencia y protección de Miguel, cada día estaba más deprimida. Pensaba que nunca más vería a mis hijos, a mis padres, a mi esposo.

—Claro.

—Pero... —Salomé lanzó un gran suspiro—, de alguna manera me las arreglé para resistir. —Hizo una pausa un momento, como si recordara algo más que quería decir—. ¿Sabe qué es lo más extraño? Había médicos que visitaban a algunos de los prisioneros. Nos tomaban la presión arterial, el pulso... cosas así. ¡Tenían que informar a nuestros interrogadores cuánta tortura más éramos capaces de resistir! Les importaba si la sangre se acumulaba en mis codos por estirarme en la «parrilla» o si mi tórax estaba tan hinchado que no podía respirar.

Samuel permaneció en silencio.

—Pero, ¿sabe qué?, ¡esos hombres no eran médicos! Yo vengo de una familia de médicos, mi padre y mi abuelo, ¡gente que tenía un sentido de la vocación, que quería ayudar a las personas, salvar vidas y curar enfermedades!

—Sí.

—¡Estos bastardos eran de otra estirpe! Solo querían ver cuánta más tortura podíamos soportar. Sin pensarlo, abrían sus plumas, miraban nuestros rostros ensangrentados y miembros amoratados. No querían ayudarnos. Solo deseaban mantenernos con vida.

Samuel sacudió la cabeza.

—Pero traté de engañarlos. Aguantaba la

respiración el mayor tiempo posible antes de que monitorearan los latidos del corazón, para que el ritmo pareciera irregular. También inmovilizaba uno de mis brazos durante horas para hincharlo más y que pareciera mucho más frágil que el de los otros prisioneros.

—Fue muy inteligente para usar todo lo que tenía al alcance. Eso es *supervivencia*. Tuvo la fortaleza y, en ese sentido, creo que fue muy afortunada, en comparación con otros. —Samuel calló un momento y miró a su paciente directamente a los ojos—. Debe recordar, Salomé, que fue capaz de sobrevivir y de regresar con su familia y seres queridos.

—Sí, doctor Rudin, me doy cuenta de todo eso. —Hizo una pausa antes de continuar—. Reconozco que fui una de las afortunadas. Tenía a un guardia que hacía grandes esfuerzos para limitar las golpizas que yo recibía. Incluso tenía algún conocimiento médico que me permitió fingir la intensidad de mis lesiones y parecer más débil de lo que quizás estaba en realidad. —Salomé dudó y su mirada cayó sobre su regazo—. Y por algún gran milagro, me liberaron de ese lugar olvidado de Dios.

—Sí.

—Pero... sigo sintiéndome como prisionera. Sigo sufriendo cada vez que leo en el periódico una referencia a mi país. Aún me aterra escuchar el sonido de agua que gotea, porque lo relaciono con los choques eléctricos. Y sigo sin poder disfrutar del sencillo placer de la música. Me robaron toda la paz.

—Entiendo, Salomé.

—Y supongo que por fin puedo decirlo, doctor Rudin, sin sentirme culpable.

Calló y respiró profundo. Samuel esperó unos segundos más para que su paciente continuara.

—Supongo que podríamos decir que por eso estoy muy encabronada.

—Por supuesto que lo está, Salomé. Lo que le hicieron fue malo e injusto.

—Hay más. Estoy furiosa con mi esposo.

—Claro que está enojada con él. ¿Ha pensado más en la razón de su ira?

—Es como dije antes: puso sus necesidades antes que las de su familia. Su papel de «activista político, campeón de Allende, vengador de su amigo caído...» lo consumió.

—No sé si se trate en verdad de eso, Salomé. He conocido a muchos colegas alemanes que expresaron un gran arrepentimiento de que sus pacientes nunca hablaron abiertamente en contra de los nazis. Uno no puede evitar preguntarse si se hubieran salvado millones de vidas si más gente hubiera hablado en contra de lo que consideraban una injusticia.

»Ahora consideramos héroes a esas personas que escondieron a otras o las ayudaron a obtener pasaportes ilegales en esa época... pero lo hicieron con grandes riesgos para su familia.

Salomé permaneció en silencio.

—Creo que está más molesta con el hecho de que parecía no *darse cuenta* de lo que estaba en juego. —Samuel se removió en su asiento—. Piense en lo que dijo en una de nuestras sesiones. —Consultó su bloc de notas y volvió las páginas para citar algo que Salomé le había dicho semanas antes—: «Me enamoré de su idealismo. Es irónico que justo el rasgo que yo más apreciaba en él sea el que hoy más resiento».

—Sí, eso es verdad —respondió, asintiendo.

—Me parece que eso es clave para explicar por qué está tan enojada con su marido. Mucho más que por las decisiones que tomó.

Salomé miró a su terapeuta, su rostro mostraba su desconcierto.

—Dígame, ¿aún se considera idealista?

—No, en ningún sentido.

—Entonces, ¿perdió su idealismo por completo?

—He visto grandes males. Creo que después de presenciarlos nunca podré mirar el mundo de nuevo de la misma manera.

—Entonces, ¿ha muerto la joven a quien el poeta que la adoraba sedujo con naranjas hace tanto tiempo?

—Supongo que sí.

—¿No cree que podría regresar?

—Creo que eso sería imposible.

—Y su esposo, ¿no cree que él ha visto el mal como usted? ¿Me dice que no cree que tenga la capacidad de imaginar lo cruel y salvaje que pueden ser los seres humanos?

—No. No creo que tenga la menor idea.

Samuel inclinó un poco la cabeza hacia un lado.

—¿No cree que imaginó lo peor cuando la secuestraron? ¿No piensa que le cruzaron por la cabeza las cosas terribles que le estarían haciendo? ¿Y qué hay de cuando regresó?, ¿no cree que se preguntó qué le habían hecho para tener esos moretones y quemaduras?

—Me parece que él eligió concentrarse en el hecho de que yo había vuelto, en lugar de hacerlo en aspectos más perturbadores, como mis cicatrices.

—¿Nunca lo ha mencionado?

—No. No se atreve a preguntar, y yo elijo no mencionarlo.

—Quizá debería hacerlo, Salomé.

—¿Qué sacaría de bueno al obsesionarme con mi tortura? Quiero olvidarla.

—¿Piensa que puede sencillamente olvidar algo así? Me temo que ahora es parte de su historia. La razón por la que está aquí es para encontrar la manera de vivir con esa historia.

Salomé apartó la mirada del doctor. Empezaba a cansarle estar recostada en ese diván de piel y hablar de

los mismos sentimientos una y otra vez. Se preguntó por qué no era suficiente que ella admitiera que estaba enojada con Octavio. Quería acabar ya con esta inquisición agotadora.

—En cierto sentido, usted no es diferente a su esposo si elige mantener el silencio entre ustedes dos. Ambos están evadiendo la confrontación.

Salomé dejó escapar un profundo suspiro. No podía ocultar su frustración.

—Doctor, estoy cansada de hablar. De que mi esposo me pregunte constantemente cómo me siento. ¿No debería ser obvio? Me secuestraron, me interrogaron, me torturaron. ¿Cómo demonios cree que me siento? ¡Me siento muy mal!

—Quizás aún no sabe cómo hablar de un tema tan delicado, Salomé. Los hombres no estamos equipados para lidiar con cosas tan emocionales y traumáticas como los temas de los que hablamos aquí. Es probable que eso le cueste mucho trabajo.

Salomé negó con la cabeza.

—El problema con mi marido es que vive su vida como si fuera una película. Espera un final feliz, pero no quiere hacer nada para alcanzarlo.

—Ese es un problema —dijo Samuel, asintiendo—. Estoy de acuerdo con usted.

Salomé se cubrió el rostro con las palmas.

—Amo a mi esposo. Siempre lo amaré. Pero el hecho de que siga teniendo esta visión color de rosa del mundo hace difícil que pueda vivir con él. Tampoco me gustaría que perdiera su idealismo por completo... Si fuera tan insensible como yo me he vuelto, entonces ¿qué tipo de pareja seríamos? —Volvió a respirar profundo. Podía sentir que su piel enrojecía bajo su blusa—. La vida tiene momentos difíciles y feos, y me gustaría que mi esposo pudiera al fin aceptar eso.

Samuel asintió.

—Creo que es bueno que reconozca estos sentimientos.

—¿Lo es? Ahora, ¿cómo voy a regresar a casa y acostarme junto al hombre con quien sé que estoy enojada? Quiero decir, ni siquiera fue capaz de salvarme. Tuve que salvarme yo sola. Fracasó incluso en eso.

—No puede culparlo por eso —dijo Samuel objetivo —. Era una situación imposible.

—Supongo que tiene razón. —Se alisó la falda—. Es solo que no quiero volver a casa ahora y lidiar con todo esto. Los niños han tenido problemas en la escuela. Rafael ha estado cuidando a sus hermanas porque yo estoy demasiado cansada como para ser una buena madre. Y parece que Octavio cada vez se hunde más en la depresión.

—Usted necesita concentrarse en curarse.

—Lo sé... He estado tratando...

—Bueno, trate de mantener la cabeza erguida, Salomé. Está enfrentando cosas muy duras en nuestras sesiones, y debería estar orgullosa de usted.

Ella negó con la cabeza.

—A veces me siento peor cuando salgo de aquí que cuando entré.

—Lo sé —asintió Samuel, compasivo—. Pero estamos avanzando.

—Sí —respondió Salomé, poniéndose de pie para irse. Sabía que el doctor la había dejado hablar unos minutos más de la sesión de cincuenta minutos, así que trató de calmarse lo más rápido posible—. Entonces, supongo que lo veré la próxima semana.

Samuel observó la elegancia con la que cruzaba el umbral.

39

Santiago, Chile
Enero de 1974

Octavio ya no podía dormir. Su mente iba a toda velocidad. Su corazón latía con fuerza en el pecho. No sabía por dónde empezar, estaba paralizado por un dilema moral. Sus acciones, sus compromisos y sus principios lo habían puesto a él y a su familia en esta terrible situación. Sus convicciones, su firme moral, siempre lo habían enorgullecido. Si hubiera apoyado a un régimen que estuvo involucrado con la muerte del presidente de una nación y gobernó como dictadura, habría sido un hipócrita. Y escuchar esa palabra hacía que a Octavio le dieran escalofríos.

Pero ahora, estas convicciones ponían directamente en riesgo la seguridad de su familia. Habían secuestrado a su esposa y era posible que la torturaran, todo por su obstinada negativa a ir en contra de sus creencias. Era demasiado para que pudiera soportarlo.

Cada hora que pasaba y Salomé seguía sin aparecer, la ansiedad de Octavio empeoraba. Contempló la posibilidad de llamar a un periódico y renunciar públicamente a todas las críticas que antes había lanzado contra el nuevo régimen. Pensó en escribir a uno de los generales del ejército y concertar una reunión secreta en la que pudiera decirle que había recapacitado

en sus puntos de vista y que ahora creía que Pinochet era el líder justo y legítimo. «He estado muy equivocado», pensó decir. «Solo devuélvanme a mi esposa y seré un sirviente diligente y fiel del Estado».

Pero Octavio reconsideró al final. ¿De qué serviría? Los generales sabrían que mentía, y él y su familia seguirían bajo sospecha. No, no renunciaría a sus declaraciones, pero tampoco exacerbaría la situación haciendo más comentarios críticos del nuevo régimen.

«Mañana saldré en el coche hasta encontrar esta Villa Grimaldi», se dijo. Rescataría a su esposa. Encontraría una manera de que su vida fuera buena de nuevo.

A la mañana siguiente, después de que su suegra le dijera dónde pensaba que se encontraba la Villa Grimaldi, Octavio Ribeiro salió en el pequeño Lancia naranja en busca de su esposa.

Se bebió de un trago la taza de café, besó a sus hijos en la frente y le dijo a la sirvienta que no estaba seguro de a qué hora regresaría.

—No sé bien cuánto tiempo tardaré —dijo—. Pero no pararé hasta que encuentre a su madre.

Seguía incrédulo. No podía creer que en Chile una mujer pudiera ser secuestrada de su familia y detenida por un crimen que no cometió.

La vida de Octavio se había convertido en un verdadero drama de la vida real, pero tenía que creer que tendría un final feliz. Tenía que conservar la esperanza de que seguía viva y de que la salvaría. Sin eso como inspiración, no podría jugar el papel que no había solicitado: el salvador y marido penitente. Si no podía recuperarla, ¿cómo viviría con la responsabilidad de su secuestro? No la había escuchado, ahora lo sabía. Ella previó el problema antes que él.

Manejó por las calles sinuosas de Santiago. Pasó las hileras de casas con sus pastos cuidados y jardines en

flor; frente a las escuelas adonde llegaban camiones escolares llenos de niños. «¿Cómo puede la vida parecer tan normal, cuando es tan engañosa?», pensó Octavio. Si no hubiera conocido personalmente a Allende, y si no hubieran secuestrado a su mujer en plena luz del día, quizás él también pensaría que la vida en Chile había vuelto a la normalidad.

No sabía qué haría cuando llegara ahí. No tenía idea de cómo era el lugar o cómo haría para entrar. Pero no podía pensar en eso ahora. Solo tenía que llegar y entonces decidiría qué hacer.

Su suegra pensaba que la mansión estaba al norte, en las afueras polvorientas de la ciudad, en una zona llamada Peñalolén. Le dijo que si manejaba 15 kilómetros al norte y luego giraba en uno de los caminos laterales se toparía con ella. Al menos eso era lo que recordaba.

Metió un mapa y una muda de ropa en su portafolio de piel. No sabía qué necesitaría para su viaje; solo sabía que tenía que moverse y empezar a buscar. De lo contrario, se volvería loco esperando que sucediera un milagro para que Salomé regresara.

Pasaron las horas y parecía que conducía sin señales de la mansión que doña Olivia le había descrito.

—Tenía una torre —recordó—. Si pudiera llamar a la familia y preguntar la dirección exacta.

Pero acordaron que era mejor no hacerlo, porque querían que la noticia del secuestro de Salomé no saliera de la familia.

—No podemos confiar en nadie —dijo don Fernando, haciendo eco a las palabras de Octavio—. Nadie puede saberlo, o nos arriesgamos a que algo más le pase a la familia.

En el camino, preguntó a los granjeros. Cuestionó a algunas mujeres que esperaban en la parada de un camión.

—En algún lugar por ahí —decían todos señalando con el dedo.

Casi todos habían escuchado hablar del lugar, pero nadie sabía la dirección exacta.

Por último, cuando se detuvo para comer un sándwich en una cafetería al borde del camino, Octavio encontró a alguien que le dio instrucciones detalladas.

—Tres kilómetros más y la encontrará. Pero está rodeada de carabineros —le dijo el viejo.

Octavio asintió, le dio las gracias y dejó unas monedas para pagar la bebida del anciano.

Ahora que Octavio sabía dónde se encontraba la mansión, se dio cuenta de que necesitaba una estrategia. Si lo que le dijo ese hombre era cierto, debía mantener su distancia para que la policía no lo advirtiera. Si sospechaban que estaba espiando en su base, sin duda lo arrestarían de inmediato.

Avanzó unos metros más y decidió estacionarse en el acotamiento para pensar con cuidado. Pensó en todo lo que se podía hacer si esto fuera el guion de una película: podía secuestrar a un soldado, robar su uniforme y entrar disfrazado a las instalaciones. Podía ocultar su coche detrás de unos arbustos y esperar hasta que un jeep pasara por el camino, saltar en la parte trasera y así entrar sin ser descubierto.

Pero no, ninguno era un plan factible. Sabía que eran solo clichés forjados para guiones de malas películas.

Uno tras otro, pasaron grandes camiones militares a un lado de su coche estacionado. Jeeps verdes militares con toldos que ondulaban por la velocidad avanzaban formando nubes de polvo. Y de pronto, Octavio se dio cuenta de que lo que le dijo el hombre en la cafetería era cierto. Sería casi imposible entrar. Solo llamaría la

atención. Su rostro ahora estaba quemado por el calor de la tarde.

—¿Qué voy a hacer? —dijo.

Su frustración casi lo atragantaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Golpeó los costados del volante con ambos puños.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios voy a hacer?

De pronto deseó nunca haber copiado esos malditos poemas de Pablo Neruda, y se maldijo por haber dejado que el poeta que le presentó a Allende influyera en él. Cómo deseaba volver a hacer todo de nuevo. Pero era muy tarde, el daño estaba hecho. Frustrado y perdido, Octavio encendió el motor y emprendió el regreso a casa.

40

Santiago de Chile
Febrero de 1974

Conforme pasaron los días, Octavio siguió levantándose cada mañana a las 7:30; tomaba su café, besaba a sus hijos en la frente y salía a la ciudad para tratar de encontrar a alguien que pudiera ayudarle a sacar a su esposa de Villa Grimaldi.

Habían pasado más de tres semanas desde el secuestro de Salomé, y Octavio, consciente de que le negarían la entrada a Villa Grimaldi, tan fuertemente vigilada, se devanó los sesos tratando de pensar en una alternativa para garantizar su liberación.

Llamó a todos los amigos que había hecho en la industria cinematográfica, desde el director mejor pagado hasta el extra del sueldo más bajo. Preguntó si tenían alguna relación con el ejército.

—Necesito encontrar a mi esposa —suplicaba, renunciando a su antigua obstinación y orgullo.

—Te lo advertimos, Octavio —dijo uno en tono de disculpa—. Te dijimos que dejaras de hacer esas declaraciones públicas... ¡Y ahora mira dónde acabaste! No podemos hacer nada. Nosotros también tenemos una familia que cuidar.

Octavio azotó el auricular y blasfemó. Pateó la puerta de vidrio de la cabina telefónica y metió los

puños en los bolsillos, maldiciéndose como un loco.

Cuando regresaba a casa tarde en la noche, esperaba que Consuela o su suegra ya hubieran metido a los niños a la cama para no tener que enfrentar su rostro suplicante por saber si ya había encontrado a su madre. No podía lidiar con una noche más así: volviendo a casa sin su madre, sin respuestas o ideas sobre cómo rescatarla.

Por la noche, su abatimiento solo se intensificaba. Se acostaba solo en el lecho conyugal; el lado de ella estaba manchado por las sombras de la luna. No soportaba pensar en cómo debía estar sufriendo. ¿Dónde dormiría ahora? ¿Lo haría en una celda de cemento o en barracas con otros prisioneros?

No podía creer que hubieran podido matar a su amada Salomé por culpa de su terco rechazo a apoyar ese régimen sangriento. ¿Podrían hacerlo? Escuchó rumores de que había fosas comunes en el campo: enormes cráteres abiertos, cavados por los soldados, llenos de cuerpos cuyas lesiones los hacían irreconocibles. ¿Sería posible que le hubieran hecho eso a su mujer?

Ya no dormía. Yacía en cama, rígido como un mortero; el sudor le perlaba la frente. Las manos caían a sus costados como bloques de cera. Sus ojos estaban nublados.

Habían pasado ya veintitrés días desde que vio a Salomé por última vez. Esa mañana se levantó como de costumbre, se despidió de los niños con un beso y salió a la ciudad. Pero esta vez no tenía ninguna reunión a la cual acudir. Había agotado todos sus contactos. Nadie más recibía sus llamadas.

Manejó hasta que casi se vació el tanque de gasolina, hasta que pensó que se desplomaría del agotamiento y el terror que le había provocado el secuestro de su esposa. Frustrado y confundido, Octavio

se encontró manejando no hacia las rejas de la Villa Grimaldi, sino hacia la catedral de Santiago. Sin otro lugar adónde ir, Octavio Ribeiro se vio atraído hacia un edificio al que no había entrado o pensado entrar durante muchos años.

Octavio no había ido a una iglesia desde el bautizo de su hija menor. Incluso esa vez no quería ir, pero sus suegros insistieron en realizar la ceremonia. Creía en la Iglesia, en la Santa Trinidad, en las enseñanzas del sacramento. Pero nunca se sintió cómodo en las bancas de madera, frente al altar dorado, mirando la dramática recreación de Cristo clavado en la cruz. Le parecía antinatural. Octavio creía que era mucho más probable encontrar a Dios en su jardín, entre las rosas silvestres y la sombra de los canelos y los aguacates, que en un templo hecho de piedra y vitrales. Dios estaba en su esposa y sus hijos.

Sin embargo, desde el secuestro de su mujer empezó a rezar en silencio. En ocasiones, cuando estaba acostado solo en las noches, se sorprendía murmurando en voz alta. Ahora, mientras conducía por las calles de Santiago, trataba de recordar las palabras que recitaba cuando era niño:

Dios te salve, María,
llena eres de gracia...
Bendita eres entre todas las mujeres...

Olvidaba las palabras.

Dios te salve, María,
llena eres de gracia...
El Señor... el Señor sea contigo.
Bendita eres entre todas las mujeres...

Comenzó de nuevo, esta vez sin pensar; solo trataba de

recordar la plegaria como si fueran oraciones memorizadas hacía mucho tiempo en una película.

—Bendita eres entre todas las mujeres —repetía— y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Amén.

¿Había más? No podía recordarlo.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

¿Eso era todo? Quizá debió enviar a los niños al catecismo, se dijo. ¿Cómo pudo olvidar estas oraciones?, se reprochó mientras pasaba los dedos por el cabello y se jalaba los rizos.

—¿Cuál era la otra?

Pensó rápidamente. Después de todo, necesitaba toda la ayuda posible.

—Nada de esto podría ser contraproducente, ¿cierto?

Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu Reino;
hágase tu voluntad
tanto en la tierra como en cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en tentación,
y líbranos del mal.

¿Dios lo estaría escuchando?

Se dio cuenta de que todas estas plegarias eran actos dispersos de desesperación, en lugar de la expresión de un verdadero creyente. No obstante, también sabía que a estas alturas haría cualquier cosa, intentaría lo que fuera. Todo lo que deseaba era recuperar a su mujer.

Había conducido por lo que parecieron horas, hasta que vio la alta aguja de la catedral y se estacionó en el estacionamiento aledaño.

Entró agitado. La iglesia tenía un aroma extraño, aunque familiar, que hacía años no olía. ¿Era incienso o solo la fría ranciedad de la piedra? No lo sabía, pero de algún modo se tranquilizó de inmediato. Conforme avanzaba despacio por el pasillo, escuchó el sonido de las páginas del misal al pasarlas y la voz unificadora del sacerdote que guiaba a la congregación en los salmos finales.

Se quedó un buen rato de pie antes de sentarse en una banca. Cada hilera parecía estar al tope de su capacidad, en su mayoría ocupadas por hombres y mujeres mayores que Octavio, jubilados que acudían a la misa de mediodía.

—Hombres y mujeres santos, nos reunimos este día y todos los otros para ayudar a servir y divulgar el nombre de nuestro Señor —dijo el sacerdote frente al micrófono mientras la congregación tomaba asiento—. Mi sermón de hoy está inspirado en la historia de Jesucristo, nuestro Santo Padre. Es en su ejemplo que debemos esforzarnos en moldear nuestra vida. Puesto que fue con su propia sangre que nos mostró lo que significa la abnegación, el verdadero sacrificio.

El sacerdote agitaba el dedo índice hacia el crucifijo grabado que estaba sobre él, con la imagen del Cristo ensangrentado que miraba a la congregación con sus ojos de vidrio pintado.

—Debemos abocarnos a nuestras familias, a nuestros prójimos, para que este país y el mundo se llenen de amor, no de odio. Debemos mirar a los ojos de cada hombre y cada mujer, y ayudar a quienes son menos afortunados que nosotros. Debemos esforzarnos

todos los días para ser mejores personas.

El sacerdote hizo una pausa y alzó los brazos; las mangas rojas de su atuendo colgaban como las banderillas de un matador.

—Todos los días hay oscuridad en el mundo. Todos los días hay mal y tristeza. Ahora, más que nunca, hay desaliento y desesperación. Tratemos todos de traer un poco de luz al mundo. Intentemos abrir nuestros corazones y dejemos que imperen la verdad y la benevolencia.

Mientras la congregación coreaba al unísono «Amén», el sacerdote se preparó para la comunión.

Octavio se quedó sentado, aturdido, en la iglesia fría. El techo abovedado y los vitrales aumentaban su epifanía. Al escuchar ese sermón, ¿no era el sacerdote la persona perfecta para pedir ayuda? Este hombre no tendría ninguna excusa, ninguna razón para rechazar la súplica de ayuda de Octavio. Acababa de predicar que debemos ayudar a los necesitados. Que cada persona debía aprovechar la oportunidad para asegurar que el bien siempre triunfara sobre el mal. Sin duda, el sacerdote lo ayudaría. Permaneció sentado en la banca, pensando en el sermón y empezó a ensayar las palabras para acercarse a él.

Esperó hasta que terminara el sacramento de la comunión y que la congregación cruzara las altas puertas de roble de la iglesia. Luego, cuando el sacerdote se dirigía a sus habitaciones privadas, Octavio se puso de pie y se apresuró a alcanzarlo.

—¡Padre Cisneros! —lo llamó por su apellido, que había leído en el programa.

Su voz hizo eco en las sagradas paredes de la catedral y tomó al sacerdote por sorpresa.

—¿Sí? —respondió, girándose para ver a Octavio.

—Tengo que hablar con usted, es urgente.

—Lo siento, hijo, pero ¿podrías regresar en unas

dos horas? Estaré ocupado en el confesionario hasta las 4:00 p. m.

—No, no puedo regresar a esa hora.

—¿Por qué?

—¡Tengo algo importante que hablar con usted!

El sacerdote miró a Octavio, inquisitivo; nunca antes había visto su rostro en la congregación.

—Padre, tiene que atenderme ahora —continuó Octavio, jadeando—. ¡Es cuestión de vida o muerte!

El sacerdote enarcó las cejas y lo miró directamente a los ojos. Le asombraba la intensidad de ese hombre. Incapaz de deshacerse de él, asintió.

—Muy bien... supongo que puedo llegar unos minutos tarde. Por favor, ven conmigo a la oficina. —Alzó la mano y le hizo una seña a Octavio para que lo siguiera.

Octavio siguió al sacerdote por una entrada estrecha que llevaba a un pasillo de paredes talladas. Pasaron al santuario interior, una capilla privada con un pequeño domo de mosaico, y por un corredor que estaba bordeado de los retratos de varios cardenales, obispos en atuendos carmesí y cruces doradas.

—Por favor, entra, hijo.

Octavio entró a una pequeña oficina cuyas paredes estaban cubiertas con paneles de madera. El sacerdote empezó a quitarse su atuendo, la sotana blanca con mangas rojas y centro carmesí. Debajo llevaba el uniforme negro con cuello blanco de clérigo.

—Siéntate.

Octavio obedeció y cruzó las manos sudorosas sobre su regazo.

—Bien —continuó el párroco echando una rápida mirada a su reloj—. ¿Cómo puedo ayudarte en este asunto «de vida o muerte»?

—Bueno... —tartamudeó Octavio—. Mi esposa... la madre de mis tres hijos... la han secuestrado.

—¿Secuestrado?

—Sí. La policía secreta se la llevó.

El sacerdote agitó la cabeza. Dos veces antes ya se habían acercado a él por el mismo motivo y él exhortó a los miembros de la familia a que acudieran a la policía. Les dijo que él no podía hacer nada para ayudar.

Aunque en cada ocasión le dolía regresar al familiar afligido, la pura verdad era que lo hacía porque era demasiado cobarde para ayudar. En el último mes había escuchado que al menos tres párrocos habían desaparecido, supuestamente a manos de los seguidores del gobierno.

La presunta brutalidad del nuevo régimen lo asqueaba, pero él nunca se había puesto en una situación peligrosa. Como clérigo de Colombia por las Naciones Unidas, había esperado llegar a Chile porque eso significaba un ascenso en su carrera. Esperaba llegar a ser obispo algún día, y sin duda no quería llamar atención innecesaria al interferir en los asuntos de otro Estado.

El párroco habló con tanta delicadeza como pudo, cruzando las manos rosadas sobre el registro que estaba sobre su escritorio.

—Todo esto parece horrible... pero me temo que no hay mucho que yo pueda hacer. Solo soy un sacerdote, sin hablar de que soy extranjero. —Suspiró y se recargó en el respaldo de la silla—. En verdad lo siento —agregó, alzando las palmas hacia el techo.

—¿Qué quiere decir con que no hay nada que pueda hacer personalmente? Acabo de escuchar su sermón; ahí, en la iglesia, exhortó a por lo menos cien hombres y mujeres a que ayudaran a sus prójimos. Le dijo a la congregación que, como hijos de Dios, ¡todos debíamos unir esfuerzos para luchar contra el mal en este mundo!

—Sí, claro que dije eso. Pero no hay nada que yo

pueda hacer para ayudarlo.

Octavio sacudió la cabeza.

—Hubo una época en la que, si un hombre acudía a esta iglesia para pedir ayuda, la recibía.

—Por supuesto, eso sigue sucediendo, hijo. Pero estamos en tiempos difíciles.

—Creo que Jesús pudo decir que eran tiempos difíciles cuando Pilatos ordenó que lo clavaran en la cruz.

—No estás siendo justo, hijo. Sabes muy bien lo precaria que es la situación en esta ciudad.

Octavio estaba desesperado, agotado, exhausto de buscar por cielo, mar y tierra a su esposa, de preguntar a sus amigos, a desconocidos, a amigos de amigos, a cualquiera que pudiera ayudarle. Pero todos le decían que no podían hacer nada. Ahora, aquí sentado frente a él estaba un sacerdote, un hombre que había jurado ayudar a la humanidad; el pastor que debía guiar a su congregación. ¿Cómo era posible que este hombre lo rechazara?

Octavio respiró profundo y se recargó en el respaldo de la silla. Se llevó las palmas a los ojos y masajeó sus sienes para recuperar la compostura.

«Tengo que pensar en esto como si fuera un reto, un nuevo papel que debo representar», pensó. «Necesito usar mis poderes de persuasión. ¡Por Dios, eso fue lo que hizo en primer lugar que me relacionara con Neruda y Allende! ¡Esta debe ser mi mejor actuación!».

Octavio miró al sacerdote directamente a los ojos, de la misma manera en la que, tres años antes, le enseñó a Allende que mirara a la cámara. Abrió los ojos grandes, alzó la barbilla y sostuvo la mirada.

—Padre —dijo solemne—. Por su acento supongo que no es chileno, así que nunca ha escuchado hablar de mí. Soy, o debería decir era, actor. Uno muy famoso. Habrá advertido que no dije que uno bueno, sino solo

famoso; eso lo veo ahora... Interpreté el mismo tipo de papeles una y otra vez. El héroe conmovedor que siempre solucionaba todo y rescataba a la chica, con algunos actos audaces en el guion que siempre garantizaban un final feliz.

Octavio hizo una pausa y lo miró de nuevo a los ojos que, por su parte, lo observaban cautivados. Un público cautivo de una sola persona.

—Sé que mi vida, la vida de mi esposa y la de mis hijos, no están a merced de los guionistas. Sé que existe la posibilidad de que esta historia no tenga un final feliz; aunque hago esfuerzos desesperados por no pensar en eso en este momento. Si creyera que esta historia de amor entre mi esposa y yo debe terminar en tragedia, creo que no sería capaz de sobrevivir esta noche.

»No duermo. Existo en una pesadilla que parece no tener fin. Tengo un hijo y dos hijas pequeñas que todas las noches me preguntan cuándo volverá su madre. Tengo un suegro que me mira con desagrado y una suegra que me mira con miedo. Pero yo me siento por completo impotente. Nadie ha podido ayudarme. Nadie, ni siquiera las personas que yo consideraba amigos cercanos, me contesta las llamadas. Me he convertido en un paria en un mundo que alguna vez me bautizó como su hijo dorado.

»Entonces, ¿qué debo hacer, padre? Interpreté al héroe en la pantalla, pero no he podido serlo en la vida real. No he podido rescatar a la única persona a la que amo más en este mundo, mi esposa, la madre de mis tres hijos.

»Puedo quedarme aquí sentado y decir, con honestidad, con Dios como testigo, que ella no ha hecho nada malo. Que nunca ha cometido ningún delito, salvo quizás amar y confiar en un tonto como yo.

El sacerdote negó con la cabeza.

—Su encarcelamiento es injusto. Ella jamás ha

dicho una sola palabra en contra del régimen. Admito que no puedo decir lo mismo de mí, seré franco con usted; pero a mi esposa Salomé se la llevaron sin ningún motivo. —La voz de Octavio permanecía firme; sus ojos seguían fijos en el párroco—. Por favor, por favor, ayúdeme a encontrarla. Usted es la última esperanza para mí y para mis hijos. Ahora que escuché su sermón, sé que usted es el único hombre al que puedo acudir en estos tiempos, cuando mi fe está a prueba. Por favor, no me rechace ni a mí ni a mis hijos ahora que vengo a suplicarle su ayuda.

Octavio respiró profundo.

—Por favor —continuó—, míreme y vea en mí a un hombre humillado. Un hombre que se da cuenta de que nunca fue un héroe y que no pretende serlo. —Luego agregó en voz baja—: Todo lo que le pido es su ayuda para salvar a la única persona a la que amo con locura.

El párroco estaba por completo absorto por lo que Octavio acababa de decirle con tanta pasión. Hizo una pausa, respiró profundo y se irguió en la silla de piel con respaldo alto.

—Tu discurso es muy sólido y veo que hablaste con honestidad, con el corazón abierto y con fe en Dios. Tienes razón al citar mi sermón y mostrarme mi hipocresía.

El sacerdote tomó un momento para reflexionar. No podía ocultar que sentía que era un reto personal. ¿Cómo podía cerrar los ojos y no hacer nada, si lo que este hombre decía era cierto: que una cristiana, madre de tres hijos, esposa e hija devota, había sido injustamente encarcelada?

Pensó en las otras personas que cruzaron esa puerta en busca de sus seres queridos desaparecidos. En las otras ocasiones, fueron mujeres que le rogaron ayuda para encontrar a su marido, a su hijo o a su hermano. Pero nunca antes había escuchado que la persona

secuestrada fuera una mujer. Las otras veces al menos pensaba que se trataba de individuos fuertes que podían sobrevivir si estuvieran en una situación difícil, o que estaban conscientes de los riesgos que tomaban al enfrentarse a los militares. Pero, si lo que este hombre le decía era cierto, que una joven madre había sido secuestrada de manera injusta, ¿cómo podría vivir consigo mismo y negarse al menos a investigar las circunstancias de su desaparición?

Él había perdido a su madre cuando tenía tres años, y fue su padre quien lo crio durante diez años, hasta que entró al seminario. Los primeros años de sacerdocio siempre trató de equilibrar su deseo de ayudar a otros con sus aspiraciones de que, un día, alcanzaría un cargo alto en la Iglesia. Al escuchar a este hombre rogar por su ayuda y considerar su propia respuesta inicial, insensible y sin duda cobarde, no pudo evitar sentir vergüenza. Después de todo, él había crecido sin una madre. Si tenía la oportunidad de evitar que otro niño tuviera un destino similar, ¿no debía hacer todo lo que estuviera en su poder para hacerlo?

Ahora le pesaba en la conciencia haber tomado la salida fácil con las otras familias. ¿Cómo podía pedirle a su congregación algo que él no estaba dispuesto a hacer? ¿Su propia vida era tan valiosa que no podía arriesgarla para salvar la de ella? ¿No había sacrificado Cristo su propia vida por su rebaño?

Esta vez reuniría toda su fortaleza espiritual y actuaría correctamente. Haría aquello que había jurado hacer cuando tomó los votos. Así, se decidió a ayudar a este hombre, a estos niños, sin importar los riesgos que tuviera que correr.

Una vez decidido, el sacerdote levantó la barbilla, se adelantó un poco sobre su silla y miró a Octavio con la misma intensidad con la que el joven actor lo observaba.

—Aunque es probable que arriesgue mi propia seguridad, que ponga en riesgo mi carrera, te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para ayudar. He vivido en carne propia lo que es crecer en una familia con una madre ausente. Mi madre murió cuando yo tenía tres años. Así que, si puedo ayudar a que tus hijos recuperen a su madre, haré todo lo que pueda.

—¡Gracias, padre! —dijo Octavio sin aliento.

Tenía la mano sobre el pecho en espera de que el sacerdote le diera la noticia que anhelaba escuchar con desesperación. Por fin, Octavio había encontrado a alguien que le ayudara.

—¿Tienes alguna idea de a dónde llevaron a tu esposa? —le preguntó.

—Sospecho que a Villa Grimaldi.

—¿Sospechas?

—Esas fueron las últimas palabras que pronunció mi esposa antes de que se la llevaran.

—Ya veo.

—Fui ahí y la policía secreta estaba por todas partes.

El sacerdote frunció el ceño y se frotó la ceja con el dedo índice.

—Creo que deberías volver mañana. Iremos juntos a esa Villa Grimaldi y veremos si, como dices, es una prisión.

—¿Y qué hay de la policía?

—¿Qué con ellos? —El sacerdote puso las manos sobre el escritorio—. Soy un sacerdote de las Naciones Unidas, un clérigo visitante de Bogotá. Llevaré puesta la sotana que reservo para reuniones internacionales. Espero que, si estamos en peligro, esto recuerde a los soldados que las leyes internacionales me protegen.

—Sí —accedió Octavio.

—Tú te vestirás como mi asistente. Te prestaré una camisa negra y un cuello clerical, pero debes

prometerme no hablar cuando estemos ahí. Seré yo quien hable.

—Sí, por supuesto. Pero, ¿qué piensa decir?

—Le preguntaré a estos policías si tienen a una mujer, esposa y madre de tres hijos, en sus instalaciones. De ser así, en nombre de Dios, les pediré que la liberen de inmediato.

El sacerdote se puso de pie y caminó hasta el perchero; tomó su prenda exterior del gancho.

—Pero tenemos que hacerlo mañana; ya estoy retrasado para mis deberes confesionales.

—Claro.

—Ven mañana después de la misa de mediodía.

—Sí, aquí estaré. —Octavio jadeaba por la adrenalina que recorría su cuerpo—. Gracias, padre.

Esa tarde, Octavio salió temblando de la iglesia. Su discurso ante el párroco había sido la actuación más apasionada de su carrera. Ahora que pasaba frente a las bancas vacías, se sentía más satisfecho que si hubiera actuado frente a un público extasiado de diez mil personas. Ahora al fin tenía un aliado, alguien que creía en él y que había jurado ayudar a Salomé. Ninguna cámara lo filmaba; sin embargo, Octavio, inclinado a los gestos dramáticos, besó sus dedos temblorosos y lanzó el beso a la Virgen al tiempo que empujaba la pesada puerta.

41

Santiago, Chile
Febrero de 1974

Octavio volvió a la iglesia al día siguiente. Una vez que se cambió por el atuendo de clérigo, apresuró al sacerdote para que subiera al coche y ambos salieron hacia Peñalolén, en busca de Villa Grimaldi y de Salomé.

Octavio y el párroco pasaron por los mismos caminos que él había recorrido tantas veces. El sol brillaba frente a ellos con gran intensidad, bañando las cimas cubiertas de nieve de los Andes con una débil luz rosada.

—Ya casi llegamos —informó Octavio al sacerdote, quien miraba en silencio por la ventanilla un campo de granjeros migrantes que trabajaban la tierra.

—¿Sí? ¿Tan cerca de Santiago? ¡Solo llevamos cuarenta minutos!

—Lo sé. Pero aquí es donde sospecho que se la llevaron.

A la distancia, Octavio vio la sobresaliente punta de la torre.

—¡Creo que es ahí, justo enfrente! —Señaló con el dedo el horizonte para mostrarle al párroco lo que creía que era la tristemente conocida Villa Grimaldi.

—Hazte a un lado y estaciónate aquí —dijo el padre Cisneros—. Caminaremos el resto del trayecto.

Octavio lo hizo. Estacionó el coche a un lado del camino y apagó el motor.

—Como se supone que eres mi asistente, será mejor que camines detrás de mí —sugirió el sacerdote al bajarse del coche—. Y recuerda, soy yo quien hará las preguntas.

—Sí, por supuesto.

Octavio se había sentido mal todo el día. Sabía que eran sus nervios y la tensión por la preocupación que tenía por su esposa, pero trató de parecer tranquilo.

Caminaron por el largo sendero de grava que iba hacia la mansión. Los guijarros formaban pequeñas nubes de polvo bajo la sotana del padre Cisneros, que se hinchaba como una gran vela negra.

—¿Podemos ayudarle, padre? —preguntó uno de los soldados cuando se acercaron a la reja fuertemente vigilada.

—Sí —respondió—. ¿Podría decirme qué es este lugar?

—Claro, padre —asintió el guardia de buen grado —. Es un centro recreativo para soldados. Venimos aquí cuando estamos de descanso.

—Ya veo. Entonces supongo que no está abierto al público.

—No. Lo siento, padre —dijo el guardia encogiéndose de hombros; un rifle colgaba de su hombro.

Mientras los dos hombres hablaban, las camionetas negras y los jeeps verde militar no dejaron de cruzar las rejas grandes. Otro guardia les hacía señas para que pasaran.

—No hay problema —dijo el párroco con un dejo de alivio en la voz—. Vamos, hermano Antonio —continuó, tomando a Octavio por el brazo—, debemos regresar a nuestros deberes.

Los dos hombres voltearon hacia la reja y

empezaron a caminar despacio hacia el coche.

—¿Ve, don Octavio?, esto no es una prisión ni un centro de tortura. ¡Es un centro recreativo!

—¡No, no lo es! Estoy seguro. —Octavio no podía creer la ingenuidad del sacerdote—. Padre, ¿cómo puede creer a ciegas lo que ese soldado le acaba de decir? ¡No ha entrado! ¿No cree que son extrañas todas esas camionetas negras que no dejan de entrar, si solo fuera un centro recreativo?

—No, en realidad, no.

Octavio tuvo que reprimir su deseo de golpear al sacerdote. Ya ni siquiera tenía la fuerza suficiente para hablar, pero su ira y frustración aumentaban.

—Padre, ¿cómo puedo convencerlo? ¡Algo terrible está pasando ahí adentro!

La mirada del párroco era firme y entrecerró un poco los ojos.

—Volvamos a la iglesia y hablemos de esto ahí.

—¡Mi esposa está allá adentro!

El padre negó con la cabeza. Detrás de ellos, una camioneta negra estaba estacionada al costado del camino. La puerta del conductor estaba abierta y se podía ver que el propietario había dejado temporalmente el vehículo sin vigilancia.

—Creo lo que nos dijo el guardia. ¿Por qué mentiría?

En un último intento desesperado por tratar de convencer al reacio sacerdote, Octavio corrió hacia la camioneta. Subió de un salto sobre la defensa; sus sandalias resbalaron en el borde de caucho ceroso, pero logró sujetarse de las manijas de metal.

—¡Mire! —gritó incluso antes de haber visto lo que había adentro.

Cuando las puertas se abrieron, tanto Octavio como el sacerdote retrocedieron horrorizados. Al interior había tres cuerpos severamente golpeados y cubiertos de

sangre.

Durante varios segundos, tanto Octavio como el padre Cisneros permanecieron en silencio. Se quedaron ahí, paralizados, asqueados y consternados por la imagen que tenían enfrente. Cada uno de los rostros de los tres cadáveres había sido destrozado; tenían la piel quemada y rajada. El terror que habían padecido durante los momentos finales quedó grabado en sus ojos inyectados de sangre.

—¡Dios bendito! —murmuró el padre Cisneros persignándose. De inmediato susurró la extremaunción por los muertos.

—¡Jesucristo! —exclamó Octavio sin aliento, cubriéndose la nariz y la boca para evitar el hedor y su propio asco.

El sacerdote se quedó ahí, de pie, pálido y con los ojos desorbitados.

—Tenemos que salir de aquí —dijo con premura.

En cuestión de segundos, seguía a Octavio, quien caminaba rápidamente hacia el coche.

Mientras conducía a toda velocidad por los abruptos caminos hacia Santiago, Octavio miró al sacerdote.

—¿Ahora me cree?

El padre Cisneros no respondió, se había quedado sin palabras. En el camino por las colinas y hasta el centro de la ciudad, la respuesta del párroco era clara: solo había que mirar su rostro.

42

Santiago, Chile
Febrero de 1974

Durante el trayecto por los caminos polvorientos, Octavio tenía la mirada fija en el horizonte.

—¿Lo ve? ¡Le estaba diciendo la verdad! —exclamó exasperado—. ¡Mi esposa está ahí! ¡Quién sabe qué le han hecho!

—Debemos conservar la calma, Octavio —dijo el sacerdote, aunque su voz se quebró a media frase—. Debes darme unos minutos para pensar. Debo reflexionar sobre cómo debemos proceder.

El aire dentro del coche era sofocante; Octavio bajó la ventanilla para dejar que la brisa cálida los refrescara.

—¿Hace cuántos días desapareció tu esposa?

—Veinticuatro.

—Entonces no es probable que la liberen por voluntad propia.

—No, no lo es —espetó Octavio.

—No nos perdamos —dijo el párroco con suavidad —. Es crucial que conservemos la compostura.

El padre se removió en el asiento. Debajo de su ropa clerical estaba empapado en sudor. Quería ocultarle a Octavio su pánico, mostrarle que controlaba la situación y que tenía un plan que podría salvar a la esposa de este hombre. Pero su mente giraba a toda

velocidad; seguía sintiendo náuseas por la imagen de los tres cadáveres desfigurados. Jamás habría imaginado que un terror tal sucediera en este país al que lo habían enviado hacía pocos meses. No podía creer que había sido tan ciego, tan complaciente con su responsabilidad moral hacia las personas que, era obvio, necesitaban su ayuda.

Pasaron varios minutos en silencio entre los dos hombres; cada uno se recriminaba sus propias fallas. Octavio siguió manejando sin dejar de culparse por haber elegido sus creencias por encima de la seguridad de su esposa; y el padre siguió criticándose por su falta de conciencia moral.

Por último, en un esfuerzo por iniciar una conversación y distraerse de su autocrítica, el sacerdote volteó a ver al joven a su lado y trató de cambiar la conversación.

—¿Ya no actúas, hijo?

—No. No quieren que lo haga y yo no quiero ser parte de su facción servil y convenenciera. Son un grupo de idiotas descerebrados, eso es lo que pienso de mis antiguos colegas.

—Ya veo.

—Ni uno de ellos me quiso ayudar cuando se los pedí. Y, créame, más de uno de ellos conoce a uno o dos generales que habrían podido usar sus influencias.

—¿Un general? ¿Crees que esa podría ser la respuesta para que liberen a tu esposa?

—Por supuesto. Todo el mundo sabe que los generales tienen el poder. Si piden que liberen a alguien, encuentran a esa persona, si aún no está muerta, ¡y la liberan al día siguiente! Así es como funciona un Estado militar, ¡por Dios!

—Ya veo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, como clérigo representante de las

Naciones Unidas quizá pueda tener una reunión con alguno de los generales.

Octavio apartó la vista del camino un segundo y miró fijamente al sacerdote que tenía a su lado. De perfil, el padre Cisneros le recordaba a uno de los clérigos en un cuadro de El Greco. Sus rasgos angulares y los dedos largos y delgados parecían fantasmales. La piel pálida había recibido pocas veces la luz del día y ahora estaba enrojecida por la exposición al sol de la tarde. Mientras descendían la colina, Octavio tuvo el presentimiento de que, quizá, Dios le había enviado un regalo.

—¡Por fin! —exclamó, como impulsado por sus reflexiones. Golpeó el volante con el puño y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro bronceado—. ¡Por fin recibo respuesta a mis plegarias!

43

Santiago, Chile
Febrero de 1974

A solo unos metros del casi restaurado Palacio Presidencial, Octavio, ansioso, y el sacerdote, pensativo, esperaban la llegada del general Martínez.

El padre Cisneros había estado paralizado toda la mañana. Apenas pudo realizar sus tareas de manera indiferente en la iglesia. Dio misa en un balbuceo, casi dejó caer el vino de consagrar sobre su indumentaria eclesiástica y se tropezó en las escaleras del púlpito. Se daba cuenta de que, al involucrarse, ponía su vida en peligro, pero las ramificaciones morales de no hacer nada lo atormentarían mucho más que cualquier triste destino que pudiera tener a manos del régimen.

Ahora estaba tranquilo. Trató de aclarar su mente mientras se ponía el atuendo oficial del clérigo y embajador de la fe por las Naciones Unidas. El cintillo púrpura con ribetes dorados que simbolizaba su relación con esa organización fortaleció su fe y su convicción, aunque necesitaba muy poco consuelo ahora, después de haber visto a esos hombres destrozados en Villa Grimaldi. Solo esperaba que la esposa de Octavio estuviera viva, y poder obtener su liberación. Si tenía éxito, no solo salvaría una vida, sino la de una familia entera. Jamás hubiera pensado enfrentarse a tanta

responsabilidad cuando aceptó ese puesto de clérigo visitante de Bogotá seis meses antes. Ahora, solo esperaba poder lograr su cometido.

Octavio fue a recogerlo en su coche naranja y ambos se apresuraron hasta la avenida Independencia, sin decir una sola palabra. Por la expresión de Octavio, el padre Cisneros se dio cuenta de lo tenso que estaba. Tenía los labios mordidos y ajados; sujetaba el volante con los nudillos blancos.

—¿Conoce a este general personalmente? —preguntó al fin Octavio.

—No, no lo conozco.

—Entonces, ¿cómo concertó esta cita?

—Escribí una carta con el membrete oficial de la iglesia representada en las Naciones Unidas y recibí una respuesta tres días después.

—Increíble. —Octavio disminuyó la velocidad—. ¿Cómo se llama el hombre al que vamos a ver?

—Martínez. Según algunos de mis colegas, que leen el periódico con más devoción que la Biblia, hace menos de un mes que lo nombraron en este puesto.

—Ya veo.

—Solo déjame hablar a mí. Ya tengo bien pensado lo que le voy a decir.

—Como quiera, pero por favor haga énfasis en que quiero que liberen a mi esposa de inmediato. Sí entiende lo urgente de su situación, ¿verdad, padre?

—Sí, sí, claro que lo entiendo —murmuró el sacerdote—. Lo entiendo bastante bien.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, señores... por usted, padre? —se corrigió.

—Vengo en funciones oficiales, general. Como sacerdote asociado a las Naciones Unidas —respondió Cisneros con firmeza, mirando al general directo a los

ojos.

—¿Ah, sí? ¿Podría por favor darme más detalles? Su carta era un poco vaga. —Luego, de manera extraña, Martínez agregó en voz baja—. Le ofrezco disculpas. Quizá solo estoy mal informado. No es ninguna observación sobre su persona, por supuesto, padre.

El párroco sonrió al ver que parecía tener ventaja sobre el general.

La amabilidad de Martínez sorprendió a Octavio. Había esperado encontrarse con un hombre más salvaje, de voz severa y presencia más intimidante. Quizá porque solo llevaba menos de cuatro semanas de ser general, Martínez parecía casi arrepentido.

—Bueno, ha llegado a mi conocimiento que una mujer —explicó el padre Cisneros—, una esposa y madre de tres hijos pequeños, fue secuestrada por la policía secreta y que la tienen injustamente detenida desde hace más de un mes, sin juicio, sin tener contacto con su familia y sin otro recurso que permanecer encarcelada de manera indefinida. —El sacerdote se aclaró la garganta—. Es evidente que esta es una atrocidad, una violación a los derechos humanos.

—¿Y por qué arrestaron a esta mujer, padre?

—Por ninguna razón en particular.

—¿Y de quién es esa opinión?

—¿Necesita otra opinión aparte de la mía, un hombre de Dios, afiliado a las Naciones Unidas, en caso de que lo haya olvidado?

De nuevo, el general parecía avergonzado y se disculpó por el tono que usó.

—Lo siento. Es solo que me parece difícil creer que se llevaran a esta mujer sin evidencia de sus delitos.

—Es la verdad —intervino Octavio con firmeza, pero sin alzar la voz—. No hacía nada más que ser mi esposa y la madre de mis hijos.

—¿Y usted es…?

—Octavio Ribeiro.

—Ah, el actor. —El general asintió y garabateó unas notas en su cuaderno—. ¡Por supuesto! Pensé que lo había reconocido, aunque ahora lleva barba. —Sonrió —. Yo era un gran admirador de sus películas.

—¿En serio? —respondió Octavio, nervioso.

Sus sienes se perlaron de sudor, pero hizo un esfuerzo por no enjugarlas, por miedo a que el general se diera cuenta de que le temblaban las manos. Despacio volteó a ver al sacerdote con ojos de súplica para que recuperara el control de la conversación.

—General, la próxima semana asistiré a una conferencia en Lima con todos los sacerdotes que han sido asignados como clérigos temporales en América Latina. Habrá muchos oficiales de gobierno ahí, de todo el mundo, desde Estados Unidos hasta Gran Bretaña. Incluso hay rumores de que el Papa piensa asistir.

—Sí... —asintió Martínez—. ¿Y...?

—Y en esta reunión me preguntarán, como siempre han hecho cuando asisto a este tipo de conferencias: «¿Cómo están las cosas en Santiago, padre Cisneros? Díganos, ¿cómo está la situación?».

»Y, general Martínez, usted dígame, ¿qué debo contestar? Tendré que decirles que las cosas no están bien en Santiago. Que secuestran a mujeres de sus hogares, justo frente a sus hijos. Que las encarcelan por ningún motivo y les niegan un juicio, sin evidencia de su crimen.

—No puedo creer que algo así pudiera suceder —respondió el general agitando la cabeza.

—Pero eso fue lo que sucedió —aseveró el párroco —. Lo he visto con mis propios ojos. ¿Y qué hacer con mis sospechas, general Martínez?

—Supongo que debo investigar su queja.

El general hizo una seña a uno de sus ayudantes para que se acercara y le susurró algo al oído. Momentos

después, el joven soldado salió de la habitación y dejó solo al general con Octavio y el sacerdote.

—Les doy mi palabra —aseguró Martínez a los dos hombres— de que si la esposa del señor Ribeiro está detenida sin evidencia, sin pruebas contundentes de que cometió un crimen contra el Estado, será puesta en libertad de inmediato.

—Eso esperaba escuchar —dijo el padre con una sonrisa.

El general extendió la mano hacia el párroco, en un gesto de buena voluntad.

—Pero recuerde —agregó Cisneros mientras estrechaba la mano del general—, la conferencia es la próxima semana, y espero que para ese momento Salomé de Ribeiro haya regresado, o que usted me dé noticias de su juicio.

—Sin duda. Voy a encargarme de inmediato.

—Creemos que la tienen detenida en Villa Grimaldi, en Peñalolén.

—Ah, ¿el centro recreativo?

—¿Así lo llaman, general?

—Me parece que así es como lo describen en nuestros informes.

—Bueno, quizá debería hacer una visita cuando necesite algún tipo de *recreación* para que lo vea con sus propios ojos —sugirió el sacerdote en un tono que traicionaba su repulsión.

El general se puso de pie; portaba su uniforme café, poco halagador, engalanado con condecoraciones pulidas. Sus ojos empezaban a mostrar los primeros signos de cansancio, su piel tenía un bronceado pálido.

—Por favor, escriba claramente el nombre de su esposa y la fecha en la que se la llevaron en custodia —dijo el general antes de que se marcharan.

Octavio se apresuró a hacerlo.

De salida, Octavio y el padre Cisneros se miraron a

los ojos. En silencio, cada uno pensaba lo mismo: su única esperanza ahora era que las amenazas del sacerdote fueran suficientes para que el general cumpliera su palabra.

—¿En verdad habrá una conferencia la próxima semana, padre? —preguntó Octavio al sacerdote cuando volvieron al coche.

El actor consagrado se asombró cuando el párroco admitió que había fingido todo el tiempo.

—Entonces, ¿lo chantajeó para que creyera que no tenía más opción que proteger la integridad del Estado? —agregó Octavio con una carcajada—. ¡Brillante! Solo espero que le haya creído.

No tuvieron que esperar mucho para confirmar que el ardid del sacerdote había funcionado. Cuatro días después liberaron a Salomé en un parque; una sombra amoratada con los ojos vendados cayó de una camioneta.

PARTE III

44

Santiago, Chile
Febrero de 1974

La primera mañana después de que Salomé volvió a casa y despertó en una cama con sábanas limpias y el olor a verbena en la recámara, pensó que quizá los últimos dos meses solo habían sido una terrible pesadilla. Pero su reflejo en el espejo de cuerpo entero la traicionó. No se había mirado en semanas. La imagen de su rostro amoratado, el labio superior hinchado y los ojos hundidos la alarmaron. Nunca en su vida había visto una imagen tan espantosa.

No se reconoció en lo más mínimo. Era como si una desconocida la mirara en su reflejo. Una mujer frágil y temerosa que parecía incongruente y torpe, como si nunca hubiera pertenecido a ese lecho conyugal de palo de rosa tallado.

Octavio entró e interrumpió el pensamiento de Salomé.

—Le traje un té de manzanilla y pan caliente a mi preciosa Fayum —dijo con cuidado. Su voz era suave y baja, como la que se usa para hablarle a un enfermo.

Se sentó en la cama y la miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas y una expresión adolorida por la compasión.

—Perdóname, Salomé. Nunca quise que pasara

esto.

—Claro que no, Octavio —murmuró.

En los últimos dos meses se había vuelto una experta en disimular sus emociones. Ahora cada una de sus palabras resonaba con un falso estoicismo.

—Pero ya estás en casa, mi amor. Yo... —tartamudeó— … Los niños y yo, tus padres —corrigió—, estamos tan agradecidos de que hayas vuelto con nosotros.

Salomé asintió, luego volteó un poco la cabeza para ver la copa del árbol de aguacate que se doblaba al viento.

—Te amo —dijo él.

Extendió el brazo para tomar su mano que estaba bajo las cobijas. Sus dedos buscaron los de su mujer. Sin embargo, Salomé no respondió como había esperado. En el momento en que su piel rozó la suya, se estremeció; como si cualquier contacto humano fuera suficiente para hacerla retroceder.

La misma Salomé se sorprendió de la intensidad de su respuesta. Parecía que incluso el tacto de su marido disparara recuerdos de cómo la habían violado en la prisión. No quería que la rozara siquiera. En su lugar, deseaba que la dejaran por completo sola. Dormir en su propio espacio, sin nada contra su piel, salvo el camisón y las sábanas de algodón.

En un mundo ideal, Salomé hubiera querido abrazar a su esposo, besarlo y llorar sobre su hombro. Pero en su lugar, se sentía paralizada. Ni siquiera podía llorar. Había regresado, pero no como la mujer que alguna vez fue; no como la esposa que Octavio algún día conoció. Se sentía como un cadáver viviente: desprovista de emoción, incapaz de tener contacto humano. Era como si la sangre se le hubiera congelado en las venas.

—Mi amor... —dijo Octavio en un tono que siempre había usado con ella, pero que ahora a Salomé le parecía

débil y empalagoso—. Tenemos que irnos de aquí. Tú, yo y los niños. Ya estoy haciendo arreglos para irnos a un lugar seguro.

—Pero, ¿adónde iremos, Octavio? —Suspiró—. Chile es nuestro hogar.

—Ya no. No después de lo que te hicieron. Lo peor es que podrían llevarte de nuevo. Tenemos que irnos lo más pronto posible. Ya envié solicitudes de asilo político a Estados Unidos, Canadá, Suecia y Nueva Zelanda. Iremos al primero que nos acepte.

—¿Mis padres también?

Se hizo un silencio y Octavio bajó la mirada.

—Ellos no pueden acompañarnos, querida. Su vida no ha sido directamente amenazada, por lo que rechazarían su solicitud.

—Ya veo.

Por el tono de su mujer, Octavio se dio cuenta de que hacía un gran esfuerzo por parecer fuerte.

—Empezaremos de nuevo, Salomé. Haremos una nueva vida y todo estará bien otra vez.

Salomé fingió una sonrisa.

—Todo saldrá bien —continuó, tomando la mano de ella y llevándola a su pecho—. Te lo prometo.

Salomé habría preferido que Octavio no hubiera dicho nada ese primer día. Si tan solo le hubiera dado un poco de tiempo para adaptarse. Quería ser capaz de hacer cosas sencillas en la casa, cosas pequeñas como saborear los aromas del jardín, que antes había dado por sentados. Ahora las fragancias de las flores silvestres y las hierbas de olor le parecían exóticas. Quería tomarlas en sus manos e inhalar su perfume.

Pero no. Desde el inicio él le dijo que no se acostumbrara mucho. Que pronto tendrían que dejar su amada Casa Rosa y comenzar de nuevo, ir a un lugar

desconocido y extraño.

Su cuerpo apenas tendría tiempo de sanar antes de empezar a empacar la casa y elegir lo poco que podría llevarse.

Había cosas que no había planeado llevar con ella de la prisión, recuerdos que esperaba haber dejado atrás. Pero el terror no podía olvidarse tan fácilmente; no podía empacarse en una caja con papel para envolver y rollos de plástico de burbujas. Le asombraba que Octavio estuviera tan seguro de que todo volvería a la normalidad. Ella también quería creer que era así de simple.

Así, se prometió nunca hablar de su tortura. No había razón para agobiar ni a Octavio ni a los niños con su dolor. No le deseaba a nadie, mucho menos a su familia, las terribles pesadillas que la obsesionaban desde su liberación. No, se lo guardaría para ella esperando que, al final, cuando todo se asentara, al terminar la mudanza y cuando empezara su nueva vida, quizás entonces ella se sentiría mejor.

Se dijo que el amor por su familia triunfaría sobre todo lo que ella había padecido. Después de todo, durante esas noches en las que durmió en la celda húmeda sin luz, con el sonido de los lamentos mezclado con la música de ópera, los gritos de los guardias y los cuerpos que arrastraban por los pasillos, ella pensó en su familia con los ojos cerrados y los puños apretados a los costados. Los había llamado en quejidos histéricos y se había imaginado a sus hijos tal como cuando los tuvo por primera vez contra su pecho, con sus pequeños rostros hacia ella en su primera mirada a la vida.

Pero si fuera honesta consigo misma, tendría que admitir que mientras estuvo prisionera pensó en su marido con mucha menos frecuencia que con la que pensó en sus hijos. Octavio, el hombre a quien había amado desde que tenía diecisiete años; el único hombre

al que había amado.

Mientras estuvo en la cárcel, pensó en él pocas veces; recordaba su primer beso o cuando bailaron a la luz de la luna, con las altas hierbas de la pampa rozando sus rodillas. Pero le había dado miedo pensar en él como era ahora. Creía que, quizá, si dejaba que su mente vagara a los meses anteriores a su secuestro, empezaría a culparlo, y habría odiado hacerlo. En su corazón, quería seguir amándolo. Perdonarlo. Porque sabía que si la situación hubiera sido la inversa, ella habría rezado todas las noches para que él volviera a casa, y que con probabilidad ella también le habría suplicado a Dios que el gobierno se la hubiera llevado a ella en lugar de a él. Porque eso es lo que hacen los amantes, ¿cierto? Pero Salomé temía volverse loca si se permitía pensar así.

En su corazón, Octavio creía que el amor nunca moría. Pensaba que las pruebas solo fortalecían. Así que, aunque nunca dudó un segundo que Salomé y su matrimonio pudieran enfrentar dificultades cuando ella volviera, también estaba seguro de que su relación sanaría una vez que su vida se restableciera, cuando se mudaran a un lugar alejado del país que los había traicionado.

Por supuesto, sabía lo terribles que habían sido para ella esos meses pasados. No quería ni imaginar cómo habían surgido tantos moretones en su piel y cómo su cuerpo, antes voluptuoso, parecía haber desaparecido. Sabía que, con los cuidados adecuados, recuperaría su físico. Las cicatrices emocionales... Bueno, el tiempo lo diría. Solo esperaba que, algún día, ella se sintiera lo suficientemente cómoda como para abrirse y hablar con él sobre lo que había vivido. Pensaba, quizá de manera ingenua, que eso los uniría más.

Trató de abordar el tema en más de una ocasión. Se

sentaba en la cama, tomaba su mano y presionaba sus labios en su delicada piel morena. Pero ella rechazaba sus muestras de ternura. Y cuando intentó sugerir que quizá deberían hablar de ciertas cosas, sacarlas de su pecho, ella insistía en que quería dejar el pasado atrás para poder avanzar. Había cerrado esa puerta e insistía en que permaneciera por siempre clausurada.

Él también guardaba secretos. Nunca le contó todo lo que hizo para garantizar su libertad; pensaba que era mejor concentrarse solo en su regreso. Nunca le dijo que había convencido al padre Cisneros para que lo ayudara ni cómo convencieron al general, mediante un chantaje velado, para que la dejara en libertad. Octavio no quería jugar el papel de héroe. Después de todo, sabía que sus actos habían sido los culpables de que ella hubiera estado en peligro.

Como resultado, Salomé nunca supo la verdad y creyó erróneamente que fue gracias a su relación con el joven guardia, Miguel, que la pusieron en libertad. Octavio nunca se adjudicó el crédito por lo único que hubiera sido una prueba para su esposa de cuánto había cambiado.

En ocasiones, por la noche, escuchaba a su mujer lamentarse en su sueño. Debajo de las delicadas sábanas de algodón, podía escuchar sus quejidos suaves, amortiguados por la mano que descansaba bajo su mejilla. Él se acercaba al lado de la cama de ella y la envolvía en sus brazos, murmurando en su cuello fragante que todo estaba bien, que no se preocupara, que ahora estaba segura. Pero Salomé despertaba, lo miraba en la oscuridad con ojos de mármol y parecía asombrada. Como si no recordara dónde estaba o por qué su esposo le murmuraba eso en las oscuras horas de la noche.

45

Santiago, Chile
Febrero de 1974

La embajada sueca fue la primera en responder la solicitud de asilo político que presentó Octavio; recibió una carta por correo en la que le decían que se presentara ese jueves en la oficina a las 4:30 p. m. para una entrevista exhaustiva.

Sabía que tenía que sentirse agradecido de que uno de los cuatro países hubiera respondido tan rápido a su solicitud, pero en el fondo había esperado recibir una carta similar de la embajada de Estados Unidos o de Canadá. Por lo menos en esos países había una gran comunidad de inmigrantes y amplias oportunidades para los artistas. No sabía nada de Suecia, salvo que sería muy frío.

Se puso su mejor traje de lino y trató de arreglarse el cabello. Frente al espejo, sin embargo, vio que no podía hacer nada para ocultar su cansancio. Los últimos tres meses se reflejaban en su aspecto: la mayor parte de sus rizos negros ahora eran grises y sus ojos ya no parecían los de un actor cotizado, sino los de un hombre completa y absolutamente exhausto.

Lo curioso era que a Octavio no podía importarle menos. Un año antes, si hubiera querido emigrar a Estados Unidos, le habría enfurecido que no le hubieran

respondido aún a su carta. Un año antes le habrían mortificado las profundas arrugas alrededor de la boca y de los ojos, el cabello entrecano. Ahora todo eso le parecía superfluo. Lo único que deseaba en ese momento era asegurarse de que su familia estuviera a salvo, y eso era todo para lo que tenía energía. Si Suecia los aceptaba, y rápido, se irían. Había aprendido la lección: la vida no imita al cine, la vida no siempre es hermosa y poética; con frecuencia había que hacer grandes sacrificios por los seres amados.

Mientras caminaba por el pasillo, Octavio pudo ver por la puerta abierta que Salomé estaba dormida en el cuarto de los invitados. Tenía la cabeza hacia un costado y podía advertir, incluso por la puerta a medio abrir, lo hinchado que aún estaba su rostro.

Cada vez que miraba a su esposa lo invadía una ola de arrepentimiento, pero también de ira. ¿Cuántas veces había imaginado esa conversación en la que ella le había advertido que podrían hacerle daño a él o a su familia? Ella nunca se atrevió a decir: «Podrían llevarme a mí, Octavio». E incluso después de que la secuestraron la primera vez, Salomé nunca le dijo: «¡Podrían llevarme de nuevo, Octavio!».

Sabía por qué nunca dijo eso. Ella quería que él tomara la decisión por sí mismo. Quería que tomara la iniciativa y dijera: «Basta, me retractaré de las críticas a Pinochet. Pondré a mi familia por encima de cualquier otra cosa». Y no solo él le había fallado al negarse a tomar esa posición, también había sido incapaz de protegerla. Cuántas veces, cuántas malditas veces, se había imaginado esa tarde en que dormía en el jardín cuando llegaron a llevársela. ¡Estaba durmiendo con el periódico sobre el rostro cuando secuestraron a su esposa! Se sentía patético y avergonzado. Sentía que

toda su antigua confianza y lealtad hacia sus llamados principios habían sido diezmados. Todo lo que ahora sentía era arrepentimiento y odio por sí mismo. Y aunque Octavio rezaba por que Salomé lo perdonara algún día, tenía la certeza de que él nunca se perdonaría a sí mismo.

Doña Olivia leía en la sala; su libro estaba abierto sobre su regazo cuando Octavio pasó vestido de traje.

—Gracias por cuidarla, Olivia —dijo con respeto a su suegra.

—Sabes que no tienes que darme las gracias, Octavio. Es mi hija. Se me parte el corazón de pensar que no siempre podré cuidarla.

Octavio se acuclilló a su lado.

—Olivia, sabe que quisiera que usted y don Fernando vinieran con nosotros. Sé que sería más fácil para toda la familia si vinieran también, pero nunca se los permitirían. Su vida no está amenazada si permanecen aquí.

Los ojos de doña Olivia se llenaron de lágrimas.

—Lo sé, Octavio, lo sé...

—Ni siquiera sé si Suecia nos aceptará. Por eso es tan importante dar una buena impresión en esta entrevista.

Se puso de pie y se alisó las arrugas del pantalón.

—Te deseo suerte —murmuró; Octavio se dio cuenta de que le costaba trabajo hablar—. Es mi única hija. Lo único que deseo es que esté a salvo.

46

Santiago, Chile
Febrero de 1974

Cuando llegó a la embajada sueca le dijeron, para su sorpresa, que el embajador en persona lo entrevistaría.

La recepcionista rubia no le dio más detalles. Solo le hizo una seña para que esperara en el pasillo hasta que lo llamaran.

El corazón de Octavio latía con fuerza y trató con desesperación de recordar todos los trucos que había usado antes para superar el miedo.

—Respira, respira —se decía—. Piensa que estás en un baño caliente y que el agua te tranquiliza...

—¿Señor Octavio Ribeiro? —lo llamó desde el umbral otra mujer rubia.

—Sí.

Se puso de pie. Ella le lanzó una sonrisa breve y apretada, y con un gesto le indicó que la siguiera.

Conforme caminaban por el corredor, volteó a verlo y le dijo sin ninguna entonación en la voz:

—El embajador estará con usted en un momento. Por favor, siéntese en esta oficina hasta que él llegue.

Entró a una pequeña oficina blanca y se sentó. Ella cerró la puerta.

Era evidente que Octavio estaba incómodo. No había nada que pudiera mirar mientras esperaba, salvo un pequeño cuadro de un niño frente a un cobertizo de jardín. Era una de esas pinturas comunes y corrientes que se ven con frecuencia en la habitación de un hotel o en un consultorio médico, algo que se elige porque es imposible que ofenda a nadie. De buen gusto, en un sentido bastante genérico: un niño, una flor y un cobertizo de jardín. Pero de alguna manera eso incomodaba a Octavio. Parecía que la pintura presagiaba lo que se suponía que era la vida en Suecia. Pero, ¿cómo su familia, que no tenía cabello rubio ni sabía nada de la cultura escandinava, sin hablar el idioma, se adaptaría a ese estilo de vida? Octavio descansó la cabeza en la fórmica blanca del escritorio.

—Recuerda cuánto está en juego —se dijo—. Esta es ahora tu realidad. Tú y tu familia no tienen otra opción. No podemos quedarnos en Chile. Entre más pronto, mejor; pero, de cualquier modo, tenemos que ir a algún lado.

A Octavio le sorprendió el optimismo que irradiaba el embajador cuando entró a la habitación. Era un hombre alto y delgado, con una sonrisa amplia.

—Señor Ribeiro —dijo, articulando el nombre en una serie de notas perfectas y fluidas—. Es un placer conocerlo.

—El placer es mío —respondió Octavio amable.

—No, no —dijo el embajador mientras tomaba asiento detrás del escritorio temporal que, era obvio, usaban como lugar de entrevistas. Colocó el fólder manila que llevaba con él sobre el escritorio y lo abrió —. Uno de mis colegas llamó mi atención a su solicitud porque sabe que soy un gran admirador de sus películas.

—¿Mis películas? —Octavio casi se atraganta.

Hacía ya unos años desde su última actuación y no podía creer que nadie que no fuera chileno estuviera familiarizado con su trabajo.

—Sí, sus películas. Mi esposa y yo las hemos visto todas... desde *Buenos días, Soledad* hasta *Siempre Carmen*. Mi momento favorito en la película es cuando usted se entera de que el villano Cristóbal mató a Angelina y...

Ahora que Octavio había pasado dos meses viviendo una realidad mucho más aterradora y atroz que nada que hubiera jamás visto en el guion de una película, escuchar al embajador contarle algo que, obviamente, era solo fantasía, hizo que se estremeciera. Pero, para ser amable, le dio gusto al embajador.

—Se refiere a cuando estrujo mi corazón de esta manera... —Octavio se llevó el puño al pecho e hizo una expresión de dolor— … y caigo al piso gimiendo: «Angelina, Angelina, los ángeles te tienen ahora y no tengo razón para llorar». —Luego subió el tono de voz —. «Pero solo tengo sal y agua en mi corazón desde que te fuiste».

—¡Sí, sí! —exclamó el embajador—. Yo acostumbraba imitarlo en las fiestas, y todos decían que era la mejor imitación de Ribeiro.

Octavio hizo una mueca. Pensar que un grupo de escandinavos que vivía en Chile comía *gravlax* en pan tostado y hacía imitaciones de él solo fortalecía su sentimiento de desprecio hacia sí mismo.

—¿En verdad? —Se las arregló para responder—. Debió ser muy divertido.

El embajador se tensó y, de pronto, se puso serio.

—Bueno, volviendo a su solicitud, señor Ribeiro... veo que nos pide asilo político.

—Sí.

El embajador miró los papeles que acababa de sacar del fólder manila.

—He leído todas las cosas terribles que le

sucedieron a su esposa.

—Sí... señor —agregó Octavio de inmediato.

—No quiero hacerlo sentir incómodo de ninguna manera, señor Ribeiro, pero tengo que hacerlo por protocolo. ¿Su esposa hizo algo que justificara su arresto?

—Absolutamente nada —respondió Octavio con firmeza—. Se la llevaron porque yo me negué a retractarme de mis críticas a Pinochet.

El embajador garabateó unas notas en un cuaderno.

—De nuevo, esta pregunta es de rutina, así que, por favor, no se sienta ofendido por ella.

Octavio asintió.

—¿Podría decirme, por favor, por qué cree que es necesario buscar asilo político en Suecia?

Octavio podía sentir que el sudor bajaba por sus sienes; metió la mano al bolsillo interior de su saco, tomó un pañuelo y se disculpó mientras se enjugaba la frente.

—Embajador, siempre he amado mi país. Si Pinochet no hubiera llegado al poder con métodos tan brutales, no estaría sentado hoy frente a usted. Pero debido a mis creencias, debido a mis críticas francas al nuevo régimen, la vida de mi esposa y de mi familia están ahora en juego. La DINA ya secuestró a mi esposa dos veces. La segunda vez que se la llevaron, la tuvieron cautiva casi dos meses y la aterrorizaron de formas en que solo lo peor de mi imaginación puede concebir.

La voz de Octavio empezó a vacilar conforme hablaba de Salomé. Incluso ahora, mientras se escuchaba poner en palabras lo que le habían hecho, tuvo que hacer uso de toda su fortaleza para evitar llorar.

—En este momento mi mujer duerme en cama, con el cuerpo cubierto de moretones, laceraciones en la piel y enormes cicatrices rojas donde alguna vez solo hubo

piel morena suave. Lo que ha sufrido internamente solo puede ser un millón de veces peor... si es posible imaginarlo.

El embajador sacudió la cabeza.

—Esto es terrible. Terrible.

—No podemos quedarnos aquí. Iremos al primer país que nos conceda asilo. Estamos desesperados por ir a cualquier lugar donde podamos estar seguros, y si Suecia nos aceptara hoy, iríamos.

—Suecia los aceptará, señor Ribeiro —dijo el embajador con mucha seriedad—. Yo personalmente me aseguraré de eso.

Estrechó la mano de Octavio y le aseguró que en una semana los papeles estarían procesados y que él y su familia estarían en un avión rumbo a Estocolmo.

47

Santiago, Chile
Marzo de 1974

Conforme subían las pocas cajas de la familia Ribeiro-Herrera al pequeño coche de Octavio, Rafael miraba a su madre por el rabillo del ojo. La había estudiado con cuidado durante la semana, advirtiendo todo, desde los moretones que poco a poco desaparecían de sus mejillas, hasta el susurro de su voz. Era como si apenas tuviera la fuerza necesaria en su diafragma para formular una serie de palabras. Ella prefería solo señalar con el dedo y asentir con su pequeña cabeza.

Si hubiera estado bien, le habría preguntado qué quería decir «asilo político», porque no lo entendía a su tierna edad. Su padre había tratado de explicarle a él y a sus hermanas lo mejor que pudo, unos pocos días antes de que la familia partiera, pero para él seguía siendo confuso. No entendía si eso quería decir que nunca podría regresar a Chile o si viviría el resto de su vida como un nómada, vagando por el mundo con solo la ropa que llevaba puesta y sus pertenencias desperdigadas y abandonadas. Sin embargo, lo que Rafael sí sabía era que dejaría la Casa Rosa, la casa de su infancia, los veranos en la hacienda y la vida tranquila que siempre había conocido para irse a Suecia, un país famoso por la nieve y las aguas frías del ártico.

Antes de que se fueran, su abuela y él habían visto libros de Suecia con fotografías donde aparecían pequeñas casas rojas con techos de dos aguas, cuyas contraventanas estaban llenas de carámbanos que colgaban como el glaseado de un pastel de Navidad. Vio imágenes de mujeres vestidas con el traje nacional, con botones de plata y faldas azul cobalto; casi todas ellas eran blancas de cabello rubio.

Hasta entonces, la única mujer de cabello rubio que conocía era su abuela, quien insistía que su color era natural. Y ahora estaba casi blanco, el color amarillo se había desvanecido en cada mechón como trigo blanqueado después de los largos meses de verano.

Odiaba pensar en el aspecto tan distinto que tendría frente a los otros chicos. Su cabello negro, sus grandes ojos castaños. En Chile se parecía a casi todos los otros niños y niñas. Por supuesto que todos tenían rasgos diferentes, pero ninguno era tan marcado como para que los demás pensaran que era extraño.

Su abuela trató de aliviar sus dudas. Estoica, intentó ocultar su propia tristeza y convenció a Rafael y a sus hermanas de que pronto estarían rodeados de animales exóticos, como renos y osos polares. Con las llaves que colgaban dentro de su blusa, abrió todos los cajones secretos de sus muebles y dejó que los niños se comieran sus amados mazapanes, sus latas de crema chantilly y el chocolate fino. Había esperado que eso los hiciera sentir mejor, que ella se sintiera mejor al verlos disfrutar sus codiciados dulces. Incluso trató de llamar su atención diciéndoles que, cuando estuvieran en Suecia, podrían moverse en trineos seis meses del año y guardar el helado en la terraza. Pero todos eran conspiradores en una farsa, cada niño y cada adulto trataba de fingir frente a los demás que todo estaría bien. Cada uno intentaba ocultar sus sentimientos de miedo e incertidumbre por lo que aún estaba por venir.

Rafael no quiso llorar cuando su padre le informó que tendrían que irse de Chile en unos días. Lo aceptó sin protestar, porque tan solo unas semanas antes le prometió a Dios que, si su madre regresaba, nunca más volvería a quejarse.

El primer día que su madre se levantó de la cama, él la vio deambular por la casa envuelta en una bata de seda estampada con lirios azul cielo. Vista desde atrás, su columna vertebral parecía el tallo curvo de una de las flores.

—¿No vas a ayudar a tu madre a empacar? —le dijo en una voz más débil incluso que un murmullo—. ¿Me traes tu ropa y lo que más atesoras? —susurró al tiempo que se hincaba en el suelo para dispersar las cajas plegadas y el papel para envolver.

Él asintió. Después de pensar con detenimiento, llevó a su madre la ropa y algunos juguetes que sus hermanas más querían. Pero no llevó ninguno de sus propios recuerdos. Ella no le preguntó por qué no había elegido nada más que su ropa. En estos momentos compartidos, ella estaba perdida para él. Su mente estaba en otra parte. No pronunció una sola palabra mientras empacaba cada uno de los juguetes de sus hijas en las profundas cajas de cartón. Así, en silencio, Rafael observaba lo que parecía ser el fantasma de su madre. Observó cómo envolvía cada cosa; sus dedos delicados y aún pálidos envolvían cada objeto en papel de china. Sus muñecas amoratadas empacaban con cuidado los tesoros de sus hijas.

Lo único que Rafael quería llevarse con él a Suecia era un oso que ahora permanecía trágicamente intacto en un estante.

Rafael había pasado cada noche en Chile con su amado osito. Lo había llamado Humberto y lo quería

mucho; un oso maravilloso de pelaje suave color chocolate, patas de terciopelo, nariz negra cosida y ojos castaños de vidrio pintado.

Humberto lo había tranquilizado todas esas noches cuando yacía en cama mientras su padre recorría las calles, interrogando a cualquiera que pudiera tener alguna información sobre Salomé. Rafael apretaba al oso entre sus brazos; sus lágrimas caían sobre el pelaje café hasta empaparlo. Murmuraba en sus orejas de fieltro gris todas las cosas que le habían dicho que nunca dijera en público. Y solo a Humberto, ni siquiera a sus hermanas o a su abuela, Rafael le revelaba sus miedos. Creía que ya estaban muy alterados con su propio dolor y angustia como para soportar también el suyo.

Así, su oso era su único confidente. Estoicos y en silencio, ambos enfrentaban solos esa experiencia hasta que su madre volviera.

Y cuando su madre volvió al fin, con su piel morena y delicada amoratada con manchas color ciruela y lila, Rafael se alegró en silencio con su amigo de patas aterciopeladas. Apretó el animal de peluche contra su pecho, envolviendo las extremidades suaves y mullidas del oso entre sus bracitos.

Sin embargo, cuando llegó el momento de empacar a su querido amigo, lo dejó atrás. En algún momento, Octavio le preguntó a Rafael por qué no había puesto a Humberto en alguna de las cajas que enviaron.

—Entiendo que dije que en Suecia tendríamos un espacio limitado, Rafael, pero te aseguro que habrá el suficiente para Humberto.

—No quiero llevarlo, papá —respondió Rafael en voz baja—. Allá no lo necesitaré.

Pero era mentira. Rafael había dejado al oso no porque no lo necesitara; de hecho, Humberto era el objeto que más amaba en el mundo. Más bien fue porque Dios había respondido sus oraciones y le había

devuelto a su madre; ahora él trataba de convencerse de que ya no necesitaba nada más. De este modo, cuando su padre le dijo que podía llevar solo lo esencial, hacía días que había decidido que lo único que llevaría sería su cepillo de dientes y su ropa.

Cuando abrazó a su oso la última noche antes de su partida, justificó su razonamiento en un murmullo infantil.

—Cuidarás la casa hasta que regresemos. —Le dio un beso en la oreja de fieltro—. Y yo cuidaré a mamá.

Lo apretó con fuerza, como si en ese abrazo pudiera convencer a su amigo de que su acto no era una traición, sino un noble sacrificio.

El coche estaba cargado y sus abuelos permanecían de pie, estoicos, en el porche de la casa, haciendo un esfuerzo por que la despedida no fuera desgarradora.

Rafael vio que su madre avanzaba con lentitud desde la entrada de la Casa Rosa; sus pies pequeños recorrían con cuidado las baldosas donde la habían encontrado desplomada tan solo unas semanas antes. Pareció dudar unos segundos antes de aceptar la mano de Octavio para ayudarla a que se subiera al asiento del copiloto del coche.

Doña Olivia y don Fernando parecían dos estatuas blancas con el rostro tenso y demacrado, contraído en un intento desesperado por ocultar su dolor. El rostro de su hija reflejaba el de sus padres cuando volteó hacia el vidrio sucio del automóvil y dobló los dedos en un gesto de despedida.

Rafael se deslizó junto a su madre en el asiento y no pudo evitar advertir las lágrimas que anegaban sus ojos. En ese momento parecía más una niña que cualquiera de sus hermanas. La miró con detenimiento, quería abrazarla y protegerla, conforme el coche se abría paso

por las sinuosas calles de Santiago. Su padre manejó con cuidado por la ciudad, sus nudillos estaban blancos alrededor del volante y su frente estaba empapada en sudor.

Los 11 kilómetros hasta la embajada sueca le parecieron una eternidad. Pero una vez que Octavio condujo hasta los muros del recinto sueco, donde tan solo días antes procesaron su solicitud de asilo político, la seguridad de la familia estaba garantizada.

Llegaron a Estocolmo en un día gris, del cielo caía nieve húmeda. Un voluntario de reubicación se reunió con la familia en el aeropuerto y los acompañó a una vivienda temporal que habían reservado para ellos.

Cuando pasaron por migración, Rafael llevaba en cada mano a sus dos hermanas; su padre dio los pasaportes y respondió en voz baja:

—Sí, estas son todas nuestras pertenencias: estas tres maletas, cinco cajas de cartón y una bolsa de juguetes.

Su madre parecía estar en trance. Sus brazos colgaban a cada lado como dos tallos flojos de diente de león. Su vestido floreado pendía de su cuerpo como una bolsa arrugada de algodón.

Durante todo el trayecto, ella casi no le había dirigido la palabra a ninguno de ellos. Desde el momento en que entraron a la embajada sueca en Santiago hasta que el avión aterrizó en Estocolmo, tres días después, Salomé había pronunciado pocas palabras.

—Digan adiós a la abuela —murmuró a sus hijos conforme el coche se alejaba de la desteñida Casa Rosa —. Ayuda a tus hermanas con la comida —instó a Rafael durante el vuelo.

Aparte de esto, permaneció en silencio, con las manos entrelazadas sobre el regazo. En todo ese tiempo,

nunca se dirigió a Octavio.

Mientras seguía a su familia en sus primeras horas en este nuevo país desconocido, al joven, aunque precoz, Rafael se le ocurrió que esta era la primera vez en sus recuerdos de infancia en que advirtió que sus padres no se tomaban de la mano.

48

Västerås, Suecia
Febrero de 1975

Esa tarde, la sesión de Salomé con Samuel terminó después de lo acostumbrado. Caminó por las estrechas calles de Västerås hasta que llegó al departamento que el gobierno le había asignado a su familia, al otro lado del pueblo. Esa noche se sentía particularmente nostálgica por su Casa Rosa. A diferencia de la mayoría de las casas pintorescas y casitas de campo con techo de paja que salpicaban las estrechas calles de Västerås, su edificio era de finales de los sesenta, fabricado de concreto, con ventanas perfectamente rectangulares y puertas delgadas de triplay.

El arquitecto, que había construido estructuras similares en todo Suecia para dar alojamiento a la creciente comunidad inmigrante, declaró que el edificio era un «ideal platónico», es decir, una vivienda igualitaria construida para los menos afortunados, pero equipada con todos los servicios de la vida moderna. Tenía piso de linóleo común amarillo pálido imitación ladrillo. Las luminarias eran pequeños domos fluorescentes que parecían platillos voladores suspendidos del techo. Había una tina con regadera opcional y, al final del pasillo, lavadora y secadora de ropa común al edificio.

Cuando Salomé llegó por primera vez a Suecia, al principio sintió una agradable sorpresa por lo espacioso que era el departamento. Cuando la agencia les informó a ella y a Octavio que la familia recibiría un alojamiento subsidiado hasta que pudieran ganarse la vida, se imaginó un lugar pequeño y sórdido, un bloque de viviendas oscuro, sucio y abarrotado como los de los barrios pobres de Santiago. Pero en realidad el departamento era amplio y luminoso. Cada uno de los niños tendría su propia recámara, y al final del pasillo había una gran recámara principal con baño privado.

Pero la generosa y amplia disposición arquitectónica, que al principio le pareció una bendición, más adelante sería una maldición. Cada una de las cuatro recámaras tenía una puerta que se podía cerrar; cada una con sus cuatro paredes que podía utilizarse como fortaleza personal. Y eso fue para lo que Salomé y Octavio al fin usaron los cuartos: cada uno dejó fuera al otro.

Al final de la tarde, cuando Salomé regresaba de sus caminatas de las 8:00 p. m., a menudo se encontraba a su marido dormido en el sofá y a los niños estudiando solos en sus recámaras.

Así que, aunque había pasado un año desde su secuestro, e incluso aunque había viajado miles de kilómetros desde Chile, ella seguía sintiéndose como una prisionera; un fantasma herido y frágil que dormía acurrucado en un rincón, sobre una cama bien almidonada.

Salomé cargaba su desgracia en silencio y con misterio. Era como si los dos meses que había vivido en Villa Grimaldi le hubieran enseñado a ser una profesional del engaño, una artista de la farsa. No era que su capacidad de engañar tuviera sus raíces en el verdadero engaño,

sino más bien en la supervivencia. Porque, así como alguna vez fingió ser una dama de gran fortuna para poder para ganarse el favor de uno de los guardias, ahora fingía ante su familia que todo estaba bien, que su trágico pasado había quedado atrás y su vida con sus hijos y Octavio sería igual que antes del golpe de Estado.

Desde su llegada a Suecia había aprendido a sonreír, incluso cuando en el fondo se sentía destrozada. Había dominado la capacidad de despertar en silencio de sus pesadillas sin molestar el sueño de marido, quien dormía a su lado con el cuerpo hecho un ovillo como un gatito, el rostro sonriente y los dedos apoyados a un costado de ella.

Sin embargo, había algo que no podía ocultar. Su incapacidad de tener intimidad con Octavio.

Sabía que él había sido muy paciente; había sido respetuoso y nunca inició avances para que hicieran el amor mientras estuvieron en Chile. En un gesto de genuina sensibilidad, había dormido en el cuarto de invitados para que ella pudiera recuperarse con mayor tranquilidad.

Ella se daba cuenta de que él la deseaba; la seguía mirando con la misma ternura y la misma pasión que había sentido por ella desde la primera vez que se vieron, hacía tantos años. Pero ella ya no se sentía esa chica joven e ingenua del huerto de naranjos. Los hombres de Villa Grimaldi se habían encargado de eso.

Octavio esperó casi dos meses antes de reunir el valor para besar a su esposa apasionadamente en la boca. Para ese momento, ya se habían mudado al nuevo departamento en Västerås.

—Te extrañé —le dijo con ternura, al tiempo que le tocaba el pecho con suavidad—. Quiero que lo hagamos lentamente.

La miraba con un profundo afecto.

—No estoy lista —respondió Salomé.

Él pudo sentir cómo todo su cuerpo se tensaba cuando la tocó. Parecía que recibía como una invasión el menor gesto sobre su cuerpo.

Quitó la mano y alejó su boca de la de ella. Su mirada reflejaba una gran tristeza, como si fuera incapaz de calmarla y recordarle que era amable, dulce; que era su marido. Pero su voz se quebró y se sentía lleno de odio hacia sí mismo; demasiado inseguro para decir algo. No intentó de nuevo tener intimidad con ella al menos otra semana.

—Salomé. —Esta vez trató de que su voz fuera aún más suave—. Ya casi olvido lo que se siente tenerte entre mis brazos.

Estaba en la cama, sobre un costado; la almohada blanca contrastaba con su cabello canoso.

—No estoy lista, Octavio —repitió.

Ella sabía que él quería que hablara, que le dijera lo que pensaba. Pero, ¿cómo?

¿Cómo podía decirle la manera en la que la violaron, el modo en el que la forzaron, uno tras otro, mientras los demás observaban cómo hacían con ella lo que querían? ¿Cómo explicarle que le habían puesto cables eléctricos en aquellos lugares que él amaba besar, los que él siempre le decía que eran suyos?

Ahora, la verdad era que esas zonas *ya no* le pertenecían. Ellos se habían asegurado de eso. Pero *tampoco* le pertenecían *a ella*. La verdad era que lo que en ella no estaba vacío estaba lleno de una enorme y horrible cicatriz. Se había convertido en una fortaleza de piel y hueso, y solo pensar en que algo la penetrara era suficiente para hacerla gritar.

No obstante, Salomé nunca habló de nada de esto con Octavio. Pensaba que él podría interpretarlo sin que ella tuviera que explicarse. Después de todo, él siempre se había sentido orgulloso de su sensibilidad. ¿No podía ver que ella no sabía cómo explicarle que le habían

arrebatado lo más puro y lo habían corrompido? ¿Que ya no era la joven que se escapaba de la escuela de monjas, que ya no era la mujer que solo había yacido con su esposo? Ni siquiera entendía cómo era posible que él la deseara. Se preguntaba cuándo se daría cuenta de que, aunque hubiera regresado con su familia, la persona que habían devuelto no era la mujer que alguna vez conoció. Esa persona había muerto.

Sin embargo, Octavio no podía rendirse tan fácilmente. Pensaba que, si persistía, al final ella se abriría con él. Seguía intentando ser tierno con ella y le solicitaba un poco de afecto a su esposa que, era evidente, seguía sufriendo. Pero parecía que Salomé siempre tenía una excusa para alejarlo. «Estoy agotada física y emocionalmente por la mudanza», decía durante los primeros meses en Suecia. Cuando pasaron otros tres meses, insistió: «Todavía necesito tiempo para sanar».

Y ahora, su respuesta cuando él se acostó a su lado y puso la mano sobre su cintura, algo que ella siempre amó antes del secuestro, fue mucho más directa. Simple y sencillamente dijo: «No».

Esa noche, cuando él volvió al departamento con los brazos llenos de naranjas y las esparció sobre la cama, ella casi lo mata.

Quería sorprenderla, recrear la escena en la que se enamoraron por primera vez. Era un gesto desesperado; se esforzaba al máximo, casi hasta el punto en que era vergonzoso, pero estaba al límite y sentía que lo único que había amado en su vida, aparte de sus hijos, se alejaba cada vez más de él.

Quería ser el ancla que la devolviera, obligarla a que le gritara, que le dijera lo horrible que era por haber

permitido que esto le sucediera. ¡Que al menos se lo dijera! Porque este silencio entre ellos, esta distancia que aumentaba cada mes que pasaba, y cada noche en la que se sentía más y más solo, lo estaba destrozando en mil pedazos.

Pensaba que había ido a Suecia con nada más que el amor por su familia, y ahora sentía como si la persona a la que más amaba en el mundo lo abandonara.

No podía enojarse con los niños, ya que ellos enfrentaban sus propios problemas con una nueva escuela, un nuevo idioma; pero Salomé parecía retraerse por completo de él.

Tampoco quería quejarse con ella; sabía cuánto había sufrido por culpa de sus actos. También se daba cuenta de que la familia ni siquiera estaría en Suecia de no haber sido por su obstinación de no apoyar el régimen de Pinochet; sin embargo, en cierto sentido no podía evitar sentirse herido y rechazado.

Ahora estaba en un país donde nadie conocía ni su nombre. Octavio Ribeiro no significaba nada para nadie, salvo quizá para el consejero laboral que intentaba encontrarle una profesión adecuada o para el trabajador social que conocía sus necesidades solo como un inmigrante recién llegado que necesitaba tiempo para adaptarse.

Odiaba tener que esperar cada semana en la fila de desempleados para reunirse con un consejero. Después de todo, en alguna época personas como el gran Allende o Neruda lo buscaron por su talento; nunca había sido al revés.

49

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

Salomé no había querido admitir que su necesidad de terapia no se debía solo a su incapacidad de escuchar música, sino también a su aversión de tener intimidad con el hombre al que siempre había amado. La única razón por la que acudió a su primera sesión con Samuel Rudin era porque estaba cansada de vivir sin ninguna alegría en su vida. Siempre había amado la música, siempre se consideró como una persona apasionada, que disfrutaba la sensualidad de la vida. Ahora, solo conocía el dolor.

Nunca tuvo la esperanza de que la terapia la cambiaría tanto como lo hizo. Al principio, pensó que tendría unas pocas sesiones con Samuel para hablar de su incapacidad de disociar su amor por la música con el recuerdo de la tortura al escucharla; y así, poco a poco, sanar de ese terror. Lo que no anticipó fue la manera en la que sus experiencias en Villa Grimaldi se entretejían con lo que ahora sentía por Octavio.

No deseaba estar enojada con él; se había esforzado por reprimir su resentimiento. Pero la terapia la estaba obligando a desenterrar todas esas emociones y, de pronto, Salomé tuvo conciencia de lo distinta que era de aquella persona a la que Octavio le propuso matrimonio

hacía tantos años. Ya no era la niña ingenua de diecisiete años a la que se podía seducir con facilidad. Ahora era una mujer madura diezmada por cicatrices emocionales y físicas. Y estaba enojada. Octavio la había sacrificado. La violaron y la golpearon por sus actos, no los de ella. Y aunque aún lo amaba, todavía no lo había perdonado.

En ocasiones soñaba que se abalanzaba sobre él y lo sacudía con todas sus fuerzas. «¿Qué no lo ves? ¿No lo ves?», le gritaba, mientras él la miraba inexpresivo. En su sueño, el camisón de lino se abría sobre su pecho y mostraba las cicatrices donde habían sujetado los cables eléctricos. «¿No ves, Octavio, lo que me hicieron?». Pero él se negaba a ver de qué estaba hablando. Insistía en que no veía nada. «¿Qué, mi amor?», le murmuraba con su tono empalagoso y un poco confundido. «Yo no veo nada». Extendía la mano para acariciarle los largos muslos bronceados, ignorando las zonas de su cuerpo que estaban plagadas de cicatrices.

En esas ocasiones despertaba a medianoche empapada en sudor; era obvio que su sueño revelaba lo que llevaba en el corazón. «¿Es tan difícil para él reconocer que en Chile me traicionó?», se preguntaba. «¿Le cuesta tanto trabajo decir que lo siente?». Si tan solo aceptara que ella no era la misma de antes; si tan solo pudiera amarla y cuidarla como era ahora, completa, una mujer que había padecido algo terrible por culpa de los actos de él. Que reconociera que la habían secuestrado y golpeado, que entendiera que, en menos de dos semanas, la obligó a abandonar su hogar y a sus padres. Que reconociera que, como familia, su situación había cambiado de manera evidente y terrible.

De este modo, Salomé se alejaba del hombre al que alguna vez amó tanto. De pronto, la persona con quien tenía mayor intimidad era aquella con quien hablaba cada semana sobre sus pensamientos más privados. En

poco tiempo empezó a esperar con ansias sus sesiones con Samuel, la única persona que la conocía por completo, y esa intimidad contribuía a aumentar la atracción que sentía por él. Pronto, Samuel Rudin empezó a abrirse camino en sus pensamientos, incluso después de que ella saliera de su consultorio. A veces sentía como si él fuera humo alrededor de su cuello, que viajaba debajo de su ropa y se aferraba a su piel.

Por las noches, era como si su murmullo la siguiera a casa. Podía anticipar sus respuestas a lo que ella imaginaba que le contaba. Podía imaginar su mirada mientras ella se removía en el diván de piel y se acomodaba la falda. Cómo en ocasiones su mirada caía sobre alguna parte de su pierna. La manera en la que parecía visiblemente nervioso cuando ella pasaba sus dedos por el cabello.

Durante varias semanas trató de negar la atracción que sentía por él. Intentó convencerse de que la razón por la que se sentía cada vez más desanimada entre las sesiones se debía a que estaba haciendo tanto progreso en la terapia que tenía ganas de continuar de inmediato. Al final, se dijo que había podido encontrar un lugar seguro donde podía sacar todos sus sentimientos, en español, y
hablar de lo que tenía encerrado en su interior y deseaba olvidar. Y también había encontrado a una persona que la escuchaba con interés y empatía, con quien podía asociar todas las dificultades con las que se había topado al tratar de recuperar la relación con su esposo.

Estaba descubriendo que, en efecto, podía sentirse de nuevo atractiva y dispuesta. Pero, de alguna manera, siempre se sentía mucho más atractiva cuando estaba con Samuel que con Octavio. Quizás era porque solo con su médico se sentía honesta consigo misma.

Conforme su mente divagaba y sus pensamientos se consagraban a Samuel, la falta de interés por su marido

se hizo más intensa. Ya no daba excusas por no querer hacer el amor, ya no se sentía culpable por no poder llevar a cabo sus «deberes conyugales». ¡Él no sabía qué tipo de mujer dormía en su cama! Pero Samuel sí sabía que la habían violado, que su cuerpo estaba marcado de delgadas cicatrices rojas producto de navajas; y no podía evitar preguntarse si, sabiendo todo eso, él pudiera encontrarla hermosa.

50

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

Octavio nunca previó lo que pasaría cuando llegara a Suecia. Todo en lo que había pensado era en sacar a su familia de Chile. En Suecia, quería que Salomé y sus hijos estuvieran a salvo, libres del mal del que era consciente por primera vez.

Creía que Suecia les ofrecería una nueva vida, un nuevo inicio, la oportunidad de volver a empezar.

Era evidente que el sufrimiento que Salomé padeció en Villa Grimaldi la había afectado y transformado; ya no era la joven idealista que había conocido. Pero Octavio también había vivido una experiencia que le cambió la vida, aunque en la superficie fuera menos obvia que la de Salomé.

Casi pierde lo más valioso para él en el mundo: su único y apasionado amor. Había pasado noches interminables acostado en la cama, preguntándose si su esposa estaría muerta o viva, si estaba padeciendo golpizas terribles e interrogatorios brutales por su culpa. Se había sentido humillado frente a sus suegros por su incapacidad para proteger a su hija, se había avergonzado por no darse cuenta de que había puesto la vida de su mujer y de sus hijos en grave peligro.

La había rescatado y no quería revelarle todo lo que

tuvo que hacer para recuperarla. Pero, una vez que llegaron a Suecia, Octavio sintió que Salomé lo había abandonado por completo. Compartía físicamente un departamento con él, pero a nivel emocional ella había desparecido. Sin la compañía de Salomé y sin su carrera, ya no tenía identidad. Nadie reconocía su rostro. A nadie le impresionaba su nombre ni las películas que se hicieron en un país al otro lado del mundo. No hablaba el idioma y su color de piel oscuro, sudamericano, solo exacerbaba su diferencia.

Pasaron los meses. Los niños empezaron la escuela, Octavio seguía sin empleo y Salomé se esforzaba por reconciliarse con lo que le había sucedido en Chile meses atrás.

De manera tonta pensó que la terapia de su esposa los uniría, que ella tendría un medio de hablar de su trauma y que, al final, confiaría en él. Pero parecía que estaba sucediendo lo contrario. Salomé se había vuelto más retraída, tanto con él como con los niños.

A menudo, cuando Octavio volvía a casa después de su reunión con el consejero y la agencia de empleo, encontraba que Rafael, mucho más sabio y sensible para su edad, había limpiado la casa, hecho las camas de sus hermanas y empezaba a preparar la cena. Octavio trataba de decirle a su hijo lo agradecido que estaba por su ayuda, pero a él también le costaba trabajo comunicar sus sentimientos.

De hecho, se sentía terriblemente culpable frente a sus hijos. Sus actos no solo habían dañado a su esposa; su hijo y sus dos hijas también se habían visto obligados a venir a este país frío y extraño donde tenían que aprender un nuevo idioma y hacer nuevos amigos. Por lo que más de una noche Octavio yacía despierto en la cama, con la mirada fija en el techo, el cuerpo inquieto, ahogándose en sus sentimientos de fracaso.

51

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

—La semana pasada mencionó que estaba pensando separarse de su esposo —dijo Samuel al empezar la sesión con Salomé.

La grabadora ronroneaba al fondo mientras él consultaba su bloc de notas.

—Sí, estoy segura de que lo haré esta semana.

—¿Lo ha pensado bien, Salomé?

—¡Por supuesto que lo he pensado! No soporto más... esta farsa constante.

—¿Farsa?

—Sí, ¿no dije eso?

Se mordió una uña y se hundió un poco en el diván de piel.

—Salomé, sabe que es importante que sea absolutamente clara con estos temas...

Salomé exhaló profundamente, su pecho se desinfló en el suspiro.

—Todos los días tengo que fingir que me he adaptado a esta nueva vida, que traje a mis hijos a un lugar seguro y protegido donde están mucho mejor que cuando estaban con sus amigos y sus abuelos en Chile.

Samuel asintió.

—Siento que debo estar en excelente estado de

ánimo para todos, porque de mí depende que la familia no se desmorone. Mi marido sigue sin encontrar un trabajo que lo haga feliz. La agencia de empleo le ha sugerido varias opciones, pero ninguna parece satisfacerlo... El gran actor... Ahora dice que quiere ser pintor de casas ¡porque todas esas casitas rojas idénticas lo están volviendo loco!

—Parece que él también está teniendo problemas para adaptarse.

—¡Pero fue idea suya venir aquí! Peor aún... fue su testarudez lo que nos puso en tanto peligro en Chile.

Samuel asintió de nuevo.

—Por Dios santo, yo también pensaba que Allende era un buen hombre y fue devastador lo que sucedió en el golpe de Estado. Pero siempre he creído en poner a mi familia primero. ¡Incluso ahora! Por eso permanezco callada sobre lo que me pasó. Por eso sufro sola todos los días.

—¿Y cree que no decirle a su familia cómo se siente es la mejor solución?

—¡Sabe que sí! Nadie más que yo debe sufrir estas pesadillas. Jamás se lo contaré a nadie, salvo a usted.

Samuel siguió mirando a su paciente, casi embelesado. Advirtió que el rostro de ella había enrojecido por la frustración. Pequeñas manchas rosadas se extendían sobre sus pómulos y la hacían aún más atractiva.

Sus hermosos rasgos eran aún más bellos de perfil: los labios carnosos, el cabello espeso, los ojos de obsidiana. Incluso cuando estaba recostada en el diván, su pequeña silueta encapsulada en un sencillo vestido verde tenía una madurez irresistible.

Durante las últimas sesiones con Salomé, Samuel había hecho un gran esfuerzo por guardar la objetividad. Tenía que recordarse que, como psiquiatra, su posición era sagrada. No solo era su responsabilidad escuchar a

Salomé, sino también orientarla. Sabía que sería un error no señalar que necesitaba confrontar a Octavio sobre sus sentimientos. Sería incluso peor de su parte animarla a que terminara con su matrimonio.

—Entonces, ¿nunca compartirá estas pesadillas con Octavio? —preguntó, tratando de ser profesional.

—Ni siquiera con Octavio.

—Solo piensa dejarlo...

—Sí.

—¿Y no cree que le pedirá una explicación, después de todo lo que han pasado juntos?

—Debe darse cuenta de que algo dejó de funcionar entre nosotros. Después de todo, no hemos tenido relaciones físicas desde mi secuestro.

—Estas cosas pueden tomar tiempo, Salomé. Es comprensible que no haya podido hacer el amor con su marido.

—Pero, ¿y si sí quisiera hacer el amor... pero *no con él*?

Samuel enarcó las cejas. Algo que Salomé acababa de decir le pareció que no era característico de ella. Sabía que sus sentimientos eran bastante justificados, si se consideraba todo lo que había padecido. Y si se tomaba en cuenta que fueron los actos de su esposo, no los suyos, los que había provocado el secuestro, su enojo era más que normal. Pero, ¿por qué sentía que Salomé estaba tratando de decirle algo más?

Empezó a sentirse incómodo y a dudar de su propio profesionalismo frente a su paciente. ¿Había sido muy agresivo al tratar de hacer que Salomé admitiera su furia contra su esposo? ¿Y de dónde provenía este afán de su parte? ¿Se trataba de sus propios deseos egoístas?

No podía negar que ya no la veía como a otras pacientes, sino también como a una mujer por quien se sentía muy atraído. Luchaba por recuperar el control de sus emociones. Este era territorio prohibido. No solo

porque él estaba casado, sino también porque era el médico de Salomé. Albergar sentimientos hacia un paciente no era ético y podría causar mucho daño. Pero, ¿estaba ahora sugiriendo que ella también lo encontraba atractivo? Empezó a dolerle la cabeza por la tensión que aumentaba entre ellos.

—No sé —continuó Salomé, apretando las palmas contra sus ojos—. Quiero empezar de nuevo. Sigo amando a mi esposo, es solo que ya no puedo vivir con él. ¿Es tan extraño que ahora quiera estar con alguien que sea capaz de reconocer que he cambiado? ¿Alguien que tenga la capacidad de entender lo que viví?

—No, sus sentimientos no son extraños, Salomé —respondió Samuel, tratando de recuperar la concentración—. Creo que todos sentimos a veces eso... en un matrimonio.

—¿Usted lo siente?

—No sería correcto que hablara de mí en nuestra sesión, Salomé.

—Bueno, ya lo decidí. Lo voy a dejar.

—Me parece que debería darse tiempo para pensarlo.

—¿Para qué?

—Debe tener las ideas claras para tomar una decisión tan importante.

Salomé permaneció en silencio.

—¿Y qué hay de los niños? Ellos también sufren el estrés del cambio a un nuevo país, tener que hacer nuevos amigos, aprender un nuevo idioma. Ahora, la estructura completa de su familia cambiará.

Salomé reflexionó un momento.

—Rafael podrá manejarlo. Es fuerte y resiliente. Pero tiene razón, explicárselo a las niñas será difícil.

Samuel asintió.

—Mire, no creo que jamás amaré a nadie tanto como a mi marido. Dudo que haya un alma más poética

e idealista en el mundo. Es solo que no puedo seguir viviendo con él.

Calló y se acomodó en el diván, cruzando los tobillos.

—¿Puedo preguntarle algo, doctor Rudin?

—Sí, claro —respondió levantando la mirada de sus notas.

—¿Usted cree que soy atractiva?

—¿Atractiva? —repitió sobresaltado. Fue como si le hubieran lanzado una pedrada entre los ojos.

—Sí, atractiva —insistió ella.

—Soy su médico, Salomé. Sería inapropiado de mi parte responder a esa pregunta —dijo nervioso—. Pero... —masculló entre dientes— creo que cualquier hombre pensaría que es hermosa.

La respuesta hizo que Salomé se sonrojara. Hubo un momento de silencio que aumentó la tensión en el ambiente.

—Lo siento, nunca debí ponerlo en esa situación —se disculpó ella—. Fue una pregunta estúpida. Olvidemos que lo dije.

Samuel se acomodó en su silla, aliviado de que acabara el tema de la atracción física entre ellos. Tomó unos segundos para recomponerse. Miró sus notas y jugueteó con la grabadora para asegurarse de que seguía funcionando. Cambió de pluma; sacó otra de un estuche de piel y por último alzó la vista.

—Salomé, ¿se siente más fuerte que hace cinco semanas, cuando vino por primera vez?

—Sí, mucho más.

—Bien. ¿Ha escuchado algo de música? ¿Ha tratado de probar su respuesta a ella, como hablamos?

—Un poco. Estoy mejorando, creo. A veces dejo que los niños pongan la radio cuando estoy en el departamento. —Hizo una pausa—. Antes no lo hacía, antes de nuestras sesiones. Era demasiado doloroso.

Aunque no fuera ópera, no podía soportarla. Así como no podía aguantar el sonido del goteo porque me recordaba los choques eléctricos.

»Pero empiezo a sentirme más fuerte. Mis pesadillas han disminuido desde que hablamos aquí. —Se llevó una mano a la garganta—. Supongo que solo necesitaba a alguien con quien poder ser absolutamente honesta.

—Por supuesto. Para eso estoy aquí.

—Y desde que empezamos nuestras sesiones me he dado cuenta de que en algún momento tendré que empezar de nuevo. Necesito vivir mi propia vida un tiempo.

»Claro que me llevaría a los niños conmigo —continuó—. Pero necesito distanciarme de Octavio. Necesito tiempo para organizar mis sentimientos.

—Bueno, quizás un tiempo separados sería benéfico para ambos.

—Quedará devastado cuando sepa que me voy.

—La vida no siempre puede ser hermosa y poética, Salomé.

Ella asintió con los ojos fijos en el techo de vigas café.

—Sí, lo sé. Si tan solo Octavio también lo supiera.

Samuel trató de recuperar su objetividad.

—De cualquier manera, la exhorto a que piense con cuidado antes de hacer algo. Recuerde que, aunque crea que su hijo mayor, Rafael, es fuerte, sigue siendo un niño.

—Lo sé.

Samuel presionó el botón de apagado de la grabadora.

—Por desgracia, se nos ha acabado el tiempo. —Miró al reloj de pared—. ¿La veo la próxima semana?

Salomé asintió y sus labios dibujaron una leve sonrisa.

Samuel vio cómo su paciente se levantaba del

diván, con su vestido verde lima, y lentamente salió del consultorio. Admitió para sí mismo lo que la ética profesional le había impedido decirle: que se sentía por completo y sin duda alguna atraído hacia ella.

52

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

Para tranquilizarse después de la tensión de esa tarde, Samuel permaneció en su consultorio casi tres horas más antes de volver a casa. De manera en exceso deliberada, terminó de revisar sus notas, las archivó en los expedientes de sus pacientes y acomodó los casetes en sus sobres correspondientes. Al final, cuando ya no pudo pensar en más excusas para permanecer ahí, tapó las plumas y las ordenó en el cajón; se puso de pie y acomodó la silla.

Hacía ya varios meses que esperaba la primavera, y aunque la temperatura era ahora más cálida y templada, había escuchado que se esperaban lluvias. Se asomó por las persianas venecianas y vio que una ligera llovizna caía sobre las escaleras del edificio.

El golpeteo de la lluvia lo tranquilizaba. Samuel caminó hasta el perchero, descolgó el impermeable y pasó los brazos por las mangas forradas de satén.

«No debo olvidar el paraguas», pensó, sonriendo al ver el paraguas rojo que estaba recargado en una esquina.

Su esposa se lo había comprado hacía meses, antes de que se volviera apática y retraída. Le dijo que había elegido ese color porque sabía que así no podría

olvidarlo en ningún lugar. Ella siempre pensaba en las otras personas, nunca en sí misma; incluso cuando se sentía muy desanimada. A veces él deseaba que fuera más egoísta y se pusiera en primer lugar. Se prometió hablar con ella del asunto pronto.

Revisó su escritorio una última vez. Las cintas de los pacientes de esa tarde ya estaban archivadas. Había lavado y secado su taza de té, sus cuadernos estaban apilados a la izquierda del teléfono. Todo estaba en su lugar. Se abotonó el abrigo, alisó los bolsillos y, por último, abrió el cerrojo de la puerta.

Sacó el paraguas de su funda carmesí y cuando puso un pie en el descansillo de la planta baja se dio cuenta de que era una llovizna tenue. A la luz grisácea del crepúsculo, la neblina se alzaba sobre el pavimento.

Al principio pensó que era su imaginación. Vio una mancha de material verde lima y pensó que alucinaba; pero cuando levantó el paraguas y se lo puso sobre el hombro, vio que no se había equivocado. Salomé Herrera estaba sentada en una banca justo enfrente del consultorio. Sus rizos negros, empapados, caían sobre sus hombros, y por su rostro escurría la lluvia que había comenzado a caer.

Se apresuró a cruzar la calle y se paró a su lado, sosteniendo el paraguas sobre ella para guarecerla del agua, aunque ya estaba empapada y temblando. Los dientes le castañeaban y las líneas de su cuerpo se delineaban con claridad debajo del vestido.

—¿Qué pasa, Salomé? —preguntó Samuel muy preocupado.

Ella lo miró, sus ojos no estaban húmedos por la lluvia, sino por algo muy profundo. Temblaba.

—¿Está bien?

—No estoy segura.

Se levantó y se puso frente a él. Lo miró menos de un segundo, antes de rodearlo con sus brazos mojados y

resbalosos.

Se sorprendió a sí mismo por la pasión con la que le devolvió el beso. Dejó caer el paraguas para poder abrazarla con firmeza. Sin dejar de besarla, lentamente subió la mano por la espalda de ella y sintió el peso de su largo cabello negro. Su piel tenía gusto a almendras, como si su cuerpo estuviera mezclado con el exquisito y embriagante perfume del mazapán.

Ella mordió con suavidad su labio inferior y él besó su pecho. Tomó sus pechos en el hueco de sus palmas y los acarició con los pulgares.

Entonces ella se detuvo.

—No deberíamos hacer esto aquí afuera. ¿Y si la gente nos ve? —murmuró Salomé.

Se miraron a los ojos, el agua surcaba sus rostros. De pronto sintieron frío en lugares donde, apenas unos segundos antes, habían sentido calor por el aliento del otro.

—No deberíamos estar haciendo esto, Salomé.

De pronto, a Samuel lo inundó una gran vergüenza. ¿Cómo pudo dejarse llevar con esta mujer que no solo no era su esposa, sino que era su paciente? ¿Cómo pudo mostrar tal falta de control?

—Eres la única persona que me entiende ahora —dijo Salomé, las lágrimas le surcaban el rostro.

—No deberías pensar así, Salomé.

—Tenías razón al hacerme ver a mi esposo como verdaderamente es.

—Nunca dije eso, Salomé.

Samuel trataba de deshacerse del abrazo.

—No tenías que...

Temblaba. Samuel se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros.

—Ven —dijo en voz baja—. Entremos.

En los pocos minutos que le llevó subir las escaleras, abrir la puerta de su consultorio y hacer

entrar a Salomé, se dijo que debía disculparse con su paciente. Lo que había hecho estaba mal, un pecado capital en su profesión y su matrimonio. Pero, de alguna manera, mientras dejaba pasar a Salomé, la sensación de su beso perduraba en sus labios, así como el roce de sus dedos sobre su piel, y toda su ética pareció esfumarse.

—No deberíamos hacer esto —masculló. Pero Salomé ya se había vuelto a acercar a él—. Salomé… —murmuró.

Al escuchar su nombre, ella le tapó la boca con dedos temblorosos.

—Nunca hablas tanto en nuestras sesiones —dijo con una leve sonrisa.

—Salomé —dijo de nuevo. Pero esta vez, su voz era aún más débil y la miraba fijamente.

Creía que la había tomado de los hombros para hacerla entrar en razón sobre lo que estaban a punto de hacer, pero solo dudó. Bajó los hombros de su vestido sobre sus brazos y este cayó al suelo como papel de seda.

Estaba tan hermosa ahí de pie bajo la luz de la luna, las gotas de lluvia habían humedecido su piel aceituna. Sus senos eran redondos y erguidos. Los pequeños pezones, arrugados como frambuesas, eran rosados y con textura.

Quiso cubrir su desnudez, mantener oculto para él eso que era tan hermoso y frágil. Sin embargo, terminó acercándola más a él; permitió que le desabotonara la camisa, los pantalones, hasta que él también quedó desnudo contra ella y su pelvis se acomodó contra la de ella.

—Eres el primer hombre que me toca desde que eso me sucedió.

Colocó su mano pequeña y delicada en su costado izquierdo y tocó la zona donde su piel estaba roja e hinchada.

Él la miró y se sintió apabullado por lo bella y valiente que le parecía por estar frente a él, revelándose por completo.

—Eres hermosa, Salomé.

Le levantó la barbilla para anidar su boca en la de ella.

Sintió que ella se apretaba contra su cuerpo. Sintió su aliento en el cuello y el roce de su cabello contra la piel. Ya no podía pensar con claridad; el perfume de ella lo mareaba. No emitió un solo sonido cuando levantó el pequeño cuerpo de Salomé y la llevó hasta el sillón. Se sentó, su pecho húmedo jadeaba y se tomaron de las manos mientras ella se sentaba a horcajadas sobre él y lo envolvía entre sus piernas con los reposabrazos a cada lado, acercándose tanto que, a la luz de la luna, él pudo ver las débiles marcas de sus cicatrices.

53

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

Salomé no podía quitarse de la cabeza la forma en la que él le había hecho el amor. La había besado con ternura en todos esos lugares rojos e hinchados, donde la piel se había hilvanado por sí sola en un débil intento por camuflar el lugar donde antes hubo una herida. Había pasado sus dedos por todo el cuerpo de ella, como un navegante que lee un mapa. Él conocía la historia detrás de cada cicatriz en la que hizo una pausa, estaba consciente de quién la había puesto ahí y de cómo se había sentido ella de que la marcaran de esa manera. Sin embargo, no dejaba de acariciar cada rincón de su cuerpo, puesto que no había una sola área de Salomé que no le pareciera bella.

No se había sentido así, atractiva, desde hacía tiempo. Había pasado un año desde lo de Villa Grimaldi, y esta era la primera vez que le había mostrado su cuerpo entero a alguien. Ahora que este hombre la besaba y la desvestía por completo, ella se revelaba y era vista por completo. Era alguien que podía ver sus cicatrices y aceptarlas como parte de ella.

Sí, de alguna manera Samuel la había restablecido. De pronto se sintió diferente, viva y entera de nuevo.

Su corazón no lo amaba de la forma en la que había

amado a Octavio en el pasado, pero lo anhelaba. Era extraño. Samuel sabía mucho sobre ella, pero ella no sabía casi nada de él. Sabía que su médico había pasado parte de su infancia en América Latina porque alguna vez, durante una de sus sesiones, le preguntó de dónde era su acento. Él respondió que su familia había huido de Francia para establecerse en Perú, lo que explicaba su manera melódica y suave de hablar español, tan distinto de los españoles o los chilenos; pero, aun así, hermoso. Ella amó la manera delicada y arrulladora en la que pronunciaba las palabras. Tener un doctor con quien poder comunicarse en su idioma natal la había hecho sentir cómoda de inmediato con Samuel.

También sabía que estaba casado y que tenía una hija pequeña. Había visto la fotografía sobre su escritorio. La niñita iba bien vestida con un traje de verano, toda de blanco, con una guirnalda en la cabeza, y Salomé no pudo evitar pensar en sus propias hijas: en Chile recogían flores en el jardín y las colocaban en los bolsillos de sus vestidos o, las de tallo largo, detrás de las orejas.

Mientras caminaba por Föreningsgatan, a Salomé aún le dolían los dedos por la fuerza con la que él tomó sus manos. Todavía recordaba el sabor de su boca y el movimiento de sus hombros que se presionaban contra ella. No podía esperar hasta el siguiente jueves, cuando tuviera su siguiente cita. Quería verlo antes. Cuando volvió a su departamento, Octavio ya dormía y los niños estaban en sus recámaras; entonces se dio cuenta de que tenía que ocuparse antes de otras cosas. Así que, desgraciadamente, por el momento el asunto de Samuel tendría que esperar.

54

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

Esa noche, Samuel volvió a casa a pie; al llegar, vio que Kaija estaba despierta y jugaba con Sabine.

—Trabajaste hasta tarde, mi amor —dijo ella en voz suave—. Creo que tu cena se enfrió.

De inmediato, se sintió tan culpable al verla sentada en el piso con su hija sobre el regazo. La pequeña tomaba entre sus deditos mechones del cabello rubio de su madre y los jalaba hacia el suyo.

—Creo que se está dando cuenta de cuánto nos parecemos —dijo Kaija poniéndose de pie y cargando a su hija sobre la cadera.

—Sí, es impresionante —asintió Samuel en voz baja.

Verlas juntas, con el sabor de Salomé aún en su boca, aumentó su terrible sentimiento de culpa.

—¿Te caliento la cena?

—No —tartamudeó—. No, gracias, quiero decir. —Trató de sonreír—. En realidad no tengo hambre.

—Pero pareces agotado, querido. —Ella sonrió, sus tranquilos ojos verdes estaban llenos de afecto.

—No te molestes. Debes guardar tus fuerzas.

—No, en serio, Samuel. Hoy me siento mucho mejor —insistió—. Déjame recalentarlo.

No podía creer que ese día, con todo lo que acababa de pasar con Salomé, volvería a casa para encontrar a su esposa de tan buen humor. La ironía de la situación lo agobió.

Kaija se acercó a Samuel y le puso a Sabine en los brazos. La niñita olía a talco de bebé. Tocó con suavidad sus brazos regordetes y hundió la nariz en su cabello recién lavado.

Toda la escena familiar lo hizo sentir mal, despreciarse a sí mismo. No podía creer que, de pronto, Kaija hubiera recuperado tanta energía. Era como si hubiera vuelto la mujer a la que cortejó unos años antes. Su rostro estaba lleno de color y su voz era alegre. Hacía meses que no se comportaba así.

No sabía que esa tarde Kaija tuvo una revelación. De pronto dejó de trapear, algo que hacía sin cesar, y se miró al espejo. «Tienes una hija hermosa», se dijo, «así que considérate afortunada. No tener otro hijo no es el fin del mundo». Trató de limpiar la casa y de arreglarse para parecer atractiva, se puso un vestido recién almidonado y un poco de rubor en las mejillas pálidas. Sobre todo, intentó permanecer positiva sobre la reacción que tendría su esposo cuando le diera la noticia. Se prometió que, cuando volviera, le diría cuál era su problema.

Esa noche, mientras él estaba sentado a la mesa de la cocina, jugando con la comida en su plato en un intento desesperado por ocultar su falta de apetito, el enojo que sentía contra sí mismo aumentó.

¿Cómo pudo traicionar a su esposa? ¡Y nada menos que con una paciente! Sacudió la cabeza, asqueado.

—¿Qué pasa, Samuel? —preguntó Kaija a su espalda—. Te ves muy mal. ¿No te gustó la cena?

—Sí, sí. Claro que me gustó, mi amor —dijo disculpándose. Giró sobre la silla para quedar frente a ella, pero no pudo mirarla a los ojos. Con voz tensa,

espetó—: Fue un día difícil en el consultorio, y la lluvia hizo que llegara tarde a casa.

Ella asintió, fue al fregadero y ató los lazos del delantal alrededor de su cintura. El agua de la llave siseó.

—Creo que me voy a acostar temprano —sugirió Samuel—. ¿Sabine ya se fue a acostar?

—Sí, la llevé a la cama mientras cenabas.

—Le daré el beso de las buenas noches después de bañarme —murmuró con una voz apenas audible.

—¿Por qué no antes? —preguntó Kaija, confundida por el extraño comportamiento de su esposo, y claramente decepcionada de que hubiera arruinado el momento que ella trató de crear para hablar de su situación.

—Estoy un poco pegajoso por la lluvia, eso es todo.

Se puso de pie de un salto y sin querer pateó un poco la silla de camino a las escaleras. Kaija se quedó abajo.

Samuel esperaba que el baño lo limpiara, que borrara las huellas de su infidelidad. Sin embargo, desnudo bajo la regadera, seguía oliendo el aroma a mazapán que salía de su cuerpo y se evaporaba en una nube densa de vapor que impregnaría las toallas y su bata de algodón; el aroma de Salomé, incluso después del baño, se aferraba a la tela y encontraba el camino de regreso a su piel.

55

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

Cuando Salomé volvió a casa esa misma noche, trató de alisar su vestido y secarse el cabello con uno de sus pañuelos de lino, pero al caminar por el pasillo del departamento, se dio cuenta de que no había nadie que siquiera notara que había llegado a casa un poco desaliñada.

El departamento le parecía ahora abarrotado: sus colecciones llenaban los estantes y había montones de popurrí de cáscaras de papaya seca. Pero esas eran cosas familiares que la reconfortaban. Lo que contribuía al desorden eran los juguetes de los niños y los zapatos de Octavio. Sin embargo, este no era el momento de hacer ningún comentario al respecto. Quería tiempo para sí misma, unos momentos más para saborear lo que acababa de suceder y disfrutar el recuerdo de cómo Samuel viajó por su cuerpo. Aun ahora, al mirar la piel de gallina en sus brazos se preguntaba si ese brillo se debía al sudor de él y no a la lluvia.

Se paró frente al espejo de cuerpo entero; escuchaba los ronquidos de su marido al fondo. Por el borde del espejo vio que no se había rasurado otra vez, la barba negra incipiente se extendía sobre sus mejillas morenas. Con Samuel había aprendido que todo esto

eran señales de la depresión de Octavio: su dormir constante, su falta de voluntad para asistir a entrevistas de trabajo, su falta de aseo. Todo eso contradecía lo que alguna vez lo había enorgullecido tanto.

Sin embargo, se negaba a sentir lástima por él. No se le ocurrió que quizás ella era la razón por la que él cayera en esa espiral de depresión. Que todo lo que él ansiaba era su perdón y su afecto. Ella decidió no pensarlo así. Ahora sentía muy poca compasión por el hombre al que alguna vez juró amor eterno.

En su lugar, mientras dejaba que su vestido se deslizara sobre sus hombros y sus caderas, en un intento por simular lo que las manos de Samuel acababan de hacer, se perdió en la sensación de los besos que cubrieron sus senos, sus caderas, su cuello.

Frente al espejo, miró su imagen desnuda. Imaginó que ella era Samuel, que miraba su cuerpo por primera vez. Tomó sus pechos en el hueco de sus manos y se puso de perfil para ver si su abdomen era plano y firme. Puso las manos alrededor de su cintura y trató de ver si sus pulgares aún podían tocarse en la espalda.

Después se acercó para ver las cicatrices donde colocaron los cables eléctricos y nódulos sobre la aureola, en los ligeros pliegues del ombligo y al interior de sus muslos.

A la débil luz de su recámara, podía verlos con claridad. Siguió con el dedo una de las líneas de su seno. No sintió el dolor que había padecidos 13 meses antes. La sensación aterradora y profunda de la electricidad que atravesaba su cuerpo y entraba por las partes más delgadas y delicadas de su piel. Ahora, todo lo que quedaba de esa experiencia eran sus recuerdos y aquellas cicatrices delgadas y rosadas. Se mezclaban en su seno, igual que las del ombligo y los genitales, pero no podía negar lo obvio: esos hombres que la torturaron habían dejado su espantosa huella en ella para siempre.

La habían marcado en sus partes más íntimas; la habían dejado con estos débiles tatuajes que decían al mundo: «Sí, hemos estado ahí. Tocamos esto y lo destruimos. Y jamás nos castigarán por ello».

Pensó en cómo los dos hombres que en verdad le habían hecho el amor lo hicieron de maneras tan diferentes. Mientras Samuel parecía abarcar cada centímetro de su cuerpo sin evitar ninguno de los vestigios desagradables, Octavio solo había gravitado hacia los rasgos que a él le parecían más hermosos. Quizás eso era parte del problema; tal vez esa era solo otra razón por la que Salomé sentía que ya no podía desvestirse frente a su esposo. Pensaba que nunca superaría que ya no fuera inmaculada. Que sus características más bellas, sus senos, su cintura, incluso su interior, estaban todos cicatrizados.

Pero, ¿un hombre tendría que hacerle el amor a una mujer de una forma distinta después de que la violaran? ¿Debía tocarla de manera diferente, con mayor gentileza, para evitar que se rompiera? ¿Debía enfrentar estos remanentes de sus atacantes y besarlos como si sus labios tuvieran el poder de sanar? Salomé no sabía la respuesta, puesto que Samuel no la conoció antes de la tortura. La veía por primera vez como era ahora. Octavio la había conocido antes y después de las cicatrices.

Eso ya era irrelevante. Después de todo, Octavio ya no intentaba seducirla, se había dado por vencido. Ya no dormía pegado a ella, acurrucado contra los huesos salientes de sus caderas, con los dedos extendidos para entrelazarlos con los de ella.

Ahora dormía dándole la espalda, con el rostro hundido en la almohada y una de las piernas sobresaliendo de la cobija.

Ella se preguntaba si siquiera mostraría alguna emoción cuando ella empacara sus cosas y le pidiera que

se fuera. Se preguntaba si le rogaría que no lo echara y le diera la oportunidad de empezar todo de nuevo.

Pero no le importaba ni una ni otra situación. Por primera vez en su vida estaba lista para ponerse en primer lugar. Sin embargo, debía admitir que sentía curiosidad. Se preguntaba si él se daría cuenta de la ironía de su decisión.

56

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

La mañana siguiente, Samuel despertó y se vistió apresuradamente. Su mente iba a toda velocidad y su estómago estaba lleno de nudos. Todo en lo que podía pensar era en llegar a su consultorio. Estaba desesperado por reflexionar sobre los eventos de la noche anterior, necesitaba unas horas antes de que llegara su primer paciente y tuviera que pasar el día escuchando problemas ajenos. Echó un vistazo al espejo y advirtió que, en su prisa, se había abotonado mal la camisa. «Soy un caos», pensó. «Tengo que controlarme». Mientras se ajustaba los botones, advirtió que sus dedos temblaban.

«Solo llega al consultorio tan rápido como puedas», pensó con firmeza. Se puso el blazer de *tweed*, se hizo el nudo de la corbata, lo enderezó y bajó apresurado las escaleras. Pero la última persona a la que quería ver ya lo esperaba al pie.

Kaija estaba ahí, envuelta en su bata de algodón, y le sonreía con una taza de café en la mano.

—Te preparé tu mezcla favorita —le dijo con dulzura.

La pequeña Sabine se sujetaba del borde de la bata de su madre.

—Lo siento, mi amor —respondió con gran

delicadeza—. Es muy amable de tu parte, pero tengo el día lleno de citas y antes tengo que ver algunos expedientes. No tengo tiempo —explicó mientras se ponía el abrigo.

—¿Volverás para la cena?

—Eso espero, querida —murmuró sin dejar de moverse, se envolvió el cuello con la bufanda y se agachó para tomar su portafolio—. Espero volver como a las siete.

—Quiero hablar contigo de algo —le dijo cuando él volteó para despedirse de ella y de Sabine—. Es importante, Samuel...

Pero se detuvo a media oración. Él ya había cruzado el umbral. Agitó la cabeza y levantó a su hija en brazos.

—¿Puedes creerlo, *älskling?* —murmuró dándole un beso a la niña en la mejilla—. Creo que vamos a tener que hacer una cita con tu papi en su consultorio. ¡De otro modo no tiene tiempo para escucharnos!

La pequeña lanzó una risita. Kaija regresó a la cocina y tiró el café aún tibio por el fregadero.

Samuel dudó al meter la mano en el bolsillo de su pantalón para sacar las llaves del consultorio. Los sucesos de la noche anterior aún le pesaban en la conciencia.

De manera extraña, la habitación le pareció caliente. Había salido sin arreglarla, y conforme examinaba los muebles y la superficie de su escritorio, de inmediato advirtió cómo se habían movido las cosas. Su silla de piel de respaldo alto no estaba pegada al escritorio, sino ligeramente fuera de ángulo en dirección al librero. Sus papeles estaban desperdigados y el portalápices se había caído sobre un costado. Y la fotografía de su esposa y su hija también se había caído.

Ahora yacía con la imagen hacia abajo, sus rostros delicados presionados contra la madera de caoba.

Todo le parecía extraño. Samuel seguía sin creer que, tan solo unas horas antes, estuvo sentado en esta misma silla haciéndole el amor apasionadamente a una mujer que no era su esposa. Peor aún: era su paciente, alguien que, evidentemente, necesitaba su ayuda, no su afecto.

Pero hacerle el amor había sido una poderosa experiencia para él. Era una mujer tan apasionada; si volvía a cerrar los ojos, podía imaginar sus pantorrillas abrazando las rodillas de él, sus nalgas apretadas contra los muslos de él. Temía incluso pensar en el recuerdo, ya que, si recordaba los eventos de ayer en la noche, eso desataría su deseo de hacerlo de nuevo.

Samuel había estado con pocas mujeres antes de Kaija, y ninguna de ellas le había hecho sentir esta hambre y lujuria en su interior. Antes del incidente de anoche, jamás habría creído que fuera capaz de algo así. Sin duda lo era, pero con Kaija a menudo sentía que era tan frágil que su atracción por ella se veía matizada por sus ganas de protegerla. Con Salomé era diferente. Era como si ella se hubiera negado a que la mimaran o la compadecieran; solo deseaba sentirse otra vez como una mujer hermosa y sensual.

Samuel trató de hacer un diagnóstico de sí mismo. «Tienes que dejar de considerar a tu esposa como si fuera tu madre. Necesitas trabajar en tu matrimonio y asegurarte de que puedes comunicarte con ella. No quieres perder lo que tienes con Kaija solo porque Salomé despertó algo dentro de ti que no sabías que existía».

Samuel quería mejorar las cosas con Kaija. Quería ser capaz de amarla de todas las formas posibles: con ternura, con pasión, por completo. No deseaba esconderse y engañar a su esposa para saciar las

fantasías de su libido a costa de su familia.

Quería ser bueno, quería ser devoto. Toda su vida se había esforzado por ser un esposo confiable y compasivo, así como un padre amoroso. Siempre aspiró a ser el tipo de hombre con el que su propia madre nunca contó. Quería cuidar a las personas que sufrían.

Pero ahora se daba cuenta de que en él había otra faceta. Su comportamiento fue casi voraz cuando le hizo el amor a Salomé. La había deseado tanto, había querido hacerle el amor y sujetarla con fuerza, penetrarla hasta verse por completo envuelto por ella. Y si era absolutamente honesto consigo mismo, sabía que deseaba tener tanto a Kaija como a Salomé.

Tomó una de las plumas del portalápices y, nervioso, dio golpecitos sobre el escritorio. Miró los ojos de Kaija y Sabine fotografiados en papel mate y enmarcados en madera laqueada.

Dejó la pluma sobre el escritorio, tomó la fotografía y la miró de más cerca. Sonrió al pensar en el día en que la tomaron, el año pasado, la víspera de las fiestas de solsticio, cuando él y Kaija llevaron a Sabine a ver el árbol de mayo en la ciudad. Kaija confeccionó dos vestidos blancos coordinados para ella y Sabine, y guirnaldas tejidas con margaritas silvestres para el cabello. Samuel tomó la foto cuando sus dos chicas terminaron de bailar. Ellas corrieron hacia él con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes bajo la nítida luz estival.

Hasta ayer en la noche, Kaija había sido muy distinta a esa explosión de alegría y energía que la fotografía había capturado.

No se permitiría caer en la excusa obvia y culparla a ella por haberlo alejado los últimos meses, por haberlo hecho sentir vulnerable y vacío, por desear a alguien

que pudiera satisfacer su necesidad de ser apreciado y amado. Era demasiado honesto consigo mismo como para tomar la salida fácil. Se daba cuenta de que no había nadie a quien culpar por su infidelidad más que a sí mismo. Incluso no se podía juzgar a Salomé con tanta severidad como la que él merecía. Después de todo, ella era una paciente con traumas que él jamás experimentaría a nivel personal; una mujer lastimada, atrapada en un matrimonio cansado, que necesitaba su orientación y conocimiento.

Estaba en un estado mental frágil, pero él se había permitido creer que era su igual. ¡Qué egoísmo! Era evidente que Salomé anhelaba que alguien la viera y la abrazara como a una mujer completa. Samuel debió concentrarse en su tratamiento; en que ella se hiciera consciente de que debía aceptarse a sí misma antes que cualquier otro, su esposo o cualquier hombre, pudiera hacerla sentir completa de nuevo.

Sin embargo, sabía lo tentadora que podía ser esa situación. Todo lo que tenía que hacer era cerrar los ojos y pensar cómo Salomé se había puesto a horcajadas sobre él tan solo unas horas antes, y toda la razón y la ética parecían desvanecerse en su mente.

Samuel se levantó y hurgó en el cajón en busca de una pequeña radio que tenía para momentos como este, cuando se sentía estresado. Lo enchufó y ajustó la antena; el sonido de música clásica flotó en el aire. Ya eran las 9:00 a. m. y en una hora llegaría su primer paciente. Samuel colocó la cabeza entre sus palmas y recargó los codos sobre el escritorio. Tenía que controlarse. Tenía que poner las cosas en perspectiva. Salomé le importaba; era su paciente y quería sanarla. Se sentía muy atraído hacia ella, pero no lo suficiente para abandonar a su esposa y a su hija. Entonces, el

resultado era obvio. Cuando Salomé acudiera a su cita el jueves, le diría que habían cometido un terrible error. Le ofrecería disculpas por su mal juicio como médico y le sugeriría que buscara a otro terapeuta que fuera más objetivo. Nunca le confesaría a su esposa su desliz, puesto que solo la lastimaría, incluso hasta podría destruirla, y volvería a dedicarse a su matrimonio y a su familia.

Si tan solo fuera tan fácil. Aunque Kaija nunca descubriera su traición, él tendría que vivir con ella. Y sabía que nadie lo juzgaría con mayor severidad que el mismo Samuel Rudin.

57

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

Esa tarde Samuel volvió agotado a casa. La intensidad emocional del día y medio anterior lo estaba desgastando. Quería encerrarse en su consultorio para siempre y nunca enfrentar a ninguna mujer a la que le hubiera hecho daño. En particular, temía enfrentar la mirada dulce y cálida de su esposa.

Las débiles luces doradas del umbral llamaron su atención. Lentamente, avanzó por el sendero y buscó las llaves de su casa.

Entró y vio a Kaija de pie, que lo esperaba paciente junto al barandal de la escalera, en la misma posición en la que se despidió de ella esa mañana. Por la expresión de su rostro, era evidente que llevaba algún tiempo esperándolo.

—Son las 8:30, Samuel. Te he estado esperando desde las siete.

Él trato de disculparse, pero su agotamiento lo traicionó. Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero de la puerta.

—Preparé tu cena favorita: cordero con papas.

Habló en un tono un poco más fuerte que lo acostumbrado, para asegurarse de que la escuchaba.

—Suena delicioso. Tuve un día difícil en el

consultorio. —Se estiró—. ¿Te molesta si ceno arriba? Todavía tengo trabajo que hacer.

—En realidad sí me molesta, Samuel. —Su tono era firme, muy distinto al que acostumbraba—. Esta mañana te dije que tenía algo importante que decirte.

—Lo siento, mi amor —respondió, tratando de ser tan amable como pudo.

De inmediato se reprendió en silencio por ser tan descuidado con la sencilla solicitud de Kaija, puesto que esta mañana había jurado ser un mejor marido.

—¿De qué quieres hablar? ¿Es importante? ¿Debería sentarme?

Ahora compensaba prodigándole atención en exceso.

—Hablemos durante la cena. Ya llevé a Sabine a dormir.

Samuel asintió. Fue al baño, se lavó las manos y entró al comedor, donde encontró la mesa puesta con la mejor vajilla y cubiertos, y dos velas consumidas hasta la mitad. «Debió prenderlas hace más de una hora», pensó. Volvió a sentirse mal por no haber llegado a casa más temprano.

Cenó y se dio cuenta de que la carne estaba cocinada a la perfección y los espárragos evocaban de manera maravillosa la primavera.

—Quería decirte que siento mucho haber estado tan alejada últimamente —dijo ella durante la cena—. Sé que te diste cuenta de que no era yo misma, pero no me sentía con la fuerza suficiente para explicártelo. —Hizo una pausa un segundo y tomó un sorbo de agua. Después se limpió la boca con la servilleta de lino.

Miró a su esposa y sintió que se atragantaba. Se veía tan delicada sentada ahí, frente a él. Su piel traslúcida a tal punto que creía que podía ver a través de ella. «¿Cómo pude hacer algo para lastimar a esta mujer maravillosa?», pensó. «¿Cómo pude ser una bestia tan

egoísta como para olvidar a la persona que amo?».

—¿Qué pasa, Kaija? —Empezaba a sentirse alarmado.

Ella volvió a hacer una pausa. Mientras él observaba a su esposa al otro lado de la mesa, podía ver la tensión y el miedo en su fino rostro. Sus manos pequeñas y blancas jugueteaban nerviosas con el borde del mantel.

Kaija exhaló una última vez y habló en voz baja.

—Samuel, me temo que no podré tener otros hijos después de Sabine.

Hacía un gran esfuerzo por no llorar, pero su voz temblaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Samuel... —Su voz era apenas audible—. Lo siento tanto, tanto.

Él se quedó paralizado varios segundos, asombrado, antes de responder:

—Kaija, ¿qué quieres decir? ¿Qué pasó?

—Fui al médico hace casi ocho semanas. Me sentía bien. En serio. De hecho me sentía mejor que bien... Pensé que estaba embarazada.

Ahora lloraba un poco más fuerte y Samuel tuvo que concentrarse en las palabras que salían entre sollozos.

—En fin, me hicieron algunos exámenes y al final no estaba embarazada. Lo que pasa es que padezco menopausia prematura.

—¿Menopausia prematura? —Samuel estaba apabullado. No podía creer lo que su esposa le decía—. Pero, mi amor, ¡eres tan joven! ¿Cómo es posible?

—Lo sé, lo sé.

Su rostro estaba encendido y manchado por los surcos que las lágrimas habían dejado.

Desde el otro lado de la mesa, Samuel podía ver que su esposa temblaba. Qué estúpido había sido al no darse cuenta de que algo había preocupado

profundamente a su esposa estos últimos meses. Cuando ella más lo necesitaba, ¡él la había abandonado por otra! De pronto, su mente evocó la escena de Salomé y él besándose bajo la lluvia; a Samuel lo inundó el remordimiento.

Trató de tranquilizarse. Respiró profundo y trató de volver a concentrarse en las necesidades inmediatas de su esposa.

—No importa, Kaija. Nada de eso importa. Te amo más que a nadie.

Pero ella no lo escuchaba. Él la miró y vio que su cabeza se agitaba de un lado a otro; se cubría el rostro con las manos.

—Kaija —dijo de nuevo. Esta vez se inclinaba hacia ella; su corbata se acercó peligrosamente a las velas—. No debes llorar. Ya fuimos bendecidos. Tenemos a Sabine.

Pero Kaija empezó a llorar aún más fuerte, su rostro se arrugaba como la servilleta que tenía en la mano.

Al sentir que nada de lo que dijera consolaría a su esposa, Samuel se levantó de la silla y se acercó a ella. Se acuclilló a su lado y la tomó entre sus brazos.

—Te amo; las amo a ti y a nuestra hija. Tenemos todo para estar agradecidos y nada por qué llorar. Me has dado todo lo que un hombre pudiera desear, y siento mucho si no te he demostrado mi aprecio lo suficiente.

Él también estaba llorando.

—Samuel —dijo Kaija poniendo la mano sobre la cabeza de él—, ¡tenía tanto miedo de que ya no me quisieras más! Sé cuánto querías una familia grande.

—No. No. Nunca. ¡No digas eso! Kaija, lo siento tanto.

—No tienes por qué sentirte mal. —Se enjugó los ojos—. Tú no has hecho nada malo. Soy yo quien está sufriendo esta locura... esta menopausia prematura... —Lo miró y trató de sonreír—. Por Dios, Samuel, ¡mi

suerte es pésima!

Él intentó sonreír, pero se sentía atormentado por lo horrible que se había portado.

—Bueno, te toqué yo como marido —bromeó—. Supongo que tienes razón, otras personas no te considerarían tan afortunada...

Ella lanzó una risita y él se sintió un poco mejor al escuchar su risa por primera vez en semanas.

—Pero, Kaija, me siento muy mal. Debí saber que estabas sufriendo mucho. —La voz de Samuel era ahora más tranquila, más profesional—. Debí ser más empático. ¡Debí pasar más tiempo contigo y con Sabine!

—No seas ridículo, Samuel. Sabes que trataste de hablar conmigo sobre lo que me hacía sentir mal. Es solo que yo no estaba lista para hablarlo. Necesitaba más tiempo para adaptarme.

Samuel sacudió la cabeza, tomó la mano de su mujer y se la llevó al pecho. Quería mostrarse tranquilo y atento a las necesidades de su esposa, pero tenía el estómago revuelto.

—No quiero sentir que me alejas. Me vuelve loco, me empuja a hacer cosas de las que me arrepiento.

—Lo siento, Samuel —se disculpó de nuevo.

—No. No digas eso. No tienes por qué pedir perdón. Solamente lamento que hayas sentido que no podías hablar conmigo.

—No quería que te enojaras.

—Nunca podría enojarme contigo, Kaija —dijo con ternura, aunque se ahogaba en la culpa.

Pasaron unos minutos.

—Creo que necesito una taza de té —dijo él poniéndose de pie—. ¿Te traigo algo, mi amor?

Kaija alzó la mirada.

—Samuel, pareces un poco enfermo. Ven. —Ella se levantó y puso la palma de la mano en su frente, olvidando por completo su propio sufrimiento—. Te ves

peor que yo. ¿Tienes fiebre?

—Creo que no estoy muy bien, eso es todo; la lluvia, el frío...

—Olvídate del té. Voy a prepararte un baño y luego te irás a acostar.

Él asintió y se recargó en el respaldo de la silla.

—Suena bien, Kaija —murmuró.

Ella le hizo una seña para que la siguiera y tomó su mano sudorosa en la de ella.

Mientras subía con desgana las escaleras detrás de su esposa, a Samuel le pareció clara la ironía de la situación. Incluso en sus momentos de mayor necesidad, Kaija lo seguía cuidando. Y eso solo lo hizo sentirse peor.

58

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

En parte esperaba que ella no llegara a su cita el siguiente jueves, pero no fue así. Salomé se presentó puntual en el consultorio de Skolgatan, cerró la puerta a su espalda sin hacer ruido y se dirigió directo al diván de piel en el que siempre se recostaba.

—Pensé que no vendrías —dijo Samuel en voz baja.

—Tenía que venir. Necesito mejorar. —Hizo una pausa y lo miró directo a los ojos—. Lo que quiero decir, Samuel, es que necesito verte.

Sin ser realista, esperaba que ella evitara hablar de lo que había sucedido la semana anterior. Sin embargo, por si acaso, tenía un discurso preparado. Lo había practicado en su mente durante días. Pero de pronto, se le escaparon esas palabras amables, aunque firmes, esas oraciones practicadas a la perfección para poner fin a cualquier relación física futura con Salomé.

—Lo que hicimos no fue correcto, Salomé. —Se aclaró la garganta y se rascó la rodilla. Era claro que la situación le parecía incómoda—. Salomé, soy tu médico. No debimos hacerlo. —Luego se corrigió—: No debí hacerlo.

«Todo esto sonaba mejor en mi mente», pensó. En el fondo, se castigaba por no encontrar las palabras que,

sin duda, eran importantes.

—No puedes negar que hay algo entre nosotros —interrumpió Salomé. Después calló un momento—. Hace tanto tiempo que no me sentía así...

Samuel negó con la cabeza. Verla sentada ahí, frente a él, le hacía las cosas más difíciles. Le había hecho el amor a esta mujer tan solo la semana anterior, en esta misma habitación, y la atracción física que sentía hacia ella era apabullante. Pero esta vez su voluntad sería más firme. En beneficio de su matrimonio con Kaija y por el amor que tenía por Sabine, se concentraría solo en la terapia inmediata de Salomé.

—Me has ayudado tanto, Samuel.

—Solo quería ayudarte a sanar y a aceptar tus recuerdos —dijo amable—. Eso es lo que hago con todos mis pacientes.

—Lo has hecho. Duermo mejor. Estoy empezando a escuchar música.

Él rio, era obvio que se sentía incómodo con la conversación.

—¿Así que ahora puedes escuchar música sin sentir miedo? ¿Quieres decir que por fin te he curado, no con mis palabras, sino con mi abrazo?

—Sabes que fue mucho más que un simple abrazo, Samuel. ¿La música? ¡Estoy escuchando la música más maravillosa en mi mente! —Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada honesta—. Por primera vez en meses, música hermosa, no esa espantosa aria de «La reina de la noche», sino música hermosa y etérea. Del tipo que te llena las venas y te hace sentir mareada como una niña.

—Ya veo. —Se volvió a remover en su silla.

—La semana pasada sentí como si te llevara a casa conmigo. Escuchaba tu voz dulce en mi cabeza, tus suspiros profundos en mis oídos. Sentía tu cuerpo estremecerse contra el mío, tus besos sobre mi piel. —

Hizo una pausa y volvió a mirarlo a los ojos—. Sabes todo de mí y aun así me aceptas por lo que soy. No tengo ese tipo de relación con nadie más en el mundo.

Durante varios segundos, Samuel no hizo más que mirarla. Su blusa amarilla era una elección sorprendente para un día tan frío de marzo y tuvo que evitar, de manera deliberada, mirar sus pechos generosos. Se esforzó en no pensar cómo habían estado juntos la última vez. Cómo ella había entretejido sus brazos alrededor de su cintura. Cómo él deslizó los tirantes de su vestido sobre sus hombros para ver su espléndida silueta desnuda. No quería permitirse, darse el gusto, de recordar la sensación al penetrarla, con los tobillos de ella alrededor de su cuerpo como dos enredaderas.

Estaba ahí, delante de él, y trató de no mirarla. Sabía que si levantaba los ojos la vería de nuevo como habían estado juntos días antes.

—Samuel —dijo, y él alzó el rostro—. Esto no se trata de sexo. —Empezó a desabotonarse la blusa lentamente, sin mirar los botones, sino mirando fijamente a los ojos de él—. Esto se trata de hacerme sentir lo suficientemente cómoda para mostrarte todo...

Su blusa amarillo pálido estaba ahora completamente abierta. Alzó una mano y se tocó el seno derecho. Él podía ver cómo se delineaba el pezón con el dedo índice y recordó cómo la había besado ahí, en ese mismo lugar donde empezaba la gruesa cicatriz roja y bajaba hasta terminar en su primera costilla.

No dijo una palabra, salvo su nombre.

—Salomé... —Se detuvo a media frase; ella se había quitado la blusa.

Algo en su manera de estar expuesta, vulnerable, lo conmovió. Sabía que no era la reacción que tendría la mayoría de los hombres. Sabía que ellos verían las cicatrices y lamentarían la pena de que algo tan hermoso hubiera sido estropeado de manera tan brutal.

Pero ahora que veía a Salomé sentía que nunca había tenido tanta intimidad con una mujer. En su desnudez, ella trataba de eliminar todos los secretos entre ellos, reafirmar que no le ocultaba absolutamente nada.

Siguió mirándola, absorto. Sus ojos recorrían las delicadas líneas de sus hombros, la pequeña cicatriz sobre su pezón izquierdo.

Pensó que quizás ella trataría de cubrirse mientras él estaba ahí, con los pies anclados al suelo. Pero no lo hizo. Sencillamente se quedó ahí de pie, esperando que él se acercara.

—Hace cuatro meses no hubiera podido hacer esto, Samuel —dijo con voz suave.

El aire frío del consultorio hacía que sus pechos parecieran incluso más erguidos y redondos, y él quería desesperadamente levantarse de la silla, caminar hacia ella y cubrirla con su cuerpo. Pero en su lugar permaneció sentado, paralizado, absorto.

Ella podía leer la confusión en su mirada; probablemente estaba pensando en su esposa y en su hija, pero Salomé no podía sentirse más alejada de Octavio. Hacía esto por ella misma y sabía que jamás se sentiría completa hasta que se hubiera probado a sí misma que seguía siendo hermosa, sensual. Se desabotonó la falda y bajó el cierre; se bajó las medias hasta la cadera y luego las enrolló sobre sus muslos y pantorrillas, hasta que se liberó de ellas.

Se acercó a él; aún llevaba la ropa interior negra y delgada, y se arrodilló a sus pies.

Él quiso decirse: «No lo hagas, no caigas de nuevo; no te dejes llevar por este romance que claramente no tiene futuro». En su lugar, solo pronunció su nombre.

—Salomé…

Extendió las manos y las colocó sobre la cabeza de ella. Ella estaba acurrucada alrededor de sus rodillas como una gatita. Su largo cabello negro acariciaba su

espalda baja; pero, a través de los espesos rizos, él podía ver sus hombros redondos, la pequeña escalera de su columna vertebral. Sintió cómo llevaba las manos hasta su regazo, desabotonaba su cinturón y bajaba sus pantalones hasta las rodillas.

Podía escuchar el ligero suspiro que emanaba del cuerpo de ella cuando se levantó y se quitó la ropa interior. Extendió las manos hacia él como si lo invitara a bailar; él se puso de pie y dejó que ella lo rodeara con sus brazos.

De un solo suspiro inhaló el aroma de Salomé. Quería lamer su sabor a almendras, recogerlo de su piel morena. Quería ponerla bajo la luz y, sin vergüenza, decirle lo magnífica que era.

Ella sintió que él se relajaba; puso las manos sobre sus hombros y deslizó los dedos sobre los botones de su camisa para descubrir su piel.

—No quiero que sientas que tienes que dejar a tu esposa y a tu hija por esto. Pero hay algo entre nosotros, y no deberías negar que existe.

Tomó su rostro entre las manos y lo besó en los labios.

Él sintió ganas de llorar al escucharla, porque no quería amar a dos mujeres, deseaba amar solo a Kaija. Estas situaciones eran mucho más complicadas que solo reconocer el deseo por otra persona.

Pero no había forma de escuchar a su conciencia ni apelar a su sentido práctico. No podía evitarlo. Le devolvió el beso a Salomé.

Ella echó la cabeza hacia atrás y su cuello se estiró como el de un cisne bajo los labios de él. Arqueó la espalda y le permitió que la mirara por completo, ese tramo de piel desde su cuello hasta las ingles. Con el dedo, él empezó a recorrer el inicio de la curva bajo su barbilla y el hueco entre sus pechos. De nuevo, besó cada cicatriz, cada marca enrojecida con la que se

encontraron sus labios, como si la unción suave de su lengua pudiera tener la capacidad de sanarla aún más.

La siguió cuando ella se arrodilló en el piso; la soltó para dejar que se acostara en el piso; la alfombra estampada la hacía parecer una sultana natural sobre una paleta de colores brillantes.

—Dime otra vez que soy hermosa —murmuró a su oído cuando la penetró.

Él deseaba decirle que esperaba no lastimarla, que estaba siendo lo más cuidadoso posible. Pero le respondió con la verdad:

—Eres muy hermosa, Salomé.

Al decir esas sencillas palabras, ella se estremeció como si se liberara del último peso del dolor.

59

Västerås, Suecia
Marzo de 1975

Seguía teniendo el sabor de Salomé en la boca, en la piel. Aún podía sentir sus uñas que se hundían suavemente en su espalda, el lugar donde sus muslos se sellaron contra la cintura de él. No podía creer que hubiera traicionado a Kaija; no solo una vez, sino dos.

Tenía que acabar con esta relación antes de involucrarse más de lo que ya estaba. Había mucho en juego: su matrimonio, su reputación profesional, incluso el proceso de sanación de Salomé. Se dijo que debía ser razonable, que debía concentrarse.

Cuando Salomé llegó a su oficina el jueves siguiente, advirtió que se había maquillado un poco y que llevaba el cabello arreglado sobre los hombros.

—Creo que no debería seguir siendo tu terapeuta, Salomé —le dijo con amabilidad.

Ella lo miró; el corazón se le estrujó mientras intentaba ocultar su sorpresa.

—En este momento no sería ético —continuó. Trataba de ser lo más racional posible—. Debes entender, Salomé, que ya no soy objetivo en mi tratamiento. Eso no es justo contigo.

—Me estás ayudando, Samuel. —Su voz se quebró —. Estoy mejor.

Samuel acercó un poco la silla hacia el escritorio y extendió los brazos sobre la cubierta de piel antes de erguirse.

—Salomé, temo que estás confundiendo nuestra terapia con intimidad.

—Conozco la diferencia, Samuel. —Desvió la mirada, sus palabras la lastimaban—. Samuel, la verdad es que creo que necesito estar con alguien que no me haya conocido como era antes. Tú eres la única persona que me entiende a mí y mi historia. Si no te tuviera ahora en mi vida, me moriría.

Samuel negó con la cabeza.

—Salomé —insistió con ternura, pero firme—, sabes que no morirías sin mí.

Ella se sonrojó.

—Pero estaría destrozada.

—Tengo que recomendarte a otro terapeuta. Es importante que sigas consultando a alguien.

Ella permaneció varios minutos en silencio. La habitación giraba a su alrededor y trató de concentrarse. Las paredes cubiertas de madera que durante tantos meses sintió como una armadura de protección, ahora la sofocaban. El techo bajo que algún día le pareció tan íntimo, ahora parecía aplastarla. Quería huir... levantarse y correr hacia la puerta. No quería escuchar a Samuel, que le hablaba como si fuera una niña. Desde el principio ella había comprendido que él estaba casado; no tenía que explicarle cuáles eran sus obligaciones con ella.

—No veré a nadie más. Ya me has ayudado bastante —dijo, tratando de parecer fuerte. Cruzó las piernas y colocó una mano sobre su rodilla—. Cuando llegué contigo no podía escuchar música, no podía imaginar siquiera besar a mi esposo. Gracias a ti he podido compartir lo que me pasó. Eso es progreso, ¿o no, Samuel?

—Sí, pero puede llevar años entender por completo este tipo de situaciones.

—No quiero volver a empezar con otro terapeuta. No quiero volver a contar mi historia y abrirme de nuevo con otro desconocido.

—Entiendo lo que dices, Salomé, pero no se trata de otro desconocido con quien debes abrirte. Es con tu marido. Me preocupa que sigas negándote a decirle a Octavio lo que padeciste y cómo te sientes al respecto.

—Eso no lo puedo hacer. Te lo dije desde el principio. —Su voz traicionaba su enojo. Se llevó una mano al cuello y Samuel pudo ver las débiles marcas rosadas en el lugar donde se jalaba, nerviosa, la piel.

—Lo sé, pero algún día tendrás que hacerlo. Aunque te separes, jamás sanarás por completo hasta que no le digas cuáles son tus verdaderas emociones.

Salomé se miró las uñas. Se removió en el borde del diván antes de volver a hablar.

—Si no pudieras atenderme como terapeuta —dijo nerviosa—, ¿nos seguiríamos viendo? —Hizo una pausa —. Quizá fuera del consultorio, para tomar un café o algo... como amigos.

Samuel intentó sonreír y se cubrió los ojos con una mano. No había previsto lo difícil que sería para él. Quería poder decirle a Salomé que podían seguir siendo amigos fuera de la oficina, pero sabía que esa relación sería imposible. Ni siquiera podía quitarle los ojos de encima. La manera en la que hablaba, los movimientos delicados de sus manos... le seguía pareciendo muy seductora.

—No creo que una amistad sería una buena idea, Salomé. Para ninguno de los dos. Ambos estamos casados y tenemos hijos...

—No te estoy pidiendo que abandones a tu esposa y a tu hija, Samuel —espetó—. ¡Nunca te pediría algo así!

—Lo sé, Salomé —dijo Samuel comprensivo—. Pero

aun así no puedo verte de nuevo. No porque no lo desee, sino porque, si permito que esto continúe, creo que terminaría enamorándome de ti, y no quiero complicar lo bueno de mi vida.

Salomé se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Te digo la verdad, Salomé —agregó.

Durante un momento no dijeron nada. Se quedaron sentados, mirando en diferentes direcciones. Podían escuchar el tictac del reloj, el sonido ocasional de un coche que pasaba por la calle.

—Gracias, Samuel —dijo por fin, poniéndose de pie.

Él advirtió que ella estaba avergonzada y deseó besarla una última vez.

—Te mereces ser feliz, Salomé.

Ella trato de sonreírle mientras se acercaba a la puerta. Cuando salió del consultorio por última vez, Samuel respiró profundo. El aroma a mazapán perduraba y lo mareó.

60

Västerås, Suecia
Abril de 1975

La aventura de Salomé Herrera con Samuel fue otro secreto que ella nunca compartió con Octavio. Pero, a diferencia de los otros secretos que tanto se esforzó en olvidar, este lo mantuvo en su recuerdo. Era una joya valiosa que podía evocar en su mente cada vez que anhelaba algo hermoso.

A Salomé le resultaba difícil establecer con exactitud el momento en que su matrimonio se quebró. No era como un vidrio que se hacía añicos, cuando miles de fragmentos caen en el suelo. Se trataba más bien de una serie de explosiones sutiles que ocurrían en la mente de Salomé. En esos momentos, incluso si intentaba reprimir sus palabras, Octavio podía leer en el rostro y el lenguaje corporal de su esposa los gestos de su insatisfacción.

Había esperado que las cosas mejoraran entre ellos una vez que ella iniciara la terapia. Pero, en su lugar, empeoraron. Salomé no estaba dispuesta a compartir lo que hablaba en sus sesiones, y cuando Octavio trataba de empezar una plática, ella siempre lo rechazaba.

Octavio se sentía cada vez más frustrado con el

silencio. Extrañaba a la novia apasionada y despreocupada que había llevado al altar. Era como si la mujer a la que sacó de Chile no fuera la misma con la que se había casado. La persona con quien ahora compartía una cama se parecía físicamente a su esposa, pero su espíritu había desaparecido por completo.

Al final, no fue ella quien le pidió que se fuera, como llevaba tiempo imaginando. Cuando él dijo que se marchaba, pensó que era otra de sus actuaciones, un intento inútil de provocar una reacción en ella. Ella no hizo nada y, en su lugar, lo observó sin parpadear mientras él sacaba sus trajes elegantes de los clósets, echaba sus zapatos en una mochila y tomaba el retrato de bodas del buró. Ella sabía que sus hijos podían oír su rabieta desde sus recámaras, pero no hizo nada por tranquilizarlo. Era como si fuera una voyerista que mira cómo su esposo la expulsa físicamente de su vida. Cuando por fin cruzó la puerta, después de voltear a verla tres veces, ella seguía sin decir nada. Llegó a la entrada del edificio antes de que Salomé se acercara a la puerta del departamento para cerrarla.

Explicar su separación de Octavio a los niños la ponía nerviosa. Ya habían tenido que pasar por muchas transiciones nuevas y difíciles desde que llegaron a Suecia. Aunque sabía que para Rafael sería más fácil; el niño siempre había presentido la angustia y la fragilidad de su madre desde el día en que la liberaron en el parque.

Lo había parido cuando era muy joven, casi una niña ella misma. Así que, en cierto sentido, se sentía más cerca de él que de sus hijas. Siempre que se sentía particularmente deprimida, de alguna manera él la encontraba y le daba un abrazo. Nunca se comportaba difícil o terco; era su escudo, de una forma en la que ella

siempre esperó que su esposo lo fuera, pero nunca fue así.

—Ahora tu papá vivirá en otro departamento —le dijo a Rafael. Las niñas seguían en su recámara, podía escucharlas jugar—. Necesitamos estar separados un tiempo, porque en este momento nos estamos haciendo tristes uno al otro. Lo entiendes, Rafael, ¿verdad? —Lo abrazó con el brazo izquierdo y lo apretó.

Ella había previsto que él tendría preguntas. Cualquier niño preguntaría ciertas cosas como «¿Papá volverá?» o «¿Por qué se fue?». Pero Rafael no hizo ninguna, solo se quedó acurrucado junto a su madre y la tomó de la mano.

Salomé pensó que era extraña la manera en la que él le tomaba los dedos con tanto cuidado, como si fuera muy frágil y pudiera quebrarse si apretaba muy fuerte.

—Está bien, mamá —murmuró—. No tengas miedo.

—¿Miedo? —preguntó sorprendida de que su hijo pensara algo así.

—Yo te protegeré. No tienes que preocuparte.

Ella soltó una risa nerviosa y apretó su pequeño hombro con mayor fuerza.

—No tienes que hacerlo —lo tranquilizó—. Ahora estoy más fuerte que cuando estábamos en Chile. —Le dio un coscorrón juguetón—. ¡Mira lo fuerte que es tu madre!

Por su parte, las niñas reaccionaron con mayor dificultad ante las noticias de lo que Salomé esperaba. Se sentó con ellas en su recámara y les dijo que Octavio ya no dormiría en casa.

—Su papi va a vivir cerca, pero no con nosotros —les dijo—. No significa que no nos quiera, es solo que no desea que lo vean triste.

—Pero, ¿por qué papá no es feliz? —preguntó Isabel.

Salomé suspiró. Las niñas siempre tenían muchas

preguntas. La diferencia entre la reacción de sus hijas y la de su hijo de pronto la asombró. Consideró la falta de cuestionamiento de Rafael como una señal de que entendía la situación en la que ella estaba; sin embargo, esta misma actitud en Octavio la frustraba.

Arrugó la frente. Isabel esperaba una respuesta.

—Niñas, su papá y yo necesitamos espacio. Así como a ustedes dos a veces les gusta pasar tiempo solas, nosotros necesitamos eso ahora. Papá y yo volveremos a ser felices de nuevo, ya verán.

Blanca extendió el brazo y le dio su muñeca a Salomé.

—A veces no quiero jugar con mi muñeca, ¡pero después la extraño!

—Bueno, tu papá no va a estar lejos, así que ninguno de nosotros lo extrañará.

Las niñas asintieron. Salomé se inclinó y besó a cada una de ellas.

—Todo estará bien —las tranquilizó de nuevo.

Ellas la miraron mientras se levantaba de la cama.

—Prepararé unas machas para la cena —dijo con ternura; sabía que era su comida favorita.

Antes de llegar a la puerta, las niñas ya estaban en un rincón del cuarto y habían retomado el juego con sus muñecas.

Cuando Salomé entró a la sala se encontró a Rafael sentado solo en el sofá. Tenía las piernas cruzadas bajo el cuerpo y miraba uno de los viejos carteles de una película de Octavio. Salomé se acercó y se sentó en silencio junto a él.

Él la miró; su mano derecha descansaba bajo su barbilla. Su rostro parecía tener mil años: un rostro liso que tenía la expresión de un adulto que había estado preocupado toda su vida. Mientras observaba a Rafael,

no pudo evitar pensar que, así como ella guardaba secretos, sus hijos también. Incluso Octavio podría estar ocultándole algo, todo en nombre del amor.

PARTE IV

61

Västerås, Suecia
Marzo de 1985

Habían pasado casi diez años desde que Samuel terminó su relación con Salomé. Sin embargo, en ocasiones, cuando entraba a una dulcería y olía el aroma a mazapán, no podía evitar pensar en ella. De vez en cuando, al comer solo en algún restaurante o al tomar café en una cafetería cerca de la plaza, pensaba haberla visto: su espesa melena de cabello negro, las pequeñas curvas de su cuerpo menudo, pero en segundos se había ido. En silencio lo agradecía, porque sabía que su vida era mucho menos complicada debido a eso.

Su consulta prosperó con los años. El flujo de inmigrantes sudamericanos en busca de asilo en Suecia continuaba. Muchos de ellos buscaban tratamiento con Samuel, a menudo por recomendación de pacientes anteriores. En la sala de espera se presentaban hombres y mujeres que huían de los países del bloque soviético, así como uno que otro refugiado de Irán o Medio Oriente.

Al principio, a Samuel no se le ocurrió cómo su trabajo con estos pacientes, a lo largo de los años, lo había ayudado a sanar sus propias heridas de infancia. Pero poco a poco, al escuchar las historias de estas

personas que habían huido de su tierra natal debido a la persecución política, se dio cuenta de que el testimonio de cada una estaba vinculado con el grueso de la humanidad. Los temas eran universales: pacientes que habían perdido a seres queridos, pacientes afectados por la culpa del sobreviviente y pacientes enojados contra su patria por haberlos abandonado.

Los recuerdos dolorosos al haber huido de Francia y sentirse impotente para evitar el deterioro de su madre disminuyeron poco a poco. Ahora sentía una tremenda satisfacción por ayudar a que sus pacientes se reconciliaran con su pasado, y esperaba que la transición de ellos a la vida sueca fuera un poco más fácil con él como su terapeuta.

También sentía una satisfacción similar con su vida de familia. Kaija siguió consintiéndolos a él y a su hija. Sabine trabajaba duro en la escuela y, aunque la niña era físicamente casi idéntica a su esposa, tanto él como Kaija reconocían que su personalidad era más parecida a la de Samuel. Tenía un intelecto curioso y siempre buscaba el consejo de su padre, ya fuera porque estaba estudiando la caída del Imperio romano o porque solo necesitaba ayuda con el estudio de las lenguas romances. Igual que él, amaba todo lo que tenía una historia detrás; amaba todo lo que tenía un pasado.

Sin embargo, a últimas fechas Samuel había empezado a sentirse físicamente mal. No le dijo a Kaija cuando empezaron los síntomas: los fuertes dolores estomacales, la falta de apetito, todo eso lo calló durante varias semanas. «No tiene caso preocuparla», pensaba. «Quizá tengo una úlcera. Solo tengo que bajar la carga de trabajo».

El color amarillento de su piel se hizo más intenso. Primero lo notó en la yema de los dedos, luego en una profunda mancha cetrina junto a la clavícula.

—Te ves exhausto —comentó Kaija una tarde—.

Incluso un poco amarillo... ¿Te sientes bien?

Aceptó que estaba cansado.

—No es nada de qué preocuparse. Quizá tenga una pequeña úlcera. Iré al hospital la próxima semana para que me hagan una radiografía.

Fue a una clínica cerca de su oficina, donde lo examinó un internista, un colega en cuya opinión confiaba. Con el rostro serio y la mirada fija en sus notas, el doctor escuchó las quejas de Samuel.

—Bien, haremos unas radiografías y unos exámenes de sangre para ver si hay algo ahí, Samuel. Te llamaré la próxima semana con los resultados.

El médico llamó dos días después; su voz era de una monotonía estudiada.

—Samuel, tu páncreas se ve sospechoso. Descubrimos algunas calcificaciones. —Hizo una pausa —. Creo que deberías venir para que hagamos una biopsia.

Samuel no respondió.

—¿Samuel? Sé que normalmente estas noticias las damos en persona. Pero, como colegas, pensé que querías saberlo lo antes posible. —El doctor intentaba en vano parecer animado—. Hagamos la biopsia de inmediato para ver qué hay. Será un procedimiento ambulatorio. Solo asegúrate de venir con tu esposa. No podrás manejar de regreso.

Samuel ignoró la última instrucción del doctor. No tenía intenciones de llevar a Kaija. No había necesidad de preocuparla sino hasta saber con exactitud cuál era el problema.

—¿Cuándo tengo que ir? —preguntó.

—Ven mañana. Ya te hice una cita con el radiólogo. A la una.

Samuel colgó el teléfono. Podía sentir que sus

manos temblaban; si no hubiera tenido ese ligero color amarillento, sabía que su piel sería muy parecida a la de su esposa, del color de la nieve.

No habló con su familia de los detalles del diagnóstico. En su lugar, la tarde siguiente volvió solo al hospital. Como si estuviera en trance, obedeció en silencio a las enfermeras que, con guantes en las manos, lo colocaron sobre la mesa de exploración. El crujido del papel blanco debajo de su espalda aumentaba su ansiedad. Sintió cómo le ponían un gel frío y azul en el abdomen, y el suave ronroneo del aparato de ultrasonido.

Despertó y vio al radiólogo que hablaba con su médico. Sus voces apagadas lo ponían claramente nervioso.

—Eso será todo —le dijo su médico cuando la enfermera le ayudó a ponerse de pie—. Te llamaré en tres días, cuando tenga el informe de patología.

El doctor le ofreció decirle a la recepcionista que llamara a la esposa del paciente.

—Ah, no —se apresuró a decir Samuel—. No pudo venir. Nuestra hija tuvo algo en la escuela. Si solo llamara a un taxi, me podré ir.

—¿Estás seguro, Samuel? —El rostro del doctor parecía mostrar sus sospechas.

—Sí, seguro. Por favor... solo un taxi.

Samuel se vistió y decidió esperar el taxi afuera. Para su sorpresa, el aire frío en sus mejillas lo refrescó. Su mente corría a toda velocidad. Los últimos tres días habían sido confusos para él. Todo había sucedido muy rápido. No pensó que las cosas serían tan graves, tan pronto.

Toda su vida predicó la honestidad. Había instado a Salomé que le dijera a su esposo qué le había pasado en Villa Grimaldi. Se sintió frustrado con Kaija cuando supo

que ella había callado la noticia de que ya no podría tener hijos. Y ahora aquí estaba él, haciendo exactamente lo mismo. Pero quería conocer todos los hechos antes de preocupar a su familia con la difícil realidad. El médico le había dicho que lo sabría en tres días. Así, durante tres días de tortura, Samuel Rudin esperó.

—Ya tengo tu informe de patología, Samuel. Muestra un cáncer de páncreas primario.

Samuel permaneció un momento en silencio. Tenía muy claro lo que significaba ese diagnóstico.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Me temo que el ultrasonido mostró que la metástasis ya llegó al hígado.

Samuel permaneció callado. Sabía que esto quería decir que, en el mejor de los casos, solo tenía pocos meses. Se sintió débil, como si sus rodillas fueran a flaquear. Puso una mano sobre su escritorio y con la otra sujetó el auricular con fuerza.

—Como sé que sabes, una vez que hay metástasis ya no eres candidato para un procedimiento curativo. —El doctor hizo una pausa—. Pero, si fuera necesario, podríamos ofrecerte una cirugía paliativa.

Samuel asintió. No le quedaban palabras. No había nada optimista en el diagnóstico. Eso lo hubiera sabido incluso si fuera estudiante de medicina de primer año.

—No voy a vivir para ver el próximo año —dijo Samuel pensando en voz alta.

El doctor titubeó.

—Samuel, lo siento. —Su voz estaba llena de compasión.

—Yo también —murmuró Samuel—. Yo también.

Esa noche, Samuel decidió volver a casa caminando. Los tres kilómetros desde el hospital fueron agotadores, pero necesitaba tiempo para reflexionar.

Al principio pensó que, después de la cena, le diría a Kaija y a Sabine cuál era su condición. Pero lo reconsideró en cuanto entró en su hermoso hogar tranquilo y vio sus dos rostros deslumbrantes.

No quería que su esposa y su hija lloraran por él. No quería que sufrieran y padecieran por su enfermedad. En su lugar, deseaba que sencillamente aceptaran que todos debemos morir, solo que su muerte llegaría antes de lo que todos esperaban.

Toda su vida Samuel se había enorgullecido de ser la persona que consolaba a los enfermos, que lograba que la gente se reconciliara con su pasado y les ayudaba a enfrentar el futuro. Siempre se había deleitado de ser esa persona. Lo desconcertaba pensar que pronto quedaría relegado a ser alguien que necesitaría consuelo. Sabía lo que le esperaba: adelgazaría, su tez se tornaría cetrina y la esclerótica del ojo se pondría amarilla, color mostaza. Podía ya sentir cómo su estómago se consumía, y eso solo empeoraría con el tiempo.

Se preguntaba cómo podría decirle a su familia que no quería que sus últimos meses lo consintieran y le dijeran que «lo tomara con calma». ¿Cómo podía dejar claro que no quería someterse a los tratamientos dolorosos y exhaustivos que no podrían curarlo, sino que solo alargarían unas semanas (a lo mucho) su próxima existencia patética?

No dijo nada de su diagnóstico durante algunos días más. Se sentaba a la mesa y acomodaba la comida en su plato para que pareciera que había comido. Iba a su despacho y pasaba unas horas leyendo las revistas

mensuales con música clásica de fondo para guardar la apariencia de normalidad. Revisaba las cerraduras de las ventanas para asegurarse de que estaban bien cerradas, como de costumbre. Por último, después de tomar las pastillas de morfina que el médico le había recetado unos días antes, se acostaba y abrazaba a su amada esposa.

Ella dormía tranquila entre sus brazos. Su cabello rubio empezaba a mostrar los primeros signos de gris en la coronilla. Tan solo un mes antes había hecho un comentario sobre las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y las pequeñas marcas en la comisura de los labios. Él le dijo que no se preocupara. Lo que quería decirle ahora lo debió decir entonces: que nunca había sido más bella, que deseaba poder verla en treinta años, cuando todo su cabello estuviera canoso y su piel como papel de arroz, que siempre la amaría.

Los enfermos tienen algo de nobleza: nunca quieren molestar a nadie. Pero cuando pasó aproximadamente una semana, Samuel se dio cuenta de que no podría mantener en secreto su enfermedad por más tiempo, y de que su final no sería discreto.

Su ictericia ya había aumentado y Kaija seguía instándolo a que fuera a ver al médico. Temía que tuviera hepatitis o un padecimiento del hígado. Él empezó a usar pijama para ocultar sus costillas salientes y un estómago que parecía cóncavo por haber perdido el aire.

No tenía más opción que decirles. Así que canceló sus citas de la tarde y pasó el día sentado en su despacho, tratando de pensar en la mejor forma de darles la noticia.

Esa tarde llegó a casa temprano. Su cabello negro estaba mojado por el sudor alrededor de las sienes, y sus

párpados parecían cansados y pesados sobre sus ojos castaños cálidos.

—¡Entra, mi amor, hace frío! —dijo Kaija haciendo un gesto—. Sabes que no te has sentido bien últimamente. ¿Qué haces caminando a casa en lugar de tomar el autobús?

Ella le quitó el abrigo y lo colgó en el perchero de la puerta.

—La cena estará lista en unos minutos. ¿Por qué no subes y ayudas a Sabine con su tarea de español? Me ha estado molestando todo el día para que le pregunte los verbos.

—Está bien, pero más tarde necesito hablar con ustedes dos —dijo.

—¿Qué tal después de la cena, mi amor? —dijo Kaija. Ya había vuelto a la cocina y estaba ocupada con el horno.

—Está bien —respondió en un suspiro.

Se sentía como si estuviera en trance. Le parecía que todos sus movimientos se desarrollaban en cámara lenta. Levantó su portafolio y subió las escaleras muy despacio.

—¿Papi? ¿Eres tú? —lo llamó Sabine—. ¿Me puedes ayudar con estos verbos antes de la cena? Mamá dijo que tú lo harías mejor.

Samuel apenas había terminado de subir las escaleras, cuando vio el rostro de ojos brillantes de su hija de trece años, que se asomaba por el umbral de su recámara.

—Claro, *älskling*. Solo voy a dejar mis cosas.

Caminó por el pasillo hasta su despacho y prendió la luz. Su oficina era un refugio; ahí podía escuchar su música, saborear una taza de té y escribir en sus diarios sin que lo molestaran. Las paredes carmesí estaban abarrotadas de diplomas, su certificado de residencia y unos cuantos mapas que apreciaba mucho.

Olía a libros. Siempre había amado ese aroma porque tenía la capacidad de calmarlo. Hasta ahora, cuando todo lo que antes le había brindado tanto placer de pronto le parecía que no tenía sentido. Solo quería estar con su esposa y con su hija.

Fue a la recámara de Sabine y, por primera vez, observó muchas cosas que antes no había advertido. Sentado en la cama, vio las colecciones infantiles de cerámica; sus muñecas; los álbumes de calcomanías y los *souvenirs* que llenaban los estantes.

Mientras la ayudaba con la tarea de español, anhelaba saborear estos últimos momentos valiosos entre ellos. Él le sugería un verbo y ella lo conjugaba. Sabía que su hija había pasado todo el día tratando de memorizar los distintos tiempos verbales, pero para él fue difícil concentrarse. Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar estallar en llanto.

El deseo de querer envejecer con su esposa era igual de intenso que su deseo de ver a su hija convertirse en una mujer, casarse y tener sus propios hijos. Ya no podría compartir eso con ellas; nunca vería esos momentos importantes en la vida de su familia. Cuando volvió a su despacho y se quedó solo, ese sentimiento lo devastó.

El estómago le ardía y sentía que le clavaban alfileres en el intestino delgado. Cortó la comida sin propósito, tenía un nudo en la garganta. No sabía cómo sería capaz de formular las palabras que necesitaba expresar.

—Tengo cáncer.

Permaneció con la mirada en su plato hasta que las palabras hicieron su efecto.

—¿Qué? —exclamó Kaija, dejando caer el tenedor de la mano.

El sonido de porcelana descascarada sonó en el aire.

—Fui a ver al médico, como lo prometí, y... no es una úlcera.

Tanto Kaija como Sabine lo miraban fijamente. Sintió el peso de su mirada. Cuando alzó la cabeza, vio que estaban tan pálidas como la cáscara de un huevo.

—¡Papi! —gritó Sabine—. ¿Qué estás diciendo? ¿Vas a estar bien?

—Sí, Samuel... ¿qué quieres decir? —La voz de Kaija se quebró y no pudo decir nada más.

—Parece que tengo cáncer de páncreas.

La habitación quedó en silencio.

—No quería decírselos así... —Su voz era débil, se sentía mareado.

—¿Cáncer de páncreas? —murmuró Kaija. De nuevo, las palabras se le atragantaban en la garganta. Se cubrió la boca con los dedos—. Dios mío, Samuel, Dios mío.

Esa noche, Kaija sollozaba en sus brazos. Samuel trató de explicarle la gravedad de su enfermedad y la inutilidad de cualquier tratamiento.

—No, no —insistió ella—. Debemos tener esperanza. ¡Sí hay tratamientos, estoy segura! ¡Debes…! ¡Debemos luchar!

—No, Kaija —dijo con firmeza—. No hay nada. Los tratamientos disponibles solo serán dolorosos y me debilitarán más. Quiero... —titubeó—. Necesito vivir los siguientes meses lo más apegado posible a la manera en que he vivido toda mi vida.

Ella sacudió la cabeza.

—¡No entiendo, Samuel! No entiendo. ¿No prefieres vivir unas semanas más y pasar el tiempo con Sabine y conmigo? ¿No eliges la vida a cualquier precio?

—No. Francamente, no.

—¡No te entiendo! Después de todo lo que hemos

vivido, ¿cómo puedes darte por vencido sin luchar? —gritó, hundiendo el rostro en la almohada y los dedos en el colchón—. Eres un egoísta, Samuel. ¡No piensas en cómo se sienten tu esposa y tu hija!

—Kaija —dijo en un murmullo, sacándola del capullo de sábanas revueltas y montañas de almohadas —, necesito vivir, vivir en serio, no solo retrasar mi muerte. Quiero recordar todo, no pasar mis últimos días en un sueño de morfina. Necesito... conocer la diferencia entre tu rostro y una nube de humo.

Ella podía sentir las lágrimas de Samuel mientras su rostro se apretaba contra el velo de su camisón, y pensó que esa noche ambos se ahogarían en la tristeza que inundaba la habitación.

62

Västerås, Suecia
Mayo de 1985

Samuel presionó a Kaija para que fueran juntos a Mikkeli, el pueblo en Finlandia que bordeaba el bosque donde ella había nacido. Durante años había querido ir con ella al lugar donde nació.

—Visitaremos la tumba de tu madre —le dijo mientras estaba recostado, envuelto en sus brazos—. Antes de irme, quiero ver el cielo pálido y los edificios color azafrán de Helsinki. Quiero caminar por el bosque careliano y nadar en los lagos helados y profundos.

Kaija siempre se había resistido. Su madre estaba muerta, y su padre y sus hermanos eran unos desconocidos. Después de que su padre sueco la recuperó, ella juró que jamás volvería al país que, en su mente, la había abandonado.

Ahora, con los pocos meses que le quedaban de vida, Samuel insistió aún más.

—Llevaremos a Sabine. Ya es adolescente, y debería verlo —le dijo a Kaija.

Tan solo tres años antes fueron todos a París, de donde venía su familia. Y ahora insistía en hacer lo mismo con la tierra natal de Kaija.

—Los niños deben saber cuáles son sus raíces —explicó a su esposa—. Y para ti es importante regresar

—agregó con firmeza.

—Nada de esto debería tratarse de mí, Samuel —dijo.

Él le sonrió y sus labios se quebraron como pergamino viejo.

—No, Kaija, se trata de *nosotros*.

Lloró en los brazos delgados de él. Ahora tenía un olor extraño. Había empezado a usar colonia en un intento inútil por ocultar el olor fétido de la enfermedad que transpiraba por los poros.

Kaija advirtió que un borde rosado delineaba sus ojos, como los de un recién nacido, y recordó el aspecto de Sabine la primera vez que la tuvo en sus brazos. Su cabecita estaba cubierta de una pelusa suave, sus párpados hinchados estaban marcados por venas finas. Kaija pensaba lo extraño que era que una enfermedad pudiera reducir a un adulto a la imagen de un bebé. Cuando veía a su esposo cubierto de capas de ropa de algodón, con el rostro encogido y amarillento, y los ojos hinchados, sentía que lo veía como había sido de bebé.

En otros momentos, él le recordaba que seguía siendo todo un hombre. No quería que lo consintieran, no quería que le tuvieran lástima.

—Hay cosas que quiero hacer —insistía—. Quiero comer ostiones de Bretaña. Esos grandes gris-azulados que comía cuando era niño y vivía en París. Quiero probar el sabor del agua salada mientras los sorbo de su concha.

—Podemos hacerlo, mi amor —prometía Kaija entre lágrimas.

—Quiero ir a Finlandia contigo —insistió—. Quiero bailar bajo el sol del solsticio, cuando a medianoche el cielo se ilumina de blanco.

—Claro. —Le apretó la mano.

—Y quiero ir a tu pueblo de origen y ver dónde naciste. Quiero ir a la iglesia donde está enterrada tu

mamá. Sobre todo, quiero que tú hagas las paces con su recuerdo. Es importante, Kaija.

Ella lo miró desconcertada.

—Samuel, hace mucho tiempo que hice las paces, cuando tú y yo empezamos nuestra propia familia.

—Eso no es hacer las paces, Kaija. Es empezar de nuevo.

—Tú y Sabine son mi familia. Cualquier otra persona que siga por ahí me es desconocida.

—Iremos juntos. Los tres. Sé que, si no insisto ahora, nunca irás.

—Lo haré, Samuel. Te lo prometo. —Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas.

—No, quiero estar ahí. Quiero ser yo quien te apoye cuando por fin visites la tumba de tus padres. —Hizo una pausa—. Tampoco quiero que vayas a un cementerio y pienses en mí. Todavía no.

—Oh, Samuel —exclamó en sollozos mientras se abandonaba entre sus brazos—. ¿Por qué nos pasa esto a nosotros? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué Dios nos hace esto?

Acarició su cabello rubio; ella siempre le había parecido tan frágil. Incluso enfermo, se imaginaba mucho más fuerte que ella.

—Siempre estaremos uno para el otro, mi amor. Lo prometo. —Calló de nuevo—. Pero ahora deberíamos concentrarnos en vivir los meses que tenemos por delante.

En junio viajaron por tren a Estocolmo y luego tomaron un ferri a Finlandia. Samuel estaba débil por la falta de apetito. Sus brazos adelgazados estaban envueltos en dos capas de suéteres, a pesar del calor estival. Una bufanda de lana estampada cubría su cabeza.

—No recuerdo el camino a mi casa —le dijo ella.

—No te preocupes, Kaija —respondió extendiendo la mano para tomar la de ella—. Encontraremos la manera de llegar.

Los tres pasaron dos días visitando Helsinki antes de tomar el tren a Carelia.

—Me pregunto si la estación de Mikkeli será como la recuerdo —dijo Kaija en voz alta—. Verde claro con bordes blancos, y el viejo reloj de hierro junto a la taquilla. Lo puedo ver con claridad...

Al bajar al andén, Kaija sintió como si volviera a ser la niña finlandesa de la guerra. Recordó el abrigo azul cielo que llevaba cuando la recibió la mujer de la Cruz Roja y la llevó con su familia.

Los esqueletos de la guerra aún estaban en la ciudad. La orgullosa estatua del general Mannerheim, el monumento a los soldados caídos, los trenes de carga que transportaron municiones al frente para pelear contra los rusos, ¿eran los originales o réplicas? Kaija se preguntó al ver los trenes de color café que seguían en el patio ferroviario.

—Mi familia vivía más lejos —dijo recordando, al tiempo que miró y sonrió a Sabine y Samuel.

—Tal vez deberíamos preguntar la dirección exacta en el ayuntamiento, o pedir un mapa —propuso Sabine a su madre.

—No había direcciones —exclamó Kaija entre risas —. Vivíamos en el bosque, querida. No recuerdo exactamente dónde. Pero si seguimos el sendero, estoy segura de que al final nos llevará ahí.

—Papá se cansará mucho —murmuró Sabine a su madre mientras Samuel las observaba.

—Sí, lo sé.

—Pero podríamos rentar bicicletas para ir ahí. Tal vez en la tienda tienen bicis dobles y yo pedalearía por

papá.

Sabine entró en la estación y pregunto dónde podían encontrar bicicletas.

Las dos mujeres pedalearon por los senderos; Samuel estaba sentado detrás de su hija, quien lo llevaba como si fuera un saco de fruta magullada. Sus pies descansaban en los pedales; pasaron frente al lago Saimaa, el río y al interior del frondoso bosque. Casi dos horas después, Kaija se detuvo y miró, absorta, la extensión de los árboles.

—¡Era ahí! ¡Aquí es! ¡Lo recuerdo! ¡Nuestra casa estaba ahí!

Estacionaron las bicicletas y caminaron sobre la tierra suave; las abejas de verano revoloteaban sobre los arbustos de lavanda y lupinus silvestres.

Kaija podía ver la casa a la distancia, una cabaña larga y simétrica con paredes de madera y techo de barro cubierto de paja. No había nada distintivo en la fachada, salvo tres grandes ventanas con marcos beige pálido, adornadas con cruces diminutas.

Permaneció a unos metros de distancia un momento que pareció eterno. Durante todo el viaje desde Västerås, Kaija estuvo convencida de que no recordaría nada, que era muy pequeña cuando se había ido de ahí.

Pero los recuerdos de aquella niña de siete años que volvió por primera vez, después de una vida privilegiada en Suecia, la inundaron de pronto. Para su sorpresa, esta mujer madura de cuarenta y cinco años ahora pensaba lo mismo que la niña que bajó de la carreta de su papá: este era un lugar de una pobreza profunda y estrujante, donde el bosque se fundía con el fin del mundo, donde los altos y frondosos juníperos y pinos, y los esbeltos abedules blancos, daban refugio a un pueblo fuerte y orgulloso que no tenía mucho más que a sí mismo, los

lagos y la nieve.

Tanto el débil marido de Kaija como su hija estaban ahora a su lado. Y como peregrinos respetuosos siguieron a Kaija cuando avanzó hacia la casa en ruinas.

El sol de verano caía sobre el modesto refugio inundándolo con una luz cálida y brillante que iluminaba las amapolas silvestres, las bejarias y los tréboles japoneses rosados con un halo dorado.

—¿Puedes oler las flores, Kaija? —preguntó Samuel. Su voz evidenciaba el dolor, y sacó un frasco de morfina líquida del bolsillo de su saco—. Tienen un aroma maravilloso.

Kaija volteó a ver a Samuel, su sonrisa era tensa sobre su rostro amarillento. Se acercó a él y enlazó el brazo con el suyo; se dio cuenta de que ahora era mucho más delgado que el de ella. Le dio unas palmaditas en la mano manchada y respondió:

—Sí, Samuel. El olor es sublime.

Al interior, la casa estaba muy lejos de ser idílica. Años de negligencia habían hecho agujeros en las vigas y el piso estaba empapado con agua de lluvia. Aún se podían ver rastros de la vida de sus antiguos ocupantes en la ruina del abandono. Uno o dos tazones de cerámica astillados, una canasta de ramas de abedul, algunas espátulas y latas vacías alineadas en la rústica alacena.

Las ventanas estaban rotas, el encaje de las cortinas, que probablemente tenía como cuarenta años, ahora estaba hecho jirones, tiras frágiles cubiertas de ceniza.

—Debieron abandonarla hace años —dijo Kaija.

No quería pensar que su padre estaba muerto y enterrado al lado de la tumba de su madre. En cuanto a sus hermanos, supo que Viktor había muerto, pero no había escuchado nada de Olavi ni de Arvo desde que volvió a Suecia para siempre.

—Mis hermanos y mi padre dormían en esta habitación, cerca de la chimenea —explicó.

Unos clavos oxidados y algunas ramas crujieron bajo sus pies. Señaló una gran cama de madera y la invadió la imagen de los chicos durmiendo juntos, acurrucados contra la espalda del otro.

—Yo dormía en la habitación de atrás, sola.

Kaija caminó despacio por el lugar y recordó más cosas.

—Supongo que fue amable de parte ellos dejarme tener mi propia recámara. En ese entonces no lo aprecié. Solo me sentía sola.

—Pero para ti fue muy difícil, mamá.

—Y era difícil para ellos. Había llegado la niñita regordeta de una vida sin dificultades durante la guerra. —Kaija hizo una pausa—. Mis pobres hermanos. No me sorprende que fueran tan crueles conmigo.

Samuel se sostuvo con una mano del marco de la puerta y se acomodó la bufanda. Bajo la luz del solsticio de verano que entraba por los cristales rotos, parecía un asceta que acabara de llegar de un largo peregrinaje.

—Ya veo de dónde viene tu amor por los bosques y los lagos —le dijo a Kaija; luego miró el paisaje al otro lado de la ventana. Cientos de metros cuadrados de flores y enormes árboles exuberantes rodeaban la pequeña casa. Se preguntó cómo se vería bajo la nieve.

Samuel se puso un poco melancólico al darse cuenta de que nunca vería esto en otra estación del año. Quería ser de nuevo el padre que paseaba por las calles de Västerås con su hijita en el asiento posterior de su bicicleta, no al revés. Quería poder amar de nuevo a Kaija como lo hizo el primer año en Gotemburgo, con la misma virilidad y la loca temeridad que los había llevado al balcón del diminuto departamento, hambrientos de pasión. Pero también se daba cuenta de que necesitaba aceptar que aún había mucha belleza a

su alrededor. No quería pasar sus últimos días lamentándose por lo que nunca tendría.

—Te ves cansado, papi —dijo Sabine, interrumpiendo sus pensamientos—. Deberíamos regresar a la posada.

—Sí —murmuró—. Pero solo si tu madre está lista.

No querían apresurar a Kaija, quien ahora estaba en el centro de la pequeña casa de dos recámaras, donde creía que había nacido. Kaija imaginó a su madre pariendo en esa cama rústica de madera y sosteniéndola entre sus brazos por primera vez.

No tenía idea de que había nacido en el mismo lago que aún le alegraba el corazón. No sabía que su madre había llorado casi cada noche después de que se llevaron a Kaija la primera vez, ni que la corta vida de su madre terminó en el mismo lugar donde había empezado la de ella.

63

Mikkeli, Finlandia
Junio de 1985

La cúpula de cobre de la vieja iglesia parecía un cabujón verde recortado contra el cielo azul de Finlandia. Kaija no quería ir al cementerio, pero lo hizo por Samuel. En estos momentos, si Samuel hubiera querido cruzar a pie el Ártico, ella habría accedido, sin importar lo improbable que parecía para un hombre en su condición. No quería tener remordimientos; ya entendía lo que su esposo había tratado de explicarle. Antes de morir, tenía todavía algunas cosas que hacer en este mundo; entre ellas, asegurarse de que ella estuviera bien tanto física como emocionalmente. Si creía que visitar la tumba de su madre la ayudaría a sanar, ella lo haría.

El cementerio estaba impecable, lo que sorprendió a Kaija al principio, porque se preguntaba dónde viviría toda la gente ahora. Pensó en este pueblo orgulloso que había luchado por su independencia en esquíes, vestidos con uniformes que se camuflaban en la nieve.

La pequeña iglesia de madera con domo le recordaba la arquitectura de una iglesia rusa. Ella sabía que sus padres eran rusos ortodoxos porque recordaba la reliquia junto a la cama de sus hermanos. Y sabía que en

esta iglesia habían celebrado el funeral de su madre, porque su padre se lo dijo el primer día que regresó, en el invierno de 1948.

El cementerio estaba completamente lleno. Hileras de cruces de hierro se alineaban sobre la colina verde. Flores rojas marcaban las tumbas de los soldados caídos. Kaija empezó a caminar por el cementerio. Se inclinaba sobre cada tramo para leer los nombres en las tumbas, preguntándose si al final se toparía con una que dijera «Sirka Laasko» y, si lo hacía, habría otra adyacente con el nombre de «Toivo Laasko» grabado.

Fue Samuel quien al final encontró los nombres. Había caminado solo unos metros cuando descubrió ambas cruces de hierro, oxidadas por años de lluvia y nieve. Pero lo que no esperaba encontrar era otros dos nombres al lado de las tumbas de la madre y el padre de Kaija: Viktor y Olavi Laasko, los dos hermanos de Kaija.

—¿Los encontraste? —gritó Kaija; el borde de su vestido ondeaba con el viento.

Samuel permaneció en silencio unos segundos; su mente iba a toda velocidad, pensando en la forma en la que debía decírselo. Sus reflejos ahora eran más lentos y, antes de que pudiera hablar, ella ya estaba a su lado.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, cubriéndose los labios con dedos temblorosos—. Sabía de Viktor. Murió antes de que yo volviera a casa, y no tengo recuerdos de él. Pero, ¿Olavi también?

Sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas.

—Olavi y Arvo fueron por mí a recogerme al tren ese invierno, cuando volví —explicó con voz temblorosa —. ¿Cuándo murió?

Miró las fechas e hizo cuentas en su cabeza.

—1953… ¡Solo tenía diecinueve años!

Miró alrededor para ver si había una tumba para Arvo, pero no la encontró.

Samuel extendió los brazos para abrazar a su

esposa. La fragilidad del abrazo de su esposo solo aumentó su dolor.

—Samuel, no puedo con esto —dijo, señalando la extensión de las tumbas.

—Lo sé, Kaija. —Él también miró el campo de cruces de hierro y las flores—. Lo sé.

—Me siento aturdida, Samuel. Estas son las tumbas de mis padres y de mis hermanos, y casi no tengo recuerdos de ninguno de ellos.

Samuel tomó la mano de su esposa, podía ver sus ojos llenos de lágrimas.

—Durante años estuve enojada —continuó—. Creía que mis padres me habían abandonado porque era una carga para ellos durante la guerra. —Sacó un pañuelo y se enjugó los ojos—. Cuando Sabine nació y la sostuve en mis brazos, sentí tanto amor en mi corazón en ese momento. Pero conforme pasaron las semanas y me encariñaba cada vez más con nuestra hija, en silencio odié a mi propia madre.

Sus mejillas estaban bañadas en lágrimas y sostenía la mano temblorosa de Samuel con todas sus fuerzas.

—Sentía que nunca me habían amado —continuó temblando—. Porque ¿cómo pudo mi madre amarme si me parió, me sostuvo contra su pecho, me envolvió en sus brazos y aun así... me envió lejos? —Hizo una pausa y suspiró profundo—. Sé que yo nunca le habría hecho eso a nuestra hija, Samuel.

—Lo sé. Lo sé —dijo, tratando de tranquilizar a su esposa—. Pero había una guerra, Kaija. Y en la guerra nada es blanco o negro. —Inhaló profundo—. Te salvaron.

Samuel miró a Kaija y vio que tenía los ojos enrojecidos; su nariz delicada se movía ligeramente como los bordes curvos de una concha. Quería besarla, sujetarla y caer al piso, ambos flotando hacia las aguas de los lagos.

Ella asintió.

—Lo sé, Samuel, lo sé. —Volvió a mirar el mar de tumbas a su alrededor—. Ahora veo el sacrificio que hicieron por mí. Podría estar enterrada debajo de una de estas cruces de hierro, víctima de la hambruna o de una bala perdida.

Lloraba contra el pecho de su esposo, aferrándose a su camisa de algodón y tocando los botones con manos temblorosas. Él la apretó con más fuerza y le acarició el cabello.

—Has sido la madre más maravillosa para nuestra hija, la esposa más amorosa... —Sus labios estaban junto a su oído y ella podía sentir su aliento cálido en el cuello —. Tus padres hicieron lo que nosotros habríamos hecho, Kaija. Ambos sabemos que, independientemente de la gran pena que nos hubiera provocado, habríamos hecho cualquier cosa por evitarle dolor a nuestra hija. — La alejó un poco y miró sus ojos verdes—. Tus padres sacrificaron mucho cuando decidieron dejarte ir, pero lo hicieron porque te amaban.

Kaija alzó el rostro hacia el de Samuel, sus labios temblorosos dibujaron una leve sonrisa.

—Ahora puedo verlo —murmuró.

64

Västerås, Suecia
Julio de 1985

Sabine apenas podía mirar a su padre. Era como si viera el presagio de su muerte. Después de la escuela, subía a la recámara de sus padres y lo encontraba acostado en la cama, rodeado de sus libros, y al lado una charola de comida que apenas había tocado. Entre las sábanas blancas y almidonadas, su cabeza sobresalía, recargada en las almohadas que su madre había esponjado unas horas antes; tenía los párpados hinchados y el rostro demacrado. La piel deshidratada le colgaba sobre una protuberancia de huesos.

Los primeros días en que empezó a guardar cama, ella tomaba su mano; esos largos dedos cuyos nudillos estaban velados por unos cuantos vellos suaves. Pero ahora, el frío de sus manos era casi insoportable para ella. Quería frotarlas, sostenerlas entre sus palmas y masajearlas para darles vida. Pero no servía de nada.

Sabine no estaba con él la noche que murió. Kaija se quedó en el hospital; nunca se separaba de su esposo, le sostenía la mano que la había acariciado, amado, enjugado las lágrimas durante tanto tiempo. Sostenía sus manos entre las de ella; los ojos de Samuel estaban velados por el sueño y nublados por los analgésicos. Ella también había cerrado los ojos, reprimiendo las

lágrimas, para recordarlo como él hubiera querido. Ese primer día en Gotemburgo, cuando ella lo dibujó de perfil y le maravilló su piel morena y sus espesos rizos negros. Él era el hombre que estaba a su lado, no el impostor esquelético que dormía en una cama de hospital, cuya piel olía a amoniaco.

No se dio cuenta del momento exacto en el que la dejó. No podía recordar la última vez que sintió su mano caliente. Pero cuando llegó la enfermera, le puso una mano sobre el hombro y le murmuró que su marido había fallecido, ella se quedó paralizada. Pensar que él nunca volvería físicamente, que ella tendría que vivir su vida a base de recuerdos, era demasiado doloroso.

—Samuel, Samuel —susurró una y otra vez, hasta que ya no tuvo más energía para hablar.

Casi un mes antes había dejado de usar el crucifijo porque se sentía traicionada.

En uno de sus últimos momentos de lucidez, cuando ella estaba inclinada sobre Samuel, él se dio cuenta de que no lo llevaba.

—¿Dónde está tu collar? —preguntó. La bata blanca del hospital acentuaba su rostro parecido al de un monje.

—Me lo quité, Samuel.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó, levantando los dedos color azafrán hasta el escote de ella.

—Bueno, es evidente que no me ha traído... —Hizo una pausa para corregirse—. Es evidente que no nos ha traído mucha suerte, ¿no?

—La suerte no existe. La superstición no tiene credibilidad.

Ella vio que, aunque sus labios estaban agrietados, hacía un esfuerzo por sonreír. Kaija le dio unos pedacitos de hielo; los colocó con cuidado en su boca.

Los ojos de Samuel brillaban, parecía no darse cuenta de la morfina que caía gota a gota en su delicado antebrazo amarillento, cuyas manchas azules lo hacían parecer un plátano magullado.

—Pero la fe es importante, Kaija —agregó, extendiendo los dedos para tomar los de ella.

Cerró los ojos un momento cuando su esposa tomó su mano y la apretó entre las suyas.

—Perdí a mis padres, Kaija. También perdí a una familia entera: primos, tías, tíos... Todos ellos murieron en la guerra. —Calló y trató de humedecer sus labios agrietados con la lengua—. Y sí, yo moriré pronto. Sin embargo, tengo fe.

—¿Qué fe, Samuel? —preguntó ella, negando con la cabeza; por sus mejillas rodaban lágrimas—. ¿Qué fe? En casa nunca practicamos ni el cristianismo ni el judaísmo. ¡Quizá por eso nos están castigando!

—¿Castigando? No lo creo, mi amor. Tengo fe en que tú y yo siempre estaremos juntos. Que incluso en la muerte no podrás deshacerte de mí. —Trató de reír; la piel alrededor de sus ojos castaños se arrugó cuando apretó la mano de su esposa—. Tengo fe en que mi hija crecerá para convertirse en una mujer de gran fortaleza y carácter... como su madre. Tengo fe en que sabrá distinguir el bien del mal, en que las lecciones que le enseñamos a lo largo de los años la guiarán y que nos hará sentir orgullosos.

Sin embargo, fue incapaz de decir en voz alta una última cosa, así que lo hizo en silencio. En ese valioso momento de tranquilidad del moribundo, reconoció a la única otra mujer que fue parte de su vida, aunque por poco tiempo, aparte de su esposa y de su hija. Sin formular un sonido, en un diálogo entre él y su Dios, Samuel pidió perdón. Rezó por que Salomé fuera feliz, que hubiera encontrado la paz consigo misma y con su familia.

Kaija tuvo que decidir si enterrar a Samuel en el cementerio judío de Estocolmo o en el de la iglesia de Västerås. Él nunca dijo qué hubiera deseado, así que la decisión final era suya: enterrarlo en la tradición de sus ancestros o en un cementerio cristiano, cerca de su esposa y de su hija.

Sabía que el cementerio judío no permitiría que ella y Sabine fueran enterradas junto a Samuel. Ninguna de las dos se había convertido al judaísmo. Si Samuel se lo hubiera pedido, ella lo habría hecho. Pero enterrar a Samuel en un pastizal lleno de cruces de hierro y estatuas de ángeles tampoco le parecía correcto.

Al final eligió el cementerio de la iglesia. Aunque las cruces fueran incongruentes con la fe de Samuel, creía que él tampoco habría querido separarse de ella en la muerte. Que, como hombre y mujer que durmieron uno junto al otro en vida, descansarían juntos en la muerte.

De este modo, Kaija y Sabine enterraron a Samuel en una loma cubierta de hierba recortada contra el oscuro cielo nórdico.

Al funeral asistieron más de cincuenta personas, muchas de las cuales Kaija y Sabine nunca habían visto antes, y cuyos rostros se difuminaban bajo la lluvia. Madre e hija pusieron flores rojas sobre el montículo de tierra fresca y luego se dirigieron despacio al coche.

A la distancia, no advirtieron a la mujer de cabello oscuro, vestida con un abrigo negro y una bufanda verde lima que esperó hasta que ellas se fueron. Besó las azucenas que llevaba y las colocó con cuidado sobre la tumba de Samuel.

65

Västerås, Suecia
Septiembre de 1994

Cada fotografía, cada regalo que ella le había hecho y que él se llevó a Suecia, lo puso en cajas que almacenó. Incluso la vieja bolsa de seda que ella había bordado para él hacía tantos años, la empacó y la alejó de su vista. Firmó los papeles del divorcio cuando llegaron por correo y nunca trató de concertar una reunión con ella para hablar de la disolución de su matrimonio. Se sentía tan vacío, tan humillado que, por primera vez en su vida, no tenía palabras.

Octavio había aceptado un empleo como proyeccionista de películas porque pensaba que, de todo lo que le habían ofrecido, era lo más apropiado. Reconocía que disfrutaba sentarse detrás de los carretes bobinados y ver a otro hombre representar el papel de amante, héroe o artista. En este momento de su vida era más fácil sentarse ahí y mirar a alguien hacer toda la actuación. Octavio sabía que ya había jugado el papel más importante en su vida, hacía casi veinticinco años, y nunca más nada sería tan significativo para él. En ese entonces ni siquiera contaba con un guion, pero había jugado su papel con todo su corazón al convencer al

padre Cisneros para que lo ayudara a rescatar a Salomé.

Ahora que tocaba la película estadounidense con el dedo, la cinta delicada y translúcida, Octavio sonreía. Cargar una bobina tras otra para una sala llena de adolescentes suecos inquietos le brindaba una extraña tranquilidad. Estaba pasando sus años de adulto maduro como una suerte de voyerista; un observador de todo lo que lo rodeaba, sin formar parte de nada.

Después de que él y Salomé se divorciaron, en algunas ocasiones pensó decirle cómo había convencido al sacerdote para que lo ayudara, y cómo juntos convencieron al general Martínez para que la liberara. Pero al final decidía no hacerlo. Así que ahora había vuelto al punto en el que conoció a Salomé por primera vez: amándola y admirándola de lejos.

Sin embargo, era diferente a aquel joven que observaba a la hermosa chica de diecisiete años desde su balcón, hacía tantos años. En ese entonces veía al mundo como un lugar bueno, donde las personas de corazón puro podían vivir y amar. Pero con el tiempo había visto cosas que lo cambiaron para siempre. Esos hombres dentro de la camioneta negra, ensangrentados y golpeados, bastaron para garantizarle pesadillas recurrentes. No podía siquiera imaginar lo que le habían hecho a Salomé.

Al final se había cansado de intentar fingir que todo volvería a ser como antes, que con algunas palabras almibaradas y unas cuantas oleadas de besos para Salomé podría borrar todo lo que había sido tan terrible.

Ahora veía con mayor claridad. Quizá se debía a la reflexión que brindaba la madurez o a que, después de vivir solo todos estos años, ahora podía ver los errores que había cometido. Fue un cobarde al no poner las cartas sobre la mesa entre él y Salomé. Se preguntaba qué habría pasado de haber permitido que se derrumbara todo, sin intentar constantemente arreglar

las cosas antes de que se vinieran abajo, si estarían juntos ahora.

Desde el divorcio habían conservado la amistad, no solo por el bien de los niños, sino por ellos. Salomé no podía abandonar a Octavio por completo. Estaban vinculados por algo más fuerte que el matrimonio. Así que, aunque hubieran fracasado en encontrar una manera de solucionar sus problemas, Salomé seguía siendo el gran amor de su vida.

En una ocasión trató con todo su corazón de olvidarla. No podía creer que ella lo hubiera dejado salir de la casa sin pedirle que volviera. Había pensado que lo seguiría, que correría tras él, que le echaría los brazos al cuello y le diría que lamentaba haberlo aislado. Pensó que ella jamás dejaría que él se fuera así, sin más.

Pero esos eran los días en los que él creía que su vida era el reflejo de un guion de cine, en el que el final feliz estaba asegurado porque, ingenuamente, creía que el amor conquistaba todo.

Cuando ella no lo siguió se sintió tan lastimado que prometió nunca más volver. Trató de olvidarse de ella; empacó e hizo a un lado todos los recuerdos que tenía de Salomé.

En algún momento incluso intentó salir con otras mujeres. Pero, por más que quería olvidarla, no podía fingir interesarse por una mujer que, era evidente, no le llegaba a los talones a Salomé. Poco a poco, conforme pasaron los años, aceptó la propuesta de amistad de su exesposa. Se dio cuenta de que era tonto de su parte fingir que podía sacarla de su corazón. Era la madre de sus tres hermosos hijos. Era su primer y único amor.

Decidió esperarla, como había hecho tantas veces cuando bailaban tango en la sala. Cuando la soltaba para que ella pudiera girar y él permanecía ahí, esperándola con la mano extendida.

66

Västerås, Suecia
Noviembre de 1998

Durante todos esos años, con frecuencia Salomé repasaba en su mente el día que Octavio se fue de la casa. Sabía que él había deseado que ella lo detuviera y que le dijera que también quería que su matrimonio funcionara. Que no dejarían que lo que había pasado en Chile los separara y destruyera su amor.

Pero en ese momento fue incapaz de hacerlo; sus vidas se habían separado demasiado desde que llegaron a Suecia. Salomé también sentía un profundo deseo por empezar sola la siguiente etapa de su vida. Como le había sugerido Samuel, necesitaba encontrarse de nuevo, y pensaba que la mejor manera de lograrlo era por sí misma.

Pasó los primeros años como madre soltera, dedicándose de nuevo a las cosas que para ella eran más significativas: sus hijos, sus libros, sus colecciones.

Se dio cuenta de que, desde que llegaron a Suecia, ella había sido menos una madre para Rafael y las niñas. Así que lo primero que hizo cuando se separó de Octavio fue tratar de familiarizarse de nuevo con sus hijos. Dedicaba más tiempo a proyectos creativos con ellos y les ayudaba con sus tareas. Les aseguró que siempre estaría para ellos si querían hablar de sus problemas

para adaptarse a su nueva vida en Suecia.

Las niñas le dijeron que extrañaban su comida favorita, así que Salomé empezó a cocinar de nuevo; llenaba la casa con los aromas que les habían sido familiares en la cocina en Chile. Se aventuró a salir de su vecindario y encontró mercados donde vendían los ingredientes que buscaba: manojos de ajos, chile verde y rojo, cilantro y menta.

Compraba flores, incluso en invierno, y las ponía donde sus hijos menos las esperaban. Un estante del baño podía tener ramilletes de fresias, o la parte alta de un librero podía tener un jarrón lleno de anémonas rojas y azules.

También volvió a coleccionar cosas, como lo había hecho en la Casa Rosa. Componía objetos rotos que otros descartaban, y los colocaba en grupitos. Sus «pequeñas familias», las llamaba. Cuando los arreglaba en el departamento, les recordaba a sus hijos que incluso las cosas rotas necesitaban un hogar.

En un gesto por afianzar su nueva independencia, y para continuar con sus intereses académicos, Salomé aceptó la invitación del gobierno para aprender sueco y se inscribió en una escuela cercana. Ahí conoció a otros refugiados y se hizo amiga de unos cuantos sudamericanos cuyas historias no eran muy distintas de la suya.

Por las noches, después de meter a los niños a la cama, estudiaba a la luz de la lámpara y aprendía la mecánica del idioma del país que finalmente aceptó como hogar.

Amaba esos momentos, cuando abría sus libros, sacaba punta a sus lápices y los acomodaba frente a ella, igual que hacía en su escritorio del convento. Al terminar el curso intensivo de un año del idioma sueco,

se inscribió en una universidad local y empezó a estudiar a los clásicos, un sueño de toda la vida. Retomó el estudio del latín, del griego, poesía clásica, e incluso historia del arte.

Durante sus estudios, algunos hombres en la universidad la invitaron a salir. A veces aceptaba. Incluso tuvo uno o dos amantes en esos años, esperando encontrar la plenitud que buscaba. Pero, al final, su necesidad de aceptación física nunca superó el desapego emocional con esos hombres. Poco a poco se dio cuenta de que en ellos buscaba compañía, no un gran amor.

Con los años, Salomé comprendió que ningún otro hombre podría rivalizar con la generosidad y gentileza de su exmarido, y muy pronto empezó a extrañar lo que ella y Octavio tuvieron alguna vez. Añoraba sus conversaciones, su cercanía y la historia que habían compartido antaño. Sabía que los niños también extrañaban a su padre; así, poco a poco empezó a hacerle propuestas de amistad. Al principio él se resistió, pero al final su orgullo y testarudez empezaron a disiparse.

Con el tiempo, cuando sus pequeños amoríos terminaron y Salomé empezó a asentarse cómoda en su papel de madre soltera y estudiante de medio tiempo, se sorprendió pensando en Octavio con mayor frecuencia. Incluso se preguntó si había cometido un error al divorciarse de él. Nunca se arrepintió de lo que había sucedido con Samuel ni de dejar que Octavio se fuera para que ella pudiera reconciliarse con lo que le había pasado. Pero a veces se preguntaba si, de haberse separado solo por un tiempo corto, al final la relación se hubiera salvado y no hubieran tenido que divorciarse.

No obstante, a pesar del divorcio, seguían siendo todos una familia. De hecho, terminó confiando en su exmarido más de lo que hubiera querido admitir. Octavio siempre estaba ahí cuando ella lo necesitaba, ya

fuera como una voz comprensiva al otro lado del teléfono o una mano servicial cuando necesitaba ayuda con algo en el departamento. Salomé había llegado a darse cuenta de que su amor, con todas sus fracturas y fisuras, había perdurado.

Ahora, cuando finalmente iba a graduarse y había logrado su objetivo de ser capaz de traducir los poemas de Catulo, pensó en la promesa que le hizo a él la noche de su boda; después de que él le regalara un libro sobre los Fayum, ella prometió aprender los poemas en su idioma original. Ese recuerdo la inundaba de nostalgia. Le parecía que había sido apenas ayer y, al mismo tiempo, toda una vida atrás. Se acercó al librero y encontró el ejemplar; lo abrió en la primera página y pasó la palma de mano sobre la inscripción.

«Para mi preciosa Fayum», decía con una caligrafía nítida, «Que siempre pueda posar mi mirada en ti».

Vencida por la emoción, Salomé se enjugó las lágrimas. La resolución de las palabras de Octavio la emocionó profundamente. Sus dedos delicados, casi por instinto, rozaron su pecho, delineando su corazón.

67

Västerås, Suecia
Noviembre de 1998

Había hablado con tal urgencia por teléfono que él se apresuró a llegar lo más pronto posible. Las luces de las calles de Västerås iluminaban la tarde gris con destellos cálidos y doradas. Hundió la barbilla en su bufanda y caminó rápido por las calles empedradas, el sonido de sus pisadas en el pavimento mojado se amortiguaba en los ocasionales charcos de hojas empapadas.

Ella lo recibió con un cálido abrazo, su suave cabello suelto rozó su cuello cuando ella se acercó. El olor de su departamento de inmediato lo devolvió a Chile: el aroma del eucalipto y menta silvestre se mezclaba con el de mazapán que ella había dejado a medio comer en la cocina.

—Gracias por venir tan rápido —dijo al hacerle un gesto para que se sentara.

—Claro —respondió.

Le llevó una taza de té y, mientras él tomaba asiento, ella abrió la carta.

—Quiero que leas esto —dijo extendiéndola hacia él.

Parecía sorprendido y la tomó de su mano. No dijo nada mientras leía cada palabra con cuidado.

Después de varios minutos, puso la carta sobre la

mesita de centro.

—¿Qué vas a hacer, Salomé? —preguntó amable.

—Todavía no sé —respondió negando con la cabeza.

Octavio permaneció en silencio. Tomó la taza de té y se calentó las manos con la cerámica.

—Ha pasado tanto tiempo, y aunque me siento lo suficientemente fuerte para testificar, me preocupa desenterrar algo que pudiera alterar a nuestros hijos. —Dudó un momento y agregó—: Tampoco me gustaría alterarte a ti.

Le conmovió que tomara en cuenta sus sentimientos.

—Salomé, no tienes que preocuparte por mí. Si quieres dar tu testimonio, yo te apoyo por completo. Dios sabe cómo me gustaría ver que declaren culpable al bastardo responsable de estos crímenes.

Ella sonrió y miró sus manos, entrelazadas sobre su regazo.

—En cuanto a nuestros hijos —continuó—, yo podría explicarles la carta y preguntar qué piensan; pero ya son mayores, y no dudo de que quieran ir si tú así lo deseas.

—Sí, lo sé, Octavio. —Subió las piernas y se sentó sobre ellas—. Pero *¿quiero* rememorar esos viejos recuerdos? He pasado toda mi vida tratando de dejarlos en paz, de avanzar con mi vida y olvidar las desgracias del pasado.

Cuando usó la palabra «desgracias», Octavio no pudo evitar hacer una mueca.

—Cualquier cosa que decidas hacer, quiero que sepas que los muchachos y yo te apoyaremos de manera incondicional.

Salomé sonrió y se echó hacia atrás los rizos negros que caían sobre su rostro, para mostrar sus pómulos aún delineados y los brillantes ojos castaños que, con la

edad, se habían vuelto aún más intensos.

—Sé que *debería* hacerlo —dijo en voz baja—. Pero es tan difícil volver a abrir ahora esa parte de mi vida, después de tantos años.

Octavio asintió, su rostro se suavizó tras la nube de vapor.

—Pero también me doy cuenta de que hay miles de otras personas que ya no están vivas para dar su testimonio. Así que no es tanto para justificar mi propia experiencia, sino para honrar a quienes no pueden hablar hoy por ellos mismos; lo correcto, lo valiente, sería hacerlo.

Miró el rostro de Octavio y se preguntó cómo se sentiría con que fuera tan franca con él. Salomé siempre había evitado hablar de lo que había pasado en Chile. Ahora, gracias tanto al paso del tiempo como a los años que había vivido sola, era consciente de que cierto dolor era inevitable. Necesitaba hablar con alguien de esa carta. Le alegraba que Octavio estuviera de su lado; no dudó cuando le mostró la carta y ahora, mientras ella hablaba sobre sus sentimientos, podía ver que él escuchaba cada una de sus palabras.

—Pero tengo miedo, Octavio. No sé qué pasará si tengo que volver a vivir la tortura y contar todos los detalles de lo que pasó. Creo que he llegado muy lejos, pero ¿mi progreso desaparecerá si tengo que volver a vivir el terror?

—No podría decírtelo, Salomé. No lo sé. —Su rostro estaba ahora relajado, más tranquilo, como si hubiera esperado casi veinte años para que su esposa fuera tan honesta con él—. Sin embargo, lo que sí sé es que tienes una fuerza tremenda y que, si esto es importante para ti, deberías ir.

—Creo que tienes razón, pero necesito hablar con nuestros hijos antes de responder.

Tomó la carta de la mesita de centro y le dio unos

golpecitos con las yemas de los dedos.

—Creo que es una buena idea.

—Los invité a todos a cenar este viernes. —Volteó a ver a la ventana donde golpeaba la lluvia—. Tú también deberías venir.

Octavio se tensó de nuevo.

—Sí. Sí. Claro, vendré. Si eso es lo que quieres.

—Por supuesto que eso quiero.

Al hablar, su rostro le pareció más joven, como si ya no necesitara cubrirlo con ese velo de fortaleza y estoicismo que tanto había usado durante años.

—Ven como a las ocho, si te parece bien. Voy a preparar humitas y machas.

Él sonrió al recordar cómo alguna vez la Casa Rosa estuvo llena de los deliciosos olores de la cocina de su exesposa.

—Me dará gusto estar aquí. —Se puso de pie, llevó su taza al fregadero de la cocina y tomó su abrigo—. Es mejor que me vaya, se está haciendo tarde.

Echó un vistazo a su reloj. Ya habían pasado dos horas y eran casi las 11:00 p. m.

—Entonces, ¿nos vemos el viernes? —preguntó Salomé sin levantarse del sofá.

—El viernes, sí, por supuesto. Traeré el vino.

Cuando abrió la puerta del departamento abarrotado y vio uno de los viejos carteles de una de sus películas pegado a la pared, se le ocurrió que, mientras su esposa luchaba para olvidar su pasado, él había dedicado demasiados años tratando de recuperarlo. Habían transcurrido más de veintitrés años desde que había salido de ese departamento, y casi todos los días desde entonces se maldijo en silencio. Sabía que no había pasado un solo día en que no lo lamentara.

68

Västerås, Suecia
Noviembre de 1998

El viernes, Salomé les contó a sus hijos sobre la carta en la que le solicitaban su testimonio y les preguntó si pensaban que debía ir.

—Creo que es lo correcto... Los tribunales necesitan evidencia y mi testimonio podría ayudar si al final lo llevan a juicio. Pero no quiero incomodar a ninguno de ustedes.

—Debes ir, madre —insistió Blanca—. Es tu deber.

Isabel estuvo de acuerdo con su hermana.

—Por supuesto, mamá. Claro que debes ir. Estaríamos muy orgullosos de ti.

Las dos chicas, ahora de veintitantos, eran casi idénticas a Salomé cuando tenía su edad.

Pero Rafael no dijo nada. Salomé lo miró por el rabillo del ojo, sentado, encorvado en su silla; su expresión era tensa, entrecerraba los ojos como si sufriera mucho.

Extendió la mano en silencio y pasó los dedos por su cabello.

—¿Qué pasa? —le preguntó preocupada—. ¿Hay algo mal?

Él quería decirle a su madre: «Ellas no recuerdan. Ellas no recuerdan cómo estabas cuando volviste. Eras

carne golpeada, una herida abierta con la piel amoratada». Pero, en su lugar, dijo:

—Solo me preocupas tú, mamá. No quiero que vuelvas a abrir todas esas heridas otra vez.

Salomé le sonrió. Incluso después de todos estos años, seguía tratando de protegerla.

—Lo pensaré un poco más este fin de semana antes de tomar una decisión —dijo—. Ahora solo quiero disfrutar que tengo a mi familia conmigo.

Le apretó el hombro a Rafael y se levantó.

—¡Abramos más vino! —exclamó mirando a Octavio—. Blanca, ¡pon a Piazzolla en el fonógrafo!

Su hija puso la aguja sobre el viejo disco de vinil y la habitación se llenó de música.

Salomé aceptó la invitación de Octavio y bailaron un tango por la habitación, como si sus pies estuvieran conectados.

—Cuatro piernas, un cuerpo —dijo Salomé riendo, al tiempo que su vestido rojo envolvía sus rodillas.

Sus brazos morenos se extendieron y luego se plegaron para volver a Octavio, quien la guiaba por la sala.

69

Västerås, Suecia
Noviembre de 1998

El departamento seguía en desorden por la fiesta. Salomé todavía tenía que lavar los platos y las copas de vino; la fiesta se prolongó hasta muy tarde.

Se paró en su pequeña cocina y llenó la tetera de agua para prepararse un té. Miró por la ventana y vio una suave luz grisácea como vapor sobre los tejados. Los días se hacían más cortos y ella ya esperaba la primavera. Los fríos inviernos nórdicos nunca le habían sentado bien y, a veces, cuando se sentía particularmente melancólica, pensaba en cómo, al otro lado del mundo, en Chile, ya casi era verano.

Salomé ahora se daba cuenta de que, sin importar qué pasara, si Pinochet era juzgado por sus actos o no, nunca podría volver a su país natal. Todos sus hijos habían encontrado pareja en Suecia y formarían sus familias aquí. Sus padres habían muerto y, aparte de los recuerdos, ya no había nada más para ella en Chile. Después de todos estos años, Salomé al fin se había reconciliado con la posibilidad de que permanecería en Suecia el resto de su vida.

También se había acostumbrado a vivir sola. Se había adaptado al sonido de su propia respiración y al gesto de sus manos cuando sacudían los estantes y

tocaban los objetos que había coleccionado. Sin embargo, en los últimos años extrañaba a Octavio cada vez más, aunque no sabía exactamente por qué. Quizás era el inicio de la vejez, ver a sus hijos adultos y descubrir sus propios amores. Pero él siguió siendo un buen amigo para ella en esos años; alguien que, aceptaba Salomé agradecida, se negaba a desaparecer. Y a veces se sorprendía al ver que sus sentimientos por él volvían a encenderse. En ocasiones, tarde por la noche, pensaba en él con la misma pasión que había sentido cuando era la joven de diecisiete años.

Vació el frasco de conchas de mar en la tina para fingir que se bañaba en el mar y puso un viejo disco de Calandrelli en el fonógrafo.

El agua olía a una mezcla de sal y arena. Se sujetó el cabello sobre la cabeza y hundió el cuerpo en el agua, con cuidado de no cortarse con los bordes de las conchas. Cerró los ojos y pensó en Chile. Pensó en las playas interminables de Viña del Mar, en el jardín de la Casa Rosa y la época en la que ella y Octavio hacían el amor bajo el árbol de aguacate cuando la sirvienta salía y los niños estaban en la escuela.

Habían pasado años desde que se permitía recordar aquellos buenos tiempos. Pero muchos recuerdos que había guardado al interior ahora la alegraban. Solo tenía que recuperarlos y rememorarlos.

A las 8:45 salió de la tina. El tiempo que pasó en el agua había despertado su sensualidad y, sin pensarlo, se vio frente al tocador. Se roció con agua de gardenias, se delineó los ojos con un viejo lápiz de kohl, se puso rubor y se pintó los labios. Era como si fuera de nuevo aquella muchacha alocada y nerviosa que se preparaba para reunirse con su admirador bajo las estrellas. Aunque en realidad solo esperaba pasar la noche sola.

Le sorprendió escuchar el timbre de la puerta. Rápidamente se puso la bata y bajó a abrir.

—¿Quién es? —preguntó al tiempo que abría el cerrojo.

—Soy yo, Salomé.

Cuando abrió la puerta, Octavio estaba en la entrada con un ramo de flores silvestres en la mano.

—¡Quiero ir contigo, Salomé! —espetó.

—¿Qué? —preguntó Salomé perpleja y agitó la cabeza—. Entra.

Le hizo una seña para que pasara. Tomó las flores de su mano y lo llevó al sofá de la sala.

Puso las flores en un jarrón con agua fría, fue a su recámara y se puso un suéter y un pantalón flojo. Se esponjó el cabello y examinó su maquillaje frente al espejo.

—¿Ya vas a explicarme de qué estás hablando? —preguntó al regresar a la sala.

Octavio estaba sentado en el borde del sofá, con las manos sobre las rodillas.

—Lo he pensado, Salomé. Quiero ir contigo a Inglaterra —tartamudeó un poco—. Quiero estar a tu lado. Quiero escuchar tu historia.

Ella lo miró sorprendida.

—Octavio, en verdad no es necesario —respondió resistiendo su oferta, por instinto—. Me conoces, estaré bien.

—No tiene nada que ver con la necesidad —dijo él, mirándola a los ojos.

Tan solo segundos antes había observado los objetos desperdigados por el departamento. Los pedazos de vidrio roto y las figuras de porcelana con fisuras que estropeaban sus rasgos perfectos y delicados. En ese momento le sorprendió reconocer que había muy poca diferencia entre Salomé y sus colecciones. Que ella había estado rota y remendada, y que, al igual que sus propias

cicatrices como rizos jamás desaparecerían, se rodeaba de objetos que, como ella, estaban dañados, pero conservaban su belleza. Sentía que la amaba más que nunca, porque triunfó sobre sus heridas. Se había reconciliado con su pasado.

Deseó que hubiera un poema que pudiera recitar para decirle, simplemente y de manera sucinta, cómo se sentía. Pero también se dio cuenta de que estaban en un momento de su vida que iba más allá de la poesía, más allá del arte y la belleza.

Por esa razón le dijo lo que llevaba años sintiendo en su corazón, pero que nunca fue capaz de formular:

—Fayum —dijo con voz temblorosa—, déjame cuidarte ahora como debí hacerlo hace veinticinco años.

La mirada de Salomé se llenó de amor y de alivio; había esperado toda una vida escuchar esas palabras de su boca.

Ahora Octavio ya ni siquiera tenía palabras para murmurar: su boca dibujó un «Te amo».

Salomé Herrera miró a su exesposo con los mismos ojos húmedos de la tarde en que él esparció naranjas a sus pies y la besó bajo el cielo estrellado. Octavio sintió cómo los dedos temblorosos de ella buscaban los suyos sobre el puño de algodón de la manga de su camisa.

Y ella hizo lo que había soñado durante tantos años: tomó su mano entre las suyas.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la ayuda y la orientación de muchas personas. En primer lugar, deseo agradecer a mi familia sueca por su inspiración y apoyo incondicional en esta novela.

A mi esposo, quien siempre es mi primer lector y el más crítico: gracias por todo tu apoyo y tu fortaleza. En cada novela estás a mi lado, animándome. No hubiera podido terminar esta sin ti.

A mis lectores, Antony Currie, Louisa Ermelino, Nikki Koklanaris, Shana Lory, Sara Shaoul y mi familia: gracias por sus invaluables comentarios y esfuerzos diligentes en mi nombre. Debo hacer un agradecimiento especial a Rosalyn Shaoul y Ulrike Ostermeyer, quienes editaron mis primeros borradores y trabajaron para perfeccionar la novela conmigo.

A mi agente, Sally Wofford-Girand, gracias por tu dedicación e inagotables esfuerzos. Por último, a mi editora Malaika Adero; gracias por tu mirada sensible, tu amor por el idioma, tu pasión y tu apoyo.

Acerca del autor

Alyson Richman es una reconocida autora de *bestsellers,* además de ser una talentosa pintora. Entre sus obras destacan *Los amantes de Praga* (Planeta, 2017), *Las horas de terciopelo* (Planeta, 2020), *El jardín italiano* (Planeta, 2022) y *Los custodios del tiempo* (Planeta, 2022). Se graduó de Wellesley College con un título en Historia del Arte y Cultura Japonesa. Sus novelas, que han sido traducidas a más de dieciocho idiomas, combinan su profundo amor por el arte, la historia y los viajes. En la actualidad vive en Long Island con su esposo y sus dos hijos.

Título original: *The Rhythm of Memory*

© 2012, Alyson Richman Gordon

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Estudio La fe ciega / Domingo Martínez
Ilustración de portada: Fotoarte creado con imágenes de © iStock
Fotografía de la autora: © Robert Presutti

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2023
ISBN: 978-607-07-9808-5

Primera edición en formato epub: marzo de 2023
ISBN: 978-607-07-9803-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

ALYSON
RICHMAN
AUTORA DE LOS AMANTES DE PRAGA Y
LAS HORAS DE TERCIOPELO
LOS
CUSTODIOS
DEL
TIEMPO
LO PERDIERON TODO, PERO UN IMPREVISTO ENCUENTRO
ENLAZARÁ SUS VIDAS Y LES REVELARÁ EL PODER DE LA AMISTAD
Planeta

Los custodios del tiempo

Richman, Alyson

9786070794919

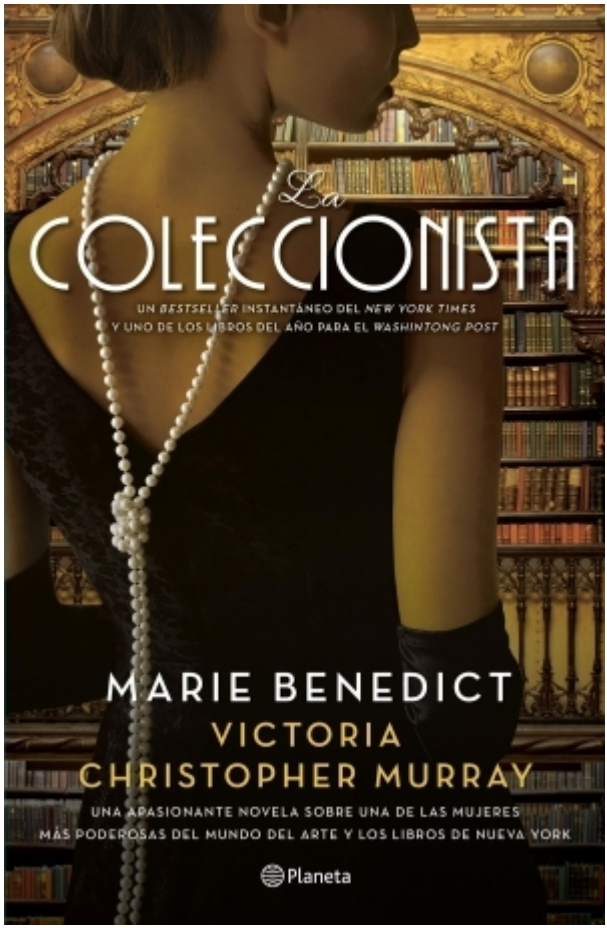
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando Grace encuentra a un niño perdido en las calles del suburbio donde vive en Bellegrove, no imagina que ese hallazgo tendrá el poder de cambiar su vida y la de aquellos que la rodean. Es 1979, hace años que el conflicto de Vietnam terminó, pero sus heridas se mantienen abiertas. Bao es un niño vietnamita que huyó de su país perdiendo a sus padres y Jack es un veterano del ejército que fue grave mente herido. Ambos han sido víctimas de la guerra, pero junto a Grace, quien carga con su propio pasado doloroso, aprenderán que hay encuentros que nacen de tragedias y que tienen el poder de enseñarnos a mirar nuestras propias cicatrices con otros ojos. ¿Cómo seguir adelante después de una pérdida inimaginable? A veces son las amistades más inesperadas las que nos curan.

La nueva novela de Alyson Richman nos presenta la apasionante historia de distintas vidas unidas por el destino. Una obra sobre el anhelo, el dolor y la fuerza que te cautivará.

Cómpralo y empieza a leer


La
COLECCIONISTA
UN BESTSELLER INSTANTÁNEO DEL NEW YORK TIMES
Y UNO DE LOS LIBROS DEL AÑO PARA EL WASHINTONG POST
MARIE BENEDICT
VICTORIA
CHRISTOPHER MURRAY
UNA APASIONANTE NOVELA SOBRE UNA DE LAS MUJERES
MÁS PODEROSAS DEL MUNDO DEL ARTE Y LOS LIBROS DE NUEVA YORK
Planeta

La coleccionista

Benedict, Marie
9786070789755
416 Páginas

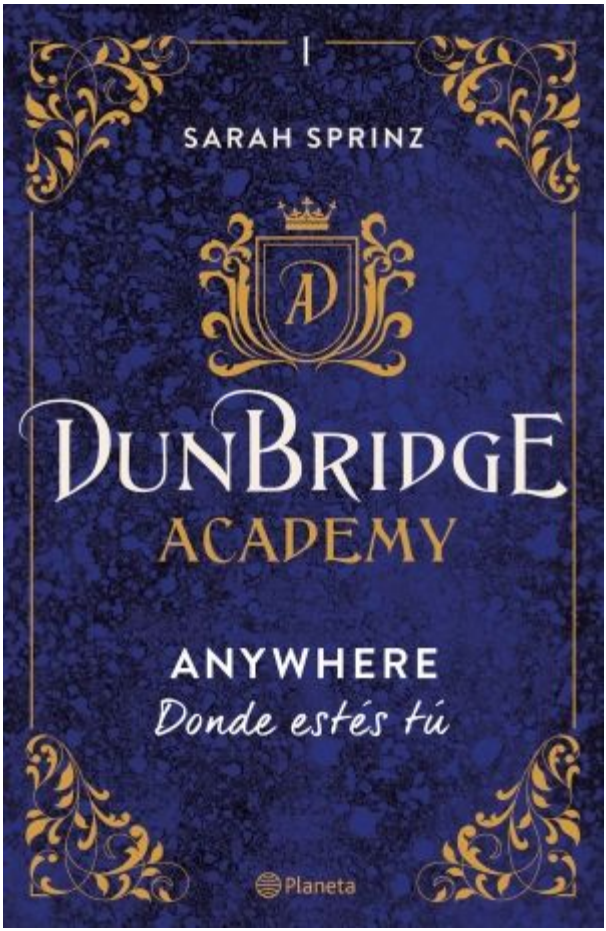
Cómpralo y empieza a leer

Gracias a su pasión por los libros y gusto exquisito, Belle da Costa Green se ha vuelto, con tan solo veinte años, la bibliotecaria más joven de la prestigiosa universidad de Princeton. Sin embargo, un golpe de suerte mayor está por impulsar su carrera: el famoso millonario J. P. Morgan la quiere para curar una colección de manuscritos raros, libros y obras de arte que compondrán el corazón de su biblioteca personal. Así, muy pronto, Belle se convierte en una de las mujeres más poderosas del Nueva York de inicios del siglo XX, conocida por su astucia en la negociación de obras críticas y la ambición implacable que mostraba con el objetivo de crear una colección privada de clase mundial.

Pero Belle debe ocultar un secreto que, de ser descubierto, podría costarle todo por lo que ha luchado: no es descendiente de portugueses ni su verdadero apellido es «da Costa Green», como le ha hecho creer a todo el mundo, sino que es hija de Richard Greener, el primer afroamericano graduado de Harvard.

La coleccionista cuenta la historia real de una mujer extraordinaria, famosa por su aguda inteligencia, estilo e ingenio que se vio obligada a mentir para abrirse paso en un mundo que la relegaba por ser mujer y la condenaba por su origen.

Cómpralo y empieza a leer


I
SARAH SPRINZ
DUNBRIDGE
ACADEMY
ANYWHERE
Donde estés tú
Planeta

Dunbridge Academy. Anywhere (Edición mexicana)

Sprinz, Sarah
9786070799266
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¡Bienvenidos al Internado Dunbridge!

Volver a la escuela nunca había sido tan increíble.

Emma viaja a Escocia para cursar un año en Dunbridge Academy, el prestigioso internado en el que se conocieron sus padres. Además de intentar olvidar a su exnovio, el otro motivo para entrar en la escuela es encontrar a su padre, del que no sabe nada desde hace años.

Henry regresa un año más a los vetustos pasillos de Dunbridge, pero esta vez como uno de los estudiantes de penúltimo curso y con todas las responsabilidades de ser prefecto. No solo debe decidir qué quiere hacer con su futuro, sino también junto a quién se lo imagina.

Sin embargo, todo se complica cuando Emma y Henry se conocen, y pronto se darán cuenta de que quizá no estaban preparados para estos sentimientos.

Cómpralo y empieza a leer

UNO SIEMPRE CAMBIA AL AMOR DE SU VIDA

(POR OTRO AMOR O POR OTRA VIDA)

AMALIA ANDRADE

¡INCLUYE CAPÍTULO NUEVO

Planeta

Uno siempre cambia al amor de su vida

Andrade, Amalia

9786070761010

232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Amalia se enfrenta a un corazón roto… ¿el suyo? Con una mirada positiva, enérgica y con toques de humor, construye un kit de primeros auxilios absolutamente interactivo: muy útil para combatir el desamor a través de reflexiones, consejos, recetas y montones de listas e ideas ingeniosas capaces de transformar una experiencia negativa en una fuerza liberadora.

Cambiar no es una renuncia sino una promesa, nos dice la autora. Porque si algo no funciona, SIEMPRE habrá un nuevo amor o una nueva vida.

Porque en el amor y en el desamor nunca estamos solos.

Cómpralo y empieza a leer

Por la autora de EL TATUADOR DE AUSCHWITZ
HEATHER MORRIS
Historias de esperanza
Un libro maravilloso e inspirador que nos recuerda que la esperanza es lo que nos ilumina en tiempos oscuros.
Planeta

Historias de esperanza (Edición mexicana)

Morris, Heather
9786070799129
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un maravilloso libro sobre el poder de las historias.

El compañero esencial de *El tatuador de Auschwitz*.

El tatuador de Auschwitz se ha convertido en uno de los libros más vendidos de nuestros tiempos, un clásico contemporáneo. *Historias de esperanza* es su compañero esencial y en él Heather Morris nos ofrece un manual inspirador para nuestra vida, con emocionantes relatos de la gente que ha conocido, las increíbles historias que han compartido con la autora y las lecciones que nos enseñan a todos.

Morris explora su extraordinario talento como oyente, una habilidad que empleó cuando conoció a Lale Sokolov, el tatuador de Auschwitz-Birkenau y la inspiración para su novela más celebrada. La autora comparte la historia detrás de su viaje como escritora y las experiencias de su vida, incluida su profunda amistad con Lale, y explora cómo aprendió a escuchar las historias que le contaban las personas que se acercaron a ella, unas habilidades que considera esenciales y que cree que todos podemos, y deberíamos, aprender.

Cómpralo y empieza a leer